

UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
Instituto de Investigación y Posgrado  
Programa Nacional de Posgrados  
de Calidad



**DOCTORADO INTERINSTITUCIONAL EN PSICOLOGÍA**

LA TRANSMISIÓN GENEALÓGICA EN PSICOANÁLISIS.

Secretos familiares, diferenciación subjetiva y violencia.

Tesis presentada como requisito parcial  
para obtener el grado de

DOCTORA EN PSICOLOGÍA

Por

Ivonne Sierra Ortiz

Comité Tutorial

Director: *Dr. Mario Orozco Guzmán*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.  
Lectora: *Dra. Jeannet Quiroz Bautista*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.  
Lector: *Dr. Miguel Ángel Sahagún Padilla*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.  
Lectora: *Dra. Hada Soria Escalante*. Universidad de Monterrey.  
Lector: *Dr. Josué Ávalos Pérez*. Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación.

## RESUMEN

La investigación doctoral que se desarrolla a continuación es un intento por esbozar aquellos contenidos psíquicos que dan forma al entramado inconsciente del cual emerge el acontecer anímico. Impronta originaria que precede al sujeto y comanda, atraviesa y sostiene posicionamientos frente a la vida, fantasías, síntomas e incluso, formaciones del inconsciente. Desde tiempos inmemoriales, al filo de las generaciones se transmite dicho entramado simbólico, responsable de inscribir el mundo interno en el cachorro humano, asegurando con ello, el devenir subjetivo de la descendencia.

La propuesta freudiana sostiene que lo transmitido se impone, hartas veces, frente al propio vivenciar individual, de ese choque puede surgir un conflicto psíquico, tal es el caso del complejo de Edipo. Así pues, un segundo momento del trabajo está dedicado a interpelar algunos de los estragos subjetivos de la transmisión generacional, como ocurre con los secretos familiares, acontecimientos generalmente de contenido violento que por su carácter traumático le fueron ocultados a la estirpe, silenciamiento que no cesó de manifestarse insidiosamente a través de síntomas extravagantes.

Finalmente, la revisión teórica arriba a la construcción del dispositivo clínico narrativo-escritural "historia y familia", estructurado a modo de taller, el cual consistió en el despliegue de una serie de actividades que les permitieron a las participantes recordar alguna situación o conflicto transmitido generacionalmente dentro de sus familias, de su puesta en marcha surgieron tres construcciones de caso que figuran como los hallazgos clínicos que dan sustento a esta investigación.

**Palabras clave:** Transmisión, secretos, inconsciente, incesto, estirpe.

## ABSTRACT

The doctoral research developed below is an attempt to outline the psychic contents that shape the unconscious framework from which psychic life emerges. This original imprint precedes the subject, directing, permeating, and sustaining their positions towards life, fantasies, symptoms, and even unconscious formations. Since time immemorial, this symbolic framework has been transmitted across generations, responsible for inscribing the internal world into the human infant, thereby ensuring the subjective continuity of descendants.

Freud's proposal holds that what is transmitted often asserts itself over one's personal lived experience, and from this clash, a psychic conflict may arise, as in the case of the Oedipus complex. Thus, a second part of this work is devoted to examining some of the subjective consequences of generational transmission, such as occurs with family secrets, events usually of a violent nature that, due to their traumatic character, were hidden from the lineage, a silencing that nonetheless continued to manifest insidiously through extravagant symptoms.

Finally, the theoretical review leads to the construction of the clinical narrative-writing device "history and family," structured in the form of a workshop. This consisted of a series of activities that allowed participants to recall a situation or conflict transmitted generationally within their families. From its implementation, three case constructions emerged, which constitute the clinical findings that support this research.

**Keywords:** Transmission, Secrets, Unconscious, Incest, Lineage.

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	5
---------------------------	---

## **CAPÍTULO I**

### **EJES TEÓRICOS PARA PENSAR LA TRANSMISIÓN GENEALÓGICA EN PSICOANÁLISIS** ....

La dimensión generacional de las fantasías.....	13
El componente filogenético.....	18
La herencia arcaica como modeladora del psiquismo.....	23
Las fantasías anudadas a la triangulación edípica.....	27
Las producciones imaginarias como recurso clínico.....	31
Las huellas de lo originario.....	33

## **CAPÍTULO II**

### **LA DIMENSIÓN GENEALÓGICA EN LA CASUÍSTICA FREUDIANA**.....

La Dora de Freud.....	39
La familia Schreber: Modelo de locura.....	45
La fascinación por el síntoma y la genealogía del análisis: Caso Juanito.....	50

## **CAPÍTULO III**

### **LA FAMILIA: TERRENO PRIVILEGIADO DE INSCRIPCIÓN Y TRANSMISIÓN SUBJETIVA** ...

La génesis de la familia como forma social.....	56
La transmisión de la prohibición y el ordenamiento de los parentescos.....	59
La muerte de la familia de origen y la sucesión genealógica.....	66

## **CAPÍTULO IV**

### **LA VIGENCIA DE LA FAMILIA FREUDIANA: EDIPO, LEY Y DIFERENCIACIÓN SUBJETIVA**

.....	70
¿Universalidad de la familia?.....	70
La triangulación edípica de Sófocles y la familia freudiana.....	78
La caída de la autoridad patriarcal.....	90

## **CAPÍTULO V**

### **ESTRAGOS DE LA TRANSMISIÓN: LOS SECRETOS FAMILIARES**.....

El secreto y la mentira infantil en el devenir psíquico.....	98
Los secretos y su transmisión genealógica.....	101

La noción de realidad en psicoanálisis. ....	105
Criptas del inconsciente: Abordaje psicoanalítico de secretos transgeneracionales.....	107
La existencia de criptas ¿institucionales?.....	110
Historias secretas de horror. ....	111
I.    La Shoa .....	111
II.   La dictadura argentina.....	114
III.  La genealogía impuesta.....	118
Inferencias clínicas.....	121

## **CAPÍTULO VI**

### **PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL TRABAJO GRUPAL DESDE EL PSICOANÁLISIS..**

Antecedentes del trabajo grupal. ....	123
La terapia de grupo en Latinoamérica. ....	132
Tipología grupal. ....	138
Dispositivo <i>Historia y Familia</i> . ....	142

## **CAPÍTULO VII**

### **A LA ESCUCHA DE LA DIMENSIÓN GENERACIONAL EN EL TRABAJO GRUPAL:**

#### **HALLAZGOS CLÍNICOS.....**

Historia, memoria y trauma. ....	147
Narraciones en los límites. ....	153
Sasha y el des/orden generacional: Violencia, secreto y muerte. ....	154
Karla y el retorno incesante de la tragedia femenina.....	161
María y el traslape generacional.....	172
Resonancias de la escucha extranjera y la escucha restitutiva. ....	180
La memoria de los objetos.....	184

#### **REFLEXIONES FINALES .....**

#### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS. ....**

#### **APÉNDICE.**

#### **DECLARACIÓN DE CONSENTIMIENTO INFORMADO.....**

## INTRODUCCIÓN

El psicoanálisis nos devela que la existencia misma del sujeto precede a su nacimiento biológico, incluso a su concepción, pues a la presencia carnal se le antepone una existencia de orden fantasmático. Esto quiere decir que somos pensados, deseados y hablados por el otro antes de tener una existencia material, no es posible dar forma a la constitución anímica sin pasar por esa alienación primera y por los significantes del Otro. Es así como mucho tiempo antes del alumbramiento del cachorro humano ya existe un entramado simbólico que lo antecede y será el encargado de darle forma a su aparato psíquico.

El tema de la transmisión generacional busca interpelar justamente de qué está hecha esa impronta psíquica, esa urdimbre inconsciente que precede al sujeto y se infiltra en su subjetividad, modelando posicionamientos frente a la vida, fantasías, síntomas, formaciones del inconsciente.

Hablar de la transmisión genealógica en psicoanálisis implica entonces cuestionarse cuáles son los elementos encargados de dar forma a la vida anímica del recién llegado, cómo se presentan en lo singular de una historia y cuál es la posición subjetiva que se toma frente a lo que viene del Otro. Estas inquietudes guiaron y dieron forma al trabajo investigativo que aquí se presenta, la búsqueda por esbozar una suerte de respuesta nos llevó tanto a problematizar aquellos contenidos originarios que son transmitidos a la descendencia desde tiempos inmemoriales, como a ubicar ciertos restos indecibles e irrepresentables que se incrustan en el tejido genealógico y desde ahí ejercen sus efectos, muchas veces devastadores.

Dicho esto, el objetivo general de la investigación consistió en analizar a partir de dos ejes; la revisión teórica y la puesta en marcha del dispositivo narrativo-escritural “historia y familia”, qué se transmite de generación en generación, a través de que vías y cómo responde el sujeto frente a los restos desconocidos que provienen de otras líneas generacionales y se infiltran en su vida anímica. Para ello, la escucha se dirigió hacia aquellas vivencias de sufrimiento que han conmocionado el alma de las generaciones.

Los objetivos particulares del despliegue investigativo consistieron en; 1) rastrear en la literatura psicoanalítica los desarrollos referentes a la transmisión generacional, de manera que fuera posible ubicar los conceptos fundamentales que sostienen dicha propuesta, 2) realizar el estado del arte de la transmisión genealógica partiendo de Freud, pero arribando a autores contemporáneos, 3) analizar los casos clínicos que muestran los autores acerca del tema para apuntalar hipótesis acerca de los posicionamientos subjetivos que cada generación teje frente a lo que viene del otro, 4) problematizar

los hallazgos clínicos desprendidos de la puesta en marcha del dispositivo a la luz del entretejido teórico.

Con el cometido de comenzar a delimitar una temática que parecía sumamente amplia y amenazaba constantemente con extraviarnos en el vasto mar de información, haciéndonos navegar por aguas distantes de los intereses investigativos, decidimos zarpar hacia lo particular, así, la reflexión escrita se vio inaugurada por un análisis de aquellos desarrollos teóricos freudianos que permiten pensar la transmisión genealógica, tema que si bien no es nombrado como tal en los textos clásicos, se encuentra presente desde el inicio y sostiene la teorización de conceptos fundamentales, tal es el caso de las fantasías originarias, cuyo contenido se le impone al sujeto, muchas veces, frente al propio vivenciar individual, reconfigurando las constelaciones psíquicas.

Asimismo, el concepto freudiano de identificación, designado como la forma primera y más originaria de lazo afectivo que aspira a moldear al yo propio a semejanza de otro, nos permite tomar noticia tanto de los caminos que toma la formación del yo como de la sustancial implicación que tienen los otros en el modelamiento de la vida subjetiva de las generaciones, a ese concepto se le suman algunos otros desarrollos teóricos, como la génesis del superyó, los precipitados culturales y el fundamento filogenético, que permiten sentar las bases para comenzar a analizar lo concerniente a la transmisión genealógica, la cual reclama presencia en todo aquel que ha pasado por un proceso de humanización, de la humanización que brinda el lenguaje.

Una vez bosquejados los desarrollos teóricos freudianos que remiten a la temática en cuestión, nuestro interés se dirigió a ubicar el lugar que le otorga el psicoanálisis a la dimensión genealógica, para ello fue necesario ubicar los ejes metodológicos que guían el análisis de los historiales clínicos, dos grandes ejes se hicieron presentes, los principios metapsicológicos que proponen modelos teóricos que buscan echar luz sobre el funcionamiento del aparato psíquico, y, el orden genealógico circunscrito al complejo de Edipo, a través del cual se problematiza la novela familiar que, en cada sujeto, posibilita el acontecer subjetivo.

El estudio de la casuística freudiana hizo patente la relación existente entre el síntoma del sujeto y su urdimbre familiar, la cual, muchas veces, es la encargada de sostener la condición sintomática misma, hecho clínico que se muestra claramente en el caso de Schreber, Juanito y Dora, trabajados en extenso en el segundo capítulo. Con ello se reitera que todo trabajo de análisis no puede prescindir de la escucha a la dimensión genealógica, pues en ésta se encuentra enraizado el malestar del sujeto.

El lugar preponderante que tiene la familia en la constitución psíquica de la descendencia nos llevó a seguir reflexionando acerca del escenario genealógico, cuáles han sido sus transformaciones tras el

paso del tiempo, porqué se ha mantenido vigente desde el origen mismo de la humanidad, cuál es el encargo social que alberga en su seno, qué tipo de subjetividades está conformando, cuál es su implicación en el modelamiento anímico de la estirpe. De la mano de la antropología y del psicoanálisis se plasmaron por la vía escrita, en el tercer y cuarto capítulo, las reflexiones que se desprendieron de las interpelaciones formuladas.

Curiosamente, ambos campos de estudio le atribuyen a la familia desde el inicio mismo de los tiempos, la vigilancia de la ley más importante para la constitución subjetiva, la interdicción del incesto, la cual es la encargada de inscribir la prohibición en la vida anímica, hecho del cual se desprenden múltiples efectos interrelacionados entre sí, tales como, el ordenamiento de los parentescos, la reglamentación de lo permitido y lo prohibido que permite dar forma al mundo psíquico y, la sucesión genealógica. Así, en el seno de la familia, de generación en generación se transmite la prohibición del incesto, la cual asegura la inscripción de lo diferente y con ello, la reproducción subjetiva de la descendencia.

La inscripción de lo diferente es una condición de existencia en el plano subjetivo, la ley sustentada en la renuncia es la responsable de vehicular eso distinto, separándolo de lo continuo, de la reproducción de lo mismo, lo idéntico, lo cual tiene una deriva incestuosa obscena y desestructurante para el sujeto. Justamente de este punto se nutre parte del título de la investigación, la palabra *diferenciación subjetiva* nos permite ubicar ese encargo social que resulta imprescindible perpetuar tras el filo de las generaciones. La carente instauración de dicho significante es en agravio de la estirpe, y produce estragos subjetivos de lo más variados cuyos efectos se trasminan y cobran vigencia en la descendencia.

Con el cometido de ampliar la reflexión acerca de la transmisión de estragos subjetivos al interior de la estirpe, analizamos también lo concerniente a los *secretos familiares*, temática sumamente común en las familias, pero cuyas secuelas subjetivas en las generaciones han sido poco estudiadas. La clínica atestigua que frecuentemente se silencian contenidos que generan dolor y sufrimiento, esta renuencia a apalabrar el contenido interdicto asegura su presencia, ya sea en las formas de relacionarse con los otros, en las miradas, los gestos, la crianza, los temores, los sueños y/o los síntomas, pues gracias a la existencia de lo inconsciente, sabemos que nada puede ser desterrado, al menos no de manera acabada, nada se pierde. Esos restos de malestar les son transmitidos a la descendencia a través de vacíos representacionales que se manifiestan de las maneras más variadas, tal es el caso de irrupciones de angustia sin causa aparente, fobias, terrores nocturnos, fantasías persecutorias, etc., en donde la imposibilidad de crear una ficción acerca de aquello que, aunque no se conoce, no cesa de infiltrarse

en la vivencia subjetiva, deja preso al sujeto en una transmisión que va más allá de los límites de su historia personal.

Las propuestas teóricas que analizan la manera en que la huella traumática de los acontecimientos se inscribió en el devenir individual confluyen en que son tres las generaciones necesarias para dar cuenta de la transmisión subjetiva, pues es en la tercera línea que se cristaliza la estructura edípica, así como la condición sintomática. Lectura que surge a partir del trabajo clínico con la locura y después es extrapolada al campo de las neurosis. De ahí que, para intentar bosquejar la travesía de los restos traumáticos al filo de las generaciones tomamos la experiencia de dos cataclismos sociales: La shoa y la dictadura argentina, ya que los horrores perpetuados durante estos genocidios fueron, en varios casos, transmitidos a la descendencia en silencio. Las actividades desarrolladas durante el período de guerra no fueron develadas al linaje, los abuelos y los padres victimarios callaron. No obstante, la desestimación y la negativa a apalabrar lo perpetuado no logró menguar en nada el derrumbamiento subjetivo ocurrido tanto en sus hijos como en sus nietos. El trabajo periodístico de Peter Sichrovsky y los informes clínicos del psicólogo israelí Dan Bar-On, a la par de las propuestas teóricas de psicoanalistas que trabajaron con pacientes sobrevivientes de ambos genocidios nos permitieron, a lo largo del quinto apartado de la tesis, esbozar tanto las vías que toma la transmisión en lo singular de una historia de vida como los estragos anímicos que se presentan en la tercera generación portadora de un secreto criminal.

Llegados a este punto, una vez realizado el estado del arte de la *transmisión genealógica en psicoanálisis*, partiendo de los conceptos freudianos que preceden y sostienen la propuesta, y arribando a formulaciones de autores contemporáneos, se nos impuso la imperiosa necesidad de darle lectura a los desarrollos teóricos a la luz de la clínica, siguiendo la premisa de que la teoría es un intento tardío, fallido e incompleto por dar cuenta del encuentro clínico. Las interpelaciones que nos salieron al paso fueron, cómo desarrollar un dispositivo grupal que preste escucha a la dimensión genealógica, de qué manera analizar la información adquirida, qué hallazgos, no apuntalados hasta el momento, pueden emerger al hacer presente el tejido familiar del sujeto.

El interés por darle forma y sustento teórico-metodológico al dispositivo grupal en ciernes nos llevó a investigar cómo surgió el trabajo grupal desde el psicoanálisis, cuáles son algunas de las propuestas que han emergido desde entonces, de qué manera llevan a cabo su praxis y bajo que ejes analizan sus encuentros clínicos. La revisión y el análisis de los distintos dispositivos muestra como la elaboración de un discurso, en un contexto grupal, se apoya en una multiplicidad de generaciones, las cuales moldean una transmisión singular que reclama su presencia en el acontecer anímico del sujeto, pues

lo que atraviesa a las generaciones son los discursos, que en su diacronía sitúan la sincronía de historias familiares: una generación las sabe y las piensa, otra las verbaliza y otra las actúa o sintomatiza en tanto no conoce su contenido. Grosso modo esto es lo que encontrará el lector en el sexto apartado.

Podríamos decir que la propuesta neural de la tesis consiste en la creación del dispositivo narrativo-escritural “historia y familia”, el cual se construyó al término del sexto capítulo, -una vez que se había pasado revista por algunos de los abordajes grupales que se apuntalan desde el psicoanálisis- su puesta en marcha tuvo el cometido de interpelar esa transmisión que, hartas veces, incluso se lleva en el cuerpo atravesando los intercambios con los otros. A través del intercambio de testimonios orales y escritos, compartidos en un contexto grupal y sostenidos en un tejido transferencial, se apeló por la construcción de un nuevo posicionamiento subjetivo respecto a aquello que antecede al sujeto y se delinea, al mismo tiempo, como lo más ajeno y lo más propio de su constitución psíquica.

El dispositivo narrativo-escritural consistió en el despliegue de una serie de actividades que les permitieron a los participantes recordar alguna situación o conflicto transmitido generacionalmente dentro de sus familias. La escritura y posteriormente la lectura compartida fueron una apuesta por reescuchar y con ello, reubicar aquellos restos de sufrimiento que quedaron sedimentados en el acontecer anímico tras el paso del tiempo.

La metodología estuvo pensada en 6 momentos: 1) En la primera sesión se les exhortó a los participantes que narraran vía la escritura aquello que conocieran de la vida de sus abuelos, seguido de esto, 2) se les pidió que también agregaran en su texto algún conflicto que hubiera marcado a su familia en la segunda o tercera generación. 3) Posteriormente cada escrito, sin datos de identificación, fue leído por otro miembro del grupo en voz alta. Para el segundo encuentro se les solicitó que trajeran alguna fotografía, imagen u objeto que tuviera relación con algún fragmento del ejercicio de escritura previamente realizado, 4) en una segunda reunión se mostraron sus fotografías u objetos, sin hacer alusión detallada a los mismos, ulteriormente, 5) se les pidió que escribieran, en una hoja en blanco, de qué manera pensaban que el conflicto narrado en la sesión anterior les implicaba a ellos, si encontraban o no alguna relación con su vida o su propia persona y porqué. Aquí fue importante puntualizar que no se trataba de una práctica regida por el pensamiento lógico, por lo que eran libres de fantasear, de construir a través de una ficción la travesía de aquellos restos de sufrimiento tras el paso de las generaciones, poca importancia tenía la veracidad material de los sucesos, pues era el despliegue de las formaciones imaginarias lo que se pretendía potenciar. Una vez concluida la actividad de escritura, 6) en parejas cada participante leyó su escrito frente a otra persona, ahora sí comentando la razón por la que eligió traer determinada imagen u objeto.

Escucharse a través de la narración de la propia historia familiar implica darle lugar tanto a aquello que es inmanente al sí mismo como a lo que le resulta extranjero y, no obstante, habita su psiquismo. Se trata de un ejercicio para desdoblar, desfigurar y problematizar un elemento, un resto, un fragmento de lo transmitido al filo de las generaciones. Esbozar esos fragmentos indecibles e irrepresentables que se imponen en la trama de una vida es una apuesta por elaborarlos y con ello, reintegrarlos en el psiquismo, menguando el sufrimiento que comportan. Para los participantes, su implicación en el taller fue una oportunidad de comenzar a elaborar aquello desconocido que los habita.

De tal forma que, el propósito general de la puesta en marcha del dispositivo narrativo escritural consistió en dar cuenta de la transmisión de situaciones de índole traumático al filo de tres generaciones, así como de los diferentes posicionamientos que adopta el sujeto frente a aquello que viene del otro. De manera que fuera posible esbozar, a posteriori, cómo se transmiten esos restos atravesados por la violencia, el sufrimiento, y lo irrepresentable al interior del linaje.

Los propósitos particulares fueron los siguientes: 1) Brindar un espacio y una escucha respetuosa que posibilitara a los participantes depositar en el entramado grupal su vivencia de sufrimiento, 2) rastrear, al filo de tres generaciones, las transformaciones que han sufrido los restos traumáticos tras el paso del tiempo, 3) avizorar los senderos que toma la transmisión generacional en el decir testimonial de los participantes con relación a un aspecto en particular y, 4) analizar el montaje de ficción que conlleva la construcción de la genealogía y la filiación en una historia de vida.

Finalmente, el último apartado de la tesis muestra los hallazgos clínicos que surgieron de la puesta en marcha del dispositivo. Tres construcciones de caso trabajadas a partir del decir testimonial de las participantes Sasha, Karla y María permiten mostrar la manera en que las líneas discursivas entre las generaciones atraviesan la vivencia actual del sujeto, así como las transformaciones que han sufrido los restos traumáticos tras el paso del tiempo. A su vez, los testimonios ponen de manifiesto la existencia de una relación indisoluble entre el inconsciente, la historia y la memoria, elementos que se encuentran engarzados por un acontecimiento que transita por caminos desconocidos, infiltrándose en la estirpe.

Si bien los tres testimonios son distintos pues se entranan en lo singular de una historia, comparten algo que los atraviesa, la violencia, la cual no se circunscribe únicamente a la vivencia actual del sujeto, pues se encuentra enraizada en acontecimientos padecidos por generaciones pasadas y transmitidos a la descendencia. Analizar las implicaciones subjetivas de la transmisión de la violencia nos llevó, a posteriori, a agregar el último elemento al título del trabajo, dándole la forma final, *La transmisión genealógica en psicoanálisis. Secretos familiares, diferenciación subjetiva y violencia.*

De igual manera, rastrear los estragos subjetivos de la violencia al filo de tres generaciones nos permitió proponer, en tres momentos, tanto las vías que toma la transmisión de lo traumático como la respuesta inconsciente que el sujeto teje frente a ella. Esta y otras reflexiones las encontrarán en el apartado de conclusiones, del cual no diremos más pues se tornaría innecesaria su consulta. Invitamos a la lectura crítica de este trabajo, esperamos que de sus letras surjan interpelaciones que sigan nutriendo la investigación en psicoanálisis.

## CAPÍTULO I

### EJES TEÓRICOS PARA PENSAR LA TRANSMISIÓN GENEALÓGICA EN PSICOANÁLISIS

En el psicoanálisis clásico parecen existir dos grandes ejes para pensar la transmisión entre generaciones; por un lado, se sitúa un interés claramente biologicista, que lleva a Freud a proponer las tesis de la ontogénesis y la filogénesis, como un intento de echar luz sobre el origen de las constelaciones psíquicas. Fascinación por lo real, movilizadora por la influencia de las teorías evolucionistas de la época que se esforzaban por ubicar, en el espacio-tiempo, dispuesto en progresión lineal, el desarrollo de toda la especie humana. Aunque sin lugar a duda, los planteamientos freudianos que están atravesados por esta línea de pensamiento se encuentran revestidos de una importancia fundamental para entender los avatares de la consolidación del aparato psíquico, su problematización, después de varios giros, topa con el componente organicista, frente al cual, no queda mucho más por decir.

Por otro lado, existe un segundo eje, en el cual, lo concerniente a la transmisión remite a otro terreno, que ya no se circunscribe exclusivamente a la realidad material; es el lugar de las construcciones fantasmáticas. Espacio de irrupción de lo transmitido de generación en generación, que, para cada sujeto, provee el material para la construcción de su propia novela, abriendo, en el mejor de los casos, la pregunta por el deseo. Es en esta tierra donde el campo es más fértil para la reflexión y el apuntalamiento de nuevas propuestas.

Cabe señalar que esta distinción obedece a una propensión con fines de ordenamiento del vasto material teórico. Sin embargo, no se encuentra como tal en los textos, por el contrario, el interés por ubicar, en la realidad externa, lo que acontece en la realidad psíquica, acompaña a Freud durante toda su obra. Dicho esto, dentro de esta separación, creada artificialmente, se ubican distintos conceptos fundamentales para pensar lo que se transmite de generación en generación, tal es el caso de; las fantasías originarias, los esquemas congénitos por vía filogenética, los ideales narcisistas de los padres, la severidad del superyó, las fantasías de paliza, y la ley, ésta última encargada de regular lo pulsional, que se es la condición primera para la vida en sociedad.

Todos estos avatares subjetivos van a desarrollarse al interior del terreno genealógico, lo cual nos remite a cuestionar el lugar que tiene la familia en la constitución subjetiva, en la emergencia del sujeto, y, en la instauración de lo prohibido. Si todos los grandes desafíos inconscientes de la humanidad se llevan a cabo en el escenario genealógico, resulta imperante analizar las múltiples

transformaciones que lo familiar ha tenido hasta nuestros días, qué es lo que se transmite en su seno, qué tipo de subjetividades está conformando, qué pasa con la diferenciación y con la renuncia pulsional.

### **La dimensión generacional de las fantasías.**

Dentro del saber psicoanalítico, distintos son los desarrollos teórico-clínicos que nos permiten echar luz acerca de la transmisión entre generaciones. Una de las piezas clave para pensar en la presencia de una impronta psíquica común en cada sujeto, la cual posteriormente es moldeada debido al encuentro del aparato psíquico con las distintas contingencias de la vida, es la fantasía. Su descubrimiento, por parte de Freud, edificó los cimientos de su naciente método, revolucionando la manera en que se reflexionaban las manifestaciones patológicas en ese momento histórico, en particular, aquellas referidas a la histeria.

Freud dio cuenta, tanto de la existencia, como del preponderante papel de las fantasías en la etiología de las neurosis, gracias al abandono de la primera teoría de la histeria, la cual admitía la realidad de escenas infantiles patógenas halladas en el curso del análisis de sus pacientes. En esta primera formulación, el trauma sexual remitía a un acontecimiento acaecido en la realidad material, que incluso podía ser ubicado cronológicamente en la historia de vida del sujeto. Dicho trauma no radicaba en la escena exterior, sino en la huella que dejaba en el yo. Era esa imagen penosa, investida de carga sexual, la generadora del síntoma. Representación que se volvía intolerable por el esfuerzo del yo de reprimirla, pues con esto la aislaba de todas las otras representaciones de la vida anímica.

De manera que, en un primer momento, el tratamiento se dirigía al análisis de los síntomas como la vía privilegiada para llegar a la escena infantil traumática que generó el estallido de la neurosis. A partir de una investigación anamnésica, se buscaba reproducir la escena que ocasionó el malestar, con el cometido de rectificar el impacto psíquico de entonces, y con ello, erradicar el síntoma histérico, el cual ya no tendría más razón para existir, pues se habría logrado recordar lo desalojado (Freud, 1896/2010a).

Esta actitud detectivesca en Freud parecía ser tributaria de dos aspectos, por una parte, el clima científico de la época llevaba a los interesados en aspectos psicológicos a incursionar en el positivismo de Comte para sostener sus postulaciones, so pena de la deslegitimación de su trabajo, e incluso de ser acusados de charlatanería, como le ocurrió a Mesmer, cuya popularidad en París, debido a sus dramáticas curas atribuidas a la fuerza invisible del magnetismo animal, fue condenada por la Academia de las Ciencias Francesas (Makari, 2012, p. 31). Cuestión que fue airosamente zanjada por

muchos estudiosos del fenómeno de la histeria, al explicar sus manifestaciones por vía orgánica. Por otra parte, la marcada influencia de su maestro Charcot, fascinado por los ataques histero-epilépticos inducidos, hartas veces, de manera excesiva en sus pacientes, generó una especie de caldo de cultivo que en el joven investigador solo permitió pensar a la histeria en función de la mirada. No había espacio, todavía, para las producciones imaginarias.

La marcada influencia del pensamiento de Charcot, incluso llevó a Freud a comulgar, por un tiempo, con su teoría de la transmisión de la histeria de padres a hijos, la cual postulaba la existencia de una herencia genética degenerativa dentro de dicha neurosis, frente a la cual, el histérico era un receptor pasivo, imposibilitado de hacer algo frente a ella.

[...] Hemos inducido en la etiología de la histeria un factor que el enfermo mismo nunca aduce y sólo admite de mala gana, a saber, la disposición hereditaria que ha recibido de sus progenitores. Saben ustedes que, según la opinión de la influyente escuela de Charcot, sólo la herencia merece ser reconocida como causa eficiente de la histeria. (Freud, 1896/2010a, p. 191).

Los desarrollos sobre la herencia genética eran un esfuerzo más por sentar las bases orgánicas de la histeria, un fenómeno del cual se tiene registro desde la antigüedad, pero cuyas manifestaciones escapaban a la mirada del médico, pues cuando intentaba categorizarlas, ya eran otras. Fue gracias al descubrimiento de la fantasía que se inauguró el pasaje de la mirada a la escucha, lo cual tuvo importantes repercusiones en la manera de conducir la cura. Asimismo, el dejar de lado esta suerte de transmisión organicista permitió comenzar a pensar en una transmisión psíquica. En donde Charcot apelaba al lugar de la herencia biológica en la etiología de la neurosis, Freud reclamaba el papel de la sexualidad.

Este viraje está claramente plasmado en la correspondencia con Fliess, en la carta 69 Freud escribe: “Ya no creo más en mi neurótica” (Freud, 1897/2010a, p. 301). Esta ruptura epistémica impacta el lugar del padre, pues con el abandono de la teoría de la seducción se va al fundamento la hipótesis de un padre perverso, que, de manera violenta, introduce al cachorro humano en la vida sexual. Brun (2016) comenta que la desresponsabilización del crimen del padre lo destituye como el autor material del síntoma histérico. De ser el agente seductor pasa a convertirse en el objeto privilegiado de la seducción, en una posición pasiva, que, no obstante, sigue ocupando un lugar central en las constelaciones psíquicas del neurótico.

Si bien ya no se acusa más al padre de incesto, la búsqueda por seguir sosteniendo la existencia de la sexualidad infantil conduce a Freud a centrarse, ahora, en la autoacusación relacionada con el componente sexual de los deseos infantiles dirigidos a las figuras parentales. Abriendo con ello la puerta para el descubrimiento del complejo de Edipo, en el cual, el padre deviene un objeto de deseo

y de rivalidad. De modo que, lo sexual sigue estando inscrito, en la vida inconsciente, del lado de la figura paterna.

Resulta interesante preguntarse acerca de los motivos que llevaron al hijo de Jacob Freud a abandonar la representación del cuerpo del padre, y con ello, a sostener su inocencia, sobre todo en un momento histórico que atestiguaba lo cotidiano del abuso sexual a menores por parte de familiares cercanos (Makari, 2012). Si bien es cierto que hubo fuertes indicadores clínicos frente a los cuales, el creador del psicoanálisis no fue ajeno, en su correspondencia con Fliess también es posible entrever una estimación respecto a su propio padre, la cual generaba una suerte de deuda, que le impedía ubicarlo en la misma categoría que aquellos perversos.

Autores contemporáneos han puesto el acento en la doble figura del padre en la histeria, pues, por una parte, se encuentra el padre seductor de la primera teoría, y por la otra, un padre herido, enfermo y desprovisto de las investiduras fálicas. Millot (1998) comenta que, en los historiales clínicos de Freud, podemos encontrar tanto al padre muerto e impotente, como al padre perverso.

La representación del cuerpo del padre que es expulsada de la génesis de la neurosis, no obstante, permanece, y parece regresar a Freud, movilizada por la muerte de Jacob. Durante un viaje a Atenas, con su hermano menor, frente a la Acrópolis, Freud experimenta un extraño sentimiento de enajenación, como si un fragmento de la realidad o del propio yo le fuese extranjero, un cúmulo de pensamientos lo abordan, la cuestión puesta en juego es hartamente compleja, él ha ido más allá de su padre, el sentimiento de culpa por la transgresión de antaño prohibida, lo atestigua. Este episodio representa un momento fundacional en el desarrollo del método psicoanalítico.

L'Acropole, de mon point de vue, est au fond, pour Freud, le monument qui représente le corps du père, sa puissance sexuelle, son absence du fait de la mort, mais pas la fin de son règne puisque le monument demeure. Reste la lutte entre le père et les fils [...] <sup>1</sup> (Brun, 2016, p. 208).

Esta primera destitución, en la primera teoría de la histeria, de la entidad corpórea del padre, de su sexualidad desbordante como la causante de la patología, se encuentra ligada a un interesante hallazgo, el cual es clave para pensar el tema de la transmisión generacional; el descubrimiento de que en el inconsciente no existe ningún signo de realidad, es decir, no es posible distinguir la verdad de una ficción afectivamente cargada. Si no existe un indicio de realidad, entonces poco sentido tendrá ir a corroborar en la realidad material lo comunicado por las pacientes.

---

<sup>1</sup> La Acrópolis, desde mi punto de vista, es en el fondo, para Freud, el monumento que representa el cuerpo del padre, su poder sexual, su ausencia debido a la muerte, pero no el fin de su reinado pues el monumento permanece. Continúa la lucha entre padres e hijos. Traducción mía.

Este desarrollo, de entrada, parece plantear un impasse, pues si no existe en el inconsciente un signo de realidad, entonces qué creer (Brun, 2016). La nueva tesis de Freud parece ser menos objetivable que aquella que acusaba al padre de tocamientos sexuales que al final eran confesados por las pacientes. Sin embargo, las pruebas de la falta cometida no se encontraban por ningún lado, por lo que el padre no se dejó arrastrar entre dichas acusaciones. El peso del hecho real cedió su paso al lugar de la fantasía en el mundo psíquico.

Si la escena de seducción sexual acaecida durante la infancia ya no podía ubicarse como un hecho datable en la historia material del sujeto, si podía hacerlo como una escena fantaseada de la vida psíquica, cuyo contenido era compartido por las histéricas de la época. Lo cual nos lleva a inferir la existencia de un tejido común de la fantasía, mismo que, aunque no se base en acontecimientos reales tiene para el sujeto el mismo valor patógeno, “El resultado es el mismo, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponda mayor participación a la fantasía o a la realidad” (Freud, 1917/2009, p. 338).

Con este cambio de paradigma surgen diversas postulaciones acerca de la *realidad psíquica*, cuyos desarrollos dan consistencia y organización al mundo de la fantasía; “Las fantasías poseen realidad psíquica, por oposición a una realidad material [...]; en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva” (Freud, 1917/2009, p. 336). Esta realidad está ligada a los procesos inconscientes, hace alusión a los deseos y a las fantasías que están relacionadas a ellos, postular su existencia conlleva otorgarles a los procesos psíquicos un estatuto de realidad.

Si bien es cierto que el distingo entre realidad psíquica y fáctica surge paralelamente al abandono de la primera teoría de la histeria, en *El proyecto de una psicología para neurólogos* (1895/2010), se pueden encontrar, en germen, los desarrollos precursores de ambos conceptos, referidos al proceso de pensar: “Los signos de descarga del lenguaje son en cierto sentido también signos de realidad, signos de la realidad del pensar, pero no de la realidad externa (Freud, 1895/2010, p. 420)”. Esta referencia es la primera distinción entre ambas realidades en la obra freudiana.

Sin embargo, la separación teórica no se presentó de manera tan clara en la práctica clínica para el padre del psicoanálisis, ya que en ciertas ocasiones trato de otorgarle, nuevamente, un carácter material a las producciones imaginarias. En *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905/2010a), recordemos que el texto de una de las fantasías que Dora ponía en escena de manera recurrente tenía que ver con no permitir que su padre poseyera a la Sra. K. Ante ello, Freud la exhortó a admitir que detrás de ello había una identificación con el padre, la cual la había llevado a un enamoramiento con el Sr. K. Acto seguido, Dora abandona el tratamiento.

En una reflexión posterior del caso, Lacan (1957/2010a) comenta que, con ese movimiento, Freud introdujo un elemento real erróneo que se supondría respondería a una situación inconsciente en el plano de lo imaginario. El enamoramiento de Dora no era hacia el Sr. K, si no a la Sra. K. El forzarla a confesar una supuesta fantasía inconsciente la compelia a admitir y a sostener el carácter de realidad material de dicha declaración.

Lacan instrumenta, a través de su análisis del caso Dora, las vías en que el deseo del Otro, del padre, orienta el deseo de Dora. Lo cual nos lleva a pensar en una posible transmisión psíquica del deseo, presente en el núcleo mismo de la teoría Lacaniana. Recordemos que la paciente de Freud se sostiene en el deseo del padre por la Sra. K, en tanto sabe que es un deseo irrealizable, tachado e imposible. Esa posición no acarrea una respuesta a la interpelación inconsciente que ella se formula, pues, por el contrario, la mantiene a nivel de la pregunta subjetiva.

Lacan (1956/2008a) sostiene que la pregunta que desde el inconsciente es formulada por Dora: ¿Qué es una mujer? Representa el eje central alrededor del cual orbitan sus síntomas, sin lugar a duda, se trata de un cuestionamiento que tiene que ver con el ser, que implica necesariamente un campo de subjetividad donde el sujeto queda expuesto a una dialéctica caracterizada por la interpelación del orden simbólico. La pregunta ¿Quién soy? Se extiende a la línea generacional, a la diferencia anatómica de los sexos, al sentido de la vida, al enigma de la muerte.

Estos cuestionamientos activan una serie de procesos psíquicos que en Dora se presentan como posibles vías para acceder al plano de los significantes que desde su historia pueden servir de soporte al enigma que se le presenta. Sin embargo, en lo que respecta al ser mujer, el tema de la feminidad introduce un límite en cuanto a la posibilidad de encontrar respuesta en el campo de la palabra. Es la paradoja que determina al sujeto, por una parte, está incluido en el campo del lenguaje y sufre desde éste la interpelación y por otra, es en este mismo campo donde se encuentra impedida de dar respuesta a su pregunta.

Dora al identificarse con el padre, busca desde ese lugar responder a lo que quiere una mujer, a lo femenino. La posibilidad que se le presenta de sostener su pregunta desde esta vía, esta mediatizada porque el padre la lleva a participar de la posición simbólica que él mantiene con la Sra. K, pues ante la imposibilidad de darle el don viril, hace partícipe a su hija de dones materiales, así como de su relación amorosa, situándola en un lugar intermedio entre la Sra. K y él.

La pregunta de la paciente de Freud apela por la búsqueda de un significante que pueda responder por lo femenino más allá de la lógica del falo y el Edipo, y es ahí, en ese momento, cuando voltea hacia el padre. Sin embargo, lo que espera del Otro es un imposible, pues no existe tal significante.

Esto la deja prendida del deseo del Otro, haciendo de éste la brújula para comandar su propio desear. De manera que, es en la línea generacional que la antecede donde ha quedado enmarcado su deseo.

Regresando a los distinguos que hace Freud entre la realidad psíquica y la realidad material, los límites parecen difuminarse una vez más en *De la historia de una neurosis infantil* (1914/2009), en el caso del hombre de los lobos, dado que se intenta establecer la realidad de la escena de observación del coito parental, reconstruyéndola hasta en sus menores detalles. Gracias al repetido retorno del sueño durante el curso del tratamiento, en innumerables variantes y nuevas ediciones, se erige una hipótesis sobre la escena primaria vivida pasivamente por el paciente a la edad de año y medio<sup>2</sup>.

[...] no soy de la opinión de que esas escenas deban ser necesariamente fantasías por el hecho de que no reaparezcan como recuerdos. [...] Es que el soñar es también un recordar [...] Por este retorno en el soñar me explico que en los pacientes mismos se forme poco a poco un convencimiento cierto de la realidad de esas escenas primordiales, un convencimiento que en modo alguno le va en zaga al fundado en el recuerdo (Freud, 1914/2009, p. 50).

En este punto reviste importancia lo referente a los *recuerdos encubridores*, piezas de vivencias que fueron sofocadas, por resultar intolerables para el yo, y en su lugar se conservó un material indiferente, nimio, desprovisto de su capacidad de causar impresiones sensibles (Freud, 1899/2010). El choque de dos fuerzas psíquicas contrapuestas genera una formación de compromiso que se expresa a través de dichos recuerdos, ¿qué tan fidedignos son cuando se refieren a lo acaecido en la vida infantil?, creados por desplazamientos sobre la asociación por contigüidad, alejan el foco de lo sustancial de la vida del sujeto. El proceso de análisis va a reconducirlos al contenido del cual partieron, para esclarecer con ello, los influjos que incidieron en su construcción.

Durante el tiempo en que Freud está preocupado por rastrear, en la realidad material, la escena sexual en el caso del hombre de los lobos, aparece la tesis de Jung, según la cual, la escena primaria no era más que una fantasía construida retroactivamente por el sujeto adulto, la cual parece atraer la atención de Freud por un momento, pero al final sigue insistiendo en que la percepción ha suministrado al niño los indicios, y es ahí cuando introduce el concepto de *fantasía originaria*, el cual no puede ser abordado sin esbozar primero el lugar que la filogénesis y la ontogénesis ha tenido en la obra freudiana.

### **El componente filogenético.**

Los esfuerzos por responder a la pregunta sobre el origen de diversas manifestaciones de la vida psíquica; como la fantasía, el superyó, la represión, el complejo de Edipo, el complejo de castración, el sueño e incluso la invención de la cultura, llevaron a Freud a apelar por la tesis de la existencia de

---

<sup>2</sup> Se dirá que quizás se trató de un coito entre animales, qué el niño observó y desplazó luego sobre los padres.

una herencia arcaica de orden filogenético, cuyos contenidos hacen presencia en el desarrollo individual de los miembros de cada generación, perpetuando así una transmisión particular que se extiende tras el paso del tiempo. La hipótesis sostiene que la filogenia se reproduce incansablemente en la ontogenia.

Detrás de estos planteamientos muchos encuentran la influencia de las teorías evolucionistas de la época. La marca de investigadores como Darwin, Lamarck y Haeckel parecen reclamar carta de ciudadanía en puntos neurálgicos de los desarrollos freudianos sobre el origen. Rastrear la construcción de conceptos príncipes del psicoanálisis a partir de concepciones netamente de orden biologicista no suele ser un ejercicio agradable para el gremio psicoanalítico, de ahí que muchos optan por ignorar y así, negar la existencia de estas postulaciones (Ritvo, 1974).

No obstante, las propensiones de ligar filogenia-origen no cesaron, atravesando de inicio a fin la obra freudiana. En “Presentación autobiográfica”, texto donde narra las vicisitudes que marcaron el camino para el desarrollo de su método, Freud comenta lo siguiente: “La teoría de Darwin, reciente en aquel tiempo, me atrajo poderosamente porque prometía un extraordinario avance en la comprensión del universo [...]” (Freud, 1925/2010, p. 8). El naturalista inglés publica su magna obra *El origen de las especies* en 1859, la cual fue ampliamente aceptada por la comunidad científica. Su tesis fundamental sostiene, gracias a la observación de la naturaleza, que todas las especies de seres vivos han evolucionado con el tiempo a partir de un antepasado común, mediante un proceso de selección natural. Al momento Freud tenía alrededor de 3 años.

En un lapso de varios años de trabajo teórico-clínico, más de 20 referencias al trabajo de Darwin van a encontrarse plasmadas a lo largo de la obra freudiana, desde escritos muy tempranos como “Estudios sobre la histeria” (1893/2010), donde establece una analogía entre cierta sintomatología corpórea de las pacientes, como la presencia de tos, y lo expresado por Darwin en su texto “La expresión de las emociones en el hombre y en los animales” (1872/2003), según el cual, la exteriorización de dichas conductas recurrentes en los animales sería una descarga ante un exceso de excitación (Domínguez, 2013, p. 42), hasta producciones cercanas al término de su escritura, como “Moisés y la religión monoteísta” (1939/2010), texto en el que remarca la importancia de la herencia arcaica en el desarrollo biológico.

Incluso al momento de emigrar a Londres, Freud va a llevar consigo 9 volúmenes de Darwin, algunos en alemán y otros en inglés, adquiridos durante los años 1875 y 1883 (Ritvo, 1974). Influencia innegable que va a permear distintos de sus aportes, pero cuya extrapolación al universo de las constelaciones psíquicas no será sin importantes variaciones.

Por otra parte, el pensamiento de Lamarck, a simple vista no parece haber sido tan sustancial como el de Darwin, de quien se hace mención explícitamente en varios apartados. Del célebre naturalista francés, parece haber tomado, sobre todo, la tesis de la herencia de los caracteres adquiridos. En su libro “Filosofía Zoológica” (1896) Lamarck presenta los resultados de sus estudios en animales, su organización, las causas de su desarrollo, la herencia de los caracteres tanto generales como particulares, su funcionamiento y sus leyes.

El padre del psicoanálisis no va a echar en saco roto dichas postulaciones, al referirse a la herencia de huellas mnémicas de lo vivenciado por los antepasados, independientemente de su comunicación directa o del influjo de la educación, hace alusión a los desarrollos Lamarckianos, en dicho apartado comenta lo siguiente:

Nuestra situación es dificultada por la actitud presente de la ciencia biológica, que no quiere saber nada de la herencia, en los descendientes, de unos caracteres adquiridos. Nosotros, por nuestra parte, con toda modestia confesamos que, sin embargo, no podemos prescindir de este factor en el desarrollo biológico. Es cierto que no se trata de lo mismo en los dos casos: en uno, son caracteres adquiridos difíciles de asir; en el otro, son huellas mnémicas de impresiones exteriores, algo en cierto modo asible. Pero acaso suceda que no podamos representarnos lo uno sin lo otro (Freud, 1939/2010, p. 96).

Finalmente, el tercer integrante de la tríada evolucionista preferida de Freud es Haeckel, teórico que a su vez condensa en sus planteamientos las ideas de Lamarck y de Darwin. La ontogenia como una recapitulación de la filogenia es una tesis popularizada en Alemania por él, la cual postula que el desarrollo de los individuos orgánicos está directamente determinado por el desarrollo de la filogenia, o del grupo orgánico. “Para Haeckel, el cambio era todo en una dirección: una aceleración universal del desarrollo, que empujaba a formas adultas ancestrales en los estadios juveniles de los descendientes” (Jay, 1977, p. 10). De manera que era posible hacer inferencias acerca de los antepasados a partir del análisis de los descendientes y viceversa.

Cuando Freud se refiere al desarrollo del yo y de la libido, en varios puntos nos remite a la tesis Haeckeliana:

[...] ambos son en el fondo heredados, unas repeticiones abreviadas de la evolución que la humanidad toda ha recorrido desde sus épocas originarias y por lapsos prolongadísimos [...] algo en el fondo heredado es, empero, vuelto a adquirir en el desarrollo individual, probablemente porque todavía persiste, e influye sobre cada individuo, la misma situación que en su época impuso la adquisición (Freud, 1916/2009, p. 322-323).

Las líneas discursivas, establecidas a partir de las teorías de estos tres investigadores; Darwin, Lamarck y Haeckel, captaron la atención de Freud de manera incesante. De ahí que varios se pregunten si el remarcado interés del padre del psicoanálisis por la filogenia es tributario de una fascinación

biologicista -propia de los inicios de su formación académica- fallidamente resignada. Interpelación un tanto reduccionista cuya respuesta poco nos diría acerca de las causas del remarcado interés por ubicar, en un momento real, lo que el neurótico ha incorporado en el mundo de la fantasía.

Existen, sin lugar a duda, más preguntas que respuestas sobre este tema. Sin embargo, no habría que dejar de lado que el tratamiento de la filogenia en la obra freudiana nace de un interés clínico por explicar la génesis de las neurosis a partir de la historia arcaica del sujeto. Lo cual no se presentó por generación espontánea, si no a partir de un replanteamiento constante acerca de las constelaciones psíquicas.

Son tres los momentos en que parecen ubicarse los distintos esfuerzos por responder la pregunta sobre la etiología de las neurosis en la obra psicoanalítica. En un inicio, apelar por la herencia genética fue la respuesta a la interrogante sobre la génesis de la condición sintomática, posteriormente eso fue permutado por un creciente interés por el pasado individual; los traumas vivenciados en la primera infancia enmarcaron la máxima infancia-destino, que incluso hoy en día muchos analistas siguen sosteniendo, finalmente, ese interés por la historia individual se remontó a un pasado aún más remoto, social, compartido, lo cual sentó las bases para sostener la idea de una herencia arcaica como la responsable de la vida psíquica del sujeto. Lo que atraviesa los tres estadios es un intento por explicar las distintas sedimentaciones, que, a lo largo de la historia, propiciaron la emergencia del sujeto tal y como ahora lo conocemos.

[...] La centralidad de la filogenia en Freud no ha de ser tomada ni como una retardada influencia de marcos darwinianos fuera de moda, y menos aún como un objeto extraño dentro de la teoría. La emergencia del interés por la herencia arcaica fue una derivación contingente de un proyecto intelectual que desde el inicio quiso traducir lo humano en términos de su génesis histórica, sobre todo en el dominio de lo disfuncional. Más aún, una última observación apunta a enfatizar que el recurso a la filogenia se adecuó en Freud a una lógica perenne (Vëto & Vallejo, 2017, p. 12).

La primera aparición del término *filogénesis* en una obra publicada se encuentra en el “Apéndice” (1911/2010a) del caso del presidente Schreber. Ya hacia el final del texto, Freud trae a colación la tesis de Jung acerca de la presencia, en los neuróticos, de las arcaicas potencias mitopoyéticas de la humanidad, las cuales, lejos de caducar siguen presentándose de la misma manera que en los tiempos más remotos. Ahí Freud agrega “[...] muy pronto llegará el tiempo en que se podrá ampliar una tesis que los psicoanalistas hemos formulado hace ya mucho, agregándole a su contenido válido para el individuo entendido ontogenéticamente, el componente antropológico, de concepción filogenética” (Freud, 1911/2010a, p. 76).

Hemos dicho: En el sueño y en la neurosis reencontramos al niño, con las propiedades de sus modos de pensar y de su vida afectiva. Complementaremos: También hallamos al hombre salvaje, *primitivo*, tal como él se nos muestra a la luz de la arqueología y de la etnología (Ibid., p. 76)

Por ende, el salvaje, en palabras de Freud, tiene su equivalente ontogenético en el niño, cuyas constelaciones psíquicas actuales son producto del reservorio de contenidos que se han ido recapitulando de generación en generación, desde los tiempos inmemoriales de la raza humana. Este planteamiento parece alcanzar su punto más álgido en las ideas vertidas en “Tótem y Tabú” (1913/2008) donde se establece un paralelismo entre la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos, en particular, de aquellos aquejados de representaciones obsesivas.

Las múltiples referencias antropológicas en Freud buscan explicar lo que pasa en el mundo íntimo del sujeto, en su acontecer anímico actual, a partir de una aproximación a la historia de lo que ha tenido lugar en lo social, en los grupos originarios, como si se tratase de un trabajo de deconstrucción, o en su caso, de reconducción al origen para desde ahí, echar luz acerca de diversas manifestaciones clínicas. Desde esta lectura, la neurosis misma, la conciencia moral y los sueños, entre otras formaciones del inconsciente, son el resultado de sedimentaciones psíquicas que se han impreso en la vida anímica tras el paso de las generaciones, gracias a las potencias creadoras de la filogénesis, las cuales no dejan de recapitularse en el desarrollo ontogenético individual.

En la *13ª conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño* (1915/2009), momento de gran producción teórico-clínica, pues en los trabajos que se desarrollan entre 1914-1917 se consolidan gran parte de los conceptos fundamentales que van a dar forma al aparato psicoanalítico, se hace referencia nuevamente a la filogenia en su relación con el sueño. En el texto se comenta lo siguiente:

La prehistoria a que el trabajo del sueño nos reconduce es doble: en primer lugar, la prehistoria individual, la infancia; y por otra parte, en la medida en que cada individuo repite abreviadamente en su infancia, de alguna manera, el desarrollo todo de la especie humana, también esta otra prehistoria, la filogenética (Freud, 1915/2009, p. 182).

Freud sigue sosteniendo la idea de que el soñar mismo es una reactualización de la prehistoria del individuo, de los deseos inconscientes transmitidos de generación en generación, los cuales dan forma precisamente al ejercicio onírico. De suerte que el deseo del sujeto se expresa, mediante el sueño, en un íntimo vínculo con aquellos deseos provenientes de los ancestros. “El inconsciente traspasa las generaciones, pero también las enlaza” (Orozco, 2003, p. 138).

Este punto nos remite a pensar acerca de lo propio y de lo que en apariencia resulta extranjero en la vida psíquica, pues si muchas manifestaciones del acontecer anímico son el resultado de la sedimentación de contenidos que se han ido transmitiendo tras el paso de las generaciones, atestiguando con ello su presencia perenne e indestructible, ignorante al paso del tiempo, ¿qué es lo

propio de la constitución subjetiva?, ¿de qué manera se recibe eso que ya viene dado?, y, ¿cuál es el decurso, que en cada historia de vida, toma esa impronta psíquica de antaño?, aún más, ¿qué condiciones posibilitan su emergencia?

Eso transmitido nos compele también a derrocar la creencia de que venimos al mundo sin inscripciones significantes previas, la constitución psíquica no fue el resultado de un proceso de generación espontánea. Por el contrario, hasta en los espacios más recónditos de la subjetividad se encuentran impresas huellas mnémicas de antaño que nos conectan con nuestros ancestros. El sujeto, por tanto, parece habitar dos mundos al mismo tiempo, pues, por un lado, lo que viene de la estirpe originaria lo conecta con los antepasados, y por la otra, eso heredado se transforma e inscribe en lo particular de su historia. Freud ya apelaba a este carácter doble, presente en la vida anímica, “el individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta” (Freud, 1914/2010, p. 76). La reproducción de la filogénesis en la ontogénesis enmarca esta transmisión, la cual muchas veces, no pasa siquiera por el campo de la palabra.

### **La herencia arcaica como modeladora del psiquismo.**

En psicoanálisis, el *fundamento filogenético* hace resonar la transmisión generacional, la herencia, pues se refiere a aquellas repeticiones abreviadas, a través de las cuales se da cuenta de la evolución de la humanidad desde épocas originarias, las mismas que hoy en día siguen ejerciendo influencia sobre el sujeto. Pensar la filogenia desde este campo de saber apunta entonces a distinguir la presencia de un fragmento pasado en todo lo actual. Respecto a ello, Freud (1918/2009) comenta lo siguiente:

En la historia primordial de las neurosis vemos que el niño echa mano de la vivencia filogenética toda vez que su propio vivenciar no basta. Llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica, pone la experiencia de los ancestros en el lugar de la propia (p. 89).

Es decir, lo que fue realidad de hecho en la prehistoria, posteriormente se convirtió en realidad psíquica. La expresión más potente de este contenido filogenético la encontramos en las fantasías, que en Freud se refieren a los orígenes. Laplanche y Pontalis (1985) sostienen que estas formaciones imaginarias son un esfuerzo por brindar una respuesta a los enigmas fundamentales del niño pequeño, representan una realidad de la naturaleza que exige una explicación.

Como fantasías de los orígenes, en la escena primaria lo representado es el origen del individuo; en las fantasías de seducción, el origen o surgimiento de la sexualidad; en las fantasías de castración, el origen de la diferenciación de los sexos. (Laplanche & Pontalis, 1985, p. 62)

Las fantasías son el entramado inconsciente que da origen a la constitución psíquica, al estar relacionadas con la triangulación edípica, son sexuales. A partir de ellas se derivarán todas las demás.

Su universalidad radica en que se trata de escenas que en algún momento fueron vivenciadas en la realidad externa y posteriormente, pasaron a entramarse en la cadena de la transmisión simbólica a través de la fantasía.

Es decir, la propuesta freudiana habla de estas estructuras fantaseadas típicas como las organizadoras de la vida de la fantasía. Independientemente de las vivencias individuales del sujeto.

Es posible que todas las fantasías que se nos cuentan actualmente en el análisis [...] hayan sido en otra época, en los tiempos primitivos de la familia humana, realidad, y que el niño, al crear fantasías, no haga más que rellenar, con la ayuda de la verdad prehistórica, las lagunas de la verdad individual (Freud, 1917/2009, p. 338).

No obstante, aquí cabe puntualizar que el sujeto no se comporta de manera pasiva ante aquello que lo antecede, pues si así fuese se trataría de una simple repetición a la letra tras el curso de las generaciones. Por el contrario, ante ese llamado silencioso se pueden tejer diversas respuestas que impacten en lo que se creía previamente configurado. De ahí que la complejidad del psiquismo nos lleve a desentrañar, en el caso por caso, los sinuosos caminos que se trenzaron ante dicha impronta. “Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal” (Freud, 1933/2008a, p. 54).

El complejo de Edipo, al que Freud clasificará ulteriormente como la pieza clave de las fantasías originarias, será el organizador psíquico más poderoso tanto al nivel de la estructura como al nivel de la historia. Uno de los ejes centrales alrededor del cual se van a reflexionar y a construir los casos.

Cuestión interesante, pues pensar al Edipo como el elemento central de las fantasías originarias nos aleja de la interpretación burda y psicologizada que coloca a los personajes parentales reales en la triangulación edípica del infante. El Edipo es, por otro lado, un producto de la historia de la cultura humana, por ende, va más allá de las figuras de carne y hueso.

Al final del análisis del hombre de los lobos, Freud introduce *los esquemas congénitos por vía filogenética*, ahí escribe lo siguiente:

[...] *Son unos precipitados de la historia de la cultura humana*. El complejo de Edipo, que abarca el vínculo del niño con sus progenitores, se cuenta entre ellos; es, más bien, el ejemplo mejor conocido de esta clase. Donde las vivencias no se adecuan al esquema hereditario, se llega a una refundición de ellas en la fantasía [...] Precisamente estos casos son aptos para probarnos la existencia autónoma del esquema. A menudo podemos observar que el esquema triunfa sobre el vivenciar individual (Freud, 1918/2009, p. 108-109).

El esquema congénito tantas veces prevalece porque las vivencias no se adecuan, ya que el niño ama a su padre, y el precipitado le indica que el padre es violento y debe temerle. De ahí nace la mezcla

del Edipo. En el caso del *Hombre de los Lobos* (1918/2009), el esquema triunfa sobre el vivenciar, pues el paciente de Freud concibe a un padre violento cuando éste no lo es. Y el amor al padre, en su momento, no fue suficiente para poder eliminar la idea de un padre agresivo, lo cual es desplazado por la fantasía hacia otras representaciones.

Asimismo, el caso del pequeño Hans, uno de los más célebres del psicoanálisis, nos permite echar luz sobre este aspecto. Recordemos que Hans se comportaba como un pequeño Edipo, ansiaba estar a solas con su madre, sufría su ausencia, al mismo tiempo que deseaba la lejanía del padre. Cercanía erótica excesiva y perturbadora para el pequeño Hans, frente a la cual el padre no se inmutaba, ya que reaccionaba como un espectador pasivo y complaciente.

La lectura que da Freud a la instauración de la fobia, la ubica como una suerte de formación de compromiso que resuelve los sentimientos de ambivalencia hacia el padre, ya que gracias a la sustitución que se produce entre el padre y el caballo, el primero puede permanecer como objeto amado, no obstante, la hostilidad que el pequeño siente hacia él (Freud, 1918/2009). La angustia que Hans experimentaba respecto a ser mordido por un caballo obedece a una sustitución, que en su núcleo albergaba la fantasía de ser castrado por el padre.

En este punto llama particularmente la atención qué es lo que lleva a Hans a sostener esta fantasía, cuando en su historia, el padre que figura aparece desprovisto de sus investiduras fálicas, no es el garante, tampoco, de la interdicción del incesto. De aquí que, la instauración de la fobia parece ser un llamado de auxilio hacia el padre, un pedido para que le muestre una salida frente a la experiencia de castración. Sin embargo, el padre no responde, está en un estado de fascinación reportándole a su maestro Freud hasta el más mínimo detalle de lo que ocurre con su hijo, “[...] a pensar de todo el amor del padre, de toda su amabilidad, de toda su inteligencia a la que debemos la observación, no hay padre real” (Lacan, 1994/2008, p. 214) afirma categóricamente Lacan.

El niño, por ende, queda paralizado ante la herida que le produce el nacimiento de su hermana, y la intensidad de su pulsión sexual que se manifiesta a través de un onanismo recurrente, todo ello en pleno desarrollo del complejo de Edipo. Por lo que el pequeño se ve compelido, dada la exigencia misma de la situación, a introducir al caballo, ahí donde su padre falla, lo sitúa entre él y su madre. El aspecto problemático de este caso parece girar alrededor de la constante búsqueda de la intervención paterna. “Para que el sujeto viva verdaderamente el complejo de castración, es preciso que el padre real juegue de verdad el juego. Debe asumir su función de padre castrador, la función de padre en su forma concreta [...]” (Ibid., p. 366). Sin embargo, el padre de Juanito “[...] se obstina en no querer castrar” (Ibid., p. 367).

El complejo de castración se inserta en el complejo de Edipo, del que forma parte, en su núcleo está formado por fantasmas incestuosos y parricidas que se encargan de inhibir todo intento de transgresión, empujando a la represión y a la renuncia de la realización de los deseos edípicos. En el Edipo de Hans, el niño, ante la carencia paterna, busca los sustitutos significantes que le permitan esbozar una resolución del complejo de castración. Lo cual da cuenta de lo imperecedero del recorrido edípico, pues aun cuando, en la vivencia real del sujeto los elementos necesarios para la triangulación edípica estén ausentes, u organizados de distinta manera, esto no va a menguar su aparición, la cual, al reanimarse en lo singular de una historia de vida, va a esbozar distintos caminos de resolución.

Y algo similar sucede con el padre del *Hombre de las ratas* (1909/2010a), ya que el esquema también se impone frente al vivenciar individual, recordemos que el tormento obsesivo por contrariar su voluntad, el miedo a desobedecerlo y desposar a la dama pobre, ponen en escena a un padre sumamente temido, cuya muerte estaba lejos de menguar los afectos hacia él. Lo cual también nos remite a pensar en la diferencia que existe entre los padres internalizados y los personajes reales, así como en lo delicado de hacer coincidir, en el contexto clínico, a ambas figuras.

El punto neurálgico que se establece a partir de la tesis del componente filogenético es que no todo surge por cosas vivenciadas, lo cual nos llevaría a un planteamiento meramente psicológico, en el que se destacaría únicamente lo vivido, y se dejarían de lado las fantasías, las ocurrencias y la producción significativa. Sin dejar de lado que la historia de hecho está hecha también, de discurso.

Las fantasías inconscientes, presentes en el esquema, al enlazarse con vivencias, no ajenas al contenido mismo de la fantasía, propician las supuestas vivencias de la infancia, que en realidad son combinatorias. Las diversas formas de expresarse dependen de a qué representaciones se enlazan, lo cual es diferente para cada sujeto. De ahí que las historias sean distintas para cada quien.

El esquema congénito, en los términos en los que se trabaja en ese texto, vendría a ser el patrimonio instintivo de la humanidad, el núcleo de lo inconsciente. “[...] Una actividad mental primitiva que luego la razón de la humanidad destrona, superponiéndosele, pero que, con harta frecuencia, quizás en todas las personas, conserva la fuerza suficiente para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores” (Freud, 1918/2009, p. 109).

Esa parte inconsciente, heredada, en la que se encuentran las fantasías inconscientes, es la antesala de lo que Freud irá desarrollando como Ello. Recordemos que, si bien lo reprimido confluye en el Ello, no lo abarca todo, pues el ello es reservorio también de las pulsiones y de lo inconsciente no reprimido, esto visto desde el esquema de *El yo y el Ello* (1923/2011) y *La descomposición de la*

*personalidad psíquica* (1933/2008a). Desde este desarrollo, el esquema congénito, que será a la postre parte del Ello, y no reprimido, pero inconsciente, da cabida a las fantasías.

Aquí es importante aclarar que, con esto del esquema, Freud no está explicando la infancia, en el sentido de con qué se nace y con qué no. Lo que busca explicar es la neurosis, la formación del síntoma. El esquema por sí solo no se manifiesta sino está inscrito en lo social, ya que estas fantasías inconscientes son parte de la cultura. Lo que Freud indica heredado en el esquema, son las fantasías inconscientes, las cuales se transmiten culturalmente a través de la Lengua materna y de ahí al lenguaje. En Lacan, eso es parte del Otro.

El esquema está pensado en función de sujetos neuróticos, y es un recurso para explicar otra instancia que será desarrollada en la segunda tópica. El Superyó. La edificación del superyó se presenta como fiel portadora de la tradición, de todas aquellas valoraciones perdurables que se han producido por este camino a lo largo de las generaciones (Freud, 1933/2008a).

La humanidad nunca vive por completo en el presente; en las ideologías del superyó perviven el pasado, la tradición de la raza y del pueblo, que sólo poco a poco ceden a los influjos del presente, a los nuevos cambios; y en tanto ese pasado opera a través del superyó, desempeña en la vida humana un papel poderoso, independiente de las relaciones económicas (Freud, 1933/2008a, p. 63).

La instauración del superyó es el resultado de la represión del complejo de Edipo, es la instancia que surge a partir de su expiración. No obstante, esta producción no es la única que se precipita a partir de este esquema congénito por vía filogenética, ya que su irrupción convoca la emergencia de fantasías particulares, como las de paliza, que, al estar enraizadas en la triangulación edípica, reclaman también, un origen filogenético.

### **Las fantasías anudadas a la triangulación edípica.**

La importancia clínica que tiene el complejo de Edipo en la obra freudiana hace de este desarrollo un referente fundamental para explicar las neurosis, la formación de síntoma, y, la sexualidad infantil. Como se comentaba previamente, su existencia, más que material, es fantasmática. Se sostiene en una transmisión generacional inconsciente que, desde tiempos inmemoriales, es parte esencial de la cultura. Se trata de la herencia arcaica de una impronta psíquica que sienta las bases para el despliegue del drama edípico, el cual es irreductible a la configuración parental circunscrita por los lazos consanguíneos del sujeto.

El complejo de Edipo, como precipitado de la cultura humana, cercano a su expiración, moviliza la emergencia de diversas fantasías, y de la manera en que cada quien atraviese por ellas, van a persistir

cicatrices que, como marcas indelebles, van a hacer presencia en los intercambios con los otros. Entre estas se encuentran las de paliza, engarzadas con la triangulación edípica, proveen el terreno para posteriores fijaciones perversas. En *pegan a un niño* (1919/2009a), se habla de tres momentos de la fantasía. Cuestión interesante, pues si bien en Dora se analizaban múltiples producciones imaginarias, las cuales sostenían la condición sintomática de la paciente, en este texto se habla de que es sólo una fantasía, la que reviste una importancia fundamental.

En estas producciones psíquicas, el lugar de lo transmitido hace presencia, pues la propuesta freudiana apunta a que las fantasías de paliza forman parte de una herencia que se ha ido modelando a través del tiempo. Presentes en el aparato psíquico, se reaniman ante el encuentro con situaciones de la vida que vuelven a poner en circulación su contenido, como el presenciar como otros niños son golpeados, sobre todo en edad escolar. El co-vivenciar esas escenas de agresión precipita, en el niño espectador, una mezcla de sentimientos de repulsa y de satisfacción. Frente a ellos, la actividad fantaseadora comienza a imaginar múltiples escenarios en los que, otros niños reciben distintos castigos físicos por su mala conducta.

Freud comenta (1919/2009a) que estas fantasías son narradas tras el curso del análisis por personas que se atienden a causa de una histeria o una neurosis obsesiva. Aspecto a no perder de vista, pues con ello queda delimitado que su emergencia tiene que ver con la transferencia, con un proceso de análisis, y no con algún estudio de otra índole.

A diferencia de lo que ocurre en el caso del hombre de los lobos, en el que se debate la realidad fáctica de la escena traumática, en las fantasías de paliza, la única realidad es la fantasía, esta adquiere un estatus de realidad propia, de ahí que *Pegan a un niño* (1919/2009a) sea uno de los desarrollos más consolidados, referencia fundamental para abordar el tema de las producciones imaginarias en psicoanálisis. Cabe señalar que el título tiene un error de traducción, pues *pegan a un niño* remite a una voz activa, hace alusión a una acción que está ocurriendo en un momento determinado y, por tanto, puede situarse en el tiempo. En alemán, *wird geschlagen*, se refiere a una voz pasiva, por lo que la traducción sería *un niño es pegado*, lo cual desmarca el hecho real para pasar al terreno de la fantasía. Pues las personas que referían estas ensoñaciones rara vez habían sido golpeadas, y en su educación en casa, tampoco se podía rastrear esa característica, por lo que era otra cosa lo que se estaba poniendo en escena.

Recordemos que el complejo de Edipo freudiano, en las neurosis, es tanto positivo como negativo al mismo tiempo, pues, así como se ama al padre, también se le odia, así como hay una fantasía de incesto con él, también la hay con la madre. En la primera infancia se ubica el surgimiento del primer

momento de la fantasía, *el padre pega al niño*, el niño azotado nunca es el fantaseador, es otro, puede ser incluso un hermano o una hermana. Ahí Freud propone, *el padre pega al niño que yo odio*. Evidentemente se refiere a un amor incestuoso hacia el padre, esta ensoñación satisface los celos del niño, alude a intereses egoístas de su vida amorosa. En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso, la vida sexual del niño alcanza el estadio de la organización genital. En este punto podemos apelar a una conexión significativa entre amar-odiar-pegar.

Lacan (1994/2008) comenta que este primer estadio de la fantasía aparece vinculado en la historia del sujeto con la introducción de algún hermano o hermana que, por su presencia, parece menguar el amor recibido por los padres. Configuración fantasmática en la que confluyen 3 personajes; el agente de castigo, el que lo sufre y el sujeto. Perspectiva histórica que a su vez es retroactiva, ya que el sujeto formula y reescribe, en análisis, una situación primitiva en el acontecer actual de su palabra.

En el segundo momento de la fantasía, el padre sigue siendo quien pega, pero ahora el golpeado es el fantaseador. Hay un paso de activo a pasivo, por lo que ahora la fantasía reza; *yo soy azotado por el padre*, lo cual implica una inversión de sujeto a objeto. Para Freud, esta segunda fase es, de todas, la más importante, nunca ha tenido una existencia real y nunca ha llegado a devenir-consciente. Por lo general surge a partir de una construcción en análisis.

Gracias a la represión del complejo de Edipo, los vínculos amorosos incestuosos se van al fundamento. De ahí que, ante la fantasía de la primera parte, *el padre me ama solo a mí, no al otro niño, pues a este le pega*, la conciencia de culpa se exterioriza como castigo y realiza una inversión de ese triunfo, *no, no te ama a ti, pues te pega*. Por lo que la fantasía del segundo momento, la de ser uno mismo azotado por el padre es la expresión directa de la conciencia de culpa. Es el castigo por lo genitualmente prohibido. Interviene la culpa, el amor y la organización genital con una regresión al sadismo anal.

La escuela lacaniana va a tomar el texto *Pegan a un niño* (1919/2009a) como base -en particular los desarrollos acerca de la segunda fase de la fantasía; femenina, reprimida y jamás recordada por el sujeto- para proponer la existencia de *la fantasía fundamental*, la cual se inscribe como una ley en lo real, dando la clave del destino del sujeto. La hipótesis de que el soporte de la pulsión en la fantasía es una frase, hizo derivar una doctrina, que hasta bien entrados los años 70's comando el fin de análisis, haciendo de la fantasía una frase que tendría un lugar axiomático en la estructura del sujeto, la cual se encargaba de dirigir la repetición en su vida, como una suerte de ley singular, regularmente patológica, y descubierta en análisis. La importancia de este concepto es correlativa al valor que tomó el objeto a en la enseñanza de Lacan (Morel, 2012). Cabe resaltar que este término no existe en Freud, quien

más bien habla de las fantasías originarias, pero en un sentido diferente, como formaciones imaginarias que constituyen el patrimonio filogenético de la humanidad.

Continuando con el tercer momento de las fantasías de paliza, una de sus particularidades consiste en que deviene consciente, en la escena la persona que pega nunca es el padre, aparece un subrogante del mismo o alguien indeterminado, y les pega a varios niños. La persona propia del niño fantaseador ya no sale a la luz en las fantasías de paliza. Ahora el fantaseador este quizá mirando. Lo que diferencia esta fantasía de las anteriores y establece un nexo con la fase intermedia es que ahora la fantasía es portadora de una excitación sexual, por lo que procura la satisfacción onanista. La situación originaria, simple y monótona, del ser-azotado puede experimentar las más diversas variaciones y adornos, y el azotar mismo puede ser sustituido por castigos y humillaciones de otra índole (Freud, 1919/2009a).

De manera que las fantasías se someten a múltiples transformaciones, ya que puede cambiar el vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, y su significado, dando lugar a formas de lo más variadas. Al reanimarse y entramarse con la historia singular, delinean distintas posiciones frente a la vida. Leclaire (2009) por su parte, propone la fantasía, *matan a un niño*, que a diferencia de *pegan a un niño*, ensoñación consciente de orden recurrente entre los pacientes, la propuesta por Serge Leclaire emerge generalmente disfrazada, mostrando la estructuración del deseo. De ahí que en un proceso de análisis es importante darle lugar a los indicios de representaciones que ponen en escena agresiones, aun cuando estos aparezcan velados o desplazados.

Un claro ejemplo de este aspecto es la historia de Pierre-Marie, paciente de Leclaire (2009), la insistencia repetitiva de un recuerdo acaecido en su niñez, en el cual su padre ahogaba, con particular violencia, a un perro, lo llevó a hablar de la muerte, en su primer año, de un hermano mayor, también llamado Pierre. Pierre-Marie aparece como el reemplazante de Pierre y todo el malestar gira alrededor de matar la representación de Pierre-Marie, sustituto viviente del Pierre muerto, lastre fantasmático que imposibilita la vida al niño de carne.

Sueños recurrentes en los que deseaba la muerte de su padre, de su madre, y de su mujer, parecen alejar la mirada del único personaje a quien se dirigía el verdadero anhelo de muerte, a él mismo, o, mejor dicho, al Pierre-Marie que encarnaba la representación del deseo de su madre. Sustituto viviente de un muerto y predestinado a la inmortalidad. El desasimiento de esa posición implicaba una complicada operación para él, pues al volverle a dar muerte al hermano fallecido, asesinaba también el anhelo materno, obligando a la madre a emprender un trabajo de duelo que no había tenido lugar. El caso de este niño, reliquia histórica para la madre, muestra una de las vías en que la fantasía, *matan a un niño*, puede ser reanimada en una historia de vida, comandando el destino del sujeto.

Aunque en la historia familia no haya ningún hermanito muerto, siempre hay, en el deseo de los padres, algún duelo no hecho, aunque sólo sea el de sus propios sueños infantiles y su progenitura será siempre y sobre todo el soporte excelente y privilegiado de aquello a lo que habrán debido renunciar (Leclaire, 2009, p. 25).

De suerte que cada sujeto tendrá que vérselas con las fantasías, que, anudadas a la triangulación edípica van a ligarse a distintas representaciones de la vida, dando lugar a una novela familiar singular, escenario de múltiples enjuegos subjetivos que van a trazar el devenir del sujeto.

### **Las producciones imaginarias como recurso clínico.**

En el psicoanálisis clásico encontramos a la fantasía bajo 3 modalidades distintas: las fantasías conscientes o sueños diurnos, las fantasías inconscientes que se construyen en análisis, las cuales tantas veces sostienen las manifestaciones sintomáticas, y las fantasías originarias, de las cuales surgen todas las anteriores.

La teoría sobre la etiología de las fantasías pone el acento en su construcción generacional, pues su génesis se encuentra en los restos de cosas que los niños oyeron en una época temprana y sólo con posterioridad (*nachträglich*) entendieron. “Las fantasías se generan por una conjunción inconsciente entre vivencias y cosas oídas, de acuerdo a ciertas tendencias” (Freud, 1897/2010b, p. 293). Sin embargo, para que haya *nachträglich*<sup>3</sup> tiene que entrar otra escena, de manera que se combina lo vivenciado con lo oído, y lo pasado (de la historia de los padres y los antepasados) con lo visto por uno mismo.

De suerte que en el contenido mismo de las fantasías hay restos originarios de los ancestros, los cuales, al combinarse con lo vivenciado y lo oído por el sujeto generan producciones imaginarias de lo más variadas, las cuales cambian dependiendo de las representaciones a las que se enlacen.

La formación de fantasías acontece por combinación y desfiguración, análogamente a la descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro. [...] La primera variedad de la desfiguración es la falsificación del recuerdo por fragmentación, en la cual son descuidadas precisamente las relaciones del tiempo (Freud, 1897/2010b, p. 293).

---

<sup>3</sup> Este término, pensado desde el psicoanálisis, propone otra dimensión de la temporalidad, se refiere a la instauración de acontecimientos, impresiones o huellas que pueden no adquirir todo su sentido, toda su eficacia, sino en un tiempo posterior al de su primera inscripción. Su aparición se puede rastrear a partir de la teoría de la seducción, la cual apelaba a escenas sexuales vivenciadas de manera temprana por las pacientes, con una actitud bastante neutra. Estas vivencias de entrada no devenían traumáticas por sí mismas, hasta en un segundo momento, con la oleada de la pubertad y el despertar sexual, la escena acaecida en la infancia era reinscrita en el psiquismo, tomando un sentido nuevo. Aunque Freud abandona la teoría del trauma, la importancia del *efecto retardado* no se suprime, ya que en su núcleo sostiene la hipótesis de la existencia de una sexualidad infantil que rebasa las posibilidades, de una percepción definitiva del registro sexual, por parte del niño. En el caso Hans se describe de manera magistral la manera en que la amenaza de castración adquiere toda su fuerza, en un tiempo posterior al de su primera formulación.

Así, un fragmento de la escena vista puede ser reunido en la fantasía con otro de alguna escena oída, mientras que el fragmento liberado entra en otra conexión. Siendo así como las fantasías se pueden desplazar y crear a su vez múltiples escenas.

El territorio de la fantasía se despliega con gran intensidad en los sueños diurnos, los cuales condensan todas aquellas historias que el sujeto forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia, estas ensoñaciones permiten el despliegue virtual de un escenario en el que se presentan las pulsiones y los conflictos psíquicos. En la clínica infantil, el juego aparece en el lugar que ocupa el fantaseo en el adulto (Freud, 1908/2010a). De ahí que analistas interesados en el psicoanálisis de niños, como Melanie Klein, le han dado una importancia fundamental al desarrollo de escenas lúdicas durante el tratamiento, las cuales devienen las herramientas fundamentales para tomar noticia del mundo interno del niño, apuntalando, muchas veces, a través de ellas, las intervenciones.

Durante cierto tiempo tuve la oportunidad de trabajar clínicamente con niños que fueron adoptados en su primera infancia. Su historia previa a la adopción era bien conocida por sus nuevos padres, ya que incluso se encontraba documentada con registros fotográficos, pero su transmisión le estaba negada a los niños. La angustia parental de mostrarles la crudeza de su pasado, generalmente atravesado por estados de suma precariedad física y emocional -mismos que fueron documentados al detalle por la institución- resultaba inconcebible, por lo que, en la mayoría de los casos, frente a las preguntas de los chicos sobre este tema, se aludía a un desconocimiento total.

La tentativa de los padres por negar el pasado de sus hijos enfrentaba a los pequeños a una suerte de vacío que generaba que el cuestionamiento sobre el origen únicamente pudiese manifestarse a partir de una angustia desmedida, lo cual también acarrea serias dificultades para la adherencia fantasmática a la nueva familia. Recordemos que la pregunta sobre el origen atraviesa a la condición humana, volviéndose una interpelación constante a lo largo de la vida, la cual puede ser reanimada en distintos momentos, y si no hay un tejido que pueda sostenerla, puede dar pie a manifestaciones sintomáticas de lo más variadas.

La filiación en psicoanálisis finalmente es una ficción que se asienta sobre una trama edípica. Se trata de un montaje fantasmático que le otorga a cada quien su lugar en la línea generacional, en estos niños, el enfrentamiento constante al vacío no les permitía sostener una pregunta sobre el origen ni acceder a la construcción fantasmática de lo familiar. Revelarles los pormenores de su historia real, sin intermediación de la fantasía, sin permitirles construir a ellos una respuesta acorde a las posibilidades de su propio aparato psíquico, sin lugar a duda era una salida falsa que lejos de activar nuevos procesos

psíquicos, los hubiese detenido bajo la premisa de una verdad inamovible que ahora quedaría enquistada en lo anímico, esto sin mencionar la violencia que se puede ejercer a través de una imagen.

Por el contrario, hacer recurso, mediante el juego, a la construcción de diversas fantasías sobre su historia pasada, permitía bordear y empezar a nombrar aquello oscuro e indecible, que por su carácter de prohibido había quedado petrificado en el psiquismo. En este tiempo de reconstrucción se involucraron también algunos de los padres, que, al trabajar su propio estado de angustia, pudieron fungir como continentes del vacío al que se enfrentaban sus hijos respecto a su origen. A partir de la edificación del mito familiar, el cual, si bien contenía fragmentos de la realidad material, no se reducía a ellos, pues también incluía otras cosas, como ensoñaciones diurnas de los niños, la irrupción de la agresividad, manifestada a través de conductas hostiles hacia los padres, maestros, familiares y compañeros de juego, disminuyó significativamente. El trabajo clínico era una apuesta por volver a poner en circulación a la fantasía, la cual es un recurso transferencial para que la repetición actuada devenga retorno de lo reprimido.

La fantasía rebasa el plano de lo imaginario en tanto incorpora elementos de lo real y de lo simbólico que sustentan el deseo<sup>4</sup>. La práctica clínica atestigua este punto de manera recurrente pues muchas veces la condición sintomática del sujeto se encuentra sostenida por producciones psíquicas, las cuales a su vez están enraizadas en las líneas generacionales. En *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908/2010b) se habla de fantasías que se expresan en actos, en una realización que pone en escena atentados, maltratos y agresiones sexuales, de ahí que el abordaje analítico tendrá que dar lugar al despliegue de las mismas.

La actividad fantaseadora es la que predomina en el campo de las neurosis, posibilita la rectificación de la realidad insatisfactoria, por ende, el insatisfecho es quien fantasea, nunca lo hace el dichoso. (Freud, 1908/2010a). Dichas producciones imaginarias enmarcan la realización de un deseo inconsciente, el cual se presenta deformado por los procesos defensivos.

### **Las huellas de lo originario.**

Las fantasías son cumplimientos de deseo que se basan en impresiones infantiles, creaciones imaginarias que mantienen cautivos a los síntomas. En *La interpretación de los sueños* (1900/2010) se las analiza bajo el modelo de los sueños diurnos, cuya estructura es equiparable, pues ambas son formaciones de compromiso que buscan burlar la censura para expresarse. Sin embargo, existen ejes diferenciales entre ambas formaciones del inconsciente, pues mientras las fantasías enmarcan

---

<sup>4</sup> Fue justamente esta condición de la fantasía que desborda lo imaginario, la que llevo a Lacan a hablar de fantasma, soporte del deseo.

escenificaciones recurrentes que señalan una forma particular de gestionar el deseo, en la cual desempeña un papel preponderante la elaboración secundaria, en el sueño nocturno se expresan oníricamente momentos transitorios del deseo, en donde siempre está implicado el retorno de lo reprimido. No obstante, las fantasías inconscientes pueden también expresarse a través de sueños, lo que genera un intrincamiento entre ambas formaciones psíquicas, difuminando la separación entre ellas.

La fantasía tiene una estrecha relación con el deseo, por eso involucra lo simbólico. Para Freud (1900/2010), el deseo tiene su origen y su modelo en la primera experiencia de satisfacción: La vivencia de satisfacción primigenia se instaura cuando es posible descargar un estímulo displacentero, como el hambre, lo cual deja una huella en el aparato psíquico. Para ello, es necesaria la intervención del otro, pues el cachorro humano está imposibilitado, dadas sus limitaciones psíquicas y biológicas, de satisfacer sus necesidades más básicas de supervivencia.

Cuando gracias al otro se posibilita la descarga, en el infans queda la marca de una huella mnémica placentera. Posteriormente, cuando se vuelve a presentar un aumento en la cantidad interna, la huella de displacer que se generó en un primer momento se inviste ahora de un afecto placentero; el placer de desear. El deseo es la búsqueda por reencontrar esa primera satisfacción, mítica e irremediabilmente perdida.

Freud propone diferenciar entre necesidad y deseo. La necesidad remite al estado de tensión interna que encuentra su satisfacción gracias a una acción específica, por ejemplo, el alimento que es proporcionado al bebé por intermediación de los cuidadores. El deseo, por otra parte, remite a signos infantiles indestructibles, está ligado a las primeras huellas mnémicas y su realización se encuentra en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esa satisfacción (Laplanche & Pontalis, 2004, p. 91). La disposición de esos signos constituye a la fantasía, correlato del deseo.

En este punto no habría que perder de vista que, en un primer momento, es el otro el vehículo para inscribir el deseo en el cuerpo, la manera en que esta operación se lleve a cabo tendrá importantes repercusiones para el devenir del neonato, el cual tendrá que vérselas con esas marcas originarias, mismas que van a comenzar a modelar una forma particular de gestionar el deseo, expresado a través de fantasías, sueños, y síntomas; tejiendo con ello, la narrativa de una vida.

En nuestra cultura, suele ser la madre la figura encargada de prodigar los primeros cuidados del recién llegado. De suerte que el bebé, en un estado de profundo desvalimiento inicial, queda enfrentado al deseo materno, universo todopoderoso y omnipotente que será menester resignar en un momento

posterior de la vida infantil, pues si esto no ocurre, corre el riesgo de volverse terrible y persecutorio, coartando el devenir subjetivo de la vida, y eclipsando también, a las generaciones venideras.

Siguiendo a Lacan (1958/2010) en el segundo tiempo edípico, la función paterna viene y priva tanto a la madre de su objeto fálico, como al niño del objeto de su deseo. Por ende, la madre deja de ser fálica y se le abren nuevas vías al pequeño para mirar hacia otro lado y apuntalar su deseo en otros objetos. Por el contrario, si no se acepta la privación de la madre, el niño se vuelve el falo, quedando enfrentado así ante una madre omnipotente.

Este duelo por el universo primordial también puede verse entorpecido si la madre imposibilita el proceso de pérdida y separación en el hijo, lo cual genera un traslape generacional en el que se borran las diferencias, no sin menoscabo a la tercera generación, cuyo malestar se manifiesta a través de una sintomatología de lo más variada. Gracias a los encuentros clínicos, pude entrever que hartas veces, la imposibilidad de la madre de abrirle un espacio psíquico al recién llegado se enmarca en una no renuncia a la intensa ligazón que esa madre tiene con su propia madre, relación indisoluble en la que nada se pierde, los recién llegados se suman a la masa informe de lo indiferenciado (Sierra & Novoa, 2016). Poniendo en escena la reedición de una condición de no apertura a un tercero.

El hijo deviene entonces un eslabón, muestra viviente del encadenamiento entre la madre y la abuela, símbolo de la primacía de un vínculo primario intergeneracional que persiste al paso del tiempo, pues si la pérdida por el objeto original no ha tenido lugar, todo lo que posteriormente ocurra en el campo libidinal fungirá como mero desplazamiento que se mantendrá en los límites de ese universo materno.

De manera que, el lugar de acogida para el nuevo integrante está sostenido en las líneas generacionales que le anteceden, marcado por la manera en que sus padres atravesaron su condición edípica y se posicionaron frente a la castración, movimiento que a su vez se engarza con la relación fantasmática de esos padres con sus propios padres, de los abuelos con sus padres y en suma, de los demás ancestros, tejiendo así una cadena de transmisión plagada de ideales, sueños, expectativas, y deseos, mismos que aunque no pasen por el campo de la palabra, van a modelar una impronta psíquica, frente a la cual, el recién llegado va a crear distintas producciones imaginarias. La fantasía es prueba imperecedera de los restos transmitidos entre generaciones.

No olvidemos que el bebé es al principio un objeto en el deseo de sus padres, puede ser un objeto despreciado, amado, indiferente o, incluso odiado, de lo que él significa para ellos, quizás no sepa mucho y quizás los padres tampoco, pero de ese saber no sabido subsisten huellas, marcas en lo

inconsciente. De la cuales posteriormente, el niño va a construir una fantasía alrededor de una red de interpretaciones inconscientes que él teje respecto de lo que interpreta que es para el otro.

Sobre este aspecto, Morel (2012) narra el caso de la Sra. P, una mujer que interpretó el deseo materno en su detrimento. Las palabras maternas proferidas durante su nacimiento, lejos de convertirse en una pregunta que pudiese ser llevada a análisis, se cristalizaron, cerrando cualquier enigma y dejándola presa de una escenificación tildada de muerte. Tras 8 años de análisis fue posible construir la fantasía que sostenía gran parte de su actuar, ella era la detentora de un poder de vida y de muerte sobre sus semejantes.

La Sra. P es anestesista, su trabajo consiste en adormecer y despertar a los pacientes después de operaciones importantes. Obsesionada con el tema de la muerte de los otros, constantemente se preguntaba si no sería mejor no despertarlos, y ayudarlos a morir, en especial a aquellas personas de edad avanzada con padecimientos invalidantes. Se pronunciaba en contra del encarnizamiento terapéutico de nuestras sociedades, mismo que lleva a la prolongación innecesaria del sufrimiento.

Las circunstancias de la muerte de su hermano mayor, ocurrida poco tiempo antes de que ella decidiera comenzar un análisis, reiteraban el contenido de su fantasía. Ese día por la mañana él le había llamado, quejándose de dolores cardíacos, respecto a los cuales ella lo tranquilizó, minimizando los signos de alerta. Horas más tarde su hermano moría de un paro cardíaco. La Sra. P se sentía responsable por su deceso. Aunado a ello, tuvo el infortunio de pertenecer a una familia cuyos miembros morían de manera espeluznante, en 8 años perdió a 5 de sus cercanos. El tema de la muerte atravesaba todas las esferas de su vida.

Y su nacimiento no había sido la excepción, ella llega al mundo de manera prematura, y en ese momento le es propuesto a su madre ponerla en una incubadora, pero esta prefirió conservar a la bebé cerca y pronunció aquellas palabras que fueron frecuentemente repetidas a la señora P. a lo largo de su vida: “Veremos mañana si aún está con vida”. ¿inconsciencia debida a un exceso de amor materno o, por el contrario, deseo de muerte? La Sra. P quedó fijada al ambiguo punto del deseo materno oculto en esa frase, que le fue tantas veces repetida por su madre.

¿De qué manera se puede entender este exceso de amor materno?, Freud hace un análisis de la presencia de la ternura exagerada, desentrañando las motivaciones latentes que han sostenido la intensidad del afecto. En una de las interpretaciones que hace de sus propios sueños, alude a la desfiguración onírica y a la censura como elementos que transforman, en su contenido contrario, fragmentos que se presentan en el texto del sueño. En el caso del sueño del tío Josef, los pensamientos oníricos dirigidos hacia R., colega de trabajo, contenían, de manera manifiesta, una denostación hacia

su persona, la disimulación de este afecto se exteriorizó, a la hora del dormir, a través de un estallido de ternura excesiva e incomprensible dirigida hacia su compañero, de suerte que el otro afecto -penoso dada la relación de amistad con R.- aparecía invisibilizado (Freud, 1900/2010).

La interpretación del deseo materno se transformó en una fantasía que delineó el actuar de la Sra. P, se inscribió en sus comportamientos, le dio forma a su vida y sello su destino, al menos hasta que pudo darle forma mediante su análisis. Este caso muestra la manera en que las huellas de lo originario pueden llegar a comandar el malestar del sujeto. Abrir el análisis de la fantasía a las líneas familiares ascendentes nos permite tomar noticia de la manera en que se transmiten a las siguientes generaciones, y la forma en que éstas se reciben, transforman e incorporan en la vida anímica.

En suma, la actividad fantaseadora está en continuo movimiento, generando un dinamismo psíquico en reacomodo constante en el que confluyen restos de varias generaciones, los cuales hacen eclosión en lo singular de una historia. El sujeto, por ende, no viene al mundo como una tabula rasa, carente de inscripciones significantes. Si no por el contrario, el lenguaje lo precede y con ello, lo incorpora al universo de lo humano, insertándolo en una línea generacional y haciéndolo participe de los signos y de los símbolos compartidos culturalmente.

Las inscripciones significantes vehiculizadas por el lenguaje adquieren su máxima valía en el terreno de lo familiar, ya que éste constituye el espacio privilegiado de emergencia de las fantasías originarias, lugar de reunión de los ideales compartidos entre generaciones, que fundan distintos posicionamientos subjetivos en sus miembros, que, en el mejor de los casos, aperturan preguntas sobre el deseo. La familia, hartas veces, se presenta como una especie de reservorio, plagado de significaciones inconscientes que anteceden al sujeto y lo constriñen a desempeñar ciertas funciones. De ahí que, para abordar lo concerniente a la transmisión entre generaciones, se vuelva imperante analizar el orden familiar, su papel en la construcción sintomática y el encargo de transmisión que alberga en su seno.

## CAPÍTULO II

### LA DIMENSIÓN GENEALÓGICA EN LA CASUÍSTICA FREUDIANA

En la casuística freudiana son dos grandes ejes los que conducen el análisis de los historiales clínicos, por un lado, se encuentran los principios metapsicológicos que proponen modelos teóricos que buscan echar luz sobre el funcionamiento del aparato psíquico, y, por el otro lado se ubica el orden genealógico circunscrito al complejo de Edipo, a través del cual se problematiza la novela familiar que, en cada sujeto, posibilita el acontecer subjetivo (Sierra Ivonne, 2019). La correspondencia entre ambos elementos resulta imprescindible para la investigación psicoanalítica, la cual no puede omitir uno u otro -so pena de caer en reduccionismos psicológicos- para mostrar los hallazgos clínicos suscitados en el espacio transferencial.

En el ser atravesado por el lenguaje; la genealogía y la filiación sientan las bases para el modelamiento del mundo interno, pues es en el terreno de lo familiar donde comienza a escribirse la historia personal, es el lugar de los primeros intercambios libidinales, de la intrincación pulsional que va a permitir que, más adelante, el organismo devenga cuerpo, es también el espacio de inscripción de los signos y símbolos compartidos culturalmente que permiten la vida en sociedad.

En los historiales clínicos de Freud, la escucha a la dimensión generacional es la piedra angular que permite la construcción teórica. El análisis del mundo interno comanda la edificación conceptual, la cual no cesa de reescribirse en el encuentro con el otro. En *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905/2010a) comenta lo siguiente:

Por la naturaleza de las cosas que constituyen el material del psicoanálisis, se infiere que en nuestros historiales clínicos debemos prestar tanta atención a las condiciones puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos. *Por sobre todo, nuestro interés se dirigirá a las relaciones familiares* (p. 18).

A partir de la escritura de su casuística es posible entrever que el padre del psicoanálisis solía tomar dos generaciones, la del analizante y la inmediatamente anterior a él o ella, para construir la historia del tratamiento. Prestar escucha al tejido familiar que emana de las historias de vida reafirma que la condición sintomática no puede ser desprendida de las líneas generacionales y filiales que, tantas veces, le sirven de soporte. En este sentido, llama la atención que Freud hiciera tan poca referencia a una tercera o cuarta línea generacional al momento de teorizar lo suscitado en su consulta, quizás la falta de información proporcionada por sus pacientes restringió y/o delimitó su escucha. Historiadores y psicoanalistas han tomado para sí esta empresa, investigando y reconstruyendo la historia de los

padres cuyos vástagos se convirtieron en una referencia fundamental del psicoanálisis; Dora, Hans, Schreber, El hombre de las ratas y El hombre de los lobos.

A continuación se mencionarán algunos puntos generales de la casuística freudiana para apuntalar la perspectiva metodológica tomada por Freud para analizar la condición patológica de sus pacientes, a la par de esta información van a intercalarse otras lecturas de los historiales clínicos, que apuntan a abrir la escucha del malestar más allá de la segunda línea ascendente de la estirpe, todo esto siguiendo la premisa de que ensanchar el panorama generacional, provee nuevos elementos para pensar y analizar el malestar anímico que aqueja al sujeto.

### **La Dora de Freud.**

En pleno cambio de siglo acudió a la consulta de Freud, ubicada en el distrito IX de Viena, una joven de dieciocho años que vivía a dos manzanas del famoso despacho médico. Las sesiones diarias, de lunes a sábado, no superaron los tres meses de duración. Sin embargo, en el historial del tratamiento, escrito inmediatamente después de la partida de Dora -seudónimo que le fue otorgado por Sigmund para, fallidamente, preservar su identidad-, quedó plasmado uno de los descubrimientos príncipes del proceder analítico: la transferencia.

Los padecimientos de Dora comenzaron a una edad muy temprana, a los seis años presentó enuresis que posteriormente, a los 8 años, fue remplazada por tos, pérdida de voz y dificultad para respirar, después de un tiempo esos síntomas desaparecieron, pero a los 12 años comenzó con migrañas que prevalecieron durante toda su adolescencia, volvió la tos seguida de afonía y ronquera, a la par de otros malestares como estreñimiento, cuestiones estomacales y flujo vaginal (Freud, 1905/2010a, p. 6). Los dolores físicos la atormentaban, estaba cansada y desconfiaba de todos los esfuerzos médicos por reestablecer su estado de salud, en compañía de sus padres había visitado a varios especialistas que le prescribieron tratamientos de lo más variados sin ningún éxito. Las constantes revisiones de los profesionales no arrojaban indicio alguno de etiología orgánica, de suerte que se le diagnóstico tempranamente histeria, afección sumamente común entre las mujeres de su edad.

La primera vez que fue a llevada a consulta con Freud por su padre, Philipp Bauer, ella se negó rotundamente a iniciar, lo que pensaba sería otro infructuoso intento de curación, sin embargo, el recrudecimiento de su situación la hizo regresar dos años más tarde para comenzar su análisis, asistió nuevamente obligada por su padre que en esa ocasión no fue condescendiente con su negativa.

En todo momento, la historia del tratamiento interrumpido, relatada por Freud, se entreteje con las vicisitudes de la vida familiar de Dora. Si bien el meollo de las cosas parece girar en torno al lugar del

padre, un hombre herido, desprovisto de las insignias fálicas, que a toda costa la histérica se empeña por seguir sosteniendo, la condición sufriente de la joven no se reduce únicamente a ello. En la genealogía de la paciente sobresale una cierta predisposición psíquica, si es lícito nombrarla de esa manera, a enfermar, la tía preferida que Dora había tomado como modelo a seguir, Malvine Bauer, se encontraba aquejada de una severa psiconeurosis sin los típicos síntomas histéricos, Karl Bauer, su tío, sufría de hipocondría, Katharina, su madre, presentaba fuertes dolores abdominales y flujo vaginal que fueron diagnosticados como gonorrea, su padre, Philipp Bauer, tuvo que lidiar durante toda su vida con una enfermedad venérea que le ocasionaba parálisis, además de padecer tuberculosis.

La condición delicada del padre obligó a la familia a trasladarse a un pueblo pequeño para tratar sus padecimientos, la mayoría de los residentes de esa zona también tenían problemas de salud, por lo que los hijos de la pareja, desde una edad temprana, se nutrieron de dichos discursos. Tal parece que los padecimientos del linaje potenciaron en Dora, las razones para enfermar. “Tampoco era dudoso para mí que de esa familia le venían tanto sus dotes y su precocidad intelectual cuanto su disposición a enfermar” (Freud, 1905/2010a, p. 19).

Dora conocía los problemas ginecológicos de su madre, sospechaba que los había contraído de su padre sifilítico y creía que ella misma, estaba enferma hereditariamente. En algunas ocasiones acompañó a Katharina a balnearios terapéuticos especializados en el tratamiento de trastornos femeninos y enfermedades nerviosas, lo cual le proporcionó nuevos modelos de padecimientos y actividades femeninas. Para Freud no era ningún misterio que Dora se había apropiado, vía la identificación, de varios síntomas del tejido familiar. Ella, con su malestar encarnado, hacía gala del emblema generacional que precozmente la había alcanzado.

De la historia de su madre, mejor conocida como Käthe, existe poca información. Se sabe que nació en un pequeño pueblo rural, se casó a los diecinueve años con Philipp Bauer, y a los veinte años tenía ya a sus dos hijos. La relación con sus parientes y amigos era muy allegada, solía visitarlos frecuentemente, lo cual se vio drásticamente interrumpido cuando tuvieron que mudarse a Meran para atender la tuberculosis de su esposo, esto sin duda la dejó sin un significativo sostén emocional en su vida (Decker Hannah, 1999).

Käthe ocupaba la mayor parte de su tiempo en mantener todos los espacios de la casa pulcros, siguiendo rutinas de limpieza extenuantes, a pesar de contar con servidumbre que hubiera podido absorber esas actividades. Su obsesión con la suciedad se extendió también a su cuerpo, pues constantemente estaba preocupada por su estreñimiento, y emprendía todo tipo de remedios para contrarrestarlo. La porquería no sólo se encontraba en el exterior sino vivía dentro de ella. La “psicosis

del ama de casa” (Freud, 1905/2010a, p. 19) que presentaba parecía estar comandada por la frustración de no ver más a su familia de origen, la infidelidad de su marido, el desprecio de su hija, y sus problemas ginecológicos y estomacales. Su estado de desesperación era tal que devino en una agresividad mordaz, que puso en acto a través de la compulsión de limpiar. Su exacerbada constipación la acompañó por el resto de su vida, murió de tuberculosis en un sanatorio. Dora, aunque detestaba a su madre, no podía huir de los referentes identificatorios que su condición le ofrecía.

Veinticinco años después de haber sido atendida por Freud, la hija de Käthe, ahora una mujer casada de 42 años, llegó a la consulta de Felix Deutsch (1957/1970), un psiquiatra austríaco familiarizado con el psicoanálisis, para entonces se encontraba aquejada de tinitus, mareos e insomnio, entre muchos otros síntomas, en su primera visita le confesó al especialista, sin reparos y con cierto aire de orgullo, que en su juventud había sido analizada por el Dr. Freud y que éste había escrito, acerca de ella, un caso que devino famoso en el medio psiquiátrico. ¿Cuál fue el devenir de su vida después de su tratamiento con el célebre médico vienés de las clases altas? El casual y breve encuentro con uno de los discípulos de Sigmund, Deutsch, permitió conocer el sinuoso camino que tomó su existencia.

Al menos hasta ese momento, su vida había estado atravesada por la enfermedad y el sufrimiento; la convivencia conyugal era insatisfactoria, sufría de frigidez, se quejaba constantemente de su marido, la relación con su hijo era complicada, su estado de salud frágil, y los reclamos hacia sus padres persistían. Llama la atención que dos décadas más tarde Dora seguía sosteniendo una suerte de identificación con algunos de los síntomas familiares; al igual que su madre, ahora ella padecía estreñimiento crónico y *catarro*, la compulsión por lavarse internamente la llevó incluso a someterse a varias cirugías menores para atenuar el flujo vaginal que la inquietaba, el matrimonio le era insoportable -malestar exteriorizado también por Käthe-, continuamente la atacaban fantasías de infidelidades por parte de su esposo quien era mayor que ella -no olvidemos el adulterio paterno y lo que representó en su tratamiento-, la insidiosa tos del padre la seguía acompañando perennemente así como la cojera de su adolescencia.

La expresión somática de los conflictos psíquicos solidificó en Dora su posicionamiento frente a la vida, el cual no se vio alterado ni por el paso del tiempo ni por las nuevas experiencias que este trajo consigo, el interrumpido análisis de Freud no alcanzó para hacer trastabillar la carga genealógica de malestar que se le impuso a la joven, la cual, lejos de elaborarla, se aseguró de ponerla en acto durante su vida.

Llama la atención la desafortunada interpretación de Freud donde compele a su joven paciente a confesar su amor secreto por el Sr. K, la cual provocó, según Lacan (1957/2010a) que ella abandonará,

en acto seguido, el tratamiento, ¿qué llevo a Sigmund a insistir en tal idea?, sus palabras parecen sostenerse en el imaginario viril de la época, en el cual los hombres se enuncian como amos del cuerpo y deseo femenino. Ella, simple objeto de cambio para satisfacer al otro enuncia a través de su cuerpo el conflicto que la aqueja, la dificultad de ser mujer a partir de los referentes identificatorios que atraviesan su historia. Paradójicamente su propio analista, con su discurso, viene a reiterarle esa condición de mujer de la cual ella trata de escapar.

Freud nombra histeria a todo aquello que va contra lo esperado por el amo del saber científico, el amo del saber sobre el sexo. ¿Cómo alguien, en lugar de responder con placer al placer del otro, lo hace con displacer o angustia? Debe ser una mujer cuyos “sentimientos están del revés”, una mujer que propone el reverso o la subversión del orden afectivo en las relaciones de alteridad que, en última instancia, es propia del universo del lenguaje (Orozco, Soria Hada, Quiroz Jeannet, 2021, p. 606).

Convenientemente Freud no mencionó en ningún momento que Dora lo buscó después de un tiempo para retomar su análisis y que él se negó a aceptarla como paciente. Su despedida del tratamiento fue, según sus palabras, un “acto de venganza” (Freud, 1905/2010a, p. 96) dirigido hacia él que aniquilaba sus esperanzas de feliz culminación de la cura, al tiempo que respondía a la tendencia histérica de dañarse a sí misma. Rechazo en dos vías, pues, en un primer momento ella no aceptó continuar analizándose con él, al tiempo que él rechazó volver a trabajar con ella. Tal parece que, con esta última negativa, el agravio narcisista que probablemente sintió Freud, al ver denostados sus esfuerzos analíticos, quedó resuelto, no sin detrimento, claro está, de la vida de Ida Bauer (Dora).

En una reflexión posterior del caso, Lacan (1957/2010b) instrumenta, a través de su análisis del caso Dora, las vías en que el deseo del Otro, del padre, orienta el deseo de Dora. Lo cual nos lleva a pensar en una posible transmisión psíquica del deseo, presente en el núcleo mismo de la teoría Lacaniana. Recordemos que la paciente de Freud se sostiene en el deseo del padre por la Sra. K, en tanto sabe que es irrealizable, tachado e imposible. Esa posición no acarrea una respuesta a la interpelación inconsciente que ella se formula, por el contrario, la mantiene a nivel de la pregunta subjetiva.

Lacan (1956/2008a) sostiene que la pregunta que desde el inconsciente es formulada por Dora: ¿Qué es una mujer? Representa el eje central alrededor del cual orbitan sus síntomas, sin lugar a dudas, se trata de un cuestionamiento que tiene que ver con el ser, que implica necesariamente un campo de subjetividad donde el sujeto queda expuesto a una dialéctica caracterizada por la interpelación del orden simbólico. La pregunta: ¿Quién soy? Se extiende a la línea generacional, a la diferencia anatómica de los sexos, al sentido de la vida y al enigma de la muerte.

Estos cuestionamientos activan una serie de procesos psíquicos que en Dora se presentan como posibles vías para acceder al plano de los significantes que desde su historia puedan servir de soporte al enigma que se le presenta. Sin embargo, en lo que respecta al ser mujer, el tema de la feminidad introduce un límite en cuanto a la posibilidad de encontrar respuesta en el campo de la palabra. Es la paradoja que determina al sujeto, pues, por una parte, está incluido en el campo del lenguaje y sufre desde éste la interpelación y por otra, es ese mismo campo donde encuentra el impedimento de dar respuesta a la pregunta.

En este sentido puede plantearse que, desde Lacan, el reto del sujeto no consiste en responder a su pregunta sino en mantenerse a su nivel:

Lo que está en juego [...] es una relación de ser, un significante fundamental. En la medida en que esta pregunta en tanto simbólica fue despertada, y no reactivada en tanto imaginaria, se desencadenó la descompensación de su neurosis y se organizaron sus síntomas (Lacan, 1956/2008a, p. 242).

Es importante puntualizar que la pregunta no atañe particularmente a la histeria, por el contrario, atraviesa a todas las neurosis. La particularidad se encuentra, tanto en la manera en que la interpelación es formulada, como en la posición que el sujeto toma ante ella. En el caso de la histeria, Lacan (1956/2008b) sostiene que opera una identificación imaginaria con el padre, para, a través de él, obtener ese significante perdido que responda por la identidad femenina.

Lacan (1956-1957/2010b) propone tres tiempos para pensar la constitución sintomática de la joven.

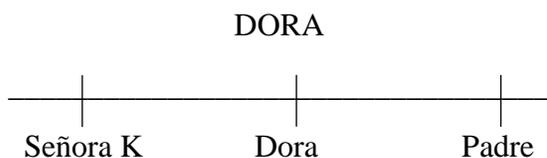


Figura 1. Primer tiempo de la constitución sintomática de Dora, propuesto por Lacan (1957/2010a).

ahí, dada su relación amorosa. Sabemos que el componente homosexual fue ignorado por Freud durante su trabajo clínico, él mismo declaró en la presentación del caso, que no era el Sr. K sino la Sra. K a quien Dora dirigía su amor. “La histérica es alguien cuyo objeto es homosexual, la histérica aborda este objeto homosexual por identificación

En un inicio se presentan un cuarteto de personajes: Dora, el Padre, la Sra. K y el Sr. K.

El padre trae a la Sra. K a escena y la mantiene

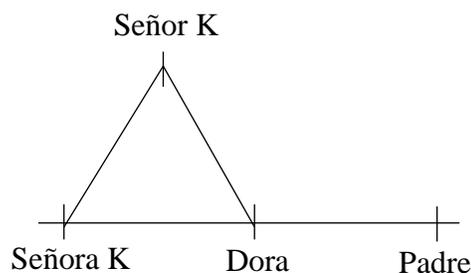


Figura 2. Segundo tiempo de la constitución sintomática de Dora, propuesto por Lacan (1957/2010a)

con alguien del otro sexo” (Lacan, 1957/2010a, p. 141).

En el segundo tiempo de la constitución sintomática, Dora sostiene una identificación viril con el Sr. K para que su pregunta, después de cierto recorrido, llegue a su destino, la Sra. K. La propuesta Lacaniana sitúa a la Sra. K como la meta de la pregunta de Dora, puesto que en ella se encuentra el enigma de la feminidad, del ser mujer.

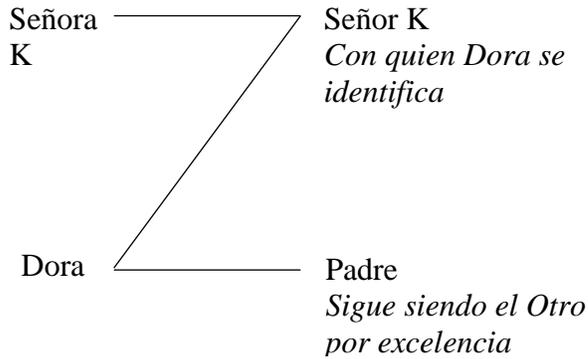


Figura 3. Tercer tiempo de la constitución sintomática de Dora, propuesto por Lacan (1957/2010a).

Llama la atención que en Dora encontramos también una fuerte identificación con el padre, un hombre impotente, de salud frágil, enfermo por períodos muy largos, lo que nos lleva a cuestionarnos cómo ese padre herido puede instituir una promesa fálica. Esto es constitutivo de la posición histérica, aunque el padre no provee simbólicamente del don

viril puesto que se trata de un padre afectado en sus potencias vitales, la demanda hacia él persiste e incluso posteriormente busca sustitutos. “[...] No hay mayor don posible, mayor signo de amor, que el don de lo que no se tiene” (Lacan, 1957/2010a, p. 142). Siguiendo esta idea podría pensarse que Dora ama a su padre, precisamente por lo que no le da.

Si el esquema L realizado por Lacan (1958/2007) es pensado en relación al caso Dora, es posible dar cuenta de las relaciones intersubjetivas que se establecen. Dora está ubicada en el lugar de yo, el cual debe diferenciarse del lugar del sujeto, dado que comúnmente se confunden, Lacan (1949/2007) postula *En el estadio del espejo*, que el yo se forma a partir de la imagen del otro. En el esquema L, el otro es el Señor K. con quién Dora se identifica, toma su yo de él, a esta relación entre a-a’ se le llama “eje imaginario”, debido a que se trata de un espejismo, una construcción imaginaria.

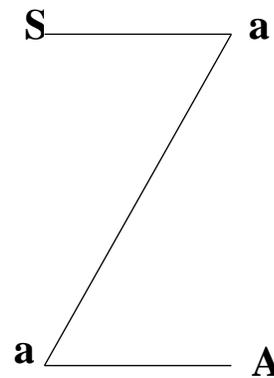


Figura 4. Esquema L, propuesto por Lacan (1958/2007).

El padre de Dora se encuentra en el lugar del gran Otro, ubicado más allá de lo imaginario, del muro del lenguaje, remite a la ley, el lenguaje, el inconsciente, es el espacio del que emanan los significantes.

Dos vías se le presentan a Dora para sostener su pregunta: la primera, a través de un eje simbólico que va de su padre a la señora K, *¿qué es lo que su padre ama más allá de la Sra. K?* siendo esta cuestión la interrogante que la aqueja, dado que lo que está más allá representa la posición que ella quisiera aprehender; no sabe qué es, pero se aferra a ella. La posibilidad que se le presenta a la joven de sostener su pregunta desde esta vía, esta mediatizada porque el padre la lleva a participar de la posición simbólica que él mantiene con la Sra. K, ante la imposibilidad de darle el don viril, la hace partícipe de dones materiales, así como de su relación amorosa, situándola en un lugar intermedio entre ellos dos (Lacan, 1957/2010a).

La siguiente vía que se le presenta es a través de un eje imaginario que va del Sr. K a Dora, puesto que su padre ama en la Sra. K algo que está más allá, el Sr. K debe ocupar la posición inversa para poder mantener la situación, él debe amar a Dora más allá de su mujer, poniendo el énfasis en que su mujer debe significar algo para él; desde esta perspectiva podemos comprender el pasaje al acto de Dora cuando el Sr. K le dice que su mujer no es nada para él; al no significar nada, toda la escena se vuelve intolerable, cae lo que sostenía la pregunta de Dora, queda reducida a un simple objeto de intercambio que su padre ha ofrecido al Sr. K por tolerar la relación que tiene con su esposa (Lacan, 1957/2010a). Asimismo, se cierra la pregunta, la cual aparentemente no tuvo oportunidad de ser reactivada posteriormente en su historia.

La interpelación genera una posición identificatoria en la que se afirma el sujeto, donde cree tener pertenencia, genera un orden imaginario que abre distintas temporalidades, volviéndose una pregunta presente a lo largo de toda la vida. “[...] Lo que está en juego en toda pregunta formulada no se encuentra en el plano del *¿Qué soy yo?*, sino en el plano del Otro, en la forma en que la experiencia analítica nos permite desvelar, del *¿Qué quieres?*” (Lacan, 1961/2011, p. 276)

La demanda de la paciente de Freud, según la lectura lacaniana, apuntaba a la búsqueda de un significante que pudiera responder por lo femenino más allá de la lógica del falo y el Edipo, y fue en ese momento, cuando volteó hacia el padre. Sin embargo, lo que esperaba del Otro resultó ser un imposible, pues no existe tal significante, esto la dejó prendida del deseo del Otro, haciendo de éste la brújula para comandar su propio desear. Asimismo, los rasgos identificatorios recogidos de la trama generacional contribuyeron a sostener y dar cuerpo al sufrimiento que la aquejaba.

### **La familia Schreber: Modelo de locura.**

El caso del Dr. Schreber, ex presidente del Tribunal Superior de Sajonia, es quizás el más citado y estudiado dentro del campo de la psiquiatría. La publicación de sus memorias en 1903 alcanzó tal

difusión que se infiltró en ámbitos literarios, filosóficos, médicos y psicológicos. Claro está que el análisis que hizo Freud de los testimonios vertidos en el libro contribuyó a despertar el interés en la vida de Daniel Paul Schreber, en sus relaciones genealógicas y en su producción escrita, de la cual figuran varios poemas, ensayos breves y notas sueltas, muchos de estos trabajos están plagados de referencias autobiográficas. Más de un siglo después, las teorizaciones construidas en torno a su sintomatología siguen abiertas y al ser repensadas, surgen de ellas nuevas lecturas e interpretaciones.

Su libro *Memorias de un enfermo nervioso* (1903/1999), fue escrito siguiendo dos propósitos fundamentales: Schreber ansiaba mostrarle al mundo que no estaba loco, para así poder obtener el levantamiento tutelar impuesto por parte del Tribunal. Lo logró, lo cual le permitió regresar a su casa, retomar su rutina y gozar de salud, al menos por algunos años, hasta que lo volvió a alcanzar, por tercera vez, la enfermedad y nuevamente tuvo que ser internado, murió ahí dentro cuatro años después, a causa de un paulatino deterioro físico. Su deceso ocurrió unos meses antes de que se publicará el trabajo de Freud (1911/2010b), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*.

El historial descrito autobiográficamente es tomado como un testimonio que muestra, de manera desfigurada, la historia de la enfermedad. Freud tomó lo ahí vertido para analizar los procesos inconscientes que operan en la paranoia. Una de las tesis principales que se desprenden del caso reside en el nexo existente entre la paranoia y la homosexualidad reprimida. Desafortunadamente el texto arroja muy pocos elementos que permitan conocer más acerca de la paulatina construcción delirante desde sus orígenes. Dicha limitante no le fue ajena a Freud (1911/2010b), quien comentó lo siguiente respecto a Schreber: “Ni sus escritos, ni los informes de los médicos sobre él, nos dan suficiente noticia sobre la prehistoria del paciente y las circunstancias de su vida” (p. 13).

No obstante, con la información testimonial disponible Freud pudo señalar la existencia de un nexo indisoluble entre ciertos elementos del delirio de Schreber y su padre. Los símbolos sublimados del padre aparecían, sobre todo, a través de la imagen del sol, así como en otros elementos del delirio. Asimismo, el persistente conflicto con el Dr. Flechsig remitía a un conflicto anterior, infantil, con el Dios padre amado, la imposibilidad de dirigir los reclamos a su destinatario por derecho cristalizó la necesidad de buscar sustitutos paternos en quienes proyectar la revuelta sentida frente a la reactualización de la sumisión y la obediencia absoluta experimentada en la infancia. El verdadero *almicida* del Dr. Schreber llevaba el rostro de su padre.

Freud sabía que el padre de Schreber era bien conocido en Alemania y que había escrito varios libros que seguramente no hubiera sido nada complicado conseguir en aquel entonces, no desconocía

tampoco las contribuciones que éste había aportado en el terreno de la disciplina educativa, familiar y deportiva de niños y jóvenes. Quizás ahí se encontraba la pieza faltante para elucidar, al menos en parte, la prehistoria del hijo.

[...] El padre del presidente del Superior Tribunal doctor-Schreber no había sido un hombre insignificante. Fue el doctor Daniel Gottlieb Moritz Schreber, cuya memoria es conservada todavía hoy, sobre todo en Sajonia, por numerosas «Sociedades Schreber». Era un. . . *médico*, cuyos empeños en torno de la formación armónica de los jóvenes, de la educación familiar y escolar combinadas, del ejercicio y el trabajo corporales para mejorar la salud, habían surtido duradero efecto sobre sus contemporáneos. De su fama como fundador de la gimnasia terapéutica en Alemania rinden testimonio todavía hoy las numerosas ediciones con que se ha difundido en nuestros círculos médicos su *Arztliche Zimmerymnastik* {Gimnasia médica casera} (Freud 1911/2010b, p. 48).

¿Es posible concebir la génesis de la locura sin la urdimbre familiar que le es propia? Para Cooper (1986) en la familia se origina la locura, no solamente porque la estructura filial y generacional se encarga de reproducir las formas de dominación por la vía ideológica sino también porque se asegura de que estos elementos sean internalizados en lo más profundo del acontecer psíquico de sus miembros. Incluso va más allá y postula que, “[...] nuestra primaria experiencia familiar durante el primer año de vida condiciona las fantasías persecutorias” (p. 16).

El hermano mayor de Schreber, Daniel Gustav también enloqueció y terminó con su vida suicidándose. El germen de la locura alcanzó a los dos hijos varones de la familia, que no está por demás decir que compartían el primer nombre del padre. Sabemos que, en el orden cultural, el patronímico cumple con dos funciones, 1. Instituye a la criatura humana como viva, y, 2. La ubica en una línea generacional específica. Representa el emblema de la diferenciación, ya que contribuye al ordenamiento de los parentescos, al tiempo que es el espacio de convergencia de significaciones inconscientes que preceden al sujeto. Difícil saber porque se eligió ese apelativo para los hermanos y más aún que representó en la historia de los vástagos portar el nombre del patriarca.

Al menos en la historia del hijo menor, la influencia del padre fue grande, tanto en vida como después de su muerto. Sin lugar a dudas, Daniel Gottlieb aplicó en sus hijos los principios de educación que profesaba y que tanta fama le trajeron entre las familias de clase media-alta de su época, quienes incorporaron sus modelos para la crianza de sus hijos. El punto neurálgico de sus enseñanzas consistía en una exaltación de la obediencia y la disciplina en los niños, a través de la imposición de una autoridad paterna que debía presentarse en todo momento como inapelable. Con ello, se instauraba en el seno de los hogares una suerte de régimen totalitario frente al cual, el pequeño, dada su propia

condición emocional y física debía terminar por aceptar, ¿son estos elementos suficientes para fabricar a un sujeto loco?, ¿para sembrar la locura al interior de una familia?

Schatzman (1997/2014) relaciona las extravagantes creencias y experiencias de Schreber que le otorgaron el diagnóstico de loco, con las prácticas educativas de su padre. Así, se abren dos caminos para pensar el caso, pues, por una parte, se demuestra que la sintomatología del hijo está atravesada por la conducta del padre, y, gracias al análisis de la conducta de éste es posible entrever aquellos elementos que sostienen la construcción delirante del hijo, ¿era la locura de Schreber una respuesta ante los excesos del padre?

Respecto a la educación de los niños menores de un año, el padre de Schreber sostiene en una de sus publicaciones lo siguiente:

Todo nuestro efecto sobre la dirección de la voluntad del niño a esta edad consistirá en acostumbrarla a una obediencia absoluta que, en gran parte, ya habrá sido propiciada mediante la aplicación de los principios establecidos previamente...Al niño siquiera se le debe ocurrir nunca que su voluntad pudiera ser controlada, sino que hay que implantar inmutablemente en él el hábito de subordinar su voluntad a la voluntad de sus padres o maestros...se une entonces a la sensación de ley una sensación de imposibilidad de luchar contra la ley; la obediencia de un niño, condición básica para cualquier educación posterior, se fundamenta así sólidamente para el porvenir (Schreber, 1858, p. 56, citado en Schatzman, 1997/2014, p. 26).

Sabemos que en el delirio de Schreber hijo, éste comentaba estar bajo el poder de influencias patológicas abrumadoras, nunca se sentía libre de los poderes espirituales externos que coaccionaban su existir, estaba habitado por ellos y nada podía hacer al respecto. Dios, a través de sus rayos lo vigilaba, seguía cada uno de sus movimientos pues nada podía escapar a su mirada. Una obscena autoridad exterior sometía su cuerpo y su alma, lo cual no era nuevo para él, pues tan sólo reactualizaba el estado que le fue impuesto durante su niñez. No olvidemos que “la familia no es sólo una abstracción, una falsa existencia, una esencia, sino que también existe como un desafío a superar todos los condicionamientos que uno ha sufrido a través de ella” (Cooper, 1986, p. 17).

Los métodos que el Dr. Schreber enseñaba y aplicaba consistían en coartar la independencia infantil, en demandar un estado de sumisión total que no se restringía únicamente al mundo interno, al control de las ideas y los afectos, sino que alcanzaba también al cuerpo, bien señalaba Foucault (1976/2009) en *Vigilar y castigar*, que todo poder siempre termina ejerciéndose sobre el cuerpo. Entre las diversas propuestas para someter al infante, el Dr. Schreber inventó aparatos ortopédicos para atar y amarrar a los niños, con el propósito de asegurar una postura erecta tanto en el estado de vigilia como a la hora de dormir. Para él, inclinar la cabeza o encorvarse eran signos de debilidad, cobardía y estupidez,

¿cuáles fueron las implicaciones subjetivas, en el hijo menor, de la imposición de dichas técnicas “educativas”? Para Schatzman (1977/2014):

Schreber sufre de reminiscencias. Su cuerpo encierra su pasado. Conserva recuerdos de lo que le hizo su padre siendo niño; parte de su mente sabe que son recuerdos, pero <él> no. Se le considera loco no sólo por el carácter de sus experiencias, sino porque interpreta erróneamente su *modo: recuerda*, en algunos casos con absoluta precisión, cómo le trataba su padre, pero piensa que *percibe* hechos sucedidos en el presente, cuyos agentes imagina que son Dios, los rayos, los homúnculos, etc. (p. 56).

Investigadores que han realizado estudios sobre las familias de pacientes internados en asilos u hospitales psiquiátricos, diagnosticados como esquizofrénicos, psicóticos y/o paranoicos, concuerdan en que las conductas y creencias aparentemente irracionales de los sujetos, no lo son tanto al ser ubicadas en el contexto familiar originario. Desde esta perspectiva, la familia misma, como conjunto, es la que aparece como irracional (Laing, 1969/1982), ¿la aparente irracionalidad desaparece al ser insertada en el terreno primordial?

El interés por ampliar la dimensión genealógica, por darle un lugar en el tratamiento al tejido familiar en el cual se sostiene la condición sintomática del sujeto, es una propuesta política que emergió con toda su fuerza durante el movimiento antipsiquiátrico, el cual vino a cuestionar las prácticas coercitivas de la institución psiquiátrica. Las propuestas disruptivas de Cooper, Laing, Esterson, Basaglia, Szas, entre otros, consistían, a grosso modo, en nuevas formas de pensar, tratar y nombrar a los padecimientos mentales. En razón de ello, muchos de sus trabajos propusieron una suerte de *desindividualización* del malestar, al analizar no únicamente al aquejado como un ente aislado, sino también al tejido familiar, social y económico que lo antecede.

Siguiendo esta idea, es importante señalar que las propuestas del Dr. Schreber padre no surgieron por generación espontánea, por el contrario, se enraízan en un contexto social que permitió tanto su emergencia como su fácil diseminación. Con su muerte, su legado fue adoptado por algunas fracciones del gobierno alemán, de manera que, la severidad en la disciplina hogareña y el despotismo microsociofamiliar se sembró en las generaciones que, ochenta años más tarde, pondrían en marcha un proyecto de despotismo macrosociofamiliar en la Alemania nazi.

En palabras de Cannetti (1962):

Nadie negará hoy en día que su sistema político [el de Schreber hijo] alcanzó al cabo de unas cuantas décadas un alto honor: aunque de forma más burda y menos literaria, se convirtió en el credo de una gran nación que ... conquistó Europa y estuvo a punto de conquistar el mundo. De este modo, las pretensiones de Schreber fueron reivindicadas póstumamente por sus inconscientes discípulos. No nos inclinamos a otorgarle el mismo reconocimiento, pero el sorprendente e incontrovertible

parecido entre los dos sistemas puede justificar el tiempo que le hemos dedicado a este caso singular de paranoia (p. 447).

Algunos ven en Schreber padre el antecesor espiritual del nazismo, a un fiel representante del pensamiento social que se respiraba en el ambiente de la época. La plasmación escrita de sus ideas aseguró la permanencia de su legado. Hablar de Schreber hijo sin tomar en consideración al pater sólo puede arrojar un análisis parcial y fragmentario de su condición. Con un padre así, quizás lo complicado sería no sucumbir a la locura.

### **La fascinación por el síntoma y la genealogía del análisis: Caso Juanito.**

Remitirnos ahora a la genealogía de Juanito, el paciente más joven de Freud, después de haber hablado de la familia Schreber genera una sensación un tanto discordante, pues los padres en cuestión no podrían ser más diferentes. En fin, el análisis del pequeño Hans es uno de los pocos casos de éxito terapéutico, de lo cual da cuenta la manera en que siguió el desarrollo de su vida.

A Freud le encantó esta cura. La interpretación del drama edípico tenía sentido. Más que eso, la angustia fóbica había sido vencida. Freud no sólo quedó satisfecho con los resultados inmediatos del análisis, sino que también expresó la esperanza de que ayudara al niño en la vida (Rodríguez, 1996, p. 495).

Catorce años después, a la edad de 19 años, acudió al consultorio del profesor un joven robusto que gozaba de buena salud, tocó a su puerta y se presentó diciendo que era Hans, el joven había encontrado la escritura de su caso hurgando entre algunos papeles de la casa de su padre, si bien no se reconoció en el historial, recordó algunos de los lugares que solían ser visitados por su familia, mismos que se mostraban en el historial sin desfiguración. El pequeño cuyo nombre real era Herbert Graf, siguió los pasos de su padre e incursionó en la música, primero fue cantante y después devino director de Ópera, tuvo una carrera fructífera plena de reconocimiento.

Un caso de feliz fin de análisis, garbanzo de a libra en la casuística freudiana, pues no es ningún secreto que, una buena parte de los tratamientos conducidos por el padre del psicoanálisis no fueron éxitos traducidos en curas y/o en restablecimientos parciales o totales de la salud psíquica del aquejado, por el contrario, el posterior transcurrir de la vida de los analizados muestra un encrudecimiento de su sintomatología que va a la par de un aumento del malestar, tal es el caso de Dora y del hombre de los lobos, en quienes el trabajo clínico no permitió replantear la impronta filial y generacional que comandó el destino de su historia.

El historial del pequeño Hans fue escrito por su padre, un discípulo de Freud en plena formación psicoanalítica, el registro inició poco antes de que su hijo cumpliera los 3 años, las notas que conforman el escrito son comunicaciones del niño; preguntas, pensamientos y preocupaciones, sobre todo en

relación al *hace-pipí*. La fobia hacia el caballo, que vino un año y un par de meses después de que comenzara el registro, fue analizada vía conjunta, tanto por el padre como por su maestro, a través de correspondencia escrita. En una única ocasión vio Freud a Hans en persona, en su famoso despacho, después de eso, el síntoma se evaporó como por arte de magia, ¿qué fue lo que pasó con el niño y quienes eran sus padres?

A diferencia del régimen totalitario y enloquecedor impuesto por el Dr. Schreber, los padres de Hans optaron por una educación poco rígida, carente de autoridad y con clara apariencia de laxitud. Respecto a ello, Freud (1909/2010b) comenta lo siguiente:

Sus padres, que se contaban ambos entre mis más cercanos partidarios, habían acordado no educar a su primer hijo con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres; y como el niño se iba convirtiendo en un muchacho alegre, despierto y de buena índole, prosiguió con toda felicidad ese ensayo de dejarlo crecer y manifestarse sin amedrentamiento (p. 8).

La crianza del niño estuvo atravesada por importantes confusiones, sostenidas por las respuestas ambiguas de sus padres respecto a las inquietudes de su sexualidad. Antes del estallido de la fobia, la curiosidad sexual del pequeño se enfocaba de manera particular, en sus padres, pero éstos estaban imposibilitados de esclarecer sus dudas. Por su parte, la madre le respondía que ella también contaba con un *hace-pipí* al igual que su esposo, una vez que nació su hermanita no hicieron nada por desmentir la creencia que sostenía Hans, de que el pequeño pene de Hanna crecería posteriormente, quizás una explicación oportuna hubiera frenado, o al menos menguado, la oleada sintomática que vino después.

La diferencia sexual se presentaba difusa y ambigua en esa familia, lo cual avivó, con gran angustia, el miedo a la castración que se cristalizó en la fobia. Para Freud, el terror a ser mordido por un caballo obedecía a una sustitución, que en su núcleo albergaba la fantasía de ser castrado por el padre. Recordemos que, para entonces, Hans se comportaba como un pequeño Edipo; se las arreglaba para estar a solas con su madre, sufría su ausencia, al tiempo que deseaba la lejanía del padre. El despertar erótico e incestuoso del niño no encontraba freno alguno en el afuera, pues el padre lejos de limitar la corriente pulsional que arremetía desde dentro de su pequeño cuerpo, permanecía como un espectador pasivo y complaciente, incluso con cierto grado de fascinación ante las ocurrencias de su hijo.

La madre, por su parte, desplegaba hacia Hans un amor desorbitante que el padre ubicaba en el fundamento de la fobia del niño, cómoda situación para el patriarca pues al inculpar a la madre, él se ubicaba lejos de cualquier cuestionamiento acerca de la irrupción sintomática de su hijo, al borrarse del drama familiar repetía la dinámica que acontecía en su casa, espacio donde su compañera

deslegitimaba constantemente su palabra y sus pronunciamientos respecto a la crianza del pequeño, lo cual, como correlato, contribuía a ensanchar aún más la relación madre-hijo, ¿qué pasaba con las relaciones interpersonales entre ambos cónyuges?, si bien ese aspecto no figura en el intercambio epistolar del padre de Hans con su maestro, el apremiante amor materno manifiesto quizás comporte otra cosa en el plano latente, “¿el exceso de ternura de la madre por el pequeño Hans trasunta acaso una vertiente de odio, incluso una vertiente de odio de un padre hacia otro?” (Orozco, 2014, p. 45), o, ¿de una madre hacia su hijo? Recordemos que la emergencia excesiva de ternura presente en el sueño de Freud (1900/2010) donde aparece su tío Josef, lo hizo sospechar sobre el afecto que se dejaba traslucir tras ese sentir engañoso. ¿Hans llegó a ser objeto de representación de la relación de sus padres? Se sabe que los padres terminaron separándose más tarde, sin embargo, no hay más información sobre el tema.

Para Freud (1918/2009) la fobia operó como una formación de compromiso que resolvió los sentimientos de ambivalencia hacia el padre, ya que, gracias a la sustitución producida entre el padre y el caballo, el primero podía permanecer como objeto amado, no obstante, la hostilidad que el pequeño experimentaba hacia él. Dadas las circunstancias, Hans se vio compelido a introducir al caballo ahí donde su padre fallaba, lo situó entre él y su madre, a falta de intervención paterna, el niño, con un despliegue sorprendente de recursos psíquicos, se aseguró de introducir aquello que no podía ser instaurado por el padre, la amenaza de castración.

Lacan (1994/2008) dirá más adelante que el padre de Juanito “[...] se obstina en no querer castrar” (p. 367). Lo que Freud hace con una sola intervención, es una suerte de ordenamiento genealógico, pues gracias al esclarecimiento pronunciado durante la consulta, devuelve al niño a su condición de hijo, al tiempo que legitima el lugar y la autoridad del padre frente a éste.

La fobia, de tipo edípico, fue construida con ayuda del padre, y ésta representaba un intenso temor a la castración debido a los deseos incestuosos dirigidos hacia la madre. La feliz dilucidación de Freud liberó al niño del conflicto edípico que lo atormentaba.

[...] me pareció el momento justo para comunicarle un elemento de sus mociones inconscientes, que era esencial postular: él sentía angustia ante el padre a causa de sus deseos celosos y hostiles contra este. Con ello le había interpretado parcialmente la angustia frente a los caballos; el padre debía ser el caballo a quien, con buen fundamento interior, le tenía miedo. [...] A partir de ese momento quedó atrás lo peor de su estado, el material fluyó con abundancia, el pequeño paciente mostró coraje para comunicar los detalles de su fobia y pronto pasó a intervenir de manera autónoma en el curso del análisis (Freud 1909/2010b, p. 100).

Juanito, objeto de estudio del padre y después del maestro de éste, es liberado de la insidiosa fobia que lo acosaba, síntoma que, si bien era representado por él niño -en quien se enfocaron todos los

esfuerzos de curación-, se encontraba sostenido por un tejido familiar que lo antecedía. Sobre este aspecto, Abraham y Torok Maria (2005) ofrecen una lectura muy interesante, ellos proponen que el objeto de la fobia no puede ser rastreado de los deseos o pulsiones del sujeto-niño, puesto que no nació originalmente ahí, proviene de otro lugar: del inconsciente del padre o la madre, espacio donde están inscritos sus temores no apalabrados, sus culpas, sus pensamientos desalojados y su sufrimiento silenciado.

Siguiendo esta idea, “[...] el niño fóbico sólo enuncia en su síntoma una *historia de miedo*, miedo del que son víctimas sus padres, sea ellos mismos directamente, sea por obra de una herencia que, voluntariamente o por la fuerza, ellos transmiten a su progenie refractaria” (Ibid., p. 379). No olvidemos que la fobia es una alusión simbólica a otro objeto de temor, la racionalización más fina no podría esclarecer los motivos del miedo dirigido hacia el objeto que le sirve de estampa, puesto que es otra cosa la que realmente es temida, ¿cuál es el objeto temido de los padres de Juanito?, sería lícito pensar, entonces, ¿qué la fobia fue importada en el niño vía parental?, ¿cuál es el lugar que ocupa Freud en todo esto?

Pensar el mecanismo fóbico desde esta perspectiva nos ubica, una vez más, en el terreno de lo transmitido generacionalmente, el síntoma entonces, en este caso, no estaría ligado a la vida pulsional del sujeto, y no debería tampoco, confundirse con un retorno de lo reprimido. Contradicción, al menos en apariencia, pues mientras la fobia se instala en el aparato psíquico del sujeto y desde ahí opera, al mismo tiempo remite a una dinámica psíquica que no es la propia, su presencia “[...] viene a acosar para denunciar un miedo parental oculto y nunca formulado” (Ibid., p. 380).

Poco se ha hablado de la relación de la madre de Hans con Freud, ella se había analizado con él tiempo atrás, antes de contraer matrimonio, y tal parece que el lugar transferencial otorgado a su exanalista no había sufrido menoscabo alguno. Para el padre, por su parte, el profesor era objeto de admiración, lo nombraba constantemente en casa, y le enviaba periódicamente informes del niño, con conocimiento y aprobación de su mujer. Así, ambos cónyuges, en lugar de pertenecerse plenamente el uno al otro, estaban polarizados por Freud, lo situaban en medio de ambos. La sombra del ausente, permanentemente presente, imposibilitaba que pudieran responder a las exigencias de elaboración edípica del niño. A esta situación, se le sumaron las condiciones de crianza impuestas al pequeño.

Para Abraham y Torok Maria (2005), Hans encarnaba el miedo de sus padres a ser castrados por Freud. En la situación en la que estalla la fobia, la madre deja traslucir la relación fantasmática de miedo que aún mantiene con su exanalista. Recordemos que, durante el aseo cotidiano, la madre se niega a *pasar el dedo* por el *hace-pipí* del hijo, calificándolo de *porquería*. Nótese aquí que se habla

de un dedo, no de la mano, negativa que va acompañada de una actitud cargada de afecto que difícilmente pasa desapercibida, ¿la prohibición materna de tocar la *porquería* repite una prohibición anterior proferida hacia la propia madre?, ¿la voz fantasmática que vigila hace referencia a un onanismo materno, al hace-pipí de ella?, de ser así, ¿quién lo prohíbe? El adulto severo que mantiene a los padres cautivos, sin duda tiene que ser el profesor. De esta manera, la frase del síntoma de Hans se estructura, hipotéticamente, de la siguiente manera: “Hay que tener miedo de Freud (Pferd), hay algo no claro en torno de Sigmund (Mund-boca), es él quien refrena el placer, alegría (Freude) de mamá” (p. 382).

Dadas las condiciones de la trama familiar, se le presentan dos vías a Juanito para sostener la relación con sus padres: servir de objeto-placer en la relación que su padre mantiene con el profesor, y de objeto-miedo en la relación de su madre con, probablemente, su propia madre, transferida sobre su exanalista, el niño queda así atrapado en un entre dos. Sin embargo, llama la atención que Hans, a diferencia de sus padres, no teme nada de Freud, interlocutor de Dios, por el contrario, dramatiza el miedo de ellos para mostrarles su servidumbre y la necesidad apremiante de que se sustraigan de su sometimiento.

Estas condiciones impedían para el niño, el acceso al conflicto edípico, por lo que “perfectamente podemos pensar que el conflicto en cuestión fue *importado* en el pequeño sujeto por la interpretación, más bien que resuelto” (p. 381). La intervención de Freud le mostró a Juanito su Edipo de niño, con ello, ordenó los lugares en la trama genealógica y le concedió al padre, frente al hijo, la autoridad ancestral que no le otorgaba la compañera conyugal, con esto, no fue necesaria nuevamente la existencia del ausente, pues el padre detentó ahora la autoridad moral, al ser reconocido por su maestro, pudo conducirse, en lo sucesivo, con más seguridad frente a su hijo.

Pensar que la fobia a los caballos remitía a otro miedo, a un temor inconsciente de los padres que era puesto en acto por uno de los miembros de la familia, obliga al clínico a ensanchar la escucha para darle lugar, en el tratamiento, a aquellos elementos que suelen pasar desapercibidos en el terreno de la transferencia, y que son fundamentales para analizar el sufrimiento.

En suma, los famosos historiales recién mencionados permiten esbozar la perspectiva metodológica que seguía Freud para el análisis de sus casos clínicos. El padre del psicoanálisis le otorgaba a la dimensión genealógica un lugar fundamental para dar cuenta de la condición sintomática de sus pacientes, quienes llegaban a sesión aquejados de malestares que no podían ser analizados sin recurrir a las líneas filiales y generacionales en las cuales se encontraban sostenidos, es precisamente este lugar

capital otorgado a la escucha generacional el cual nos lleva a interrogar el lugar de la familia, tanto en la construcción del síntoma como en la constitución y la transmisión subjetiva.

## CAPÍTULO III

### LA FAMILIA: TERRENO PRIVILEGIADO DE INSCRIPCIÓN Y TRANSMISIÓN SUBJETIVA<sup>5</sup>

#### **La génesis de la familia como forma social.**

En nuestra cultura, el lugar privilegiado para acoger al recién nacido es la familia. A través de ella se despliega el contexto de socialización que servirá como modelo para los siguientes encuentros con el afuera. Es gracias a la familia y los cuidados simbólicos que le brinda a partir de la palabra y los afectos que el cachorro humano tiene la posibilidad de sobrevivir, pues su condición orgánica de nacimiento no le brinda los recursos necesarios para inscribirse en lo social.

Desde diversas disciplinas han surgido estudios acerca de la génesis de la familia, siendo la antropología una de las principales. Desde esa rama se han analizado asentamientos ancestrales que permiten echar luz sobre lo que ha acontecido en el psiquismo desde tiempos inmemoriales, permitiendo esbozar lo que atraviesa a la subjetividad contemporánea. Gracias a estas investigaciones podemos sostener que la estructura familiar no siempre ha sido como la conocemos hoy en día, la monogamia generalizada que sirve como sostén de gran parte de las relaciones en la actualidad, es un efecto de las múltiples transformaciones que ha tenido la reglamentación del comercio sexual a través de los tiempos. “La estructura de la familia, siempre y en todas partes, hace que cierto tipo de relaciones sexuales no sean posibles o que por lo menos sean equivocadas” (Lévi-Strauss, 1974/1991, p. 33).

Según la propuesta de Engels (2019) en el inicio primitivo de la organización familiar existía un intercambio sexual sin barreras, en el que todos los hombres de la tribu podían copular libremente con cualquier mujer y viceversa, de tal forma que no existía la pareja como propiedad y por consecuencia, los hijos podían ser reconocidos únicamente por aquella que engendraba. Cabe comentar que, aunque existía cierto reconocimiento por parte de la madre, este no implicaba la inscripción simbólica del linaje, pues no había diferenciación: una vez que el hijo devenía adulto también podía acceder al comercio ilimitado de la tribu, en la cual también estaba la madre.

Al borrar de la ecuación al padre, garante de la diferenciación subjetiva, la madre adquirió un derecho exclusivo sobre los hijos, quienes únicamente podían tener certidumbre acerca de su origen por línea materna. Así, las mujeres madres regían la estructuración social de la tribu, lo cual les otorgo una posición alta y privilegiada dentro de su clan. El psicoanálisis nos advierte acerca de los estragos

---

<sup>5</sup> Este capítulo fue publicado, con algunas modificaciones, bajo el título “Lo familiar en psicoanálisis. Prohibición del incesto y sucesión genealógica” en la Uaricha. Revista de psicología de la UMSNH en el volumen 22, año 2024.

subjetivos que se desprenden de una abigarrada relación madre-hijo así como de las implicaciones psíquicas para las generaciones venideras.

Recordemos que lo idéntico trae de la mano al incesto, y con ello, al borramiento de las diferencias entre las generaciones. Gracias a las múltiples transformaciones de lo permitido y de lo prohibido en el terreno sexual, surgieron diversos sistemas de parentesco, los cuales ya no se limitaban únicamente al vínculo sanguíneo. Por ejemplo, entre los indios de América, los aborígenes de la India y las tribus goras de Indostán, se les llama hijos e hijas, no sólo a los propios, sino también a los hijos de sus hermanos; los cuales llaman padre también al primero (Engels, 2019, p. 35). De suerte que cada hijo tiene varios padres y madres.

Pensar más allá de la biología al momento de designar los vínculos familiares apunta a pensar que la familia, en su origen mismo, rebasa los límites de la consanguineidad. Constreñirla únicamente a ese campo estrecho, desde el cual comúnmente es pensada por las disciplinas psi, omite su carácter fantasmático y ficcional, el cual le otorga a cada integrante de la familia un lugar dentro de la estirpe, el cual, muchas veces, va en contra de los vínculos que por sangre le corresponderían al sujeto.

Engels (2019) propone tres períodos evolutivos para pensar el origen de la familia. El primero de ellos, el salvajismo, se trata de un estadio mítico del cual no existe vestigio alguno que pruebe su existencia; sin embargo, Engels hace recurso del mismo para esbozar el desarrollo de la cultura a través de los tiempos. Argumenta que en este periodo regía el matrimonio por grupos y una sexualidad ilimitada que imposibilitaba designar el lugar del padre cada vez que nacía un nuevo integrante.

En el segundo período, la barbarie, emergió la familia sindiásmica, caracterizada por múltiples uniones conyugales temporales, en las cuales existía un cónyuge principal y todos los demás eran secundarios, esto aplicaba para ambos sexos. Engels propone que en esta época surgió la prohibición del incesto, lo que generó que se restringiera el comercio sexual sin trabas que dominó el estadio del salvajismo. A partir de tal interdicción las alianzas conyugales no sólo estuvieron prohibidas para todos aquellos que compartían vínculos de sangre sino también para otros tipos de vínculos que integraban al grupo social, lo que ocasionó que los miembros tuvieran que buscar afuera de la comunidad una pareja para establecer una vida conyugal.

La evolución de la familia en la historia primitiva consiste en estrecharse continuamente el círculo en el cual reina la comunidad conyugal entre los dos sexos, y que en su origen abarca la tribu entera. La exclusión progresiva, primero de los parientes cercanos, después de los más o menos lejanos, y luego de los que son simples parientes por alianza, hacen, por fin, imposible, en la práctica, toda especie de matrimonio por grupos; en último término no queda sino nada más que la pareja

provisionalmente unida por un vínculo frágil aun: es la molécula, con la disociación de la cual concluye el matrimonio en general (Morgan, 1877, citado en Engels, 2009, p. 54).

La familia monogámica, tal y como la conocemos, surgió a partir de las prohibiciones pronunciadas ante el quehacer sexual. Este modelo tomó mucha fuerza gracias a la entrada del cristianismo, por la moralidad ligada a la sexualidad, y la invención de la propiedad privada, dado que los bienes dejaron de ser compartidos en la comunidad para pasar a ser personales. “Con las fortunas, emergió también la necesidad de tener herederos ciertos a quienes dejarles los bienes, la paternidad inequívoca comenzó a exigirse, de ahí que la monogamia se instaló en el interior de dicha forma social. El derecho maternal fue relevado por el derecho paterno, dándole al hombre, el poder que antes era propio de las mujeres-madres” (Sierra, 2024, p. 18). Esta organización cultural representa el triunfo de la propiedad individual sobre el comunismo espontáneo primitivo.

Es importante señalar que la tesis de Engels ha sido objeto de múltiples críticas, pues busca dar cuenta de la evolución de la familia desde el surgimiento de la humanidad, en tan sólo tres períodos sin mostrar sustento suficiente que fundamente tal propuesta. Uno de sus más importantes detractores fue Lévi- Strauss (1974/1991), quien se pronunció en contra de todas aquellas investigaciones en el terreno de lo familiar, atravesadas por la influencia evolucionista de la época, la cual fue muy popular en el campo antropológico entre el siglo XIX y el siglo XX.

El punto neurálgico de la crítica de Lévi-Strauss radica en que la urgencia por explicar el surgimiento de la institución familiar generó una efervescencia de propuestas donde los investigadores, arbitrariamente, llenaron los huecos de la historia con datos que hacían coincidir las formas sociales más sencillas con los estadios más primitivos de la humanidad. De tal forma que “la familia monogámica considerada como la forma social más loable y ampliamente aceptada, era imposible de rastrear en los pueblos primitivos, pues un hombre bárbaro no podría conocer los refinamientos sociales del hombre culto” (Sierra, 2024, p. 5)

Así, la monogamia fue colocada en el nivel superior del desarrollo y la estructura social, pues era exclusiva de las civilizaciones avanzadas. Lo cual generó “una interpretación errónea de los hechos, en la cual se inventaron caprichosamente etapas primigenias de la evolución. [...] Cualquier costumbre distinta de las nuestras, se seleccionaba cuidadosamente como vestigio de un tipo más antiguo de organización” (Lévi-Strauss, 1974/1991, p. 8). Los postulados que apelaban a la evolución, en progresión lineal, de la organización familiar fueron deslegitimados gracias a nuevas investigaciones en el campo de la antropología que mostraban que la familia monogámica ya se encontraba presente en los pueblos primitivos. Esto pone de manifiesto la existencia de múltiples formas de familia que,

lejos de estar aisladas en el tiempo, coexistían en distintos grupos sociales y no se sucedían unas a otras.

Mientras continúa el debate sobre las diversas formas de lo familiar y su existencia en el contexto histórico de la humanidad, existe un consenso generalizado entre los antropólogos sobre su universalidad en cualquier sociedad. Por lo que surge la pregunta acerca de la razón por la que esta forma social puede encontrarse en todos los asentamientos humanos y, por qué persiste a lo largo del tiempo. Si no hay una ley natural que la imponga, ¿por qué está presente en todas partes?

Según Spiro (1974/1991), la familia nuclear cumple funciones universales esenciales para la supervivencia de cualquier sociedad: la función sexual, educativa, económica y reproductiva. Sin garantizarse la primera y la última, la vida no podría continuar; sin la tercera, la estabilidad social sería inviable; y sin la segunda, la cultura se extinguiría. A pesar de ello, resulta complicado encontrar un sustituto adecuado dentro de las instituciones que cumpla con estas funciones. Por esta razón, la premisa que sostiene una necesidad universal de la familia para la vida social sigue siendo ampliamente aceptada.

El análisis de comunidades excepcionales, como el kibbutz israelí, que parecen haber desarrollado estructuras sociales sin una forma familiar tradicional, ha generado un intenso debate en el ámbito antropológico. Estas comunidades, donde tareas como el cuidado y la educación de los niños, el trabajo y la gestión de bienes se realizan de manera comunal, cuestionan el papel tradicional de la pareja conyugal. Esto ha llevado a dos posiciones opuestas: algunos ven en estas estructuras una variante de la familia, mientras que otros argumentan que estas experiencias sugieren una posible desaparición futura de la familia tradicional, ya que la función social puede ser absorbida por la comunidad.

Más allá de estas disputas, una cuestión clave es que la familia representa el primer escenario de regulación del universo pulsional. Ofrece un espacio en el que, idealmente, se limita la satisfacción de deseos sexuales y agresivos, lo cual es necesario para preservar la cultura y asegurar el advenimiento del sujeto. Dentro de los marcos jurídicos y sociales de Occidente, la familia sostiene la ley cardinal para la constitución subjetiva: la prohibición del incesto.

### **La transmisión de la prohibición y el ordenamiento de los parentescos.**

El término "incestus" proviene de la combinación del adjetivo "castus" y el prefijo "in", que indica negación. "Castus" se refiere a lo puro, inocente y sagrado (Legendre, 1985/1996, p. 71). Así, lo incestuoso connota lo sacrílego, impuro y deshonroso, lo que explica la sensación de culpa incluso ante la mera mención de lo prohibido.

En el contexto jurídico actual de nuestro país, la regulación del incesto se centra principalmente en los vínculos de consanguinidad. Esto lo confirma el artículo 272, capítulo 3, del Código Penal Federal, que establece sanciones para quienes cometen este delito. El artículo sostiene que se impondrá una pena de uno a seis años de prisión por el delito de incesto cuando los ascendientes mantengan relaciones sexuales con sus descendientes adultos. Si la víctima es menor de edad, el acto se considerará como violación (Código Penal Federal, 2020).

Sin embargo, hay evidencia que sugiere una prohibición del incesto más amplia que no se limita a los parentescos biológicos. Hérítier (1974/1991) argumenta, a partir del análisis de textos históricos y estudios etnológicos, que existe un tipo de *incesto de segundo tipo*, indirecto, que prohíbe no solo las relaciones sexuales directas entre parientes sanguíneos, sino también cualquier relación sexual que pueda conectar a parientes a través de un tercero común. Por ejemplo, una hija podría tener contacto íntimo con su madre si mantiene relaciones sexuales con su padre o padrastro, o una madre podría hacerlo con su yerno. En este contexto, madre e hija se ven como equivalentes debido a la similitud anatómica entre los sexos, lo que intensifica la percepción de lo prohibido.

La prohibición del incesto trasciende el ámbito de la biología y marca la transición de la naturaleza a la cultura, de lo animal a lo humano (Lévi-Strauss, 1974/1991). Esta restricción impone una reorganización del intercambio sexual dentro de un marco simbólico lleno de obligaciones y tabúes, algo que no se encuentra en el reino animal ni en otros seres no inmersos en el lenguaje. Por lo tanto, la naturaleza del ser humano en tiempos primitivos, antes de la aparición de la cultura, probablemente no difería mucho de la de sus parientes homínidos.

Cabe señalar que, aunque la prohibición del incesto se impone como un principio categórico en muchas sociedades, su aplicación varía, pues algunas sociedades, mientras prohíben los intercambios sexuales entre madre e hijo, pueden tener actitudes más permisivas hacia otras formas de relaciones sexuales dentro de la familia. Hérítier (1974/1991) argumenta que en tales comunidades prevalece una tendencia hacia la reproducción de lo similar. Las categorías de lo idéntico y lo diferente emergen como un esfuerzo, del cachorro humano, por comprender las diferencias anatómicas entre los sexos, lo que constituye el primer desafío de la vida anímica. A partir de ahí, distinguir entre lo idéntico y lo diferente se convierte en una tarea que, haciendo recurso a distintos elementos conceptuales, ayuda al sujeto a entender el mundo. El incesto enmarca una ruptura con lo idéntico, cuyo exceso se considera peligroso y destructivo, ya que amenaza con erradicar la otredad que es necesaria para la vida en sociedad.

En comunidades que priorizan la acumulación de lo idéntico en sus sistemas de representación, el incesto tiende a ser una práctica común. No sorprende que estas prácticas generen traslapes entre generaciones, cuyos efectos psíquicos se manifiestan de formas diversas. La inclusión de lo diferente es esencial para la existencia en el plano subjetivo, mientras que la perpetuación de lo idéntico y la eliminación de lo singular, al menos en las sociedades occidentales civilizadas, conllevan numerosos costos sintomáticos.

La prohibición del incesto preserva la vida social, la constitución psíquica y la sucesión generacional. No obstante, es importante evitar una perspectiva etnocéntrica que excluya otras formas de abordar esta cuestión, ya que la proscripción del incesto es una construcción humana. No existe una ley natural que obligue a su cumplimiento; aunque los genetistas han intentado justificar la transmisión de defectos genéticos entre parientes consanguíneos, las experiencias de comunidades que no siguen dicha prohibición reducen esta idea a una construcción ideológica. Premisa que sigue siendo el pilar fundamental de la cultura.

Si bien la prohibición del incesto se centra, principalmente, en la proscripción de relaciones sexuales entre consanguíneos, también se extiende a los vínculos creados simbólicamente con otras personas. Por ejemplo, en un *kibbutz*, los niños que crecieron juntos en un entorno comunal, al llegar a la adultez, buscarán pareja fuera de su comunidad, pues, aunque no haya parentesco sanguíneo, el proceso de crianza, afectos y experiencias compartidas genera un vínculo que se percibe como familiar y, por lo tanto, prohibido.

Este punto destaca que la relación sanguínea no es el único elemento que configura la narrativa familiar. La genealogía de una persona va más allá del simple esquema madre-padre-hijo, ya que los vínculos familiares reconocidos y su organización dentro del árbol genealógico reflejan procesos psíquicos que se manifiestan de manera singular en cada historia, a menudo trascendiendo los lazos biológicos, pues en la construcción imaginaria de lo familiar, un mismo rol puede ser ocupado por diferentes personas, lo cual da lugar a una reconstrucción continua que está sometida, también, a las leyes de la cultura.

De tal manera que, el concepto de incesto no se limita a las relaciones sexuales entre parientes consanguíneos, sino que abarca todos aquellos montajes simbólicos que reactivan lo prohibido. Recordemos que en el inconsciente no hay distinción entre lo real y lo imaginado, lo que significa que las consecuencias subjetivas de transgredir la ley afectan tanto en situaciones reales como en las fantasías. Como señala Freud, en el inconsciente no existe una distinción entre realidad y ficción, ya que ambos se experimentan con igual intensidad afectiva (Freud, 1897/2010a).

El establecimiento de lo prohibido y lo permitido es responsabilidad del ámbito jurídico, según Legendre (1900), el derecho, mediante su estructura normativa, tiene el propósito de preservar la especie, por lo que está continuamente reflexionando sobre los grandes temas que inquietan la subjetividad. Los problemas que interpelan al individuo y que son abordados por el derecho inciden directamente tanto en la reproducción como en la formación subjetiva de las generaciones futuras.

Así, la función principal del derecho es actuar como un mediador que, siguiendo la lógica del tercero, garantice que se respeten las prohibiciones, lo que es esencial para la existencia del ser humano como ser parlante, “[...] le droit doit être pris en compte par la psychanalyse, sommée de comprendre que le droit est un relais symbolique inévacuable de déterminisme subjectif<sup>6</sup>” (Legendre, 1900, p. 147).

El derecho actúa como el fundamento para las construcciones genealógicas al desempeñar el rol de mediador estructural en el determinismo subjetivo. Al posicionarse como una instancia de terceridad, comanda la organización legal de los parentescos, que son la base sobre la cual cada sujeto construye su propia historia. Por esta razón, el trabajo de los juristas implica una reflexión constante sobre las posibles implicaciones subjetivas derivadas de las decisiones legales. De acuerdo con esta perspectiva, el análisis de la filiación debe abordarse tanto desde un enfoque jurídico como desde el de la subjetividad.

El autor examina detalladamente diversos fallos de las cortes civiles de Francia en la década de 1980, incluyendo la Corte de Gran Instancia, la Corte de Apelación y la Corte de Anulación. En estos casos, se muestra cómo las cuestiones jurídicas inevitablemente se cruzan con problemas de índole edípica. Un ejemplo relevante es el caso del joven Sebastián, presentado ante la Corte de Apelación de Burdeos en 1988. El caso gira en torno a una solicitud de adopción hecha por el abuelo materno de Sebastián, quien vive con su madre en la casa de sus abuelos.

La madre de Sebastián está viva y es capaz de cumplir con sus responsabilidades de crianza. Sin embargo, el abuelo solicita la adopción por temor a que, en el futuro, el padre biológico del joven regrese y busque un reconocimiento legal del menor. Resulta interesante la reflexión que los jueces hacen en torno a este caso.

El tribunal se pronuncia en contra de la solicitud de adopción argumentando que esta acción reemplazaría la filiación biológica del niño, haciendo que el adoptado deje de formar parte de su familia de origen. En concreto, si el abuelo materno adoptara al joven, se eliminaría de inmediato el

---

<sup>6</sup> “[...] el derecho debe ser tomado en cuenta por el psicoanálisis, con la finalidad de comprender que el derecho es un recurso simbólicamente invaluable del determinismo subjetivo”. La traducción es mía.

vínculo entre el niño y su madre. Además, al proporcionar una nueva figura paterna, se anularía automáticamente la filiación materna original del niño.

Al considerar el estatus legal del niño en el contexto de la adopción, se observa que este perdería todos los lazos con su madre biológica y se convertiría en hijo adoptivo del abuelo, además de medio hermano adoptivo de la hija del abuelo, quien antes era su madre. Así, el niño no tendría más conexiones con su familia de sangre, de este hecho subsistirían solo tres personajes en el montaje ficcional de la novela familiar: el abuelo materno, la madre, y el niño. Este cambio representaría una nueva formación de la estructura edípica.

Si pensamos lo planteado desde la representación, la madre sigue ocupando una posición de madre frente al niño, como lo confirma la corte. De tal manera que la adopción introduciría una nueva configuración familiar, donde el niño vería a su abuelo como la nueva figura paterna y a su madre como la pareja de su abuelo. Este ajuste jurídico daría lugar a una forma de incesto legal.

Aunque los conceptos de "incesto" y "legal" parecen ser opuestos, en realidad están interrelacionados. La hipótesis de la adopción remite a una fantasía edípica presente en las niñas, de ser la esposa del padre y tener un hijo con él, tras haber eliminado a la madre. Esta fantasía, evidentemente, aunque no está destinada a ser realizada, su simple formulación basta para incidir en la estructuración psíquica y para abrir el campo a las sustituciones y diferencias.

Además, el esquema legal podría generar una fantasía de bigamia, ya que el abuelo materno asumiría roles prohibidos en la estructuración edípica, actuando como pareja sexual tanto de su esposa como de su hija. Así, la solicitud de adopción refleja un síntoma familiar que intenta rechazar la función paterna, esencial para la inscripción de lo prohibido. Los conflictos dentro de la familia parecen centrarse en torno al padre.

El sistema jurídico, por su parte, se niega a eliminar la función paterna, a erradicar el lugar de terceridad del padre. Eliminar lo prohibido constitutivo sería en detrimento de la vida anímica del joven Sebastián. Por tanto, en interés de mantener los lazos biológicos y genealógicos del niño, y de preservar las estructuras representacionales vinculadas a la fantasía, la corte decide rechazar la solicitud de adopción.

El caso de Sebastián ilustra las implicaciones psíquicas que pueden emerger cuando se altera la inscripción legal de los parentescos. Este material jurídico pone de relieve cómo las representaciones fantasmáticas influyen en la construcción de la narrativa familiar. Por ello, es crucial que las instituciones jurídicas reflexionen continuamente sobre las implicaciones subjetivas de sus decisiones.

La inscripción de lo permitido y lo prohibido en el aparato psíquico parece depender de la reglamentación del conflicto edípico, el cual también debe ser ordenado desde el ámbito legal, pues recordemos que en el inconsciente, las relaciones familiares obedecen a múltiples transformaciones, poniendo en escena combinaciones de elementos intercambiables, y la prohibición del incesto organiza estas sustituciones genealógicas al definir los lugares dentro del entramado familiar y así evitar que se convierta aquello en un caos, “ninguna sociedad podría prescindir de poner orden a sus sujetos” (Legendre, 1985/1996, p. 11).

La prohibición del incesto, al formar parte del lenguaje, crea significados que a menudo se cristalizan en la formación de instituciones que buscan asegurar las condiciones necesarias para la vida del sujeto. Desgraciadamente, en nuestro país, la ineficacia de estas instituciones es evidente, ya que frecuentemente sus propósitos se limitan a intereses personales de la clase política, dejando de lado el interés por la condición humana.

Si no se obstaculizara el impulso incestuoso -no en tanto que pulsión del individuo, sino como fantasma inconsciente del sujeto de la palabra-, la individualización del sujeto sería imposible, la humanidad enloquecería y, en estas condiciones, ninguna sociedad sobreviviría. En otros términos, diferenciar a los humanos clasificándolos según la ley de la especie, es decir, en una perspectiva de reproducción, es una de las funciones elementales de la genealogía [...] (Legendre, 1985/1996, p. 31).

Los desafíos inconscientes de la humanidad se manifiestan en el terreno genealógico, siendo el problema del incesto el más importante. La renuncia a los deseos incestuosos y su prohibición permiten la estructuración edípica y la reproducción subjetiva, lo que a su vez posibilita la descendencia. Así, la transmisión de la prohibición es crucial para evitar el caos en las relaciones de parentesco y preservar el orden familiar, esencial para la vida subjetiva y social.

Según el análisis del mito freudiano de la horda, Freud (1913/2010) sostiene que la prohibición se basa en dos aspectos clave: no matar y no tener relaciones sexuales con las mujeres del clan. Esta prohibición surge del sentimiento mítico de culpa asociado al parricidio primordial. Al matar y devorar al padre, este se convierte en una figura temida, pues asumir su lugar implica la muerte; al integrarlo por canibalismo, se internaliza su autoridad y se establece una identificación con él. Además, el arrepentimiento y la culpa surgen de los sentimientos ambivalentes hacia el padre, pues lo odiaban por limitar su acceso a las mujeres del clan, pero al mismo tiempo lo admiraban y amaban. Freud sitúa en este momento el origen de la civilización.

Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre

primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión (Freud, 1913/2010, p. 144).

Desde esta perspectiva, las dos prohibiciones fundamentales, al repetirse a lo largo de los tiempos, aseguran la continuidad de la cultura. La cultura se erige sobre una constante renuncia a las pulsiones originarias entramadas a los deseos inconscientes de canibalismo, asesinato e incesto. El sujeto debe restringir la realización de estos deseos a lo largo de toda su vida. Su inscripción al orden cultural le ayuda a regularlos y someterlos, no olvidemos que “la ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar de sus pulsiones” (Freud, 1913/2010, p. 126). La instauración de estas prohibiciones, en todas sus manifestaciones, permite al sujeto tomar conciencia de su condición incompleta, facilitando así su entrada al mundo del lenguaje, la diferencia, y la función fálica.

Quizás en este punto habría que reflexionar qué pasa con la renuncia pulsional en nuestra época, ya que el clima social que respiramos día a día tiñe el ambiente de un miedo crudo, y, una incertidumbre angustiante, frente a un panorama de inseguridad que parece agravarse con el transcurrir de las manecillas del reloj. Lamentablemente son pocas las personas, en nuestro país, que no han sido víctimas de algún delito durante algún momento de su vida, el cual, hartas veces, ha quedado impune por el organismo jurídico encargado de poner orden. Estos casos son prueba flagrante de lo fallido de la instauración de la prohibición, la cual no se sostiene ni por las instituciones del Estado ni por el orden familiar.

Pareciera pues, que lo que prima es una renuncia pulsional cada vez más precaria. Ante esta negativa a respetar los límites impuestos por la cultura, se transgrede también, al orden generacional, cuyo principal cometido es la diferenciación subjetiva, la cual incluye, a su vez, la alteridad. El atentar o consumir la muerte del otro, a través de las múltiples formas que esta práctica puede tomar, viola el pacto social, anulando la diferencia, y ensanchando, en el detractor, la fantasía de una omnipotencia absoluta, enemiga frontal de la vida en sociedad.

A su vez, la incapacidad de rehuir a la apetencia de lo prohibido apunta a una satisfacción pulsional que va en aumento sin ser siquiera sublimada. Cuestión que no termina ahí, pues esta satisfacción que excede el marco de la fantasía, y, pasa al acto, es parcial, deja un saldo de insatisfacción que anima a la circularidad de la repetición. No olvidemos que la instauración de la ley es lo que regula lo pulsional,

a partir de la delimitación de lo que no está autorizado, se abre el mundo de lo que sí está permitido. La ley sostenida en la renuncia es estructurante y constitutiva, ya que permite dar forma al mundo psíquico.

La prohibición es crucial para la formación psíquica, ya que facilita el rechazo de deseos que ponen en peligro la vida, como el incesto y la muerte, mediante la representación estructural del padre para ambos sexos. Este ejercicio asegura la reproducción subjetiva a lo largo de las generaciones al introducir la falta, motor del deseo.

Philippe Julien (2002) sostiene que “la esfera familiar tiene como función la reproducción de la vida, su subsistencia y su perpetuación; en consecuencia, está sometida a las necesidades de la vida” (p. 11). Así, el objetivo generacional apunta a asegurar la reproducción subjetiva de sus miembros, instituyendo la carne humana para la emergencia anímica. Esta tarea implica necesariamente una pérdida, ya que la estructura edípica surge a partir de una prohibición y una renuncia subjetiva. Cada nueva generación requiere la disolución de la familia de origen para abrir paso al linaje.

### **La muerte de la familia de origen y la sucesión genealógica.**

*¡que la familia no deje de morir para que la sociedad se perpetúe! Philippe Julien.*

La muerte simbólica de la familia de origen es esencial para la sucesión genealógica. Lévi-Strauss (1983) argumenta que toda familia se encuentra en un proceso constante de destrucción y reconstrucción. La familia originaria debe ser aniquilada simbólicamente para que pueda formarse una nueva familia; sin esta muerte simbólica, la nueva familia puede convertirse en una extensión amorfa de la anterior, lo que a menudo lleva a confusiones entre generaciones. Estas configuraciones psíquicas impactan a los miembros de diversas formas.

La ley, en favor de lo social, obliga al sujeto a trascender los lazos familiares primarios y a distanciarse de los vínculos de origen para asegurar la estructuración psíquica del linaje. Julien (2002) afirma que “si la sociedad tiene como condición biológica a la familia, es para negarla y así perpetuarse de generación en generación” (p. 39).

Durante la adolescencia, se manifiesta con gran intensidad el deseo de dejar atrás a la familia de origen. Este periodo de fuerte cuestionamiento a las figuras parentales muestra un esfuerzo psíquico del joven por comenzar a distanciarse de sus objetos primarios. Así pues, la relación que parecía inquebrantable en la infancia, durante la pubertad comienza a ser vigorosamente interpelada. Este

clima de tensión suele ser difícil de sobrellevar por los adultos, por lo que a menudo funge como un motivo de consulta en psicoterapia. Sin embargo, para el joven, dicho tránsito es fundamental para restarle intensidad a las identificaciones libidinales con los padres, las cuales suelen tener connotaciones incestuosas.

Para los jóvenes, atravesar esta fase de cambios físicos y subjetivos representa una importante conquista para la continuidad de la cultura. Freud, en “Las metamorfosis de la pubertad” (1905/2010b), señala:

[...] Uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimio respecto de la autoridad de los progenitores, *el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua*<sup>7</sup> (p. 207).

La confrontación entre generaciones es crucial para el desarrollo cultural. Freud advierte sobre las consecuencias de evitar este proceso de separación libidinal hacia los padres, tal negativa puede afectar no solo a las futuras generaciones, sino también al amor adulto. Recordemos que el amor infantil, aparentemente, no sexual hacia los padres y el amor sexual provienen de las mismas fuentes (Ibid.).

“No hay alianza conyugal *sin ruptura* con la familia de donde se procede” (Julien, 2002, p. 55). Es decir, todo sujeto debe decidir entre la familia de origen y la familia conyugal, cuando el lazo con la familia de origen no mengua su intensidad, puede comprometer la relación conyugal. Aunque esta cuestión parece bastante clara en la teoría, en la práctica está impregnada de significaciones inconscientes y está fuertemente condicionada por el contexto cultural. En nuestro país, por ejemplo, es común observar prácticas de crianza que priorizan la permanencia del vínculo infantil con los hijos, especialmente con las mujeres. Estas, aun después de dejar el hogar parental, no desisten de su lugar de hijas, consultando a sus padres antes de tomar cualquier decisión importante.

La separación con la familia de origen implica respetar la interdicción del incesto, exigencia cultural de la sociedad, que, en psicoanálisis, claramente no se reduce al comercio sexual entre consanguíneos, sino que incluye también, los vínculos afectivos, las fantasías y las prácticas de convivencia entre los miembros de una familia, en las cuales incluso puede estar ausente el coito, lo cual no mengua en nada, la posibilidad de que puedan ser pensadas desde el terreno de lo interdicto.

Desde esta perspectiva, lo incestuoso remite a la eliminación de las diferencias, a la fusión mítica e imaginaria con el objeto primordial. Todas las prácticas, tanto dentro como fuera de las generaciones, llevan esta marca. Por tanto, la instauración de la prohibición universal no es un proceso único y

---

<sup>7</sup> Las cursivas son mías.

definitivo en la vida, sino una operación en constante reactualización, ya que todos los vínculos libidinales que entable el sujeto van a reactivar su contenido. Renunciar a la familia de origen requiere un posicionamiento activo frente al incesto.

La negativa a separarse de los objetos primarios, además de atentar contra la ley de la diferenciación subjetiva, no permite la apertura de la vida para la descendencia. La necesidad de renunciar a la familia de origen también está presente en el discurso religioso, que es claro en este punto: “el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Biblia de las Américas, 1997, Génesis 2:24). De tal forma que una de las tareas fundamentales en la transmisión entre generaciones es dotar a la siguiente generación de los recursos necesarios para que sus miembros puedan distanciarse, mirar hacia afuera y ubicarse en su propia generación. Estas condiciones imprimen el deseo en el linaje.

La verdadera filiación es haber recibido de los padres el poder efectivo de dejarlos para siempre, porque su conyugalidad estaba y sigue estando en primer lugar. Dicho de otro modo, traer al mundo es saber retirarse, de tal manera que, a su vez, los descendientes sean capaces de retirarse. Así, los padres que, gracias a su conyugalidad permanecen en su propia generación, no hacen que, sobre sus hijos, una vez adultos, pese una deuda de reciprocidad (Julien, 2002, p. 57).

Para lograrlo, es forzoso que los padres renuncien a la reactivación de su propio narcisismo infantil, de lo contrario, pueden convertir a sus hijos en portadores de sus propios ideales narcisistas. Esta renuncia es necesaria para que el recién llegado pueda ocupar su lugar en la estirpe, y remite a una operación que enfrenta al sujeto con la renuncia, la pérdida y la muerte, elementos centrales para la reproducción subjetiva. Las particularidades de la constitución psíquica de las generaciones futuras estarán determinadas por el contenido de dicha transmisión, que no es otra cosa que la transmisión de la falta.

Recordemos que Freud nos enseñó que, con el nacimiento de un hijo, el padre se convierte en deudor de un espacio psíquico para el cachorro humano. Cada llegada requiere un pacto de alianza en nombre de la prohibición edípica, entre el padre del niño y el padre de ese padre, lo cual permite la continuidad de la paternidad. “[...] Todo sujeto debe sellar la parte edípica con sus ascendentes, con el propósito de que la vida viva para sus descendientes” (Legendre, 1990, p. 65). Asumir la castración y reconocer la propia muerte es un paso necesario para la constitución psíquica del linaje, ya que, si la falta no se inscribe, todo lo demás queda petrificado en una completud imaginaria que es a la vez enloquecedora y cosificante.

La posibilidad de disponer de los recursos psíquicos necesarios para soportar tareas que impliquen la disminución del yo se ha vuelto una práctica que va en desuso en nuestra época. Este fenómeno está

estrechamente vinculado a un contexto dominado por intereses económicos, donde el discurso del consumo excesivo de bienes, servicios y productos se impone como el medio preferido para colmar, a nivel imaginario, la falta. La falsa promesa de una completud imaginaria, anhelada desde tiempos originarios, da forma a una resistencia generalizada a la renuncia que permea todas las esferas de la vida. Como resultado, el sujeto se encuentra rodeado de objetos, en su mayoría desechables, que, lejos de relanzar la búsqueda del deseo o de suscitar cuestionamientos en torno a él, lo neutralizan, agrandando el vacío e impidiendo su transmisión a las futuras generaciones. Cabe recordar que el consumismo opera como un imperativo del goce, el cual conlleva una deriva incestuosa.

Por su parte, la llegada del cachorro humano reaviva en los padres el estado de completud, un momento mítico aparentemente sin falta, que ellos alguna vez experimentaron (Freud, 1914/2010). Si consideramos que esta reactivación está acompañada de un discurso capitalista que promete poder tenerlo todo y ser todo lo que siempre se ha deseado, sin duda, la renuncia se complica aún más. Sin embargo, es imperante realizar una doble renuncia narcisista a ese estado para que la existencia del bebé pueda ser reconocida como separada y diferente de aquellos que le dieron la vida, esto exige un proceso activo de elaboración por parte de los padres.

El narcisismo revivido en los padres puede llevarlos a esperar ver cumplidos, en sus hijos, sus propios ideales abandonados, pues con la llegada del nuevo integrante se les presenta otra oportunidad de cumplir no sólo sus sueños de infancia, sino también todos aquellos deseos que, debido a las exigencias de la vida, se vieron obligados a renunciar.

*His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres [...]. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño (Freud, 1914/2010, p. 88).

Reconocer la otredad y la existencia separada del cachorro humano es lo que permitirá que, posteriormente, emerja en el niño la pregunta por el deseo, un deseo que se ubique más allá de los ideales narcisistas parentales que le acompañaron incluso antes de su concepción. Esta es la tarea que cada generación debe llevar a cabo para asegurar el devenir psíquico de la descendencia (Sierra, 2014).

## CAPÍTULO IV

### LA VIGENCIA DE LA FAMILIA FREUDIANA: EDIPO, LEY Y DIFERENCIACIÓN SUBJETIVA<sup>8</sup>

La existencia del sujeto está condicionada a su inscripción en un orden genealógico que lo va a hacer partícipe del lenguaje, de los signos y de los símbolos compartidos culturalmente. Desde un inicio estamos atravesados por un proceso de humanización cuya finalidad es asegurar la reproducción subjetiva. Este ejercicio, inherente a la vida misma, se despliega de manera privilegiada en el terreno de lo familiar. Una vez dicho eso, el apartado siguiente pretende cuestionar algunos de los planteamientos freudianos fundamentales respecto a lo familiar, para ponerlos a dialogar con el malestar de la época.

La pregunta central que atraviesa el capítulo remite a la vigencia del Edipo en nuestro contexto histórico tal y como fue pensado en un inicio por su creador. A partir de este cuestionamiento se abren distintas vías de análisis que nos llevan a indagar en las condiciones socio-históricas que imperaban al momento en que Freud decidió tomar el mito de Sófocles para proponer su teoría, la cual, como sabemos, ha permeado la construcción social de la figura de la familia por más de un siglo, pues las formulaciones sustentadas en el complejo han sentado las bases -en la mayor parte del campo psi-, para analizar las relaciones internas del orden conyugal, filial y genealógico.

Hablar de la familia freudiana es hablar también del padre, representante de la ley y garante de la diferenciación subjetiva, su función permite estructurar y sostener el orden genealógico, de ahí que se aborden también sus múltiples transformaciones a través de los tiempos y su impacto en la organización de la familia. En suma, lo escrito es un esfuerzo por revitalizar lo que ya ha sido dicho, al pensarlo bajo los cánones de la época actual. Recordemos que el mismo Freud puso de manifiesto, en varias ocasiones, que el psicoanálisis no podía ser una representación del mundo, por el contrario, se trata de un método que permite darle una lectura a un fenómeno en particular.

#### **¿Universalidad de la familia?**

La premisa que sostiene que la existencia de la familia es universal, pues se encuentra presente en cualquier asentamiento humano, sustenta una afirmación que, como se discutió en la sección anterior, fue apoyada por los antropólogos del siglo XX y ampliamente difundida por Lévi-Strauss, uno de los

---

<sup>8</sup> Este capítulo fue publicado, con algunas modificaciones, bajo el título “El lugar del padre en la historia de la familia” en el libro *La investigación en el posgrado. Desafíos actuales para la psicología*. Editorial de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, año 2022.

investigadores más destacados en su campo. Hoy, en un contexto histórico diferente, caracterizado por lo que muchos ven como la evidente declinación de la autoridad paterna y la mercantilización del sujeto en el capitalismo, resulta necesario analizar esta máxima planteada en el siglo pasado. Esto nos permitirá examinar tanto su vigencia como las circunstancias sociohistóricas que propiciaron su surgimiento, las cuales son herederas de las múltiples transformaciones que ha tenido lo familiar a lo largo del tiempo.

Como punto de partida, es fundamental cuestionarse: ¿sobre qué tipo de familia se construye la premisa de su universalidad? Lévi-Strauss expresa lo siguiente:

La vida familiar está presente en prácticamente todas las sociedades humanas, incluso en aquellas cuyas costumbres sexuales y educativas están muy distantes de las nuestras. Tras haber afirmado durante alrededor de cincuenta años que la familia, tal como la conocen las sociedades modernas, no podía ser sino un desarrollo reciente, resultado de una prolongada y lenta evolución, los antropólogos se inclinan ahora a la opinión contraria; a saber, que la familia, apoyada en la unión más o menos duradera y socialmente aprobada de un hombre, una mujer y sus hijos, es un fenómeno universal, presente en todos los tipos de sociedades (Lévi-Strauss, 1956/1979, p. 95 citado en Roudinesco, 2013, p. 13).

A primera vista, el concepto *familia* parece estar claramente delimitado a partir de dos elementos. Por un lado, se hace referencia a una alianza socialmente reconocida que tradicionalmente se ha identificado con el matrimonio, la base fundamental de lo familiar. Por otro lado, implica una relación de parentesco con los descendientes, ambos elementos están sustentados en la diferencia anatómica de los sexos, ya que es gracias a la unión entre un hombre y una mujer que nacen los hijos. Desde esta perspectiva, la existencia de la familia está intrínsecamente condicionada a factores biológicos.

Estas familias existen en la medida en que se inscriben en lo social, reservorio de prohibiciones que posibilitan el devenir subjetivo, estableciendo un orden de realidad antinatural que se reactualiza continuamente en lo singular de cada historia. En el cuerpo social, la ley de interdicción del incesto es quizás la encomienda más importante para la supervivencia de las familias, pues al impedir las relaciones sexuales entre sus integrantes, obliga a buscar en el exterior, en otras familias, con quienes forjar alianzas. Esto garantiza la inscripción de lo diferente en la estirpe. Es así como un principio biológico (la diferencia anatómica de los sexos) se reúne con una función simbólica (el imperativo de diferenciación sostenido a través de la negativa al incesto).

Fórmula que de entrada nos parece bastante clara, pero desafortunadamente no alcanza para pensar las condiciones de nuestra época. Ya que actualmente existen alianzas que no están supeditadas a la diferencia anatómica de los sexos, tal es el caso de las parejas homosexuales. A este hecho se le suman otros; la preferencia por la unión libre en detrimento del matrimonio, el aumento de familias

monoparentales y la emergencia de avances médicos que incluso hacen prescindible la relación sexual para la concepción de un hijo, éstas nuevas formas de familia enmarcan tan sólo algunos de los elementos que complejizan el tema en cuestión.

No olvidemos que lo social es el terreno donde se despliegan las múltiples reconstrucciones simbólicas e imaginarias que operan en el interior del aparato psíquico, de ahí que se trate de un escenario que está en constante movimiento, agregando y quitando nuevos elementos. Todas las producciones humanas están atravesadas por esta dinámica fluctuante, y la familia no podía ser la excepción -aun cuando los estudiosos se esforzaron por nombrarla a partir de ejes claramente establecidos, seguían existiendo, en los márgenes, otras formas de alianza-, de ahí que parece ser una ensoñación tratar de nombrar a La familia cuando son múltiples sus formas, las cuales, hartas veces, aunque parecen ser mutuamente excluyentes, coexisten en un mismo momento histórico.

Roudinesco (2013) identifica tres grandes etapas en la evolución de la familia. En primer lugar, está la *familia tradicional*, centrada principalmente en la preservación del patrimonio. En este modelo, los matrimonios son arreglados por los padres basándose en intereses económicos, sin considerar a los futuros cónyuges. Toda la estructura familiar gira en torno a la autoridad del padre, un elemento heredado de la monarquía, donde la sucesión del poder dentro de la familia se justificaba por derecho divino.

En segundo lugar, aparece la *familia moderna*, predominante desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. Este nuevo modelo se basa en el amor romántico, donde los matrimonios se celebran solo si existen sentimientos recíprocos y fidelidad sexual. Se valoriza la división del trabajo, y la educación de los hijos se delega al Estado. La autoridad en este contexto se vuelve un tema controvertido, disputada entre el Estado y los padres, así como entre el padre y la madre.

Finalmente, la *familia contemporánea* emerge a en la década de 1960, caracterizada por unir temporalmente a individuos que buscan una conexión afectiva y/o sexual. Aquí, la autoridad se vuelve un problema complejo, como lo demuestra el aumento de separaciones. Es importante destacar que, en las tres formas de familia propuestas, el lugar del padre como representante de la diferenciación subjetiva y de la ley, ocupa posiciones diversas. En la primera etapa, el padre es el sucesor del rey, y, según las creencias monárquicas, es designado por Dios, representa una figura divina para su pueblo. Es él quien controla el cuerpo femenino, decide el destino de sus hijos y los castigos que se les imponen. En este primer período, la autoridad del padre es comparable al poder del rey.

Desde esta perspectiva, podemos observar que la figura paterna en el derecho romano estaba investida de un poder simbólico y estructurante, que situaba al padre en un lugar fundamental para la

constitución subjetiva del hijo. En esta época, la paternidad no se derivaba automáticamente de un lazo biológico, sino que se determinaba a través del reconocimiento pronunciado por el padre. Así, la inscripción social y familiar del hijo no dependía de la sangre compartida, sino del acto performativo de su designación por parte del padre. El recién llegado entraba al registro de la filiación al ser nombrado y reconocido por el pater, esto le confería un lugar en el seno familiar, independientemente de los vínculos sanguíneos compartidos. El rechazo o la aceptación de los hijos no era una cuestión de biología, sino del deseo y voluntad del padre<sup>9</sup>, la legitimación simbólica de la descendencia recaía sobre él (Veyne, 1987).

En ese momento histórico, la relación entre hijo y padre se encontraba bajo una constante tensión, pues el padre ejercía una autoridad absoluta, convirtiendo al hijo en un sujeto de obediencia incondicional, sumisión que debía ser sostenida hasta la muerte del pater. Este sometimiento prolongado se encuentra relacionado con la emergencia de leyes que prohibían el parricidio, éstas fungían como límite a la tentación inconsciente de erradicar la figura omnipotente del padre.

Con la llegada del cristianismo surge la imperiosa necesidad de unificar en una sola figura al padre biológico y al padre simbólico. Ya no es la voluntad del hombre la que prevalece, sino la de Dios, un poder divino del cual nadie puede escapar y para ser reconocido socialmente como padre, es imprescindible alinearse con la legitimidad que otorga el matrimonio sagrado, sin el cual la familia queda privada de reconocimiento y derechos civiles (Roudinesco, 2013, p. 23). En esta época, el padre adquiere control absoluto sobre el hijo, a quien reclama como propio tanto por la vía de la sangre como por la descendencia biológica<sup>10</sup>. Las normas culturales que se establecen tienen el propósito de contener los abusos inherentes a la autoridad paterna.

Durante la Edad Media y la época feudal, el padre seguía encarnando la ley y el poder absoluto dentro de la familia, afirmando su autoridad no solo en el plano simbólico sino también en el cuerpo mismo del hijo, que podía ser instrumentalizado a voluntad del padre. Este poder reflejaba una estructura psíquica de sometimiento, donde el padre representaba el Otro absoluto, garantizando la protección a cambio de la total dependencia a su voluntad. La ley del padre era, por tanto, avasalladora

---

<sup>9</sup> Cabe señalar que el progenitor biológico no necesariamente coincidía con el padre simbólico; es decir, quien generaba la vida no era automáticamente quien ocupaba la posición paterna en el entramado de significantes. Aquí, la paternidad se jugaba en el registro de lo simbólico, más allá de la biología. En la enseñanza de Lacan (1957/2015) el término *Nombre del padre* es un significante que viene a operar la metáfora paterna indispensable para situar al sujeto en el campo simbólico.

<sup>10</sup> “En la época medieval, la mayoría de los hombres están convencidos de que, durante la concepción, la simiente femenina no cumple ningún papel en la formación del embrión y sólo el esperma masculino permite la existencia de virtudes informativas y trasmite semejanzas” (Lett, s/f, p. 26 citado en Roudinesco, 2013, p. 24). El útero materno era concebido simplemente como un receptáculo pasivo de la potencia generativa del hombre. No fue sino hasta 1875, con el descubrimiento del proceso de fecundación, que se logró esclarecer el rol crucial que juegan tanto los ovarios como los espermatozoides en la concepción, modificando profundamente la comprensión biológica de la reproducción.

y regulaba la estructura familiar, determinando los destinos de los hijos como si fuesen meros objetos de intercambio y trabajo. Esta figura omnipotente del padre remite a un estado de fusión entre lo simbólico y lo real, donde el deseo del padre se constituía como ley indiscutible.

En Germania, desde el siglo VIII y hasta bien entrado el siglo XI, el padre mantenía su posición de jefe por derecho, y su autoridad sobre los hijos era opresora. Bajo su pura voluntad, podía venderlos como simples bienes de intercambio o utilizarlos como mercancía laboral, ejerciendo un poder ilimitado sobre ellos. La ley patriarcal era indiscutible y regulaba la vida familiar de manera estricta, demandando obediencia total a cambio de la protección que ofrecía.

Los constantes castigos corporales propinados a los vástagos solían ser justificados e incluso esperados a partir del poder disciplinar que le era atribuido al amo de la casa. Durante toda la edad media, al tiempo que el patriarca goza de un poderío supremo, a la mujer se le vincula, gracias al discurso religioso, con la figura bíblica de Eva; una fémica pecadora, rebelde, y de carácter débil. Este último aspecto encrudeció el papel de verdugo del hombre, que tomó sobre sí la encomienda de enderezar, a través de los abusos físicos, la fragilidad socialmente percibida en las mujeres y en los hijos (Guichard, 1988).

Es interesante que, en sus inicios, la autoridad patriarcal se instauraba a través de la violencia y la obediencia total a una figura tiránica. Esta figura paterna, en lugar de facilitar el proceso de separación en sus hijos, elemento clave de la transmisión generacional, se aseguraba que la descendencia permaneciera libidinalmente atada a su palabra y su ley. De esta manera controlaba la vida del linaje incluso después de su muerte, ya que el hijo ocupaba su lugar y transmitía, al filo de las generaciones, una ley que se sostenía en la supresión de la dimensión subjetiva. Para la descendencia, la fuerza de la dialéctica amo-esclavo fungía como una maldición que exigía la repetición de lo idéntico y clausuraba la creación de nuevos espacios.

Cabe señalar que, quienes recibían el peso de esta transmisión destructiva no se quedaban en una posición pasiva. Respondían de diversas maneras, ya sea adhiriéndose al mandato del padre-rey-dios o rebelándose contra él y fracturando así su autoridad incuestionable. La rebelión de los hijos frente a los abusos del padre era inevitable, pues se encontraba impulsada por el deseo de vivir más allá de sus preceptos<sup>11</sup>, condición obligada para el devenir deseante del sujeto. Esta necesidad de reglamentar el poder excesivo del padre se refleja tanto en la literatura como en los mitos analizados por Freud.

---

<sup>11</sup> La posibilidad de trascender al padre, sus mandatos y su ley, abre la puerta a la conquista de nuevos territorios en el ámbito subjetivo, ya sea en el plano personal, profesional o familiar. Sin embargo, este proceso, especialmente para el neurótico, suele estar acompañado de un profundo malestar. Incluso Freud, el padre del psicoanálisis, experimentó en carne propia esta sensación. Un claro ejemplo de ello es el sentimiento de enajenación que sintió frente a la Acrópolis, un episodio que ha sido detalladamente descrito en el apartado anterior.

Ante la urgencia de regular la transmisión genealógica de los excesos paternos, que en gran medida derivaban de la asimilación del padre con la figura de Dios, surgió la necesidad de instaurar una autoridad basada en un contrato social y moral, caracterizada por la benevolencia, la piedad y la compasión. Este cambio marcó el comienzo del declive del padre todopoderoso, permitiendo que las funciones tradicionales de la familia fueran asumidas progresivamente por las instituciones del Estado. Así, se fue erosionando y relativizando la soberanía del Dios padre en el ámbito familiar<sup>12</sup>. No obstante, como señala Roudinesco (2013), esta figura venida a menos rápidamente encontró un nuevo lugar de poder en la vida económica de la sociedad.

La primera herida narcisista infligida a la figura paterna radica en el derrocamiento del padre-rey de la antigüedad. Este cambio permitió que, en *la familia moderna*, las madres comenzaran a asumir un papel más activo en la crianza y educación de sus hijos. Como consecuencia, la autoridad dentro del núcleo familiar se transformó al oscilar entre ambos progenitores. Términos como "patriarcado" y "matriarcado" ganaron popularidad en ese tiempo, ya que reflejaban nuevos modos de funcionamiento de la sociedad<sup>13</sup>. Sin embargo, la creciente visibilidad de las mujeres no fue recibida con entusiasmo, lo femenino se percibió como una amenaza para el orden simbólico patriarcal previamente establecido.

Estalayo (2010), en su análisis histórico de las diversas formas de paternidad existentes a lo largo de la cultura, pone de relieve las dificultades que ha comportado lo femenino, particularmente a finales del siglo XIX. En este período se consolidó una idea que ya había comenzado a construirse en el pasado: la percepción de lo femenino como un peligro para el cuerpo social y familiar. En la familia, el temor radicaba en la posibilidad de que las madres, con su omnipotencia, ejercieran un poder ilimitado sobre sus hijos, un poder que podía tornarse voraz y, por lo tanto, necesitaba ser constantemente vigilado<sup>14</sup>. En la sociedad, la tripartición de la autoridad entre el padre, la madre y el Estado generaba inquietudes sobre una posible "feminización" del lazo social.

---

<sup>12</sup> La abolición de la monarquía tuvo un impacto significativo en la estructura de la soberanía patriarcal, lo que, a su vez, afectó profundamente las representaciones del padre en la cultura occidental. Al desmoronarse la figura del monarca como símbolo de autoridad absoluta, se debilitó también la concepción del padre como un soberano incuestionable dentro del núcleo familiar. Este cambio contribuyó a una transformación en la forma en que se percibía la autoridad paterna, dando paso a nuevas dinámicas familiares y sociales.

<sup>13</sup> El intenso debate entre los defensores y detractores tanto del matriarcado como del patriarcado ya había dado lugar a numerosos estudios durante el siglo XVIII. Entre los más influyentes se encontraban los trabajos de Bachofen (1861/2008), quien argumentaba a favor de la existencia de un derecho gineocrático original, donde los hombres ocupaban un lugar subordinado. Según esta perspectiva, se trataba de una etapa cultural primitiva que fue posteriormente suprimida durante la evolución del mundo antiguo. En esta interpretación, el matriarcado se asocia con el exceso, la disolución de las diferencias a través del incesto, la muerte y el canibalismo, marcando un tiempo de caos que antecede al orden patriarcal.

<sup>14</sup> Orozco (2003) argumenta que la maternidad coloca a la mujer en un escenario de trascendencia, donde se convierte en el origen, la guía y la autoridad de una nueva vida. Al expandirse más allá de sí misma, la mujer crea un nuevo círculo vital al engendrar, nutrir y proteger. En esta posición, ella se eleva como una figura poderosa y casi divina, atrayendo la mirada envidiosa del hombre, quien codicia esa grandeza que ella encarna en su papel de creadora y protectora.

Para entonces, el padre del siglo XIX había padecido múltiples heridas narcisistas: primero, fue despojado de su investidura como rey supremo, una figura todopoderosa que no solo representaba la ley, sino que la encarnaba. Luego, con la intervención del Estado, perdió el control exclusivo de la familia, ya que la educación de los hijos pasó a estar bajo la tutela de otras figuras, que además imponían leyes que limitaban su antiguo poder<sup>15</sup>. Y, por último, enfrentaba la irrupción de lo femenino, un fenómeno que desafiaba aún más su autoridad. Vulnerable, amenazado y disminuido, el padre de esta época se ve obligado a vigilar y tratar de neutralizar este nuevo peligro, posiblemente impulsado por la nostalgia de un poder que ya le había sido irremediablemente arrebatado.

Durante el siglo XIX, la autoridad paterna intentó reafirmarse continuamente, aunque al mismo tiempo no dejó de mostrar signos de fractura. A pesar de que el padre seguía ocupando un lugar clave en organizaciones e instituciones de la sociedad civil, su poder ya no era absoluto. Como señala Roudinesco (2013), si el padre incurría en una falta, ahora era castigado. Este detrimento de su autoridad favoreció significativamente la emancipación tanto de las mujeres como de los niños.

Peter Gay (1992) destaca que, aunque el recelo hacia lo femenino no era un fenómeno reciente ni en el ámbito social ni en el familiar, fue en el siglo XIX cuando este sentir adquirió una connotación más aguda. El historiador comenta lo siguiente:

El temor que los hombres sienten hacia las mujeres es tan antiguo como el tiempo, pero sólo fue en el siglo burgués cuando se convirtió en tema prominente de novelas populares y tratados médicos. Atrajo la atención de periodistas, predicadores y políticos; invadió los sueños de los hombres y les dio material para poemas y pinturas. La exhibición cada vez más franca que las mujeres hacían de su fuerza parecía la contraparte pública de esa fuerza privada que los hombres evocaban, con creciente angustia, en la segunda mitad del siglo XIX; ambas les aportaban argumentos formidables contra la emancipación de las mujeres (p. 159).

Con el fin de mantener bajo control lo femenino, el imperativo social del siglo XIX dictaba que las mujeres debían asumir el rol de madres, ya que de este modo se contenía el desbordamiento de una sexualidad considerada peligrosa y destructiva si no se circunscribía a lo materno. El imaginario colectivo de la época sostenía que, aunque las mujeres-madres comenzaban a participar más activamente en la vida familiar, debían permanecer subordinadas a la ley del padre. De este modo, el padre recuperaba parte del poderío perdido, consolidando su autoridad a través de la dependencia de los hijos y la sumisión de las esposas. Paralelamente, una mujer que rechazaba la maternidad parecía no solo evitar la procreación y el cuidado de los hijos, sino también el dominio del Otro sobre su cuerpo, amenazando así las normas patriarcales. “La mujer debe ser ante todo una madre, a fin de que

---

<sup>15</sup> La figura social del padre en esa época, remite a una persona sometida a la ley del estado, respetuoso de las leyes y de las obligaciones morales que acompañan su designación de jefe de familia.

el cuerpo social esté en condiciones de resistir la tiranía de un goce femenino susceptible, se cree, de borrar la diferencia de los sexos” (Roudinesco, 2013, p. 40).

En este contexto histórico se desarrolla la teoría del inconsciente del padre del psicoanálisis, la cual analiza el acontecer subjetivo del hombre y las constelaciones psíquicas de la mujer para el apuntalamiento de sus teorizaciones. Detenerse a desentrañar las experiencias de ambos sexos provee un panorama más completo de la vida anímica. Tal es el caso, por ejemplo, de la triangulación edípica, cuya emergencia, atravesamiento y resolución es completamente distinta para cada sexo.

Sin embargo, no olvidemos que los aportes teóricos de todos los estudiosos están atravesados, también, por las condiciones sociohistóricas en las que viven. De ahí que resulta interesante preguntarse sobre qué mujer habla el psicoanálisis, cuáles eran las representaciones sociales de lo femenino vigentes en aquel tiempo y, de qué manera éstas atravesaron la construcción de teorías que buscaron echar luz acerca del acontecer psíquico de la mujer. Recordemos que el nacimiento de la psicología de lo inconsciente tiene lugar durante la época victoriana, en la cual es bien sabido que imperaba un clima moralista, con diversos prejuicios y severas interdicciones, sobre todo al quehacer sexual fuera de las normas establecidas por la sociedad. A su vez, ser mujer implicaba cumplir con tres tareas fundamentales: el matrimonio, considerado un ideal social ineludible; la gestión del hogar; y la crianza de los hijos. No era una coincidencia, sino una consecuencia directa de estas expectativas sociales, la proliferación de casos de histeria en ese momento histórico, pues las mujeres solo podían encontrar legitimación social en su papel de madres y esposas, lo que generaba una profunda tensión psíquica y corpórea que se manifestaba en extravagantes síntomas histéricos.

Freud (1933/2008b), parece haber sido incapaz de imaginar a la mujer más allá de los imperativos sociales que se le imponían. En su teoría, la maternidad se erige como la vía de acceso a la "feminidad normal", ya que esta está relacionada con la búsqueda del falo que le fue negado en el complejo de Edipo, por lo que se establece una equivalencia simbólica entre el pene y el hijo, petrificando y reduciendo el destino femenino a esta búsqueda fálica. Planteamiento muy en consonancia con el discurso hegemónico de su época<sup>16</sup>.

Con relación a esta correlación, Orozco (2003) comenta lo siguiente:

[...] Sería infatuarse creer que es la única vía para reproducir aquel orden fálico, para corregir la atrofia. Sin embargo, Freud sucumbe a esa infatuación cuando [...] identifica lo femenino con lo

---

<sup>16</sup>Es una cuestión interesante, ya que, a pesar de haber transcurrido más de cien años desde las formulaciones de Freud, en el imaginario social aún persiste la relación entre feminidad y maternidad. Este mandato continúa dejando poco espacio para que algunas mujeres puedan construirse como sujetos femeninos desde otro lugar sin enfrentarse a un alto costo emocional: la culpabilidad. La presión cultural para alinearse con esta visión tradicional sigue condicionando el ser mujer.

maternal. Atrofiando con esto, comprimiendo con ello, no sólo los abanicos de la feminidad sino también los destinos de la mujer (p. 279).

En Freud, parece haber un deseo latente de preservar una clara distinción entre los sexos, pues en esta se articula la experiencia edípica, eje central de su teoría. Este anhelo probablemente limitó la posibilidad de concebir lo femenino más allá de lo materno, ya que trascender esa frontera habría implicado situar a la mujer en un lugar tradicionalmente asignado al hombre, desafiando el orden social preestablecido y las estructuras familiares fundamentales.

Así, la familia edípica, compuesta por un hombre y una mujer e hijos, fruto de esa alianza, se erige como el modelo representativo de la sociedad a mediados del siglo XIX. Su existencia, lejos de haberse diluido, sostiene la emergencia de la *familia contemporánea* del siglo XX. En el campo psicoanalítico las formulaciones del complejo de Edipo sirven como base para analizar el orden conyugal, filial y genealógico. Freud toma la tragedia de Sófocles y a partir de ella realiza teorizaciones acerca del incesto, la sexualidad infantil y la diferenciación subjetiva.

La elección de Freud del mito de Sófocles, entre la vasta literatura griega, es particularmente reveladora. El aprecio que demuestra hacia la tragedia *Edipo rey* es tan profundo que llegó a afirmar: “Me atrevo a decir que, si el psicoanálisis no pudiera gloriarse de otro logro que haber descubierto el complejo de Edipo reprimido, esto solo sería mérito suficiente para que se lo clasificara entre las nuevas adquisiciones valiosas de la humanidad” (Freud, 1940/2010, p. 192). Este descubrimiento ha moldeado la construcción social de lo familiar por más de un siglo.

Un aspecto por analizar es cómo se fue trazando el camino que permitió que la mitología antigua se utilizara como fundamento para la conceptualización de lo familiar en psicoanálisis. Sin duda, Freud rescató el mito griego no solo por su valor literario, sino porque le ofrecía un lienzo simbólico a partir del cual explicar los deseos inconscientes, los conflictos y las pulsiones presentes en la dinámica familiar. En el mito de Edipo encontró una representación de los deseos infantiles reprimidos, del conflicto con la figura paterna, de la ambivalencia hacia la madre, todos elementos centrales de su teoría.

### **La triangulación edípica de Sófocles y la familia freudiana.**

Sófocles (496 a. C.- 406 a. C.), proveniente de una familia aristocrática de Colono -que hoy forma parte de Atenas-, es considerado como uno de los tres grandes dramaturgos de la antigua Grecia, junto con Esquilo y Eurípides. Gracias a su posición acomodada, recibió, durante sus años de formación, una educación de alta calidad, cuyo acceso le estaba permitido únicamente a la élite de la sociedad. Durante su longeva vida se le atribuye la escritura de más de 100 piezas dramáticas, de las cuales,

desafortunadamente, sólo se han preservado completas siete. Dichas tragedias son la siguientes: *Antígona* (escrita en un período posterior a 441 a.C.), *Edipo Rey* (entre el 430 y el 415 a.C.), *Electra* (entre el 430 y el 415 a.C.), *Áyax* (producida entre c. 451-444 a.C.), *Las Traquinias* (posterior a 441 a.C.), *Filoctetes* y *Edipo en Colono* (producida póstumamente en el año 401 a.C.).

Las siete narraciones, conocidas mundialmente, sobresalen por su fuerza y la complejidad de su trama. Su huella en la literatura occidental es innegable pues ha persistido por más de dos milenios. La tragedia de Edipo es un ejemplo emblemático de cómo la humanidad se muestra indefensa frente a la inexorabilidad del destino, un tema central en la obra de Sófocles. En la trilogía de Edipo, se explora con profundidad lo inevitable del destino trágico, donde ni el conocimiento previo de la profecía ni su ignorancia pueden alterar lo ya predeterminado. Este conflicto estéril que parece librarse entre el libre albedrío y el destino es el núcleo de lo trágico, donde el espectador, experimenta simultáneamente temor y compasión al atestiguar el sufrimiento del personaje.

Aristóteles consideraba *Edipo Rey* como el modelo perfecto de la tragedia, enfatizando la maestría de Sófocles en la construcción de su narrativa. Cada revelación y giro argumental refuerza la inmutabilidad del destino, atrapando al protagonista en una red de circunstancias inevitables. Desde esta perspectiva, la tragedia no solo narra un hecho desafortunado, sino que permite al espectador transitar de la compasión al terror, culminando en una purificación emocional. La combinación entre la impotencia humana y el poder implacable del destino es lo que provoca en el público la "katharsis" considerada esencial en la tragedia, purificando las emociones a través del sufrimiento ajeno y el reconocimiento del destino trágico en el otro. (Rodríguez, 1995, p. 29).

Rodríguez (1995) siguiendo la interpretación teleológica que Aristóteles realiza acerca de la tragedia, problematiza el concepto de catarsis empleado en su poética. Respecto a ello, postula lo siguiente:

La "katharsis" es un eliminar aquello que no se desea. La tragedia hace notar, por una parte, la bondad e inocencia del personaje principal y, por otra, la desdicha que le embarga, dada la falta en la que, de modo inconsciente, ha caído. He aquí la "la hamartía" (falta) que hace caer al espectador en un tremendo horror y, sin embargo, la inocencia y la desgracia le conmueven hasta el paroxismo. La acción, así dispuesta, de la tragedia conduce al público de una manera natural a la complejidad de estos afectos encontrados, que en su oposición y en su fuerza irresistible son liberados en la purificación de la falta, pues se comprende su inocencia (p. 29).

La tragedia de Sófocles muestra de manera extraordinaria la construcción gradual de una verdad que no se revela de inmediato, sino que se va hilando a medida que los acontecimientos avanzan, similar a lo que ocurre en un tratamiento analítico. La inocente ignorancia hacia los deseos que desafían las normas morales es patente, y cuando lo prohibido se materializa, se destruyen las cadenas de la

represión, dejando al descubierto el contenido ominoso que, debido a su familiaridad inconsciente, fascina y aterroriza al espectador, pues este se encuentra herido por la renuncia pulsional impuesta por la cultura. Así, el público se identifica con el personaje trágico.

El drama inicia cuando un oráculo le anuncia a Layo, soberano de Tebas, el fatídico destino que amenaza a su linaje, resultado de una maldición que recae sobre él por haberse aprovechado de la hospitalidad del rey Pélope, aprovechando su estancia para seducir a su hijo Crisipo, cuya belleza fascinaba<sup>17</sup>. El vaticinio auguraba que su hijo sería su asesino, al tiempo que desposaría a su propia madre. Una vez que nace el primogénito de Layo se reactualiza el miedo ante el designio, por lo que el rey pone en marcha un plan filicida. Incapaz de matar a su hijo con sus propias manos, en común acuerdo con Yocasta, su esposa, se lo entregan a un criado para que él lleve a cabo el asesinato. La terrible tarea no es cumplida por el sirviente, pues entrega en secreto al bebé a una corte extranjera, y termina siendo criado por el rey Pólipo y su esposa Mérope. Así la criatura, llamada Edipo, va construyendo lazos filiales con su nueva familia, ignorando que estos vínculos no se corresponden por la vía consanguínea. Los avatares de su crianza y desarrollo transcurren ante el total desconocimiento de la verdad sobre su origen. Saber inconsciente que persiste soterrado en su historia.

Un día a Edipo le llega el rumor de que no es hijo legítimo del rey Pólipo, él único que ha conocido como padre. Angustiado, se dirige a consultar al oráculo, y en lugar de que este le responda sin rodeos a su interpelación, lo pone al tanto de su vaticinio; él va a aparearse con su propia madre, y con sus propias manos va a derramar la sangre de su padre. Desesperado, pensando que puede librarse de los designios del Otro, huye de Corinto hacia Tebas, para alejarse de quien él cree son sus padres. En el camino que emprende para huir se encuentra con Layo, y tras un altercado, lo asesina sin saber que es su verdadero padre.

Antes de llegar a Tebas se topa con la esfinge, mitológica criatura femenina, mitad mujer y mitad leona que le impide su entrada a la ciudad si no es capaz de resolver un enigma. Esta bestia legendaria es enviada como castigo por los dioses, y tiene la encomienda de matar a todo aquel que no le sea posible resolver el acertijo. Con una notoria facilidad, Edipo lo resuelve. La esfinge derrotada se lanza al acantilado y con eso pone fin a la maldición que recaía sobre el pueblo de Tebas. Sus ciudadanos, gustosos, lo reciben como un auténtico héroe y lo premian con la mano de la reina Yocasta, que recientemente ha quedado viuda.

---

<sup>17</sup> El rey Layo, al quebrantar la inocencia del hijo del rey Pélope se convierte en el introductor de la pederastia en la literatura griega. Cuando el anfitrión del ingrato da cuenta de su falta, le lanza una condena: “que nunca tengas un hijo y que, si llegas a tenerlo, sea el asesino de su padre y despose a su madre”. A su vez, la profecía del oráculo repite la maldición proferida por Pélope a Layo. El parricidio de Edipo pues, es resultado de un abuso sexual y una tentativa filicida.

La ignorancia ante la profecía que ya los ha alcanzado les permite llevar una vida tranquila y común, en su gobierno reina la paz por varios años. Él engendra en su madre -sin saber quién es ella realmente-, dos varones; Polinices y Eteocles, y dos mujeres, Antígona e Ismena. El sosiego se turba cuando estalla una peste en su pueblo, lo que motiva una nueva consulta al oráculo por parte de los Tebanos. El mensaje es muy claro, la peste cesará cuando sea expulsado del país el asesino de Layo. Es en ese punto cuando comienza la verdadera tragedia.

Edipo se compromete con su pueblo a encontrar al asesino, comienza a indagar acerca de las condiciones en que murió Layo para dar con el culpable, y es ahí, cuando, poco a poco, la funesta verdad comienza a develarse. La atrocidad de los actos cometidos, inadvertidos en su momento, se muestra ahora en toda su dimensión trágica, intensificando el horror de la situación y subrayando la inexorabilidad del destino que persigue al personaje, que además de parricida, es hijo y esposo de la misma mujer, y padre y hermano de sus propios hijos.

Yocasta corre al interior del palacio y se suicida, colgándose en su recámara. Edipo se maldice a sí mismo, a su inevitable destino y a la infamia que, a través de sus acciones, ha manchado a toda su descendencia. En un acto desesperado se arranca los ojos utilizando los broches del vestido de su esposa-madre fallecida, con el argumento de que prefiere la ceguera antes que continuar enfrentando la visión de sus crímenes, la imagen de sus padres en el inframundo, los hijos nacidos de su incestuosa unión y el sufrimiento de Tebas. Destruído por el peso de la culpa, clama por el destierro buscando mitigar el tormento que ha traído sobre su reino y su linaje<sup>18</sup>.

CORIFEO. —No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO. —No intentes decirme que esto no está así hecho de la mejor manera, ni me hagas ya recomendaciones. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿acaso hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No, por cierto, al menos con mis ojos. Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado —que fui quien vivió con más gloria en Tebas—, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo (Sófocles, 430-415 a.C./2016, p. 54-55).

---

<sup>18</sup> *Edipo en Colono* narra la reconciliación del ciego y anciano Edipo con su destino, apoyado, hasta el final, por el amor de su hija Antígona.

Los infortunios de Edipo constituyen una flagrante transgresión a las leyes que regulan la diferencia entre las generaciones, las cuales representan el cimiento sobre el cual se edifica la vida en sociedad. Con sus acciones incestuosas, Edipo inflige un golpe letal a la ley simbólica que permite distinguir los lugares dentro del entramado familiar, como correlato, la designación de los parentescos colapsa y sucumbe en la confusión total, lo cual le permite ocupar múltiples lugares en su genealogía.

El protagonista de Sófocles diluye el orden familiar al erradicar las diferencias entre las generaciones. Ante esta destrucción, ¿cómo restituir la estructura que ha sido amenazada? El reconocimiento de su culpa, la ceguera autoimpuesta y el destierro, son tentativas de restaurar el imperativo de lo prohibido. Es interesante que los tebanos, aunque sienten compasión por las desgracias de Edipo, nunca expresan palabras que alivien el peso de su culpa, saben que sus actos tienen un costo, y deben ser pagados por quien ha osado atentar contra el orden simbólico<sup>19</sup>.

De suerte que, para evitar retornar al caos, el transgresor de la diferencia debe ser exiliado, convirtiéndose así en una prueba viviente de las calamidades que siguen a la violación de lo prohibido. Su errancia no es solo un castigo personal, sino una lección para el pueblo: el costo de desafiar las leyes que sostienen la vida en sociedad es la caída en el abismo del caos, de la indiferencia.

Freud recurre al mito de Sófocles después de renunciar a la primera teoría sobre la histeria. La cual fue objeto de severas críticas por parte de la comunidad científica. En la conferencia del 21 de abril de 1896, Sigmund presentó su tesis acerca de la etiología traumática de la histeria ante la Asociación de Psiquiatría y Neurología. Sus colegas de Viena reaccionaron con una nítida hostilidad ante dicha propuesta, lo cual generó en Freud una profunda molestia. En su correspondencia con Fliess, le relata este desagradable episodio.

Una conferencia sobre la etiología de la histeria en la Asociación Psiquiátrica fue recibida por los asnos con frialdad, y obtuvo de Krafft-Ebing este raro juicio: Suena como un cuento científico. ¡Y esto después de que se les había mostrado la solución de un problema milenario, un *caput Nili*<sup>20</sup>! (Freud, 1887-1904/2008, p. 194).

Algunos meses después, Freud va a anunciar el abandono de la teoría del trauma, viraje que se encuentra claramente plasmado en la carta 69<sup>21</sup>. Con ello, destrona también la idea de un padre perverso que de manera generalizada introduce con violencia al cachorro humano en la vida sexual.

---

<sup>19</sup> Llama la atención que, en las distintas formulaciones que Freud hace sobre la tragedia de Sófocles, sobresale en primer plano el desborde pulsional de Edipo -a través del parricidio y el incesto con su madre Yocasta-. Sin embargo, lo que nunca aparece en las problematizaciones psicoanalíticas son los excesos del padre, quien abusa de Crisipo, que termina por suicidarse. ¿Por qué Freud deja fuera el crimen cometido por Layo?, ¿por qué no se le objeta nada al padre de Edipo? De ahí que algunos autores postulen que el Edipo en Freud es “[...] una formación de compromiso que encubre casi tanto como explica” (Drivet, 2010, p. 227).

<sup>20</sup> La traducción de *caput Nili*, es el origen del Nilo. Se refiere pues, a la solución de un problema antiquísimo que muchos han tratado de resolver sin éxito.

<sup>21</sup> Las vicisitudes que llevaron a Freud a abandonar la primera teoría sobre la histeria y el impacto epistémico que tuvo dicha renuncia, son aspectos que fueron ampliamente descritos en el capítulo anterior.

Al dar cuenta de que lo reconstruido por sus pacientes histéricas eran fantasías y no hechos que podían ubicarse en un momento cronológico en la realidad exterior, Freud exculpa a los padres, de entre los cuales también se contaba el suyo.

Drivet (2010) sostiene que fueron dos aspectos fundamentales los que condujeron a Freud a desdeñar su primera formulación sobre la histeria: 1) la búsqueda por un conocimiento verdadero acerca del acontecer anímico, y, 2) una racionalización reactiva contra el escepticismo y la subestimación con que fue recibida su teoría de la seducción por sus pares médicos. Herida narcisista que movilizó la construcción de nuevas hipótesis. Pero ¿a qué se debió el exacerbado desprecio a esta primera formulación?

Lo que la teoría de la seducción traía implícito, que quizás fue uno de los motivos de la revuelta hacia su contenido, era una crítica al padre omnipotente, todo poderoso e incuestionado de la época. Lo que Freud ponía sobre la mesa era una denuncia a los abusos cometidos por su figura. Los excesos llevados a cabo bajo su estandarte de autoridad inapelable, si bien eran denunciados a través de la figura del niño, parecían incluir tras de sí a otros personajes de la trama familiar, como a las mujeres. “Freud había dirigido al patriarcado una de las críticas más feroces de las que incluso hoy se conozcan: Puesto que, si el *pater* subordina a las mujeres, no es menos cierto que niños y niñas son víctimas de su violencia” (Drivet, 2010, p. 225).

Para dimensionar la magnitud de esta crítica hacia el *pater*, es necesario ubicar el lugar que tenían los niños en el imaginario social de ese tiempo. Estos eran concebidos, en la época victoriana, como preadultos, ignorantes de todo lo concerniente al terreno sexual. Al igual que las mujeres; su lealtad y su obediencia debían ser dirigidas hacia el padre. Los niños eran propiedad de él, mano de obra dócil y barata, dentro y fuera del seno familiar. En la primera formulación sobre la histeria, Freud tomó este fragmento del discurso imperante y colocó al infante como un ente pasivo, asexual e incapaz de responder subjetivamente a los excesos del otro. Por eso la reactualización de lo acontecido en el plano sexual -que finalmente vendría a inscribir el trauma-, tendría lugar más adelante, en la pubertad<sup>22</sup>.

Grigoravicius, Regueiro, Maza & Abalde (2016), ubican tres momentos para pensar la noción de “niño” sostenida por Freud a lo largo de su obra. Cada uno trae consigo una forma distinta de pensar el trabajo clínico en la infancia. En un primer momento, el niño es concebido como una víctima, aspecto que se pone de relieve en la teoría de la seducción, el infans es un receptor pasivo de un abuso real cometido por un adulto, este hecho excede las posibilidades de respuesta del pequeño puesto que

---

<sup>22</sup> La supuesta asexualidad infantil, idea ampliamente difundida durante esa época, formó parte del caldo de cultivo que justificó por mucho tiempo los abusos sexuales cometidos hacia los niños. Solía desestimarse el perjuicio ocasionado a los menores aludiendo a su supuesta ignorancia hacia las demandas de la sexualidad.

ignora aún el terreno de lo sexual. En un segundo momento, gracias al descubrimiento de la sexualidad infantil, se reconoce la existencia de mociones sexuales presentes desde un inicio en el cachorro humano, sin necesidad de estimulación externa. El drama infantil que esto suscita se condensa en la triangulación edípica fantasmática que provee el terreno para el desarrollo posterior de la neurosis<sup>23</sup>. Finalmente, en un tercer momento surge un interés clínico por observar el desarrollo sexual normal de los niños, lo cual abre un acalorado debate sobre las posibilidades de tratamiento para la población infantil.

La teoría de la seducción al denunciar los excesos del padre visibiliza por vez primera, al niño dentro del seno familiar. Ambos movimientos interpelan fuertemente al orden discursivo de la época, pues, por un lado, se hiere a la investidura paterna, y por el otro, aparece la figura del niño -marcada por un estado de desvalimiento e indefensión- que hasta entonces había sido eclipsada por el régimen patriarcal. Sin embargo, esta embestida contra el padre perverso no prevalece, Freud desiste de su teoría. La generalizada exculpa frente a los padres parece anidar un sentimiento de culpa interior que, como proceso defensivo, apunta a no cuestionar más la figura y la autoridad del pater en el seno familiar. Quizás por eso los excesos cometidos por Layo brillan por su ausencia en las formulaciones de Freud acerca del Edipo de Sófocles. Algunos autores leen ahí una deuda hacia el padre que persiste y pone a salvo su investidura en un momento histórico donde ya es innegable el deterioro de su imagen.

El punto central que Freud extrae e interpreta de la tragedia de Sófocles gira en torno a la figura del hijo que se siente culpable por desear inconscientemente la muerte de su padre, con el fin de poseer sexualmente a su madre. A partir de estas distribuciones, Freud formula un modelo único de familia para interpretar cualquier grupo de sujetos relacionados ya sea por lazos de sangre, sociales o afectivos. En este sentido, Edipo se presenta como “culpable de tener un inconsciente, en la interpretación Freudiana Edipo se convierte, por tanto, en un neurótico de fin de siglo, culpable de su deseo y responsable de sus fantasmas” (Roudinesco, 2013, p. 66).

En la teoría freudiana, la madre es, tanto para la niña como para el niño, el primer objeto de amor por excelencia. En el caso del varón, su entrada al complejo de Edipo ocurre cuando, gracias a un refuerzo de los deseos sexuales dirigidos hacia la madre, nace el deseo de eliminar al padre para tomar su lugar frente a ella. Por lo que el vínculo con el progenitor del mismo sexo se vuelve ambivalente; lo ama, pero lo odia por denegarle el acceso incestuoso (Freud, 1923/2011). Es decir, primero emerge

---

<sup>23</sup> Con el modelo edípico se deja atrás el conflicto neurótico pensado a partir de lo traumático, y en su lugar se le concibe como una fantasía de origen inconsciente.

el deseo incestuoso hacia la madre, y correlativo a ello, en un segundo momento, surge el anhelo por eliminar al padre.

Lo que acontece en la trama de Sófocles se estructura de manera completamente diferente. Edipo mata a su padre -sin conocer su identidad- y posteriormente, desposa a su madre -de quien también ignora su lazo filial-. De esta manera, el deseo por eliminar al padre no surge a partir del deseo materno incestuoso. Al no estar motivado por el enamoramiento hacia la madre, puesto que, por vicisitudes de la vida del personaje, ni siquiera la conoce y, por ende, no la reconoce, el asesinato hacia el padre se inscribe en la saga como un hecho que, de entrada, parece no obedecer a ninguna motivación inconsciente aparente -tal y como es concebida por el psicoanálisis- sino al designio funesto de un oráculo.

La adecuación a la trama griega realizada por Freud, de modo que ésta embonara con el contenido del complejo que quería proponer a partir de ella, fue motivo de acaloradas críticas dentro del ámbito científico, las cuales no le fueron ajenas, en el texto *Dostoievski y el parricidio* (1927/2009), como un intento tenaz por establecer una correlación entre el deseo de la madre y el anhelo de muerte hacia el padre, postula que tal nexo se pone de manifiesto en el drama de Sófocles con la destrucción de la esfinge, gracias a la resolución del enigma. Pues este “monstruo<sup>24</sup>” simboliza al padre y su eliminación es lo que permite el acceso a la madre reina.

Años más adelante en *El esquema de psicoanálisis* (1940/2010), con una actitud más conciliadora, comenta lo siguiente:

[...] se ha podido oír la objeción de que la saga del rey Edipo en verdad no tiene nada que ver con la construcción del análisis: ella sería un caso por entero diverso, pues Edipo no sabía que era su padre aquel a quien daba muerte y su madre aquella a quien desposaba. Pero con ello se descuida que semejante desfiguración es indispensable si se intenta una plasmación poética del material, y que esta no introduce nada ajeno, sino que se limita a valorizar con destreza los factores dados en el tema (p. 191).

Para Freud, el ineludible poder del oráculo, en la tragedia de Sófocles, revela la potencia simbólica del inconsciente en su dimensión universal. Pues, "la cadena del destino es también el destino del encadenamiento a la experiencia edípica" (Orozco, 2003, p. 189). El hecho de que Edipo no tuviera conocimiento de la verdadera identidad de la mujer que desposaba o del hombre que asesinaba es irrelevante desde la óptica freudiana, ya que la atemporalidad del aparato psíquico permite que Edipo encarne la tragedia del inconsciente, una transmisión histórica que mantiene su vigencia en cada

---

<sup>24</sup> Llama la atención que en ese trabajo Freud se refiera a la esfinge como si fuera un personaje masculino cuando en la saga claramente alude a lo femenino. Bajo esta perspectiva, Edipo mataba dos veces al padre, primero asesinaba a Layo y posteriormente al “monstruo”.

generación. Este modelo universal no solo se utiliza para analizar *Edipo Rey*, Freud también lo aplica en el estudio de otras obras literarias, como *Hamlet* y *Los hermanos Karamazov*<sup>25</sup>.

Freud (1897/2010c) introduce *Hamlet* de Shakespeare como una analogía de *Edipo rey*, aunque señala que ambos personajes operan en contextos culturales distintos. Mientras que Edipo es ignorante de sus actos incestuosos y parricidas, los cuales perpetua sin esbozo de culpa, Hamlet se encuentra atrapado por la culpa que emerge de su inconsciente. En él, los deseos infantiles reprimidos se reactualizan ante la muerte de su padre y el matrimonio de su madre con su tío. Si bien Claudio encarna la realización de los deseos inconscientes de Hamlet, éstos aparecen desplazados, lo que contrasta con la experiencia directa de Edipo en la tragedia griega<sup>26</sup>.

Según Roudinesco (2013), la reinterpretación freudiana de Edipo constituye una contestación racional ante el miedo social provocado por la irrupción de lo femenino y la erosión de la diferencia sexual en la Europa de finales del siglo XIX. En un momento histórico en el cual el poder de las monarquías imperiales en Viena se debilitaba, Freud convierte el mito griego en un complejo que asegura la continuidad de la diferencia sexual a través un modelo de familia, cuya desaparición en la esfera social era temida por muchos.

El rey-dios-padre, como garante de la ley de interdicción del incesto, aseguraba la diferenciación subjetiva en la vida del sujeto. Su poder se extendía a todos los ámbitos, ordenando las relaciones entre los sexos, las generaciones y lo masculino-femenino, activo-pasivo. Sin embargo, con el declive de la monarquía, esta figura omnipotente comenzó a derrumbarse en el imaginario colectivo. Así, la representación del monarca, que antes normativizaba las diferencias sociales, sexuales y generacionales, perdió su fuerza, dejando en el limbo el destino del orden familiar. En respuesta a esta crisis, Freud, ante la angustia por la desaparición de la familia tradicional, va a ubicar la ley de la diferencia en un lugar acorazado dentro del inconsciente, inmune a los cambios históricos y revoluciones sociales. Así, con Edipo, el poder soberano del monarca se traslada al reino del inconsciente.

---

<sup>25</sup> El usar los postulados psicoanalíticos para analizar producciones artísticas (ya sea obras literarias, filmes, novelas, pinturas, etc.) y aún más, para construir perfiles psicopatológicos del autor, aunque es una práctica sumamente común en los recintos académicos hoy en día, suele ser muy criticada, sobre todo entre los analistas que se han formado con estricto apego al psicoanálisis clásico. Para ellos, es un acto violento equiparar al autor con su obra.

<sup>26</sup> Es decir, por un lado, pareciera que hay un héroe culpable de tener un inconsciente (Hamlet), el cual tiene que históricamente encubrirlo para que los otros no den cuenta de los anhelos incestuosos que se agitan en lo más profundo de su alma, y, por otro lado, se ubica un héroe (Edipo) que él mismo encarna lo inconsciente; sin ordenamientos pulsionales ni renunciadas incestuosas. Como Freud no podía tomar a Edipo en análisis, proyectó en él la universalidad del aparato psíquico, hizo de su crimen, la semilla fundante de la civilización y del orden familiar. Por su parte, la neurosis de carácter de Hamlet se adecuaba más al neurótico real, al histérico vienés, que presenta un actuar paralizado debido al atolondramiento suscitado por sus deseos incestuosos. Al pensar a Hamlet a partir del complejo de Edipo quedan ya sentadas las bases para el desarrollo de la praxis psicoanalítica, en la cual el príncipe danés adquiere un lugar fundacional en la historia de la clínica (Roudinesco, 2013).

Es interesante que en *Edipo rey*, *Hamlet* y *Los hermanos Karamazov* se presenta un tema recurrente que versa acerca de la rebelión de los hijos contra los padres, irrupción de deseos mortíferos dirigidos a instaurar un nuevo orden social a través de la creación de una nueva ley. Esta rebelión implica la denuncia y el derrocamiento de la figura paterna, una confrontación con su autoridad tiránica para poder ir más allá de esta<sup>27</sup>. Sin embargo, lo curioso es que, aunque estas narrativas muestran de manera clara el deseo inconsciente de los hijos de eliminar al padre, no se detienen en el análisis de las figuras paternas. No se profundiza en la vida de estos personajes; Layo, el rey de Dinamarca y Fiódor Karamazov son mencionados solo superficialmente. Tampoco existe en la obra freudiana referencia alguna que permita esbozar lo que estos padres hicieron para despertar las pulsiones asesinas en sus hijos.

La pregunta que queda en el aire es: ¿quiénes son estos padres a los que se dirige la agresión de los hijos? Aunque Freud articula el deseo de parricidio como un elemento fundamental de la experiencia edípica y de la tragedia del inconsciente, no parece interesarse tanto en los padres que provocan estas fantasías. Quizás lo que subyace es una concepción del parricidio más simbólica que concreta, donde el padre es una figura universal más que un ser particular con sus propios defectos o acciones.

El texto *Tótem y Tabú* (1912/2008) de Freud aborda la cuestión del origen de la cultura a través de un mito construido sobre la base de influencias antropológicas y darwinistas. Freud plantea la existencia de un padre primordial, un líder despótico que ejercía su poder absoluto sobre la horda, sometiendo a todos los miembros del clan a su voluntad. Este padre, perverso y tiránico, disponía de todas las hembras de manera incestuosa, negándoles el acceso a los demás varones, incluidos sus propios hijos. Frente a esta situación de opresión, los hijos se vieron forzados a rebelarse y a conspirar contra él. La necesidad de liberarse de esta autoridad despótica los llevó a asesinarlo.

Después del parricidio, los hermanos celebraron un banquete totémico en el que ingirieron la carne del padre asesinado, un acto que no solo fue caníbal, sino también incestuoso. Este evento desató un profundo sentimiento de culpa en los parricidas, quienes, como consecuencia de este crimen, decidieron establecer reglas para regular el comportamiento sexual<sup>28</sup> y evitar la repetición de tal transgresión. Esto marcó el inicio de un nuevo orden social basado en leyes que regulaban las relaciones entre los sexos, fuera y dentro del grupo.

---

<sup>27</sup> Freud encontró en la mitología griega, el teatro isabelino, las teorías antropológicas y las epopeyas religiosas, relatos que ilustraban diversas formas de ir más allá de la figura paterna al neutralizar su poder y liberarse de la sumisión. Estas narraciones representaban para Freud un conflicto psíquico universal, donde el enfrentamiento con el padre simboliza la lucha por el deseo.

<sup>28</sup> La exogamia totémica que prohibía el comercio sexual entre miembros del mismo clan fue un recurso fundamental para prevenir el incesto grupal de antaño (Freud, 1912/2008).

La instauración del totemismo jugó un papel crucial en esta nueva organización social, delimitando de manera tajante las acciones permitidas y prohibidas. El tótem se erigió como una figura simbólica que representaba las normas sociales, asegurando que las prohibiciones impuestas fueran respetadas por todos los miembros de la tribu. Según Freud, las leyes que se instauraron de manera más estricta reflejaban precisamente aquellos deseos más intensos, ya que “no es preciso prohibir lo que nadie anhela hacer, y es evidente que aquello que se prohíbe de la manera más expresa tiene que ser objeto de un anhelo<sup>29</sup>” (Ídem, p. 74). De esta manera, el parricidio original y las prohibiciones que lo siguieron dieron forma a las primeras estructuras sociales y culturales, basadas en la represión de los deseos inconscientes.

El asesinato mítico del padre de la horda en la teoría freudiana es lo que permitió el surgimiento del linaje, la diferenciación generacional y la instauración de una ley basada en la pérdida, la prohibición y la renuncia. Freud sostiene que las huellas mnémicas de este crimen primordial son parte fundamental del acontecer anímico, mismas que se reactualizan constantemente en la relación entre el niño y sus padres. Este anhelo inconsciente de asesinar al patriarca, expresado en la lucha de hijos contra padres, refleja el deseo de repetir el acto prohibido y alcanzar una satisfacción originaria. El complejo de Edipo, desde esta óptica, representa a través de fantasías lo que la fratría primordial llevó a cabo en el pasado.

En *Moisés y la religión monoteísta* (1939/2010), Freud retoma el tema del parricidio y lo coloca en el origen del monoteísmo, presente en el judaísmo, y que encuentra su continuidad en el cristianismo. Freud plantea que Moisés, de origen egipcio y seguidor del monoteísmo, lideró el éxodo cuando el politeísmo se reinstauró en Egipto. Durante el largo viaje hacia la tierra prometida, y posiblemente por la decepción ante las dificultades y promesas incumplidas, sus seguidores repitieron el crimen primordial y asesinaron a Moisés, traicionando así a la representación de su figura paterna. Este crimen fue reprimido y olvidado, pero según Freud, lo reprimido siempre retorna. La culpa inconsciente generada por el asesinato preparó el terreno para el resurgimiento del monoteísmo, elemento central de las religiones que vendrían después. El mito del cristianismo, por lo tanto, está marcado por ese parricidio olvidado y reactualizado en la historia del pueblo judío.

Es una atractiva conjetura que el arrepentimiento por el asesinato de Moisés diera la impulsión a la fantasía de deseo del Mesías, quien volvería y traería a su pueblo la redención y el imperio universal prometido. Si Moisés fue este primer Mesías, Cristo es su sustituto y su sucesor [...] también en la

---

<sup>29</sup> Son dos deseos pues, los que se encuentran anidados en el corazón del totemismo; el incesto y el anhelo por dar muerte al padre originario.

resurrección de Cristo hay cierta verdad histórico-vivencial, pues era [Moisés resurrecto, y, tras él,] el padre primordial retornado, de la horda primitiva; glorificado y situado, como hijo, en el lugar del padre (p. 86).

En la comunión cristiana, el banquete totémico de la horda primordial resurge, pues la sangre y el cuerpo de Cristo son consumidos simbólicamente a través del vino y la hostia. Sin embargo, a diferencia del acto primitivo, este ya no se presenta de manera agresiva, sino con una connotación de veneración, de aceptación hacia la ley del hijo, quien ocupa el lugar del padre<sup>30</sup> dentro de los preceptos religiosos. Lo cual nos lleva a plantear la pregunta: ¿por qué los judíos crearon el mito de la resurrección de Cristo?

Freud (1939/2010) sugiere que la antigua verdad prehistórica sobre el asesinato del padre primordial generó una profunda culpa en el pueblo judío, una culpa que se intensificó con el asesinato de Moisés por sus seguidores egipcios, reactualizando en el acontecer psíquico el crimen primordial. Esta culpa, según Freud, es similar a la de Hamlet, quien proyecta en Claudio los deseos asesinos que habitan su inconsciente. Así, tanto en Hamlet como en el pueblo judío, la culpa generada por el deseo prohibido y el acto fantaseado cometido se manifiesta con toda su fuerza.

La calurosa acogida del cristianismo, por tanto, no es fortuita. Esta nueva religión ofrecía una forma de aliviar esa culpa ancestral mediante la figura del hijo que se sacrifica por los pecados de la humanidad, fungiendo como un chivo expiatorio que libera a la población de sus culpas. La redención del hijo, que ocupa el lugar del padre, simboliza su triunfo y representa el fin de la rebelión entre padres e hijos.

Tanto en Edipo como en Hamlet, Dostoievski, el mito de la horda primordial y ahora, en la hipótesis sobre el profeta Moisés, se hace patente la necesidad de que existan tres aspectos para el surgimiento de lo social: un crimen fundador llevado a cabo por los hijos (el asesinato del padre), el cual va a dar origen a la instauración de una nueva ley (atravesada por la castración), que va a regular lo permitido y lo prohibido, encargándose de sancionar a todo aquel que no cumpla con lo estipulado para la vida en sociedad (Roudinesco, 2013).

En el aparato psíquico de Edipo, Hamlet y los hermanos Dostoievski, se reactualiza el mito del asesinato del padre de la horda primordial, mientras que, en la religión del hijo, representada por el cristianismo, resurge la religión del padre, que da forma al judaísmo. A partir de este análisis, Freud

---

<sup>30</sup> El psicoanalista francés Michel Tort señala que, “donde no hay padre, hay Dios”. Con ello seguramente se refiere a la relación que existe entre el complejo paterno y la creencia en Dios. Ésta última no es más que una sobreestimación del padre, que va a tambalear cuando comience a interpelarse la autoridad paterna. Dicho aspecto ya había sido puesto de manifiesto por Freud en su texto *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (1910/2010).

formula su modelo único de familia, el cual incorpora el origen de toda la humanidad a partir de dos elementos: la ley, basada en la diferenciación subjetiva, y la culpa, ambas inscritas en el seno familiar.

Sin embargo, la familia que Freud imaginó ya mostraba signos de decadencia incluso antes de que desarrollara su teoría del complejo de Edipo. Este deterioro se volvió evidente en los inicios del siglo XX, momento durante el cual los pilares tradicionales que sostenían la autoridad del padre comenzaron a tambalearse: el surgimiento de métodos de concepción asistida, la creciente presencia de lo femenino en la sociedad, y el debilitamiento de la palabra del patriarca en favor de una autoridad compartida dentro de la familia, transformaron radicalmente la figura del padre, ya no era el rey-dios omnipotente de tiempos antiguos, sino un hombre limitado, abrumado por la carga genealógica de la culpa y afectado por una insuficiencia psíquica inherente, incapaz de enfrentar las demandas parentales del nuevo contexto social.

### **La caída de la autoridad patriarcal.**

Como se comentaba previamente, la familia contemporánea se distingue de las otras formas familiares en varios aspectos, uno de los más característicos consiste en que sus miembros ya no se encuentran unidos por el común acuerdo de sus padres, sino por su propia voluntad. La búsqueda por entablar relaciones afectivas y/o sexuales comanda, hartas veces, la unión de las parejas<sup>31</sup>. Es cada vez más común que el establecimiento de dicho vínculo, al menos en Occidente, pueda prescindir de los rituales eclesiásticos que trae consigo el enlace matrimonial. Cuestión interesante, pues soslayarse de la iglesia para demandar la anuencia de Dios al enlace nupcial, implica también, echar por tierra la ley de dios-padre, ubicando al comercio sexual -antes tildado de pecaminoso si se inscribía fuera de los estrictos márgenes del matrimonio- lejos de su mirada<sup>32</sup>. Ante la flagrante pérdida de dominio de la religión cristiana, ésta ha buscado de manera angustiante y sin éxito, alguna vía para restituir la autoridad paterna de antaño.

Y quizás no sea muy distinto lo que ocurre en el ámbito jurídico con este tema, pues los jóvenes se muestran cada vez más reacios a regirse bajo los cánones impuestos por el marco legal. Así, la repulsa a adherirse a lo dictaminado por las instituciones del estado ha impactado en la manera en que se estructuran las familias hoy en día, dado que se vuelve superfluo -sobre todo para las nuevas

---

<sup>31</sup> En suma, la relación afectiva entre sus miembros es lo que distingue a la familia contemporánea, pues al no ser más la coacción parental la que los mantiene unidos, se ensancha la posibilidad de estrechar vínculos con el otro que estén atravesados por el deseo, el amor y la pasión. Siguiendo a Freud, estos aspectos se inscriben en la institución social del matrimonio.

<sup>32</sup> Las propuestas freudianas impactaron también en la concepción social de la sexualidad. De un quehacer sexual negado y oculto, se pasó a una sexualidad admitida, pero cada vez más culpable e inconscientemente desalojada (Roudinesco, 2013). El hijo culpable de su deseo devino la figura representativa del hombre moderno, que con la sucesión generacional se convirtió en el padre de su estirpe.

generaciones-, establecer por escrito frente a un juez, la unión conyugal. El desdén casi generalizado hacia la ley promulgada por el estado, que cobra cuerpo a través de las instituciones que están a su cargo, es una vertiente más que atestigua el declive de las figuras parentales en nuestra época.

Paradójicamente, aun cuando una vasta porción de la población se rehúsa a legitimar su unión a través de los tradicionales aparatos del estado, surgen otros sectores sociales que demandan la anuencia legal de su relación y con ello, la inscripción en un orden familiar que por tantos años los ha despreciado, tal es el caso de las parejas homosexuales, cuyo deseo de normalizarse los ha llevado a reivindicar con especial ahínco, su derecho al matrimonio, a la procreación asistida y a la adopción (Roudinesco, 2013). Así pues, mientras por un lado parece emanar un nuevo orden simbólico cuya posición frente a la ley del estado es fluctuante, por el otro lado, un grupo, al militar por el reconocimiento de su forma de vida, revitaliza, al menos en cierta medida, al moribundo sistema.

A pesar de los cambios que han ocurrido dentro del orden familiar, la familia contemporánea continúa manteniendo en su núcleo la prohibición del incesto, una interdicción que asegura la distinción clara entre las generaciones. Sobre esta base se construyen vínculos filiales y de parentesco, que se encuentran atravesados por la ley de la diferencia. *Relaciones edípicas* podríamos decir, pues con la familia propuesta por Freud queda asentado que el sujeto no va a poder escapar de su destino, ya que no hay huida posible ante la irrupción pulsional que embiste desde el interior. Al poseer un inconsciente es culpable tanto de desear la muerte de su padre, como de anhelar el comercio sexual con su madre. Estos deseos, al formar parte del acontecer anímico, van a modelar vínculos de parentela singulares que, al trasponerse en formas universales, serán los encargados de comandar la relación con los otros.

Freud (1930/2009) afirma que "la familia es la célula germinal de la cultura" (p. 110), subrayando su importancia para la existencia de la civilización. En *El malestar en la cultura*, obra en la que examina detalladamente el sentimiento de culpa, Freud sostiene que:

La convivencia de los seres humanos tuvo un fundamento doble: la compulsión al trabajo, creada por el apremio exterior, y el poder del amor, pues el varón no quería estar privado de la mujer como objeto sexual, y ella no quería separarse del hijo, carne de su carne. Así, Eros y Ananké pasaron a ser también los progenitores de la cultura humana. El primer resultado de esta fue que una mayor cantidad de seres humanos pudieron permanecer en comunidad (p. 99)

Desde esta perspectiva, Eros tiene la función de unificar a las familias en una estructura más amplia, conformando tribus, pueblos y naciones y así, a toda la humanidad en su conjunto. No obstante, el dios del amor tiene su opuesto, el instinto de destrucción. Así, la civilización se caracteriza por una

ambivalencia constante entre la vida y la muerte, lo que intensifica el sentimiento de culpabilidad, un afecto indisolublemente ligado a la cultura.

De este modo, para Freud, la familia constituye una necesidad esencial para la civilización, basada en la fuerza del trabajo y el amor. Su existencia resulta crucial para la reproducción subjetiva de sus integrantes, ya que, al someterlos a la obediencia de sus normas, inscribe la separación que permite la continuidad de la vida para el linaje. Por esta razón, su presencia es universal a lo largo de la historia de la especie humana, marcada por el lenguaje.

Lacan (1938/2003), en su obra *La familia*, subraya la relación intrínseca del sujeto con esta "institución de la especie humana" (p. 15), como él la denomina. Además, sostiene que la familia tiene la función de regular los procesos fundamentales de la vida anímica, estableciendo así "una continuidad psíquica entre las generaciones" (p. 16). Esta continuidad se refleja en la transmisión de disposiciones anímicas que rozan lo innato, como el complejo del destete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo<sup>33</sup>. Diversos investigadores a lo largo del siglo XX se encargaron de situar a la familia en el núcleo de la organización social.

Claro está que, con el inicio del nuevo siglo, la institución familiar enfrentó retos inéditos. Los cambios políticos, sociales y económicos alteraron significativamente el lugar del padre, provocando una reconfiguración constante de la estructura familiar en el ámbito social. Respecto a ello, Roudinesco (2013) comenta lo siguiente:

La familia autoritaria de otrora y la familia triunfal o melancólica de no hace mucho fueron sucedidas por la familia mutilada de nuestros días, hecha de heridas íntimas, violencias silenciosas, recuerdos reprimidos. Tras perder su aureola de virtud, el padre que la dominaba da entonces una imagen invertida de sí mismo, en la que se deja ver un yo descentrado, autobiográfico, individualizado, cuya fractura intentará asumir el psicoanálisis a lo largo de todo el siglo XX (p. 21).

La separación entre el acto de procrear y el placer sexual, que comenzó en el siglo XIX y se consolidó en el siglo XX, llevó a una transformación profunda en la percepción de los niños, quienes anteriormente eran considerados como simples objetos de los padres. En ese contexto surgieron numerosos discursos que abogaban por un mayor cuidado y atención hacia la infancia. Se instaba a las madres a amamantar a sus hijos en lugar de recurrir a nodrizas, al tiempo que se implementaron

---

<sup>33</sup>Lo que caracteriza al complejo es su capacidad para reproducir un fragmento de realidad del ambiente, y lo hace de dos maneras. Primero, su forma refleja esta realidad en lo que tiene de distinta, en un tiempo particular del desarrollo psíquico, etapa que determina su génesis. Segundo, su actuar reitera esa realidad, ya establecida, en cada experiencia en la que se requiere una mayor objetivación de dicha realidad; estas experiencias definen el condicionamiento del complejo (Lacan, 1938/2003). Es importante señalar que la realidad del entorno que se reproduce y se objetiva en los complejos es de naturaleza sociohistórica.

programas que buscaban involucrar tanto al padre como a la madre en la crianza y educación de los hijos. De este modo, el niño comenzó a hacer presencia en el entramado generacional<sup>34</sup>.

Este cambio también afectó profundamente a las mujeres, ya que las nuevas técnicas de planificación familiar les permitieron liberarse de su función exclusiva de madres y esposas. La legalización del aborto en el continente europeo acabó con el limitado control que los hombres aún detentaban en el proceso de procreación. El discurso de las mujeres sobre sus propios cuerpos adquirió legitimidad dentro del marco institucional. El reconocimiento social de los derechos sexuales de las mujeres abrió nuevas oportunidades, y espacios que anteriormente estaban reservados solo para los hombres, estos movimientos incidieron en las dinámicas familiares y sociales, reformulando los roles tradicionales de género.

El conjunto de transformaciones sociales del siglo XX construyó un nuevo orden simbólico que se consolidó en el siglo XXI. En este nuevo paradigma, la figura del padre ha perdido su posición de jefe de familia, su autoridad ya no proviene de una investidura natural, y su palabra ya no tiene el respaldo automático de su pareja. Este debilitamiento casi total del poder parental tiene implicaciones profundas que se manifiestan con particular crudeza en la clínica infantil. Si la inscripción de la ley, sostenida en la renuncia y regulada por la figura paterna, es esencial para la constitución psíquica del sujeto, pues la representación del padre es la encargada de inscribir en el mundo interno lo permitido y lo prohibido, nos preguntamos: ¿qué ocurre cuando la función paterna, en lugar de promover la diferenciación subjetiva, fomenta el borramiento de la alteridad? Este nuevo contexto plantea un desafío a la teoría psicoanalítica clásica, ya que la función del padre como regulador de la ley y promotor de la separación simbólica entre generaciones parece haberse diluido. Las nuevas dinámicas familiares y sociales proponen modelos de autoridad más horizontales y compartidos, pero dejan abierta la pregunta de cómo se estructuran los límites y las diferencias subjetivas en un entorno donde la figura paterna ha perdido su centralidad como referente de la ley.

La clínica atestigua el síntoma de la época, pues los consultorios psi están atiborrados de niños diagnosticados con “Trastorno de Déficit de Atención con Hiperactividad”, en su mayoría también medicalizados, pues las empresas farmacéuticas no desaprovecharon el interés creciente en la figura del niño, para crear un nuevo nicho para el mercado capitalista. No obstante, detrás de estos pequeños, con un carácter desafiante y agresivo ante cualquier normativa impuesta por el orden escolar, familiar

---

<sup>34</sup>Algunos autores ven, en el asiduo interés, que, desde distintas disciplinas comenzó a volcarse sobre la relación madre-hijo, la razón del “maternizaje” de lo social. Fenómeno estimulado también por el alza de separaciones entre los cónyuges que dejaba a la mujer sola con la crianza de los niños de la pareja.

y social, muchas veces se encuentra un padre herido, mutilado y moribundo, incapaz de hacer valer siquiera un minúsculo resto de su poder de antaño. Hartas veces, el padecimiento viene a ser señalado, en primera instancia, por las maestras encargadas de la educación institucional de los niños. Detrás de este diagnóstico indiscriminado y sospechosamente frecuente, el texto de la demanda latente que parece formularseles a los ahora ya marcados con el estigma de un trastorno crónico consiste en un requerimiento por suscribirse a la autoridad de los agentes escolares, de forma que ésta pueda ser introyectada, legitimada y cumplida por el pequeño desobediente. Pero ¿de qué manera restituir el lugar de la ley sostenida en la renuncia cuando desde el seno familiar la ley que opera apela precisamente, por lo contrario? Desde esta perspectiva, el TDAH interroga el lugar del padre como garante de la diferenciación subjetiva en la dinámica familiar. Así, el déficit cognitivo remite al déficit de la operación simbólica de la función paterna.

Ante la imposibilidad, de ambos progenitores, de pronunciarse activamente en favor de la inscripción de la ley sostenida en la renuncia, se ubican generacionalmente en el mismo lugar que sus hijos, devienen pues, “amigos” de estos. Esta nefasta idea que se puso muy en boga desde hace algunos años, termino por pulverizar lo que quedaba -si es que aún había algo- del poder del padre. No olvidemos que la transmisión de la ley que permite la constitución subjetiva está sostenida, también, en la diferencia en las líneas filiales. Si esto no es posible, o en su defecto, se lleva a cabo de manera fallida, en los vástagos se gesta una angustia ascendente ante la imposibilidad de limitar la irrupción pulsional que los asalta desde el interior, esto se traduce en un actuar irrefrenable que parece poner en escena la búsqueda desesperada por alguien o algo que permita inscribir lo prohibido, y con ello, pueda limitar la intempestiva arremetida que experimentan desde dentro.

La rebelión de los hijos contra el padre ya no culmina en una alianza que reafirme la autoridad paterna. En lugar de ello, parece que la revuelta continúa de manera indefinida, sin encontrar resistencia, porque el contrincante, el padre, no muestra ni intenciones de lucha ni signos de vida. La pelea contra un oponente muerto no puede inaugurar una nueva escena que permita legitimar e internalizar su autoridad. Con la caída de la figura paterna, los subrogados tradicionales de su autoridad -la iglesia, la escuela y el estado- se ven en la misma encrucijada. Estos intentan, aunque estérilmente, evocar el poder paterno de antaño, pero no logran restaurar la fuerza de esa representación. El vacío dejado por el padre parece irreversible, y con ello, los intentos de las instituciones por preservar su poderío resultan desprovistos de sustancia, lo cual hace patente la transformación profunda de las estructuras simbólicas que una vez sostuvieron el orden social.

Dado el ocaso irreversible de la figura paterna en la contemporaneidad, no es casual que surjan nuevas teorías que intenten replantear el concepto de familia dentro de este nuevo orden simbólico, claramente distinto al que prevalecía en la época de Freud. Un ejemplo de ello es la propuesta de Massimo Recalcati (2013), quien afirma que la figura de Edipo, el hijo que rivalizaba con su padre y debía matarlo para realizar sus deseos incestuosos, ya no es suficiente para comprender lo que ocurre en la actualidad. En su lugar, Recalcati propone la figura de Telémaco, el personaje de *La Odisea*, escrita por Homero en el siglo VIII a.C.

Telémaco, joven veinteañero, hijo de Odiseo y Penélope, hereda de su padre la fuerza física y de su madre la delicadeza de sus rasgos faciales. En los poemas homéricos, se le presenta como un joven prudente y de mente clara. La prolongada desaparición de su padre durante veinte años sembró en él un profundo anhelo que lo impulsó a embarcarse en su búsqueda. Aunque en la historia original padre e hijo se reencuentran para vengarse de los pretendientes que acosaban a Penélope, Recalcati no se enfoca en este aspecto. En cambio, centra su teoría en la espera constante del hijo que desea el regreso de un padre que todos consideran muerto. A diferencia de Edipo, que asesina a su padre, Telémaco encarna el deseo de que este reaparezca, de recuperar esa figura de autoridad.

El complejo de Telémaco supone un giro de ciento ochenta grados respecto al complejo de Edipo. Edipo vivía la figura de su padre como un rival, como un obstáculo en su camino. Sus crímenes son los peores de la humanidad: matar al padre y poseer sexualmente a la madre. La sombra de la culpa caerá sobre él y lo empujará al acto extremo de sacarse los ojos. Telémaco, en cambio, con sus propios ojos contempla el mar, escruta el horizonte. Esperando a que el barco de su padre –a quien no ha llegado a conocer– regrese para devolver la Ley a su isla, dominada por los pretendientes, que han invadido su casa y disfrutan con toda impunidad y sin restricción alguna de sus propiedades (Recalcati, 2013, p. 5).

Telémaco, en esta lectura, se convierte en una figura opuesta a Edipo. No es un rival de su padre ni busca transgredir su ley, sino que anhela algo completamente distinto: la restauración del orden que ha sido perturbado por su ausencia. El joven, contemplando el mar, no sueña con el parricidio, pues sin la presencia del padre, eso no es posible. Lo que Telémaco desea es una señal de vida del pater, la esperanza de que regrese para reinstaurar la ley, poniendo fin al caos generado en su ausencia y delimitando nuevamente lo prohibido y lo permitido.

Según Recalcati (2013), vivimos en lo que él denomina la era del complejo de Telémaco, caracterizada por una espera melancólica por algo que nunca regresa. El deseo de los hijos ya no gira en torno a restaurar el poder absoluto del padre-amo ni en resucitar figuras arcaicas como el padre de la horda o el dios-padre. En lugar de buscar disciplina, coacción o autoridad total, la demanda hacia el padre en nuestra época, especialmente entre los niños y jóvenes, parece ser más profunda, es una

demanda de testimonio, de que el otro -el padre- ofrezca algún signo de orientación, una señal de su existencia, capaz de dar sentido a un mundo que parece sucumbir al caos.

La demanda del padre no es ya demanda de modelos ideales, de dogmas, de héroes legendarios e invencibles, de jerarquías inmodificables, de una autoridad meramente represiva y disciplinaria, sino de actos, de decisiones, de pasiones capaces de testimoniar, precisamente, cómo se puede estar en este mundo con deseo y, al mismo tiempo, con responsabilidad (p. 7).

El padre que se busca ya no es aquel que dicta la última palabra sobre lo permitido y lo prohibido, lo correcto y lo incorrecto. Lo que se anhela ahora es un padre capaz de transmitir el sentido de la vida, de inspirar el valor por la existencia, y de abrir espacio a lo diferente en la urdimbre generacional. De ahí que, el angustioso escudriñamiento de nuestra época es por una especie de brújula del deseo, que muchos jóvenes no encuentran por ningún lado, misma que trabaja a partir de la representación paterna.

En la clínica contemporánea la demanda telémica hacia el padre se plasma, entre otras cosas, en una confusión sostenida respecto a los proyectos, ideales y metas que imprimen el deseo en el curso de una vida. La imposibilidad de delinear parcialmente los anhelos sumerge a los jóvenes en una angustia sin nombre que suele ser acompañada por períodos depresivos. Por su parte, los padres de estos chicos parecen ser muertos-vivos, presentes en carne, pero ausentes en palabra. Con ello, el clima nebuloso que se les impone a sus hijos hace fracasar el emprendimiento de casi cualquier empresa en un período corto de tiempo, en esta constante frustración muchos han encontrado en acciones que generan un placer inmediato -consumo mercantil desproporcionado o abuso de sustancias- una vía para soportar su transitar en el mundo.

En resumen, podemos identificar tres figuras del padre en la obra freudiana, cada una con características únicas que influyen profundamente en la subjetivación de los hijos. En primer lugar, se encuentra el padre del complejo de Edipo, que estipula el deseo como algo prohibido y subraya la necesidad imperiosa de renunciar al deseo incestuoso. En esta tragedia, el padre aparece como un rival, infanticida y pedófilo. En segundo lugar, encontramos al padre de la horda primordial, que encarna los excesos del poder paterno. La lucha entre padres e hijos se cristaliza aquí con la creación del mito originario, donde el parricidio simbólico funda el orden social. Finalmente, el padre del *Moisés y la religión monoteísta*, una figura que, según muchos estudiosos, refleja una deuda inconsciente de Freud hacia su propio padre y su herencia judía. En esta obra, se explora el parricidio fundacional y su reactualización en las religiones monoteístas.

Los tres desarrollos freudianos del padre, en su núcleo, comparten importantes similitudes, en la tríada podemos encontrar, 1.- un crimen fundador perpetuado por los hijos (parricidio), gracias al cual se va a instaurar 2.- una ley sostenida en la renuncia que se va a encargarse de, 3.- regular lo permitido

y lo prohibido, dando forma al mundo interno. Las configuraciones psíquicas que se desprenden de la reactualización de lo originario, atravesadas por el discurso de la época, van a actuar como una especie de impronta que le será transmitida a las generaciones siguientes, dicha transmisión va a tener lugar dentro del terreno familiar, espacio privilegiado de constitución subjetiva del cachorro humano. Lo cual nos lleva a cuestionarnos acerca de las otras formas que puede tomar la transmisión al interior de la familia, así como cuáles pueden ser algunos de los estragos de la misma. En esta tesitura nos encontramos con la presencia de silencios e indecibles que, a través de secretos, se infiltran en la vivencia personal y desde ahí ejercen sus efectos. Una vez más es en el terreno familiar en donde se inscribe y se reactualiza en el acontecer anímico, lo heredado por los ancestros.

## CAPÍTULO V

### ESTRAGOS DE LA TRANSMISIÓN: LOS SECRETOS FAMILIARES<sup>35</sup>.

En la transmisión generacional, aquello que se oculta debido a su naturaleza dolorosa o traumática tiende a resurgir, manifestándose en el linaje a través de síntomas que parecen desvinculados de la historia personal del sujeto. El desconocimiento de lo que mora en el inconsciente, dando forma y motivación a los síntomas, puede paralizar el dinamismo del aparato psíquico del sujeto, dejándolo atrapado en una escena que, aunque pertenece a generaciones anteriores, se incrusta en su psiquismo. La crudeza de lo transmitido congela el tiempo y frente a ello, de qué manera metabolizar el exceso de contenido para poder incorporarlo al aparato psíquico, cómo bordear el vacío para revestirlo de un tejido imaginario.

La experiencia de dos cataclismos sociales: La shoa y la dictadura argentina, ambos inscritos en tiempos y lugares diferentes, nos permite esbozar algunos de los estragos subjetivos que se presentan en los portadores de secretos. Los horrores perpetuados durante estos genocidios fueron, en varios casos, transmitidos a la descendencia a partir del silencio. Las actividades desarrolladas en el período de guerra no fueron develadas al linaje, los abuelos y los padres victimarios callaron. Sin embargo, la desestimación y la negativa ante lo perpetuado no logro menguar el derrumbamiento subjetivo tanto en sus hijos como en sus nietos, ¿de qué manera se presenta en el linaje lo que ha sido ocultado?, ¿qué tiene que decir el psicoanálisis? El trabajo con este tipo de clínica implica construir una historia a partir de una nada, de una ausencia y de un vacío. Es una apuesta por fantasmaticar, vía la relación transferencial, lo que hasta en ese momento solo ha podido ser pensado en acto, con el cuerpo.

#### **El secreto y la mentira infantil en el devenir psíquico.**

“Lo que no podemos decir sólo podemos mostrarlo”  
Wittgenstein, 1928

La capacidad que tiene el sujeto de albergar secretos en su interior y negarse a comunicarlos es un acto que, debido a su cotidianidad, suele pasar desapercibido. Sin embargo, la posibilidad de ocultar algo al otro es el resultado de un proceso psíquico complejo que debe ser conquistado. Retirar y esconder algún pensamiento, deseo, sueño o ensoñación de la mirada ajena es un paso esencial para la constitución del yo que en un inicio es puro otro. El niño pequeño, al callar intencionadamente, asegura la protección de una parte propia, espacio fértil para el desarrollo de su intimidad, la cual se sitúa en

---

<sup>35</sup> Este capítulo fue publicado, con algunas modificaciones, bajo el título “Los secretos: una mirada psicoanalítica” en la revista *Affectio Societatis* de la Universidad de Antioquia, Colombia, en el volumen 39, año 2023.

un lugar inaccesible a la intervención de los demás. "Sans la possibilité de préserver un secret, il n'y a point d'estime de soi, point de liberté et peut-être même point d'amour"<sup>36</sup> (Tisseron, 2011/2019, p. 3).

Del mismo modo, la mentira se presenta como un recurso esencial para mantener una cierta opacidad del yo, la cual protege al infans de la invasión externa. Engañar, diciendo algo distinto de lo que se cree o piensa, solo es posible cuando el yo ha logrado diferenciarse del otro. Desde esta perspectiva, la mentira se convierte en un signo de resistencia frente a la enajenación y la fuerza de las identificaciones primordiales, que se inscriben con tal intensidad que, en algún momento, es necesario desasirse de ellas para evitar la disolución subjetiva. Mentir, para el niño, es implicarse lúdicamente con los deseos, las palabras y los secretos; es, en cierto modo, entrar en el terreno de la seducción. Sin la capacidad inicial de guardar secretos y mentir, no sería posible establecer vínculos sentimentales ni construir la intimidad, y sin ello, se corre el riesgo de perderse en la locura,

Sin recursos para guardar algo escondido caemos en la locura. [...] Esquizofrénico es quien no ha logrado la intimidad imprescindible para mantener a resguardo sus pensamientos, por lo que cree que cualquiera se entera de ellos o se los impone arbitrariamente (Colina, 2013, p. 13).

Cuando existe una excesiva claridad que expone lo más íntimo del ser, el otro se vuelve persecutorio, ya que nada puede serle ocultado. En la clínica infantil se observa cómo los niños comienzan a mentir o a guardar secretos a sus objetos primarios. Curiosamente, el contenido de lo que deliberadamente ocultan remite a cuestiones banales de la cotidianidad, aspectos triviales de la vida diaria que aparentemente no tiene sentido tergiversar o esconder. Este proceso es llevado a cabo de manera ingenua por el niño, quizá porque todavía confunde el deseo con los hechos, o tal vez como un intento de proclamarse dueño exclusivo de sus pensamientos y así entrar en "el juego creativo de la realidad" (Ídem, p. 20), participando en el intercambio simbólico y cultural. Ante ello, los adultos a cargo de la crianza del niño a menudo reaccionan con angustia frente a estas conductas, solicitando a los técnicos del alma que las eliminen en nombre de las buenas costumbres y lo moralmente aceptable. Forzar al niño a exponer sus espacios de privacidad en reciente formación y obligarlo a mostrarse completamente transparente ante sus padres violenta la construcción de su representación imaginaria, la apropiación de su cuerpo e incide en la emergencia de su deseo. Este ejercicio transgresor desgarrar el velo de la intimidad que apenas se está comenzando a edificar, lo cual puede llegar a tener nefastas implicaciones en su constitución psíquica.

Lo no-dicho, tantas veces, alcanza también a la esfera sexual. Recordemos que Freud (1905/2010a) puso de manifiesto el secreto de Dora, el cual pudo entrever a partir del simbolismo capturado en la

---

<sup>36</sup> "Sin la posibilidad de guardar un secreto, no hay autoestima, libertad y quizás tampoco amor" (Tisseron, 2011/2019, p. 3). La traducción es mía.

carterita bivalva que llevo a análisis. El jugueteo erótico de la paciente, al abrirla y cerrarla introduciendo un dedo dentro de ella, ponía en escena una comunicación pantomímica que no era otra cosa que una figuración del ejercicio masturbatorio secreto que, si bien no pronunciaba con todas sus letras, no dejaba de comunicar por vías alternas. Es una cuestión interesante, ya que nos revela el carácter intrínsecamente dinámico del contenido oculto. Este contenido, lejos de mantenerse fijo e inmutable, está en constante movimiento, enlazándose con nuevas representaciones que lo comunican de diversas formas, únicamente se necesita alguien que actúe como intérprete para darle sentido a lo que permanece velado.

El que tenga ojos para ver y oídos para oír se convencerá de que los mortales no pueden guardar ningún secreto. Aquel cuyos labios callan, se delata con las puntas de los dedos; el secreto quiere salirse por todos los poros. Y por eso es posible dar cima a la tarea de hacer conciente lo anímico más oculto (Freud, 1905/2010a, p. 68).

Si bien es cierto que la capacidad de ocultar es un ejercicio imprescindible para la constitución yoica y forma parte tanto de la vida privada como social del neurótico, ¿en qué punto deviene una fuente de malestar que se transmite incluso a las generaciones posteriores? Según Tisseron (2011/2019), los secretos familiares se organizan alrededor de un contenido no dicho, escondido y prohibido de ser conocido, generalmente porque su exposición reactivaría las circunstancias que llevaron al sujeto a silenciarlo. Este legado, a menudo, se manifiesta en las generaciones siguientes a través de síntomas que no parecen tener relación con la historia personal del sujeto, ya que están enraizados en acontecimientos familiares de los que ni siquiera se tiene conocimiento. Desafortunadamente, la inocente ignorancia del contenido oculto no atenúa las manifestaciones sintomáticas que afectan a aquellos que portan un secreto transgeneracional. El cuerpo, al ser la investidura carnal del alma, se convierte en “l’espace privilégié de la mise en scène de l’indicible<sup>37</sup>” (Ídem, p. 4). Pues, aunque el secreto sea desconocido, se encarna en el cuerpo, modelando los rasgos del carácter, los afectos y las fantasías. Lo cual da forma a una paradoja: el secreto, que exige ser ocultado, se reviste de un exhibicionismo grotesco que, aunque velado, muestra el contenido interdicto. El quantum de energía necesario para mantener el ejercicio de ocultación proviene de aquellos elementos no elaborados en la vida psíquica del linaje, que se repiten incansablemente, reclamando un nuevo sentido. Por ello, una de las tareas del análisis apunta a prestar escucha a la dimensión generacional, para que el sujeto pueda ir más allá de los estrechos límites de su historia personal. Este proceso implica invocar los fantasmas sin forma del pasado para analizarlos, elaborarlos y otorgarles un lugar diferente dentro de la novela familiar.

---

<sup>37</sup> “El espacio privilegiado para la puesta en escena de lo indecible”. La traducción es mía.

### **Los secretos y su transmisión genealógica.**

En un inicio, lo transmitido generacionalmente constituye el núcleo de la constitución anímica. Se trata de un entramado de significaciones moldeadas por las condiciones epocales, el contexto sociopolítico y los intercambios económicos que imprimen, en cada sujeto, una huella psíquica singular que va a atravesar su manera de habitar el mundo. El devenir subjetivo del infans está marcado por cómo es esperado, por las expectativas, los miedos y los deseos de quienes lo concibieron, inclusive previo a su existencia orgánica, ya está intervenido por el Otro. Su nacimiento, en este sentido, precede tanto a su alumbramiento como a su concepción.

La llegada de un nuevo cachorro humano reactualiza en los padres la relación con sus propios padres, su lugar de hijos y el espacio que ocupan en la urdimbre familiar. Cada nacimiento exige un reacomodo genealógico para poder otorgarle un lugar al recién llegado. Inicialmente, la criatura se enfrenta a un escenario que desborda sus capacidades de respuesta subjetivas y orgánicas. El océano de significaciones en el que se ve inmerso supera su comprensión; por todas partes es bombardeado por códigos, signos y símbolos que aún no posee, pero que deberá adquirir más adelante para integrarse en los intercambios del lenguaje. “[...] El mundo adulto está completamente infiltrado de significaciones inconscientes y sexuales cuyo código el adulto mismo no posee” (Tisseron, 1997, p. 23). Estos significantes inconscientes, que con frecuencia portan fragmentos de la vida psíquica de la pareja parental, se transmiten a la descendencia a través de la identificación, la producción imaginaria, las palabras dichas, los patrones de crianza, y lo silenciado.

La llegada de un nuevo integrante al núcleo familiar reactualiza lo sepultado en la línea materna y paterna, provocando una apertura psíquica en los padres que los confronta directamente con emociones, recuerdos y/o traumas que habían sido desestimados, reprimidos o negados en su acontecer anímico. De manera similar, la muerte de un familiar reactiva la forma en que cada sujeto ha enfrentado las experiencias de pérdida, la propia muerte y las renunciadas originarias. Tanto el nacimiento como la muerte son eventos que atraviesan y remueven el tejido de la subjetividad, volviendo a poner en circulación aquellos conflictos transgeneracionales no resueltos que exigen ser integrados en la vida psíquica de la estirpe.

Si el tiempo de la elaboración está detenido, a las siguientes generaciones se les impondrá la titánica tarea de hacerse cargo de aquello de lo que sus padres rehuyeron. Es una tarea compleja, especialmente cuando ni siquiera se tiene conocimiento consciente de aquello que ha detenido la movilidad psíquica. Este es el caso de los secretos, Tisseron (1997), basándose en su trabajo clínico, rastrea cómo lo silenciado se transmite a lo largo de tres generaciones. Según su teoría, en la primera generación tiene

lugar un acontecimiento que pertenece al ámbito de lo *indecible*, generalmente por ser un secreto doloroso y/o vergonzoso compartido entre algunos integrantes del núcleo familiar. En la segunda generación, este contenido no dicho deviene un *innombrable*, un secreto totalmente desconocido por los descendientes, y silenciado por los ascendientes. Finalmente, en la tercera generación, aquello que no puede ser nombrado se transforma en un *impensable*, carente de huellas claras que revelen su contenido. Desde la primera generación, las manifestaciones sintomáticas comienzan a emerger a través de malestares que parecen ajenos a la historia personal del sujeto y que, por lo tanto, no logran integrarse a la cadena simbólica.

Un aspecto en particular llama la atención en estos casos, la constitución del malestar no parece seguir estrictamente la formación sintomática propuesta por el psicoanálisis. Para Freud, el síntoma es una formación del inconsciente que, junto al sueño, el lapsus y el chiste está sujeto a las leyes de condensación y de desplazamiento, mismas que más tarde Lacan va a nombrar metáfora y metonimia. Dentro del inconsciente se encuentran diversos contenidos investidos con mayor o menor intensidad que buscan su descarga. El dinamismo de este sistema es permanente, las representaciones se ligan con otras, toman sobre sí otras investiduras y se trasmudan siguiendo la lógica del proceso primario (Freud, 1915/2010a).

Tomamos noticias de las formaciones del inconsciente gracias al retorno de lo reprimido que no cesa de aparecer en la vida del sujeto a través formas distorsionadas. Esto ocurre porque la represión es parcial, nunca completa. Si bien los contenidos pueden ser expulsados de la conciencia, desalojados y encapsulados, no pueden ser aniquilados. El síntoma enmarca una especie de negociación entre la instancia psíquica represora y las representaciones reprimidas, representantes de la pulsión.

Fernando González (2021) propone ubicar la formación sintomática en las generaciones portadoras de un secreto no desde la perspectiva freudiana del retorno de lo reprimido, sino como un *retorno de lo suprimido*. Dado que, la segunda y tercera líneas generacionales se enfrentan con un incognoscible, carente de contenido, que no es ni inconsciente ni preconscious, sino que se sitúa en un espacio intermedio, un "entre dos" que no termina por definirse. De esta manera, los sujetos portadores de un secreto transmiten a sus descendientes un vacío, un hueco del cual no existe un material inconciliable sobre el cual defenderse. Así, lo reprimido queda inscrito en la primera generación y retorna en las siguientes a través de los síntomas. Trabajar analíticamente con lo innombrable y lo impensable supone crear algo a partir de la nada, intentar bordear el vacío representacional; se trata de la escritura de la historia.

Siguiendo a De Certeau y a Freud, podemos afirmar que la historia es caníbal, pues cuando crees que habitas un lugar propio, de pronto lo que dejaste fuera, que creíste exógeno, obsceno, no propio, retorna desde diferentes lugares y de diferentes maneras (González, 2021).

La película *Un secret* dirigida por Claude Miller (2007) ilustra claramente este punto. La historia, basada en la novela autobiográfica de Philippe Grimbert, escritor y psicoanalista lacaniano, retrata la vida de François Grimbert, un niño frágil, propenso a enfermar, introvertido social, solitario, y sin ningún interés en los deportes, a pesar de la constante presión de su padre, un gimnasta profesional que no ocultaba la desaprobación y decepción que le causaba su hijo. Desde su infancia, François fue acompañado por la fantasía de un hermano mayor, una figura imaginaria que encarnaba todo lo que él no lograba ni ser ni hacer. Este hermano ficticio, lejos de ser una presencia perturbadora, le brindaba consuelo. François lo pensaba constantemente a su lado, le reservaba un lugar en la mesa familiar y lo mantenía continuamente en sus pensamientos y actividades cotidianas. El hermano fantaseado representaba todos los deseos y expectativas del padre que François no podía cumplir. La existencia imaginaria de este consanguíneo parecía aliviar el peso de la exigencia y el rechazo de la mirada paterna, así como la frustración interna por no poder estar a la altura de lo que se esperaba de él. Alter ego viril, atlético y audaz que triunfaba en todo lo que él fallaba.

Un día, que comenzó igual que muchos otros, François, ya en plena adolescencia, se enfrenta a la revelación inesperada de un fragmento oculto del pasado de sus padres, algo que él no sabía que habitaba en su alma. Durante una clase de historia, al ver un documental sobre la Francia ocupada por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, una poderosa mezcla de emociones -ira, impotencia, frustración y tristeza- lo asaltó, haciéndole imposible permanecer como un observador pasivo, a diferencia de sus compañeros. Esta agitación interna lo llevó a investigar más, develando el saber inconsciente que moraba en él. François dio forma al oscuro secreto familiar: previo al estallido de la guerra, sus padres habían tenido otros matrimonios. El primer marido de su madre había muerto de enfermedad mientras era prisionero político. Su padre, por otro lado, había tenido un hijo, Simón, producto del enlace nupcial con su primera esposa. Trágicamente, tanto Simón como su madre fueron enviados a un campo de concentración, donde ambos perecieron en las cámaras de gas el mismo día de su llegada. Este doloroso acontecimiento fue silenciado por sus padres, probablemente para evitar reactualizar las heridas subjetivas que nunca habían logrado sanar por completo. Así, el primogénito, silenciado y sin lugar en el relato familiar, reaparecía en la vida de François, la segunda generación, bajo la figura del hermano fantasma que durante su infancia lo había acompañado.

El silenciamiento del pasado familiar detuvo el fluir del tiempo, manteniendo las tragedias ocurridas en un estado de vigencia permanente, a pesar de los años transcurridos. Para Maxime, padre de Simón,

las pérdidas padecidas durante el período de guerra lo dejaron anclado a un tiempo-espacio que obstaculizó la elaboración psíquica de lo ocurrido, impidiendo la elaboración e integración de dichos acontecimientos en su acontecer anímico. En el hijo sobreviviente, sus síntomas, “tierra extranjera interior” (Freud, 1933/2008a, p. 53), hacían presente aquello que sus padres se rehusaban a historizar. La naturaleza ajena de su malestar se manifestaba en sus ensoñaciones, que, al formar parte de su mundo interno más íntimo, configuraban una auténtica contradicción, revelando la estructura lenguajera inherente a su condición de sujeto.

Este aspecto nos lleva a reflexionar sobre el concepto de lo *ominoso*, tal como lo trabajó Freud (1919/2009b). Mientras que *Heimlich* se refiere a lo familiar, lo hogareño y lo confiable, el prefijo *Un* añade la connotación de lo oculto, lo desalojado y lo secreto. “Se llama *Unheimlich* a todo lo que, estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, [...] ha salido a la luz” (Ibid., p. 224). Este saber inconsciente, que ya estaba presente desde hace tiempo, se enquistaba en el aparato psíquico y produce secuelas. Su carácter terrorífico emerge al entrar en consonancia con la repetición, apareciendo una y otra vez en la vida subjetiva. La presencia de lo ominoso en las líneas inter y transgeneracionales es una prueba fehaciente de que el inconsciente trasciende el espacio personal del sujeto y se infiltra en los vínculos de filiación.

De Certeau (1975/2007), refiriéndose al concepto alemán *Unheimlich*, propone lo siguiente:

Hay una "inquietantefamiliaridad" de este pasado que un ocupante actual expulsó (o creyó expulsar) para apropiarse de su lugar. El muerto habita al vivo. Remuerde (mordedura secreta y repetitiva), [...] todo orden autónomo se constituye por medio de lo que elimina, y produce un "resto" condenado al olvido, pero lo excluido se insinúa de nuevo en ese “limpio” lugar; se infiltra ahí, lo inquieta, vuelve ilusoria la conciencia que tiene el presente de estar en "su casa", la habita a escondidas, y este "salvaje", este "obsceno", [...] esta "resistencia" [...] inscribe ahí, sin que lo sepa o en contra del propietario (el yo), la ley del otro (p. 23).

Es la instauración de un orden normativo que no permite ser pensado, elaborado ni integrado a las otras representaciones de la historia personal. Lo crudo de su contenido hace que quede fijado en la vida subjetiva, delineando maneras de estar en el mundo y provocando la aparición de síntomas. La transmisión hacia la tercera generación de aquello que fue desalojado, excluido, borrado y/o silenciado enfrenta al sujeto con una ausencia de sentido que se infiltra en todas las esferas de su existencia.

Una de las formas de comenzar a delinear y dar forma a lo impensado que arremete desde el interior, es la ficción. Para François Grimbert, construir la fantasía del hermano mayor le permitió dar cuerpo a esos contenidos que, al alojarse en su vida psíquica, estaban asolando su vida. Sus ensoñaciones eran un intento recurrente de poner palabras a aquello que, en el decir mismo, no tenía lugar. Cuando finalmente descubrió la verdad oculta de sus padres, pudo reposicionarse dentro su estirpe herida. En

este caso, el develamiento del secreto permitió movilizar el tiempo congelado, reactivando la movilidad psíquica. Sin embargo, surge la pregunta: ¿qué ocurre cuando no es posible dar cuenta del contenido histórico que ha sido silenciado?, ¿cómo se puede apalabrar lo innombrable e impensado si no existe ninguna huella que de pistas sobre su contenido?

### **La noción realidad en psicoanálisis.**

Mucho se ha escrito sobre el estatuto de *realidad* en el ámbito psicoanalítico. Recordemos que Freud, en sus primeras formulaciones, estuvo profundamente influenciado por el positivismo en creciente auge en su época, así como por los hallazgos de Darwin, que influyeron en diversos campos del conocimiento. En el saber hegemónico de aquel tiempo, el mundo externo, considerado un paralelo del funcionamiento interno, podía ser percibido y objetivado gracias a los sentidos. En este contexto emerge la primera teoría freudiana sobre la génesis de la histeria, que rastreaba y situaba el trauma sexual en un punto específico de la realidad material, el cual el analista debía exhumar, como si fuera un sepulturero, para eliminar los síntomas. En esta etapa inicial, prepsicoanalítica, la realidad externa funge como un elemento fundamental para concebir el malestar. Sin embargo, algunos años más adelante, con el descubrimiento del mundo imaginario, lo efectivamente sucedido será desplazado en favor de la realidad psíquica, espacio de las ensoñaciones.

Esta transición parece haber reducido la cuestión a la siguiente interpelación dicotómica: ¿es fantasía o realidad? Freud complejiza este debate en textos como *Moisés y la religión monoteísta* (1939/2010) y *Construcciones en el análisis* (1937/2010), donde introduce la distinción entre verdad histórica y verdad material. La última se refiere a hechos concretos, anclados en un momento específico dentro del tiempo cronológico, mientras que la verdad histórica se configura como una “verdad histórico-vivencial” (Freud, 1939/2010, p. 124), que, aunque se apoya medianamente en la primera, altera, mediatiza y transforma su contenido al interpretarlo e integrarlo al aparato anímico.

Entre la verdad histórica y la realidad psíquica, la diferencia radica en que la segunda se configura "casi independientemente del mundo exterior [mientras que la primera] es un producto complejo que mezcla un poco de realidad material con mucha realidad psíquica" (Green, 1900, p. 59, citado en González, 1998, p. 12). Esta dicotomía, sin embargo, es derogada por un desarrollo freudiano que devino una máxima en el campo psicoanalítico: la tesis de que en el inconsciente no existe ningún indicio de realidad. Bajo esta premisa, los elementos de la verdad material y la verdad histórica se presentan sin distinción alguna en el acontecer psíquico, entrelazándose de tal manera que resulta imposible diferenciarlos, de esta manera se puede prescindir completamente de lo efectivamente

sucedido. Con ello se delinea una especie de universo que se basta a sí mismo, ya que en apariencia no tiene que entrar en interlocución con el afuera.

Sin pretensión alguna de desdeñar la máxima freudiana, no podemos ignorar que existen sucesos que más que haber sido pensados fueron sufridos, experimentados en lo real de la carne, “¿desde dónde pensar lo efectivamente sucedido sin caer en un empirismo ingenuo o, de otro lado, reducirlo a la pura lógica de la realidad psíquica?” (González, 1998, p. 12). Fernando postula que en los acontecimientos efectivamente sucedidos se produce una interferencia entre la Historia con mayúscula, que incide directamente en la vida de los implicados, y las historias individuales. De ahí la importancia de la efectiva facticidad.

Si bien el analista debe evitar asumir los roles de detective, juez o acusador, buscando legitimar o deslegitimar los hechos ocurridos en el mundo externo, negar la realidad del trauma y convertirlo en pura y llana fantasía le otorga, mediante la negación de su existencia, un valor de realidad suplementario e insuperable que cierra todas las posibles salidas de tramitación simbólica (Abraham & Torok, Maria, 2005, p. 231). Existen acontecimientos efectivamente acaecidos en el mundo externo de los cuales se desprenden elementos que reclaman un reconocimiento de carácter fáctico, reducirlos a pura ensoñación imaginaria es negar el aparato pensante del sujeto que los ha vivido, tal es el caso, por ejemplo, de las situaciones existenciales colectivas, como los abusos perpetuados por las dictaduras en América Latina durante los años setenta y ochenta, los horrores de las guerras y el holocausto nazi, temáticas que abordaremos más adelante.

Si nos preguntamos cuál es entonces la *realidad* del secreto, ¿se trata de pura verdad histórico-vivencial, de realidad psíquica y/o de realidad material?, más aún, ¿en qué medida se relacionan estos tres elementos? Nos enfrentamos a un atolladero de difícil salida. Para zanjar esta espinosa cuestión Abraham y Torok, Maria (2005), sugieren concebir la realidad del secreto desde la metapsicología. Para seguir esta idea es necesario establecer una diferenciación entre lo que el sujeto muestra como su realidad, tantas veces maquillada y disfrazada de sus contenidos latentes, mismos que el analista deberá sortear en la cura, y la otra Realidad, rechazada, denegada, enmascarada, cuyo contenido secreto rehúye a ser conocido.

“El concepto metapsicológico de Realidad remite, en el aparato psíquico, al lugar donde el secreto está sepultado” (Ibid., p. 227). Este espacio en la vida anímica emerge debido a la necesidad de mantener algo oculto, un contenido que no puede ser confesado ni revelado. Aspecto curioso que nos remite a pensar en el acto criminal. El secreto, al igual que el crimen parecen compartir la tendencia a vivir en las penumbras del saber, lejos de las miradas y de la escucha del mundo. En el primero y en

algunos casos, también en el segundo, el pacto, muchas veces inconsciente, genera un silenciamiento que salvaguarda de un cataclismo subjetivo de dimensiones estratosféricas. “No hay secreto que no sea, originalmente, compartido” (Ibid., p. 228), el secreto, por tanto, no puede ser pensado como un *crimen* solitario. La escena de lo familiar inquietante, que posteriormente es silenciada, también involucra a un tercero que se convierte en cómplice de un gozar interdicto. Frente a ello, ¿cómo desembarazarse del peso de la Realidad que ocupa todos los espacios de la realidad psíquica? Simplificando y banalizando la cuestión, la respuesta más sensata consistiría en arrojar fuera de sí el contenido sigilosamente guardado, y con ello, confesarse ante un otro para aliviarse en catástrofe, ¿cómo es posible que no se le ocurriera esa solución al portador de un secreto!

La aparente simpleza de dicha empresa ignora que el contenido del secreto, hartas veces, condensa un texto que no pasa por un saber consciente al filo de las generaciones, y desde ahí, ¿cómo ponerle palabras a lo innombrable?, ¿a lo ajeno-familiar que habla desde adentro? Asimismo, el estatuto permanente de lo sepultado no es fortuito, pues este desempeña una función particular dentro de los vínculos de filiación que no es fácil deshacer, ya que cualquier tentativa de movimiento puede coartar e incluso destruir los cimientos sobre los que se han construido ciertas historias de vida dentro de la estirpe. En este sentido, el tratamiento analítico deviene un espacio que permite bordear esos indecibles que han congelado la circulación psíquica. Se trata de una apuesta por analizar, a partir de la relación transferencial, aquello que hasta entonces solo había sido pensado a través el cuerpo y el síntoma<sup>38</sup>.

La aparente opacidad del secreto se manifiesta con gran elocuencia a través de los síntomas repetitivos que reclaman un proceso de elaboración e integración de aquellos fragmentos que, aunque no pertenecen directamente a la historia del sujeto, siguen estremeciendo su mundo interno. Ante esto, surge la pregunta: ¿cómo empezar a construir una fantasía en torno a lo que, efectivamente ocurrido, pero que se ha vuelto impensable, innombrable y/o inconfesable dentro de la urdimbre familiar?

### **Criptas del inconsciente: Abordaje psicoanalítico de secretos transgeneracionales.**

Los crímenes de lesa humanidad que han tenido lugar en la historia del mundo social han dejado tras de sí, sobre todo en quienes los vivieron de primera mano, derrumbamientos subjetivos, traumatismos y padecimientos anímicos que han atravesado el resto de su vida, al tiempo que han dejado una marca indeleble en la memoria colectiva. La crudeza del enfrentamiento de la violencia del otro termina por negar la propia condición de sujeto al resquebrajar las investiduras libidinales y narcisistas que arropan al yo, transgrediendo su otredad y reduciéndolo a puro desecho. No podría ser de otra manera, pues

---

<sup>38</sup> Esta idea proviene de Rosa Luxemburgo, quien comprendía, a partir de su experiencia en la militancia política, que hay cosas que solo pueden ser pensadas en colectividad, en conjunto, y no de manera individual.

para atacar atrocemente al otro debe ser erradicada su condición de semejante, tal y como ocurrió en la Shoah, en donde la exacerbación del sentido racial de un grupo étnico motivo la eliminación del otro, considerado inferior y, por ende, moralmente condenable.

La transmisión a las siguientes generaciones de los horrores de las guerras, a través del silencio y del secreto, es un tema que ha sido trabajado por varios autores, en otro capítulo nos referimos minuciosamente al trabajo clínico de la psicoanalista Yolanda Gampel (2006) con los descendientes de sobrevivientes del holocausto nazi. Los síntomas que sus analizantes traían a sesión solían estar marcados por duelos congelados que se infiltraban en su cotidianidad, en la manera que llevaban sus días, como si los muertos, lejos de yacer bajo tierra, aún se encontrarán vivos, muertos-vivos. El terror y el sufrimiento padecido por sus antepasados se reactualizaba en ellos, a través de historias secretas que, muchas veces, ni siquiera habían sido verbalizadas por quienes las vivenciaron de primera mano.

El tratamiento analítico, más que buscar los fragmentos extraviados de la historia secreta para recomponer el rompecabezas con las piezas faltantes, apuesta por simbolizar esos elementos. El objetivo clínico, entonces, consiste en crear una ficción que permita historizar el sufrimiento encarnado, el cual se hizo propio sin renunciar a su carácter extranjero. Sin embargo, para tal empresa se requiere de un texto, un decir, una ocurrencia, un sueño, un tejido desde el cual poder asociar y movilizar lo que ha quedado congelado en la vida anímica. Con frecuencia, al inicio, tal tejido no existe, y tanto el clínico como el paciente se enfrentan un abismo, a un vacío insondable.

El secreto, cuando se transmite a la segunda y tercera generación, contiene un exceso de saber negado que detiene el curso del tiempo. Su contenido, no metabolizado ni condensado se vuelve traumático porque trasciende la capacidad de respuesta del aparato psíquico. Pues, de entrada, no existe para el sujeto siquiera una escena para posicionarse subjetivamente frente a ella, al menos no desde su propia historia, aunque sin saberlo, mora en su interior la escena aterradora vivida por sus padres o abuelos, la cual sigue ejerciendo sus efectos.

Abraham y Torok, Maria (2005) postulan que el secreto produce una cripta psíquica en los descendientes, un panteón interior cuyo guardián de la tumba es el Yo. “La existencia de un panteón semejante tiene por efecto obturar las paredes semipermeables del Inconsciente” (p. 229). De esta manera, se construye una especie de inconsciente artificial dentro del Yo, cuyo propósito es evitar que cualquier contenido se filtre hacia el exterior. Sin embargo, este entierro no es total, ya que lo que yace bajo tierra no puede ni perecer completamente ni retornar a la vida, este espacio intermedio e indefinido paraliza la vida anímica. El mecanismo de la desmentida y la denegación constante permiten entrever al sujeto *criptóforo*, a aquel que resguarda una cripta interna llena de decires sepultados vivos.

El acto de silenciar, el confinamiento y el entierro también crean las condiciones para que el objeto endocríptico pueda ser incorporado en el Yo. Dicha posibilidad revela la existencia de un duelo secreto, una pérdida que no ha sido metabolizada y que, por tanto, permanece enquistada en el psiquismo. Esto asegura la presencia permanente de afectos, decires o acontecimientos traumáticos en los lazos de filiación. Como correlato, la potencia de la metáfora se ve entonces bloqueada, suspendiendo la capacidad de bordear con palabras el agujero. Es importante resaltar que esta desmetaforización afecta únicamente a la fantasía de incorporación, pero no a la realidad psíquica, de este reservorio siguen surgiendo contenidos libidinales que no permiten la exclusión, y que, por ello, dan cuenta de la existencia de una cripta intrapsíquica en el sujeto.

De igual forma, la presencia de una cripta también puede suscitar una “identificación endocríptica” (Ibid., p. 265). Este proceso inconsciente implica que un resto de la sombra del objeto enterrado recae sobre el portador de la cripta, el criptóforo, vehiculizando una identificación imaginaria y oculta que le confiere vida parcial al contenido sepultado, dejando bosquejos de lo indecible impresos en el Yo. Este actuar constituye un intento de reparar, a través de la fantasía, la herida silenciosa, supurante que ha sido transmitida generacionalmente.

En el análisis del *Hombre de los lobos*, Abraham y Torok, Maria (2005) proponen la hipotética existencia, en Sérguei, de una cripta en el seno del Yo, cuya sepultura no tendría dentro un objeto propio (como en el melancólico) sino un objeto de otro, en este caso de su hermana mayor. De esta manera la herida psíquica del joven estaría en función de no haber podido ni participar en la escena de abuso relatada por ella y reeditada por él, ni en denunciarla a un tercero para legitimarla. De suerte que el contenido devino en un secreto intrapsíquico que no podía ser revelado pues con ello se derrumbarían las posibilidades de suplantar a la hermana en la escena de seducción. Más adelante, las representaciones aferentes al relato fueron tomadas, en un sentido completamente diferente, para construir el texto del sueño de los lobos, que en apariencia en nada remitiría a la escena encriptada que le dio origen.

El criptóforo es un testimonio viviente de lo expulsado en el orden de la filiación, a través de sus síntomas se hace presente lo que ha buscado ser desterrado del discurso familiar. Por esta razón, su sufrimiento encarnado se percibe como una amenaza dentro del seno familiar, ya que obliga, tanto de manera directa como indirecta, a las diferentes líneas generacionales a hacerle frente a aquellos contenidos que les han negado un proceso de elaboración.

### **La existencia de criptas ¿institucionales?**

Cabe puntualizar que existen una gran diversidad de criptas, tantas como las historias singulares que escuchamos en la clínica. Su construcción y su edificación están atravesadas por la trama familiar, el contexto sociopolítico y los recursos psíquicos con los que cada sujeto cuenta para responder a su contenido. Si bien no de todas ellas se desprenden síntomas tan extravagantes que ponen en jaque a la vida subjetiva, su existencia no deja de ser el indicativo de un silenciamiento en el discurso que traerá consigo implicaciones subjetivas en lo venidero. Tal es el caso de la cripta encontrada al interior del Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM), asociación creada en 1971, dedicada a la formación, la investigación y la difusión del psicoanálisis, la cual tiene como una de sus referencias fundacionales a Igor Caruso.

En el libro *Igor A. Caruso. Nazismo y eutanasia* (2015), el autor, Fernando González termina por arrancar el velo que ocultaba un saber compartido secretamente por los iniciadores del CPM, develar el objeto de la cripta alojada al interior de la institución es rescatar un fragmento de la historia del psicoanálisis en México, una parte por demás incómoda para los analistas ahí formados al estar vinculada con el Tercer Reich y su política de exterminio. Caruso fue un psicoanalista ruso, impulsor de varios círculos de trabajo sobre el psicoanálisis en Europa y América Latina, su filosofía freudomarxista lo llevo a militar en luchas de izquierda en las cuales su pronunciamiento en contra de los abusos del Estado era contundente, a partir de su afinidad política trabó una calurosa amistad con Mimí Langer, psicoanalista judía que tuvo que salir huyendo de Viena durante la ocupación nazi.

Sin lugar a dudas con esa formación crítica, nadie, ni siquiera las personas más allegadas a Igor hubieran podido imaginar sus actividades durante la segunda guerra mundial. En 1942, en el marco del plan T4 de los nazis llevado a cabo de 1939 a 1945, Caruso realizó diversas evaluaciones psicológicas de niños en la clínica Am Spiegelgrund, el principal hospital de Viena. Este proyecto eugenésico no estaba dirigido a los judíos sino a los propios alemanes que, por su “deficiente” condición intelectual, emocional y/o corporal, atentaban contra la “purificación” de la raza aria, por lo que sus vidas no eran dignas de ser vividas. El psicoanalista, en ese tiempo psicólogo, participo en está maquinaria mortífera con la aplicación de 100 test cuyos resultados fueron dirigidos a los psiquiatras para que, a partir de los informes, ellos pudieran decidir a quién matar. De la centena de pruebas aplicadas por Igor se logró comprobar que al menos 14 niños fueron asesinados (González, 2015). Como colmo de lo absurdo, Caruso, en su trabajo con Piaget en Bélgica, realizo su tesis doctoral sobre el Concepto ético en los niños.

¿Cómo se manifestó la abertura de esta cripta en el seno del CPM?, ¿cuál es su resonancia en el presente histórico? Frente al develamiento de lo oculto surgieron posiciones extremas que denunciaron una suerte de contaminación nazi antiética en el interior del círculo que había trastocado la formación de los analistas. Así, a la necesidad de una limpieza de sangre nazi se le anteponía ahora una demanda de purificación carusiana. Eso, por un lado, mientras que por el otro emergieron actitudes que desestimaron el hecho, negándole importancia en el acontecer actual y pronunciando con ello, su ajenidad a todo lo referente al genocidio.

Si bien es cierto que de esta cripta institucional no se desprendieron formaciones patológicas extravagantes en los integrantes del grupo, la necesidad de historizar el suceso ofrece la posibilidad de que los alumnos de Igor, sus propios analizantes y los demás colaboradores del círculo puedan posicionarse frente a lo ocurrido, que, aunque desconocido, ha fungido como parte de la cimentación de su propia formación analítica. Falta, claro está, rastrear las implicaciones subjetivas de este hecho en la filiación de Caruso, pues las violencias no apalabradas y ocultas al interior de la estirpe tienden a hacerse presentes en el linaje a través de contenidos de no saber que exigen ser puestos en palabras e integrados a la vida anímica. Tal es el caso de las historias presentadas a continuación, éstas muestran los estragos, en el linaje, de la transmisión silenciosa de escenas traumáticas durante las guerras.

## **Historias secretas de horror.**

### **I. La Shoa**

El estudio sobre las implicaciones subjetivas, en la descendencia, de formar parte de una familia nazi que guarda celosamente el secreto de los horrores cometidos por algunos de sus miembros durante el holocausto, ha sido ya iniciado por varios investigadores. Entre ellos se destacan los trabajos del periodista austríaco Peter Sichrovsky y del psicólogo israelí Dan Bar-On, ambos realizan una serie de entrevistas a los hijos de los nazis que tienen como resultado la publicación de dos libros: *Nacidos culpables. Hijos de familias nazis* (1991) y *L'heritage infernal: Des filles et des fils de Nazis racontent* (1991/2000). Las narrativas que se tejen en los decires de los vástagos permiten entrever la eclosión en su psiquismo de una historia coagulada, colectiva, dicha a medias, y con una importante carga mortífera que muchas veces precede su nacimiento y se les impone como una suerte de genealogía hermética, ya armada, que ellos, en algún momento de su vida tendrán que interpelar para poder reposicionarse ante ella.

El testimonio de Johannes permite dar cuenta de ese saber no sabido que, hartas veces, modela la condición sintomática y dirige gran parte de la vida. Él relata que desde su más temprana infancia lo acompaña una fantasía de la cual no existe huida posible, el texto de la ensoñación consiste en convertirse en un criminal y jamás ser descubierto. Una vez que llega a la juventud se va a embarcar compulsivamente en una serie de actos delictivos que puedan llevar al acto su más ferviente anhelo, que él denomina “fascinación por el crimen no descubierto” (Sichrovsky, 1991 citado en González, 1998, p. 109). Gracias a su manera de conducirse en lo social, su forma de vestir y su escuálido revestimiento carnal construye un personaje del cual resulta imposible sospechar que pudiese transgredir la ley.

En este chico, de entrada y sin cortapisas pareciera esbozarse una suerte de necesidad de castigo, al menos en su forma inconsciente, pero so pena de reducir a pura interpretación salvaje el breve texto vertido, interpelemos al orden genealógico en el cual está inscrito. Johannes es el portador de una cripta, su padre, a quien ha admirado toda su vida por ser un hombre de carácter fuerte y de temple de acero, fue un burócrata ferroviario que realizó un sinnúmero de acarreos de personas a los centros de exterminio, labor mortífera bien conocida por su esposa, pero oculta, quizás por culpa, a su único hijo. Tras la derrota nazi, fueron enjuiciados por crímenes de guerra muchos alemanes que jugaron papeles claves durante el holocausto. Sin embargo, el padre de Johannes salió airoso, jamás fue declarado culpable, de manera que pudo vivir en libertad por el resto de sus días.

En palabras de Sichrovsky;

El decir enterrado de un progenitor se vuelve en el niño un muerto sin sepultura. Este fantasma sin sepultura desconocido retorna entonces desde el inconsciente y ejerce su acoso induciendo fobias, locuras, obsesiones. Su efecto puede llegar a atravesar generaciones y determinar el destino de una genealogía (Sichrovsky 1991 citado en González 1998, p. 264).

Curiosamente es hasta la muerte del padre, que la madre rompe la idealización infantil de la imagen paterna que Johannes, hasta entonces, seguía sosteniendo, al develarle el secreto que ambos habían guardado por tantos años. Frente a ello, el joven comentó en la entrevista lo siguiente: “Lo dije con buena intención, pero demasiado tarde. ¿Qué iba a poder corregirse ahora? Se había guardado silencio demasiado tiempo [...] el malhechor estaba muerto. Y yo no podía librarme de ello, ni cederlo ni devolverlo” (Ibid., p. 110).

¿La apuesta en acto de la fantasía era un intento por saldar la deuda perpetua del padre?, o ¿se trataba más bien de una identificación gozosa con el criminal nunca descubierto? Difícil saberlo a partir de un solo encuentro, que, por cierto, se realizó en la cárcel donde Johannes se encuentra preso,

está vez, a diferencia de su padre, no pudo salir airoso, lo cual quizás permita inscribir una suerte de corte, un distanciamiento, con la genealogía herida del padre.

Por su parte, a Rudolf Von X, otro de los entrevistados, lo acosa una fantasía onírica en la que vienen por él unos policías y se lo llevan. A la cuantiosa angustia que experimenta le antepone una ensoñación diurna; va a salir a la calle a elegir a un desconocido, lo va a matar y se va a entregar en la gendarmería. Sus padres, participantes activos durante la segunda guerra mundial, salieron huyendo a Argentina cuando todo comenzó a desmoronarse, para entonces Von X ni siquiera había nacido. Ante el silenciamiento deliberado de sus padres frente a la vida vivida durante la ocupación nazi, a Rudolf, en su adolescencia, lo invistió el súbito interés por conocer los sucesos ocurridos durante aquel periodo, esto lo llevo a adquirir un sinfín de literatura, en cuyas páginas encontró escrito el nombre de sus padres. El develamiento del secreto le permitió hilar las piezas fragmentadas de la historia familiar, lo cual genero un encrudecimiento de la revuelta interna de ira incomprensible que había sentido hacia sus progenitores desde su nacimiento. De ahí en más, gran parte de su vida la dedico a hacer padecer a sus padres, se embarcó en un actuar irrefrenable que les genero gran pesar y preocupación. En su adolescencia se reconoció como homosexual, condición que sabía que merecía la muerte en tierras nazis pues atentaba contra la supuesta pureza de la sangre aria. Respecto a ello, el joven comento lo siguiente:

Se acabó el honor alemán. Cuando advirtieron mi condición homosexual, se apartaron por completo [...] se avergonzaban de mí los pobres. *Por primera vez sintieron vergüenza*. Al darme cuenta de lo mucho que podía herirlos con eso, perdí toda inhibición [...] Hablaba como marica cuando algún conocido de mis padres estaba presente. *Los liquidé*. (Sichrovsky, p. 62, citado en González, p. 108).

¿Es la homosexualidad de Rudolf y su actitud desafiante, una vía para castigar a sus padres por los crímenes de los cuales salieron ilesos? Tal parece que la imposibilidad de establecer un distanciamiento con el orden generacional, lo dejo preso dentro de una escena inamovible que no deja de recrearse sin descanso en su historia, a pesar de que, en el momento de la entrevista, los padres tienen ya varios años de muertos.

La herencia de la carga de la genealogía herida es patente entre los entrevistados, en gran parte de ellos la trama sintomática gira alrededor del significante de la ley. El interjuego fantasmático entre transgredir-someterse y ser víctima o verdugo parece reactualizar una escena que los antecede y ante la cual solo pueden responder en acto. Se encuentran así atrapados en un ejercicio mortífero que captura su vida subjetiva. Como si se quisiera desesperadamente dar muerte simbólica a algo ominoso que mora en el interior, pero a través de una vía que conlleva la erradicación de su propia existencia.

En los hijos de las familias nazis hay un ímpetu por buscar y darle sentido a un contenido no apalabrado, silenciado y enigmático que no cesa de atravesar la relación con sus padres. El conocimiento de lo que efectivamente ocurrió no es suficiente; develar lo oculto, lejos de aliviar el malestar, en muchas ocasiones lo intensifica. El acontecimiento histórico, más que simplemente ser narrado, exige un análisis de cómo fue transmitido a lo largo de las generaciones, así como los posicionamientos subjetivos que la estirpe formuló en respuesta a lo dado. A la ausencia de significación se le contraponen una significación en exceso, la cual necesita ser elaborada y metabolizada para mitigar su impacto en la vida psíquica<sup>39</sup>.

## II. La dictadura argentina

Para continuar abordando los efectos del silencio y del secreto de los victimarios en sus descendientes, vayamos ahora a darle voz a una experiencia inscrita en Latinoamérica que tuvo lugar entre el golpe de Estado de marzo de 1976 y la entrega del poder a un gobierno constitucional en diciembre de 1983. Durante dicho período, se instauró una dictadura cívico-militar en la república argentina que se caracterizó por hacer reinar un clima de miedo y terror entre la población. El terrorismo de Estado incluyó prácticas de tortura a la resistencia, secuestros, desapariciones y centenares de robos de bebés a quienes les fue ocultada su verdadera identidad.

Hoy en día, frente a aquellos terribles sucesos, en los hijos y en los nietos de los perpetradores de dichas atrocidades se han gestado tres posturas mutuamente excluyentes. En la primera se condensa el grupo de quienes defienden e incluso llegan a justificar el accionar delictivo de sus familiares a través de la creación de colectivos y de sociedades civiles desde el año 2008. La organización más conocida, *Puentes para la legalidad*, creada en 2015 reclama la libertad de los padres y abuelos que fueron “injustamente” condenados.

La siguiente es el conjunto de descendientes que públicamente repudian lo cometido por sus antecesores, claman por el enjuiciamiento y la pena máxima para los crímenes cometidos. Curiosamente su demanda de justicia no mengua a pesar de que la mayoría de los imputados ya están muertos. Muchos de los integrantes de este conjunto han presentado solicitudes para cambiar el apellido que está asociado con el familiar represor, y gran parte de ellos lo ha conseguido. El colectivo

---

<sup>39</sup> Dan Bar-On (1991/2000) hizo coincidir en un mismo espacio a los hijos de altos dirigentes nazis, y a un grupo de hijos de judíos cuyos padres murieron de las maneras más viles dentro de los campos de concentración. El intercambio de testimonios hizo patente que ni unos ni otros pudieron prescindir del sufrimiento por lo ocurrido en la línea ascendente. Si bien las criptas son diferentes, lo que emana de ellas ha generado una suerte de devastación psíquica en ambos casos.

a través del cual hacen patente su lucha se llama *Historias desobedientes: Familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*.

Y finalmente, el tercer grupo se trata de personas que no optaron por la militancia social sino por el análisis de lo sucedido y de los “residuos radiactivos” (Gampel, 2006) de su transmisión. Así pues, en lugar de corporeizar el sufrimiento a partir de un discurso compartido con sujetos atravesados por una verdad histórico-política similar, se acostaron en los divanes. El libro *Los agujeros negros de la dictadura. Hijas e hijos de represores: un abordaje desde la clínica* (2021), de los psicoanalistas María José Ferré y Héctor Bravo, aborda el trabajo con esos pacientes, inscritos en la segunda y en la tercera línea generacional. Cabe señalar que los abusos perpetuados por sus familiares, en la mayoría de los casos analizados, les fueron ocultados al linaje.

En la historia y trayectos de las relaciones de filiación, las violencias que se silencian y ocultan en una generación, retornan y se vuelven a presentar en lo real de la siguiente. A veces en un vacío representacional, en otras ocasiones en intensos afectos bizarros, intrusivos, que emergen sin razón aparente o, también, se esparcen en el campo del acto que muestran su escenificación, aquello que nadie hasta ese momento ha podido recibir de un testimonio no-dicho. Son verdaderas modalidades presentacionales, de historias silenciadas entre las generaciones que retornan [...] (Cabrera, 2021, p. 11).

El secreto inconfesable del otro no desaparece por no ser apalabrado y tampoco sucumbe a su transmisión. Para Ferré María y Bravo (2021) lo encriptado se manifiesta en las siguientes generaciones a partir de un agujero negro, un vacío representacional, entendido en varios puntos, tal y como se teorizan en el campo de las ciencias, los agujeros negros del universo, éstos últimos son regiones finitas del espacio en cuyo interior existe una concentración sumamente elevada de masa que, por sí misma, genera su propio campo gravitatorio que traga todo lo que encuentra a su paso, ni siquiera los rayos de luz escapan a su atracción. Al igual que los secretos, el contenido cae en un territorio de magnitudes insondables sin poder escabullirse. Es posible tomar noticia de su existencia, en el caso de la astronomía, por el movimiento de los cuerpos que tienen próximos, y, en el caso de la clínica, por las manifestaciones sintomáticas que presentan quienes están aquejados por ellos.

Las formaciones del inconsciente que se manifiestan en estos pacientes remiten principalmente a terrores nocturnos, sueños, ensoñaciones imaginarias y delirios, lo cuales compelen al sujeto a vivir una doble existencia, marcada por la culpa, la vergüenza y el miedo permanente que se nutre por la inexistencia de una escena que permita la elaboración simbólica. El congelamiento del tiempo no se debe a aquello que llegaron a conocer, sino a lo que desconocieron y por ello, no pudieron metabolizar ni integrar al acontecer psíquico. En el ámbito clínico, este tipo de trabajo es denominado por Françoise

Davoine y Jean-Max Gaudillière (2010) como la *clínica de los fantasmas*. Este término hace referencia a verdaderos espectros y no al concepto psicoanalítico de fantasía.

Los fantasmas mencionados por ellos aluden a imágenes sobrevivientes de muertos que simbólicamente no han sido enterrados, por lo que moran al interior de los vivos, presencias perenes que atraviesan su cotidianidad y coartan su existencia. Su carácter fijo impide que puedan ser traspuestos en imágenes o representaciones palabra. Pues recordemos que un acontecimiento que permanece fijo, con toda su carga energética intacta, no puede entrar en la lógica móvil del aparato psíquico. También le está proscrito participar en el escenario de la transmisión entre generaciones, sino es únicamente a través de la transmisión de la memoria del trauma, la que "no olvida nada" (Ibid., p. 75). Existen personas que no solo cargan con el acontecimiento, sino que ellas mismas se han convertido en la encarnación viva de ese acontecimiento.

En el régimen dictatorial de la argentina, los victimarios optaron por el olvido y el silencio de lo sucedido. Ambas, empresas fallidas e incompletas cuya transmisión sigue comportando estragos subjetivos en la descendencia. A través de diversas formaciones del inconsciente, el linaje hace presente lo que con tanto ahínco ha tratado de ser sepultado a través del tiempo. A continuación, vamos a presentar tres sueños que se desprenden de la clínica de los psicoanalistas argentinos, con el cometido de apuntalar puntos en común presentes en las producciones oníricas.

El texto del sueño de Eugenia, de 23 años es el siguiente:

Estaba en un escritorio, escribía algo, estaba como presentando un trabajo, para la facultad o algo así. Me acusaban después de que los parciales no eran míos, que no era mi letra. Los míos habían ido a parar a un estanque y con el agua las letras ya no eran legibles. A causa de esto, un hombre se había quemado en la cama. Tengo que buscar ayuda para probar que no había sido mi culpa [...]. (Ferré María & Bravo, 2021, p. 79)

Sonia, 29 años.

Yo me había apropiado de un bebé, al final se lo daba a mi madre. Yo estaba con mi mamá, íbamos a la farmacia. Es un pozo había zapatos. Yo me iba con el bebé, subía una escalera, había una habitación con locos que pintaban. ¿Viste *sol negro*? Había gente muerta, me daba vuelta y venía mi mamá con la mamá del bebé. Había olor feo porque todos estaban sucios. (Ibid., p. 83)

Juan, 23 años.

Entro en un edificio de Once, que se parece al que vive uno de mis tíos. Hay que hacerle una transfusión a una persona gorda, aparece la doctora que es la actriz Emilia Mazer. Me piden que done sangre, hay dos personas conectadas con un caño, tal que una le pasa sangre a la otra. Me niego y la doctora me quiere cortar con un bisturí. Peleamos y le clavo el bisturí, creo en ese momento que la he matado. Bajo en el ascensor, aparece una chica que en realidad es empleada administrativa de la obra social y me dice que en una hora me espera en la esquina de Independencia

y Loria. La doctora aparece arrastrándose, salgo corriendo. Caigo en casa de mi abuela, pensando que no llego a tiempo para encontrarme con la chica. Me angustio porque pienso que maté a alguien. Aparece mi viejo en bata de toalla, le cuento lo que pasa y él también se angustia. (Ibid., p. 81)

En el sueño de Eugenia sobresale una necesidad por demostrar su inocencia ante un crimen que no cometió, pero ante el cual no deja de estar implicada. Su padre, uno de los principales perpetradores del terrorismo de Estado, salió ileso de cualquier implicación legal por los actos cometido. Ella, por otro lado, trata de inscribir vía onírica, una culpa que le fue transmitida precisamente por su condición de ausencia. Cuestión similar a lo que acontece en el relato de Juan, figurabilidad de la culpa por la muerte del otro, a la que se le agrega una cuasi homofonía entre el nombre Emilia Mazer y Emilio Massera, este último fue el máximo líder militar que convirtió a sus oficiales en torturadores, secuestradores y asesinos durante el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN). La cuestión de la sangre también es un elemento interesante, la transfusión implica compartir fluidos, que algo propio viva en el otro y viceversa, quizás esta cuestión pueda ser pensada a partir del apellido, portar el patronímico familiar con todo lo que esto representa.

Finalmente, la producción onírica de Sonia pone sobre la mesa, un problema que desde los años setenta ha reclamado ser investigado, el robo de bebés y su “adopción” ilegítima en manos de familias represoras que no podían tener hijos. Todo esto durante la dictadura. Lo cual ha tenido como correlato, en los pacientes atendidos por María Ferré y Héctor Bravo, la emergencia angustiosa de preguntas acerca de su propia filiación. En algún punto del trabajo clínico, los analizantes se preguntan sobre el papel jugado por sus padres durante el PRN, y si ellos mismos, no serán el producto de una apropiación, tomados como motín de guerra por quienes asesinaron a sus verdaderos padres. El *sol negro* que aparece en el sueño es una referencia a una serie argentina en la cual internan en un psiquiátrico al protagonista, debido a un diagnóstico falso, ahí dentro vive todos los horrores posibles. Sonia relaciona la precariedad del recinto hospitalario que se muestra en la narrativa televisiva, con el escenario en el cual se despliega su fantasía diurna; privación ilegítima de la libertad, muerte y suciedad son elementos que corresponden a ambos terrenos, el de la vida onírica y el efectivamente sucedido en un pasado anterior a su propia existencia material en el mundo.

De la fantasmática apropiación de la criatura humana, en Sonia parece desprenderse un afecto que la lleva a resarcir el acto cometido, por lo que termina por convocar a la madre consanguínea para entregarle a su bebé. Este intento de *reparar* es harto común en el trabajo clínico con los descendientes de los victimarios que se enfrentan a una culpa sin nombre que no se explican por ningún lado, ya que excede el marco de sus vivencias personales. Uno de los entrevistados, que hasta la edad adulta conoció las malas acciones perpetuadas por su padre, gracias a un registro federal, manifestaba su acérrima

necesidad de contactar a los sobrevivientes de las víctimas de su progenitor para hacerles saber que él era diferente, pues lo invadía la culpa y la responsabilidad de portar el mismo apellido. ¿De qué manera repositionarse frente a lo transmitido y poder interpelar a una historia secreta que por su crudeza clausuro las posibilidades mismas de elaboración simbólica?, ¿cómo distanciarse de la genealogía herida para vaticinar un nuevo destino?

### **III. La genealogía impuesta**

Cuando lo no dicho, lo negado y lo oculto en la historia familiar se encuentran con la historia sociopolítica de un país, emergen distintos testimonios que hacen patente las respuestas subjetivas que se han tejido entre los implicados, los modos de afrontamiento y, sobre todo, los malestares padecidos que han quedado inscritos en lo más profundo del alma. El terrorismo de Estado de la república argentina dejó tras de sí aproximadamente 500 bebés desaparecidos. En la lucha contra la resistencia, los militares opresores vieron la posibilidad de “adoptar” a los vástagos de quienes acababan de asesinar. Es bien sabida la existencia, durante ese periodo, de centros de cautiverio clandestinos donde se mantenía a las embarazadas hasta que lograban llevar a término la gestación de su criatura. Inmediatamente después del alumbramiento, el cachorro humano era sustraído y la madre biológica pasaba a ser una más de las personas desaparecidas cuyo cuerpo jamás fue encontrado.

Los recién llegados eran incorporados a la familia del opresor sin que nunca se hiciera alusión a su verdadero origen. El nuevo nombre junto con los apellidos otorgados, buscaban extirpar las cadenas generacionales originales, de suerte que no existiera referencia alguna al pasado. Violencia sin precedentes, pues los militares no se conformaron con la aniquilación física de sus opositores, sino que también le impusieron a su descendencia otra genealogía; una paternidad ensangrentada, voraz y perversa que niega lo efectivamente sucedido, pues les es ocultado a los nuevos integrantes de por vida. Realidad potencialmente traumática para los adoptados.

La escisión psíquica de los nuevos padres es alarmante. El deseo de tener un hijo, anhelo tempranamente frustrado al toparse de frente con vientres infértiles y/o anomalías en la función de los espermatozoides, encontró, en el bando enemigo, la vía para su realización. Sería ingenuo pensar que las mujeres de los victimarios desconocían la procedencia de los infantes. Su silencio, a pesar del transcurrir de los años, y de los cuestionamientos pronunciados por sus hijos, es quizás el elemento más fidedigno de su complicidad. Por más absurdo que parezca, la mayoría de estos padres (torturadores, asesinos y represores) se comportan amorosamente con sus ahora hijos, les proveen una educación escolar, les transmiten los valores y las buenas costumbres del linaje familiar, de suerte que

no emerja huella alguna de la progenitura anterior. Sin embargo, el saber no sabido de la progeñie original persiste en el linaje y se manifiesta de diferentes maneras que interpelan al orden establecido. El secreto no tiene asidero seguro ni por la vía individual, y en este caso, ni por la social.

La asociación civil llamada *Abuelas de la plaza de mayo*, es una organización que surge a finales de los años setenta en argentina con la finalidad de localizar y restituir a sus legítimas familias a todos los infantes que fueron apropiados por la dictadura militar. Los familiares de los niños, los bebés y las madres desaparecidas denuncian un sistema perfectamente planificado y orquestado para la detención de embarazadas, partos clandestinos, falsificación de identidades y simulación de adopciones. Todo ello para volver imposible la posterior localización de estos chicos. Hasta finales del año 2019, la organización había logrado reestablecer la identidad de 130 personas.

¿De qué manera enfrentaron los chicos la inserción en el grupo familiar del que tempranamente fueron sustraídos? Evidentemente los referentes identificatorios que nos ubican en una línea y en un orden generacional particular dentro del engranaje familiar, no surgen de manera espontánea ante el develamiento de la verdad sociohistórica que fue negada. El exceso de contenido que reviste al secreto requiere ser metabolizado, fantasmaticado, simbolizado por fragmentos so pena de pasar al terreno contrario, de la ausencia de escena a la saturación de esta. Ambos extremos pueden obstaculizar las posibilidades de elaboración.

De los casos de restitución a las familias de origen, uno en particular sobresale, siendo quizás el más conocido debido a su impacto mediático en plataformas digitales y en prensa. Se trata de la historia de los gemelos Tolosa, la cual se mantuvo en el foco público durante los años 80's y 90's, período durante el cual los apropiadores aun transitaban impunemente por las calles, pues los pocos juicios ya iniciados contra ellos solían ser entorpecidos por la excesiva burocratización del estado, los intereses de la clase política y las organizaciones que buscaban neutralizar los abusos cometidos.

El caso de Matías y Gonzalo Tolosa fue uno de los primeros en que el campo jurídico se pronunció a favor de la restitución a la familia biológica. Los gemelos nacieron en abril de 1977 en el centro clandestino "La Cacha", en la Plata. Su madre fue secuestrada cuando tenía 6 meses de embarazo y retenida hasta el alumbramiento de los bebés. Posterior a ello fue asesinada, al igual que su esposo, ambos formaban parte de la resistencia, eran militantes montoneros. Los niños fueron apropiados inmediatamente después de su llegada al mundo por el subcomisario bonaerense Samuel Miara y su esposa infértil, Beatriz Castillo. Sus actas de nacimiento fueron adulteradas y se les registro con nuevos apellidos.

Gonzalo comenta que Beatriz era una madre sumamente protectora, después de haber perdido varios embarazos, se deshacía en atenciones con sus nuevos hijos, los llenaba de cosas, no había nada que les negara “Ahora que lo pienso bien quizás era por sentimiento de culpa” (Entrevista a Mannarino, 2020). La clara diferencia entre los rasgos físicos de ellos y de sus apropiadores, aunado al puesto policial ocupado por Miara durante la dictadura, comenzaron a incitar preguntas entre la familia que llegaron a los oídos de las *Abuelas de la plaza de mayo*, quienes investigaron el caso y lo hicieron público.

Los chicos tenían 16 años cuando empezaron a aparecer en programas televisivos dando entrevistas. En las imágenes proyectadas se les ve dispersos, confundidos y profundamente lastimados, defienden a sus apropiadores y demandan volver con quien ellos reconocen como su madre, al tiempo que claman por ver a Samuel Miara que para entonces ya se encontraba en la cárcel. El encuentro con la verdad histórica de su genealogía fue desastroso, no se sintieron cómodos con el tío, único familiar de su finada madre, con quienes fueron entregados, por lo que se les asignó con una familia sustituta, donde tampoco se adaptaron, huían frecuentemente y regresaban a la única casa que sentían propia, con Beatriz.

Frente a difusión pública de las tristes imágenes, tanto de los hermanos como de la madre usurpada, el psicoanalista Gilou Roger presenta, en la Facultad de Ciencias Sociales, un trabajo a propósito de los mellizos, en dicho texto comenta lo siguiente;

Algo más atroz aún [que el dolor de la madre sustituta] asoma si uno logra suspender el encandilamiento amoroso. Los niños son dos y la escena también es doble: la otra escena, que permanece muda, es el doble siniestro de la que se muestra en este momento, de la que estamos viendo. Las palabras, el llanto, el terror, son quizás los mismos si hubiesen podido ser hablados, cuando los niños fueron secuestrados antes de poder hablar, gritar, pedir ayuda y protestar por su desamparo (Roger 1994 citado en González 1998, p. 136)

Hicieron falta muchos años para que los Tolosa pudieran elaborar el exceso de contenido revelado sobre su origen en un momento en el que ni siquiera se había formulado una pregunta, de suerte que la respuesta cayó como una certeza tildada de muerte que no permitió el acceso a los referentes identificatorios que en ese momento eran ofrecidos desde el linaje de sangre. La resimbolización del lazo genealógico no era tarea fácil pues implicaba replantear la imagen de los padres internalizados que, por lo perpetuado por las figuras de carne, se tornaba ya insostenible, era necesario un quantum exorbitante de energía libidinal para continuar desestimando lo sucedido.

Al cabo de un tiempo, el cataclismo subjetivo abrió paso a la construcción de un reposicionamiento frente al acontecimiento. Los hermanos abrieron un juicio para cambiar sus apellidos por los de sus padres difuntos, se unieron a colectivos que hasta el día de hoy siguen demandando justicia por los

abusos cometidos durante la dictadura, y testificaron en contra de su apropiador para alargar su condena. Con fragmentos de decires pronunciados por quienes conocieron a sus padres de origen, han tratado de moldear una imagen de ellos, de su forma de ser y de su pensar. Material simbólico que apunta al tejido de una historia ficcional en la cual puedan reconocerse como parte de una línea generacional.

### **Inferencias clínicas.**

El tratamiento clínico con quienes portan secretos representa un desafío tanto para el paciente como para el analista. Ambos se encuentran frente a un exceso de saber desconocido, el cual va más allá de los límites de la fantasía y se trasmina en la historia personal del sujeto, comandando una buena parte de sus acciones. Al comenzar a problematizar los sufrimientos que atraviesan su existencia, el analizante comienza a esbozar la cripta que le fue transmitida por las generaciones anteriores. En este proceso se convierte en analista de su historia, volviendo a simbolizar, resignificar e integrar aquellos restos crudos que han parasitado su psiquismo. Muchos descendientes de victimarios han heredado criptas de sus ancestros. El contenido de estas tumbas da cuenta de una escena inconfesable que los mantiene atrapados en un actuar que repiten sin cesar, mientras desconocen tanto la representación que escenifican como las motivaciones subyacentes que los impulsan a hacerlo. Se instaura así un orden categórico que se implanta sin posibilidad alguna de ser pensado. Este actuar, promovido por lo inconsciente, modela un saber desconocido que requiere ser metabolizado con el cometido de incidir en el malestar que genera en la vida del sujeto.

Si bien la escena dolorosa no corresponde propiamente a la línea generacional del linaje, su ausencia demanda del analista y del paciente, un trabajo continuo de construcción y de resignificación a partir del lazo transferencial. Desde esta perspectiva, regresar al diván por parte de los pacientes endocrípticos podría entenderse como el despliegue de la esperanza de que, así como regresan al análisis, algún día logren elaborar la experiencia encriptada (Abraham & Torok, Maria, 2005).

No se trata, evidentemente, de trazar un paralelismo simplista entre la historia familiar y la verdad histórica de los acontecimientos, ya que hacerlo implicaría profesar una violencia del orden de lo traumático que podría frenar la construcción fantasmática de lo ocurrido. No obstante, cuando el contenido oculto logra ser revelado, este moviliza la emergencia de nuevas producciones imaginarias. A partir de un texto, sin importar si se corrobora o no en la realidad material, emergen otros elementos que pueden ser cuestionados, rechazados, transformados o incorporados en la vida anímica. La riqueza de dichos textos radica en que proporcionan una vía de escape a la rigidez circular, sin salida, a la que suelen remitir estas narrativas. No debemos olvidar que trabajamos con una realidad psíquica que

trasciende la realidad material, ya que remite a otra dimensión temporal en la cual resonan los acontecimientos psíquicos (Sierra Ivonne, 2020).

La propuesta de Françoise Davoine (2010) nos invita a abordar lo indecible del secreto a partir de una analogía con las matemáticas, recurriendo a la incógnita "x" para bordear lo desconocido. En el campo de las matemáticas, no se puede acceder directamente a este elemento oculto, ya que, por su misma naturaleza, permanece fuera de alcance. Así, en lugar de intentar conocer su valor interpelándolo de manera frontal, se exploran aquellos elementos que lo rodean para dar cuenta de su contenido. Esta metáfora refleja el abordaje clínico en casos donde el acontecimiento ha sido anulado o permanece oculto. En dichas historias de vida, el trabajo de análisis implica una continua construcción y deconstrucción, guiada por los síntomas y manifestaciones del sujeto.

Sigmund Freud, a lo largo del desarrollo de la teoría psicoanalítica, se enfrentó en repetidas ocasiones a la inexistencia de material, lo cual se refleja de en su obra *Moisés y la religión monoteísta* (1939/2010). En este texto, se embarca en la compleja tarea de argumentar que Moisés era egipcio y no judío, lo cual implica construir una narrativa ficcional a partir de la nada, es decir, sin documentos escritos, sin testimonios orales y sin evidencias tangibles. A partir de ese vacío, Freud da forma a una tesis que, aunque no puede ser corroborada en el mundo exterior, encuentra su valor en su proceder heurístico. En la clínica con sujetos portadores de secretos, el analista también se enfrenta a la tarea de crear algo a partir de un agujero, un vacío, una ausencia.

En este punto habría que señalar que la escucha analítica en un contexto clásico que incorpora el uso del diván no es el único medio para trabajar clínicamente los estragos de la transmisión subjetiva entre generaciones, pues este ejercicio de encuentro clínico con el otro ha traspasado fronteras que quizás su creador difícilmente hubiera imaginado, la diseminación de la psicología de lo inconsciente ha obligado a nuevas reformulaciones de su técnica que van más allá del encuadre privado y burgués de la época que lo vio nacer, el trabajo con grupos se inscribe precisamente dentro de estas iniciativas, ¿es posible trabajar con grupos desde un enfoque psicoanalítico?, ¿qué pasa con las relaciones transferenciales?, ¿cuáles son los alcances de un tratamiento grupal?, estas y otras preguntas son abordadas durante el desarrollo del siguiente capítulo, el cual finaliza con la propuesta metodológica del taller *Historia y familia*, que busca dar cuenta de la transmisión de secretos y acontecimientos traumáticos entre las generaciones. Hacer recurso de lo grupal es un esfuerzo por pensar al psicoanálisis más allá del diván.

## CAPÍTULO VI

### PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL TRABAJO GRUPAL DESDE EL PSICOANÁLISIS

#### **Antecedentes del trabajo grupal.**

El hombre no es un animal gregario, sino de horda, conducida por un líder. El grupo es una reviviscencia de la horda primitiva.

La psicología individual sólo surge en modo gradual de la primitiva y antigua psicología de grupo  
(Díaz Isabel, 2000, p. 66)

La invención del método psicoanalítico tuvo lugar hace más de un siglo, entre sus características principales sobresalen: el abordaje individual, el trabajo con la transferencia, el análisis de los procesos psíquicos y, el uso del diván. Éste último punto se ha diversificado ampliamente gracias a la diseminación del psicoanálisis, sobre todo en las culturas occidentales, que, en escucha a las demandas sociales han estructurado abordajes que extraen a la psicología de lo inconsciente fuera de los consultorios privados de los analistas para ubicarla en las calles, en las escuelas, hospitales, servicios de atención de salud pública, psiquiátricos, casas de medio camino, etc. El aparato crítico creado por Freud ha permitido pensar y repensar distintos fenómenos propios de nuestra época, creando así una suerte de artilugio que impacta en dos direcciones, pues permite analizar lo actual a partir de lo ya formulado, al tiempo que replantea lo que ya ha sido escrito a la luz de las dinámicas psíquicas contemporáneas, con ello pone en escena un ejercicio de reflexión y reescritura constante que asegura su vigencia.

Actualmente existen una multiplicidad de abordajes terapéuticos que toman como base el psicoanálisis, o algún fragmento de éste, para sostener su praxis. El grado de rigurosidad de estas distintas propuestas varía en función del tratamiento que dan a los conceptos que incorporan, y el análisis que hacen de la metapsicología, gran parte de dichos modelos clínicos piensan al psicoanálisis más allá del diván, efervescencia propositiva que incluso alcanza tintes políticos, ya que implica la conquista de nuevos lugares, espacios de constante creación que revitalizan lo escrito al ponerlo a dialogar con el discurso de la época, conformador de nuevas subjetividades.

El trabajo con grupos desde una perspectiva psicoanalítica se suma a los esfuerzos por pensar más allá del encuadre clásico de tratamiento. Si bien es cierto que Freud no habló propiamente ni de terapia grupal ni de análisis en grupos, muchos teóricos encuentran en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/2010), importantes contribuciones al tema e incluso propuestas en germen para

su posterior desarrollo, no obstante que, los planteamientos ahí vertidos muestran un panorama que no parece muy prometedor para pensar, al menos bajo esas líneas, un posible abordaje clínico de las colectividades humanas.

Siguiendo las ideas de Le Bon, Sigmund propone que en las masas humanas tiene lugar “la atrofia de la personalidad individual conciente, la orientación de pensamientos y sentimientos en las mismas direcciones, el predominio de la afectividad y de lo anímico inconciente, la tendencia a la ejecución inmediata de los propósitos que van surgiendo” (Freud, 1921/2010, p. 116), todo esto como producto de una suerte de regresión a una actividad anímica primitiva.

En las masas, entonces, lo que prima es un despliegue pulsional que busca satisfacción y no se limita, para lograr su empresa, en poner en circulación ejercicios crueles y destructivos que difícilmente llevaría a cabo el sujeto en solitario. La reunión masiva de cuerpos que persiguen un mismo fin, conlleva una indiferenciación subjetiva que se instala en el psiquismo individual y aniquila las diferencias, “[...] la superestructura psíquica desarrollada tan diversamente en los distintos individuos es desmontada, despotenciada, y se pone al desnudo (se vuelve operante) el fundamento inconciente, uniforme en todos ellos” (Ídem, p. 71). Las congregaciones masivas de personas con un objetivo compartido inhiben el pensamiento crítico y facilitan la identificación con los otros. Evaporización del sujeto y emergencia de lo originario, simiente del aparato psíquico.

Sugestionabilidad, omnipotencia, identificación y sumisión a un líder son características del comportamiento de las masas. Utopía romántica pensar en emprender un trabajo de análisis con un grupo así, regido por el instinto y la satisfacción pulsional, sin descartar que también existen masas, que, bajo el influjo de la sugestión pueden llegar a alcanzar altos niveles de eticidad si están consagradas a un ideal que constriña a sus miembros a elevadas muestras de moralidad.

Ya sea en conglomeraciones o en grupos reducidos, la historia del ser humano ha estado atravesada, desde un inicio, por interacciones sociales. La existencia del lenguaje nos ha permitido ser partícipes de los signos y símbolos compartidos culturalmente tras el paso de las generaciones. Las prácticas comunitarias, la transmisión de los mitos, las tradiciones, el teatro, los eventos culturales, la formación educativa, el ejercicio laboral, etc., son actividades que suelen desarrollarse en conjunto con otros sujetos, de estos intercambios, hartas veces, emanan vínculos afectivos que perduran tras el paso del tiempo y trascienden con creces su propósito inicial. Dicho esto, no es de extrañarse que gran parte de los esfuerzos de la sociología, desde Aristóteles hasta Marx, se hayan interesado en analizar de qué manera se organizan los miembros de la sociedad, se congregan en grupos, definen sus normas, sus reglas y construyen un sentido de pertenencia.

Por su parte, la psicología también incorporo en sus reflexiones a las colectividades humanas, la terapia con grupos se presentó como una posibilidad para ampliar su campo de acción, pues pasar del trabajo individual al abordaje grupal traía consigo ventajas en cuestión del tiempo empleado y de los recursos destinados. Sin olvidar que el componente sugestivo, vehiculado por el líder del grupo, se intensifica significativamente al ser compartido entre los distintos miembros, poderosa herramienta que las disciplinas psi no podían desaprovechar para asegurar el cumplimiento de sus objetivos.

Los inicios de la terapia grupal psicológica se remontan al siglo pasado, dentro del hospital general de Massachusetts en Estados Unidos, ahí, Joseph Hersey Pratt comenzó a dar clases de “control de pensamiento” para pacientes tuberculosos que estaban internados. Su principal objetivo consistía en persuadirlos de que siguieran las indicaciones que los médicos habían estipulado para la mejora de su condición, justo lo que ahora conocemos como *adherencia terapéutica*, actividad que suele ser desarrollada por los psicólogos que laboran dentro del área de la salud. Pratt dio cuenta rápidamente que sus enseñanzas no sólo incidían en las prácticas de autocuidado de los enfermos, sino que promovían un clima de solidaridad, cooperación y emulación, por lo que rebautizo su abordaje con el nombre de “reeducación emocional y persuasión” (Díaz Isabel, 2000).

Para el encuadre, estableció trabajar cinco sesiones a la semana, cada una de 60 minutos de duración, todas ellas comenzaban con ejercicios de relajación muscular, seguidos de técnicas de meditación guiada, posteriormente se daban charlas cortas sobre orientación médica que iban seguidas de testimonios de recuperación de pacientes antiguos, lo cual terminaba por convencer a los miembros del grupo de las bondades de seguir las indicaciones del equipo médico. Aquellos que mejor cumplían con las tareas estipuladas eran promovidos hasta las filas delanteras como recompensa por su esfuerzo. Al final de la reunión el médico examinaba sus registros diarios de alimentación, ingesta medicamentosa, ejercicio y tomaba sus signos vitales, “asumía el rol de una figura parental idealizada” (Ídem, p. 4).

El éxito de este abordaje fue tal que rápidamente se extendió a otras poblaciones: enfermos cardíacos, obesos, diabéticos y en 1930 se aplicó a pacientes neuróticos, psicósomáticos y esquizofrénicos. La base de la terapia consistía en promover la identificación del enfermo con el médico, operación que impactaría directamente en el robustecimiento de las débiles defensas del primero, lo cual lo llevaría a cumplir con las normas y los programas de higiene necesarios para mejorar su vida. Dicho abordaje no deja de resonar como algo que, lejos de ser nuevo, es fundamento de prácticas que se rastrean desde los tratamientos morales iniciados por Pinel, él postula, en referencia al trabajo con los locos lo siguiente:

La terapéutica de la locura es el arte de subyugar y domesticar, por así decirlo, al alienado, poniéndolo bajo la estricta dependencia de un hombre que, por sus cualidades físicas y morales, tenga la capacidad de ejercer sobre él un influjo irresistible y modificar el encadenamiento vicioso de sus ideas (Pinel, s.f, p. 58, citado en Foucault, 1973/2005, p. 24).

Las prácticas de la naciente terapia grupal fueron fuertemente criticadas por Marie Langer (1957), quien sostenía que no abonaban nada a la comprensión de las estructuras psíquicas de sus miembros, pues al hacer recurso únicamente a las emociones colectivas con propósitos sugestivos, dejaban fuera la comprensión de su naturaleza. A su vez, la idealización del líder no deja de remitirnos a pensar en las sectas religiosas que adoctrinan ideológicamente a sus fieles.

Por su parte, cuando el psicoanálisis incursionó en el trabajo con grupos, busco aplicar los principios del tratamiento freudiano al encuadre grupal, de manera que el analista interpretaba sistemáticamente sueños, lapsus, asociaciones libres y resistencias de los integrantes. En ocasiones hacía recurso a actividades estructuradas como autobiografías, redacción de cuentos, dibujo, etc., las cuales servían como pretexto para movilizar la emergencia del discurso que posteriormente sería analizado. Tal fue el caso de Paul Schilder, director clínico del Hospital Psiquiátrico Bellevue, quien incorporó en su práctica con los internos diversas expresiones artísticas que él interpretaba como exteriorizaciones del inconsciente (Díaz Isabel, 2000).

Recurrir a la recreación de un aspecto de la realidad dolorosa del sujeto a través del arte se volvió una técnica muy socorrida dentro del trabajo con grupos. Jacob Moreno acuñó el término de *psicoterapia de grupo* e inventó el psicodrama, que consiste en poner en escena un conflicto grupal y dramatizarlo siguiendo un juego de roles, bajo la premisa de que dicho ejercicio facilita la superación del conflicto o la búsqueda de posibles soluciones del mismo al permitir la reorganización de las percepciones, los afectos y las conductas. La sociometría estudia las relaciones interpersonales que se suscitan entre sus integrantes, sus afinidades y diferencias. “Históricamente, el psicodrama representa el punto decisivo en el apartamiento del tratamiento del individuo aislado hacia el tratamiento del individuo en grupos, del tratamiento del individuo con métodos verbales hacia el tratamiento con métodos de acción” (Moreno, 1946, p. 10). En oposición a la praxis clínica seguida por Freud, Moreno instaba a poner en acto aquellos conflictos que atravesaban al sujeto, con ello iba más allá de su verbalización y rememoración, esbozando una especie de transferencia actuada.

El psicólogo Kurt Lewin con su famosa *investigación-acción* en los años 30’s se interesó por promover el cambio en situaciones sociales concretas, para ello, hizo participes a todos los miembros involucrados en el proceso de diagnóstico, análisis e intervención de la situación a tratar. Con ello, otorgó la batuta al grupo para la toma de decisiones, el monitoreo, las revisiones de seguimiento y la

evaluación del plan o estrategia a seguir. Para él y sus colaboradores, la metodología de la investigación-acción se presentaba como una oportunidad para llevar a la práctica los conceptos duros de la psicología que, muchas veces, sólo eran pensados en condiciones experimentales controladas y no en el mundo social. “No action without research; no research without action” (Adelman, 1993, p. 8). El modelo reclama la presencia perenne de dos elementos: la praxis y la teoría. Una no va sin la otra, de suerte que podríamos aludir a una especie de teoría/investigación aplicada, este proceder implica, por fuerza, un posicionamiento político, mismo que no le fue ajeno a Lewin, quien en 1933 se interesó por apoyar a las comunidades ayudando a los inmigrantes palestinos a ajustarse a las condiciones del nuevo ambiente, buscando soluciones prácticas y alternativas viables para la situación que se presentaba.

Durante la segunda guerra mundial, el trabajo con grupos alcanzó su mayor auge, la psicometría se convirtió en la herramienta central para la evaluación en masa de reclutas que necesitaban ser ubicados en puestos específicos. Se trató de la instrumentación del mayor programa de pruebas jamás emprendido. Una vez concluida la lucha armada, la crisis social exigió acciones de reconstrucción y de readaptación personal, económica, social y laboral. La gran cantidad de casos que requerían atención inmediata rebasaba con creces las posibilidades de respuesta de los servicios de atención, por lo que los psiquiatras militares comenzaron a hacer uso de estrategias grupales para atender a la población, “el uso de la terapia grupal durante la guerra es una de las mayores contribuciones de la psiquiatría militar a la práctica civil” (Rutan, 1993, p. 142).

Bion, paciente de Melanie Klein, es el primer psicoanalista que propone una praxis clínica de lo grupal sustentada en el conflicto entre lo que denominaba *supuestos básicos* y el *grupo de trabajo*, también es el primero en proponer una teoría específica de la dinámica inter-subjetiva grupal, trabajo durante un tiempo con ex soldados hospitalizados por neurosis de guerra, sus intervenciones buscaban acortar la hospitalización y reintegrar a los pacientes a sus labores militares. “La tarea psíquica consistía en producir hombres que se respetarán a sí mismos, socialmente adaptados a la comunidad y que, en consecuencia, aceptarán sus responsabilidades, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra” (Díaz Isabel, 2000, p. 12). Clara utilización del saber al servicio de las ideologías dominantes del sistema económico.

Cabe subrayar que, el psicoanálisis con grupos, desde sus inicios, se ha planteado metas disímiles al análisis tradicional, pues en lugar de buscar la causa subyacente a los conflictos para reconstruir los caminos que llevaron a la formación del síntoma, ha apuntado a mejorar el funcionamiento del yo, la competencia social y la desaparición de los síntomas. Al ocuparse del restablecimiento de la condición

patológica para la reincorporación expedita al medio laboral, académico, familiar, social, o cualquier otro que se haya visto afectado por la irrupción sintomática del sujeto, dibujan un posicionamiento más próximo a la psicología que al psicoanálisis.

En Francia, hasta la década de los años sesenta dos enfoques fungen como los más representativos en el trabajo grupal con enfoque psicoanalítico: aquellos que piensan al grupo como una totalidad y tratan de abordarlo con técnicas de Lewin, Moreno y Rogers, y los que usan al grupo únicamente como el agente movilizador para que emerjan formaciones discursivas entre sus integrantes, a través de diversas técnicas como el psicodrama con apellido psicoanalítico. Prácticas que claramente no constituyen un análisis, ni por el objetivo que persiguen ni por el posicionamiento de los analistas ni por la demanda que es formulada por el grupo, lo cual no excluye que se trate de abordajes que, por su propia naturaleza catártica, tienen bondades terapéuticas y logran importantes restablecimientos temporales gracias al poder de la sugestión que, como comentábamos, aumenta su potencia al ser compartida.

A la par de la cuasi generalizada aceptación de los planteamientos Lewinianos y Morenianos, surgieron feroces críticas a su praxis. Por su parte, Anzieu (1964) sostenía que su proceder de trabajo conducía a la idealización del coordinador grupal, quien manipulaba la transferencia a su conveniencia en lugar de interpretarla, lo cual contribuía a crear, en las organizaciones sociales, una falsa expectativa de lo qué es un *buen grupo* de trabajo. Estos y otros cuestionamientos provenientes de disciplinas como la sociología, la filosofía, el psicoanálisis y la misma psicología contribuyeron al paulatino desuso de ambos enfoques, para abrir paso con ello a un dispositivo de trabajo netamente psicoanalítico.

En este terreno, Anzieu hace interesantes contribuciones, en su libro *El grupo y el Inconsciente. Lo imaginario grupal* (1975/2007) propone dos maneras para pensar a los grupos de acuerdo a las tópicas freudianas; en la primera sostiene una analogía entre el trabajo del sueño y el grupo, así, ambos figuran como una realización imaginaria de un deseo reprimido. El estudio de las colectividades se ha enriquecido con el recurso sistemático a la segunda tópica, en ésta, los conflictos, inter y intrasistemáticos, las tensiones interindividuales en el seno de un grupo y el aparato psíquico individual se explican por la incorporación de un modelo grupal.

Si se sostiene que el grupo es la realización imaginaria de un deseo, desde el psicoanálisis aludiríamos a un deseo edípico que llevaría la marca de la prohibición. Las agrupaciones guiadas por el proceso primario, pues los procesos secundarios se encuentran paralizados, vendrían a ser una puesta en marcha de la pulsión. De ahí que en todas las épocas hayan proliferado iniciativas por disolver a las congregaciones de personas, ya que éstas son percibidas como peligrosas. Peligro representado por la

posibilidad de pasar de la realización fantasmática al acto. “El deseo realizado en el grupo y en el sueño es un deseo reprimido; son deseos no satisfechos en las relaciones interindividuales, en la vida privada y social, que nuevamente son trasladados al grupo” (Ídem, p. 73).

Tanto en el grupo como en el sueño, las acciones son desplazamientos, condensaciones y representaciones simbólicas del deseo. Intercambios entre inconscientes que desembocan en construcciones fantasmáticas compartidas que estimulan o paralizan la acción. No hay grupo que no esté marcado por deseos inconscientes, pues su existencia misma depende de la posibilidad de satisfacción de algunos de estos deseos. Cabe señalar que el cumplimiento parcial de lo anhelado puede alcanzarse, gracias a las producciones imaginarias por la vía alucinatoria, con un objeto sustitutivo, o bien, a través de su realización en la realidad material.

Otro de los planteamientos centrales de Anzieu (1975/2007) consiste en afirmar que la situación de grupo libre (como una reunión entre amigos, cursos de formación o cualquier otra actividad que permita un actuar espontáneo) provoca una regresión, pues los adultos congregados comienzan a actuar como los niños a la hora de jugar, poniendo en escena monólogos colectivos, juegos de palabras, ajustes de cuentas, pugnas por sobresalir, y mostrando dificultades para emprender una tarea sin que alguien les guíe<sup>40</sup>.

Freud, por su parte, ya había puesto el acento en el papel que desempeña la regresión al interior de las masas:

Los numerosos lazos afectivos dados en la masa bastan ciertamente para explicarnos uno de sus caracteres, la falta de independencia e iniciativa del individuo, la identidad de su reacción con la de los demás, su descenso, en fin, a la categoría de unidad integrante de la multitud [...], esto representa, sin duda alguna, una regresión de la actividad psíquica a una fase anterior en la que no extrañamos encontrar al salvaje o a los niños (Freud, 1921/2010, p. 111).

Estar en masa, implica pues, retroceder a un estadio anterior del desarrollo, regresión que a su vez va acompañada de un descenso de la capacidad intelectual individual y de una intensificación de la afectividad. En los grupos que se caracterizan por el anonimato de sus miembros, se pone en jaque la diferenciación subjetiva, lo cual moviliza la angustia de fragmentación del aparato psíquico y del cuerpo, pues tanto el Yo como su superficie corporal están en peligro de perderse al fusionarse con los otros. Desde esta perspectiva, el grupo es un movilizador de angustias pregenitales, angustias relacionadas con la indiferenciación.

---

<sup>40</sup> Es justamente esta perspectiva de la regresión la que cuestiona Lacan, sobre todo en el seminario *El deseo y su interpretación* (1958-1959/2014), ya que da la impresión de una simple regresión en lo real comportamental, cuando la regresión trata de una reformulación de demandas otrora estancadas e insatisfechas, que involucran a los estadios libidinales.

El espacio imaginario del grupo se vuelve así, “la proyección del cuerpo de la madre, con sus órganos internos, incluyendo el falo y los niños-heces”<sup>41</sup> (Anzieu, 1975/2007, p. 84). Lugar de completud imaginaria que actúa como un sustituto del objeto mítico. De tal manera que el grupo deviene el objeto libidinizado que permite el retorno fantasmático a los orígenes. Acorde a dicha propuesta, las instancias maestras que rigen el aparato psíquico en estas condiciones son el Ello y el Yo ideal que busca la restauración introyectiva del pecho materno, símbolo del primer amor irremediabilmente perdido<sup>42</sup>.

El cuerpo materno como representación del grupo es una idea que va a seguir sosteniendo Käes, alumno de Anzieu, hasta el final de su enseñanza, argumentando que hacer-cuerpo en el grupo es una defensa ante la unidad corporal continuamente amenazada por los peligros internos. Frente al terror que genera la fragmentación y la angustia de separación, viene la re-unión de personas, “el cuerpo materno es el paradigma fundamental de la representación del grupo; su reposición es, pues, una de las posturas principales de la existencia grupal (Käes, 1976/2000, p. 103).

La condición espacial del grupo permite que se ponga en escena el drama de representación entre el espacio imaginario y el espacio real, entre el espacio vivido -que remite al cuerpo del hombre-, y su imagen en el espacio real. Este interjuego permite la construcción del espacio simbólico, pues “todo grupo se organiza sólo como metáfora o como metonimia del cuerpo, o de partes del cuerpo [...] el grupo es una representación del cuerpo” (p. 160). Así, la representación del cuerpo y la vivencia del espacio se ven trastocadas en la vivencia grupal, sobre todo en los grupos amplios que suscitan vivencias subjetivas de aniquilación del yo-cuerpo-grupo. La unidad grupal pone en entredicho a la unidad de la imagen especular ya conquistada, lo cual, según el autor, obliga a una reorganización de la dinámica grupal para no sucumbir en el abismo del espejo.

Cabe señalar que, mientras Anzieu explica lo que acontece en el aparato psíquico individual a partir de la interiorización de un modelo grupal, Käes apela a la existencia de un aparato psíquico grupal que, si bien cuenta con las mismas instancias del individual (Yo, Ello y Superyó), no está sujeto a los mismos principios de funcionamiento. “Hay grupo, y no ya simple reunión de individuos, cuando a partir de los aparatos psíquicos individuales tiende a constituirse un aparato psíquico grupal más o menos autónomo” (Ídem, p. 18). Su tesis toma consistencia a través del análisis de diversas representaciones colectivas de grupos en la novela, la fotografía, la pintura y la publicidad.

---

<sup>41</sup> Habría que considerar que Lacan señalaba que en el interior de ese cuerpo materno también estaba presente el falo como elemento que remite a la aparición temprana de la figura paterna. El falo que posibilita la primera triangulación, o la distancia entre el niño y el deseo materno.

<sup>42</sup> El psicoanalista Mario Orozco propone pensar el Ello, Das El, el Eso, como lo señala Lacan, eso que habla (ça parle) antes y durante nuestra concepción (*comunicación personal*, 03 de noviembre 2022).

La teorización del aparato psíquico grupal se sostiene en la hipótesis de que el inconsciente mismo, está estructurado como un grupo, es decir, en él existen formaciones inconscientes *grupales* que son compartidas por todos (las fantasías originarias, los complejos familiares, las redes identificatorias, etc.), las cuales se ponen en circulación en el encuentro con los otros. De aquí que, todos aquellos interesados en estudiar a los grupos deben tomar en cuenta las catectizaciones y representaciones que tienen lugar en su interior. La investigación pues, debe privilegiar los mecanismos de construcción del objeto-grupo correlato de la pulsión, las instancias que intervienen, el componente económico y las determinantes culturales (Käes, 1976/2000).

La emergencia del grupo como objeto tiene lugar a través de dos sistemas de representación: 1) los organizadores psíquicos que son la imagen del cuerpo, las fantasías originarias, los complejos familiares y la imagen global del funcionamiento anímico y, 2) los organizadores socioculturales que suelen ser compartidos entre miembros de un mismo contexto social. Los primeros son los que van a posibilitar el surgimiento de la estructura psíquica grupal. Representaciones originarias adquiridas gracias a la transmisión generacional que se reactualizan en el acontecer grupal, mostrando los intercambios entre el mundo interno e individual y el mundo externo y social (Ídem).

El grupo aparece como matriz del individuo y reactiva: a) la relación dual con la madre (objeto bueno y malo), el conflicto defensivo, la estructuración del yo y de la personalidad, de las relaciones de objeto y de las identificaciones (aspecto ontogenético); b) el mito de la horda (aspecto filogenético) (Díaz Isabel, 2000, p. 50).

Las representaciones del grupo como cuerpo de la madre se encuentran ligadas a fantasías primordiales que se despliegan en el espacio imaginario del grupo donde se presentan los grandes enigmas del sujeto; la diferencia de los sexos, la pregunta sobre el origen, y la castración. Estas producciones imaginarias hacen presencia articulándose tanto en lo individual como en lo colectivo, vinculándose con objetos y procesos psíquicos de otros miembros. Se trata de fantasías originarias y complejos familiares que plasman escenarios terciarios fundamentales que reclaman la presencia de todos sus elementos, por ejemplo, en la fantasía de castración aparece el castrador, el castrado y el objeto sobre lo cual incide la operación, cada uno de estos fenómenos son pivotes de la socialización primordial.

La familia como el espacio privilegiado de constitución subjetiva, interviene también en las dinámicas al interior de las agrupaciones, “el grupo moviliza el principio de repetición de las relaciones de objeto infantiles; su estructura libidinal es la de las identificaciones, y su proceso está regido por la naturaleza de los conflictos y las angustias vividos y elaborados en el grupo familiar” (Díaz Isabel, 2000, p. 124). Hasta aquí podríamos decir entonces, según lo desarrollado por los autores, que el grupo

es la proyección de un espacio materno anterior a la castración, lugar de cumplimiento de deseos inconscientes, escenario pulsional comandado por las fantasías originarias que se reactualizan en el encuentro con los otros. La complejidad de lo que ahí se suscita reclama analizar los abordajes, que, desde el psicoanálisis, se han echado a andar para trabajar con la reunión simultánea de discursos, resistencias, formaciones del inconsciente y vínculos transferenciales disímiles.

### **La terapia de grupo en Latinoamérica.**

En la historia del trabajo con grupos en Latinoamérica sobresale la contribución de Pichón-Rivière en Argentina con sus grupos operativos, coordinados por un psicoanalista con orientación kleniana. La trascendencia de su obra radica en que por vez primera se ofrece una teoría que integra los desarrollos psicoanalíticos con los aportes de la psicología social, la sociología y la teoría de la comunicación.

“Un grupo operativo es un conjunto de personas con un objetivo común, al que intentan abordar operando como equipo” (Brohman María & Tubert, 1992, p. 26). Con el propósito de alcanzar el objetivo compartido, cada miembro aporta, de acuerdo con sus propios recursos psíquicos, habilidades e historia de vida, estrategias e ideas para lograr lo estipulado. Se trata de un modelo teórico-técnico que puede ampliarse y aplicarse a diversos tipos de grupos, ya sea terapéuticos, familiares, de aprendizaje, reflexión, analíticos, etc.

El apellido de *operativo* remite a la constante investigación que llevan a cabo los integrantes de su accionar y de aquello que se suscita al interior del grupo en relación con el objetivo propuesto. La resolución de problemas es su principal labor. La función del coordinador, por su parte, consiste en potencializar, por medio de intervenciones interpretativas, la reflexión interna para que los miembros puedan llevar a cabo la tarea externa. Sus intervenciones señalan obstáculos inconscientes que pasan desapercibidos y por ello, paralizan el movimiento. Los grupos de análisis incorporan un cambio de paradigma en el cual lo enfermo ya no es el sujeto sino el grupo familiar, desde esta perspectiva, el sufriente es soporte de lo insoportable para su estirpe, portavoz de un malestar familiar, con su enfermedad devela algo de lo secreto e indecible.

En Argentina encontramos también a otro grupo de psicoanalistas con orientación marxista que incursionan en la psicoterapia grupal, se trata de Marie Langer, León Grinberg y Emilio Rodrigue (1957), ellos, a diferencia de otros abordajes que conciben al grupo como una masa homogénea que piensa y siente de manera colectiva, apelan a una suerte de totalidad gestáltica que está integrada por elementos distintos, individualidades irreductibles a la simple suma de sus partes. Trasladan los planteamientos psicoanalíticos al trabajo grupal.

Su proceder metodológico lleva el nombre de *técnica interpretativa de grupo*, que consiste en ubicar al grupo como el fenómeno central, el punto de partida de cualquier interpretación:

Este tipo de terapia [...] concibe al grupo como una totalidad, considerando que la conducta de cada uno de sus miembros siempre se ve influenciada por su participación en ese seno colectivo. [...] Este tipo de enfoque no minimiza la importancia de lo individual, pero considera que lo individual debe ser siempre contemplado dentro del marco colectivo desde donde se manifiesta (Langer Marie, Grinberg & Rodrigue, 1957, p. 31).

La relación transferencial entre los integrantes del grupo es percibida como una totalidad, entre ellos proyectan las relaciones con sus objetos primarios destruidos, por lo que ponen en escena una suerte de reactualización de situaciones internas y externas sostenidas a través de un marco transferencial, los sentimientos hostiles que se generan por la agresión dirigida deben ser reconocidos así como el deseo de resarcir lo que se ha dañado, esto va permitiendo paulatinamente la integración grupal, de tal manera que para curarse deben reparar al *grupo*, es decir, a sus objetos internos. Para los participantes, el ver algo propio en los pares amplía la comprensión de lo que les pasa en lo individual.

La hipótesis de este abordaje apela a la identificación proyectiva e introyectiva como los mecanismos prínceps para reconstruir los moldes primitivos de relación con los otros, perspectiva de lo grupal que tiene mucho de imaginario, en tanto cancela las diferencias subjetivas, Kaes (1976/2000) cuestiona esta visión del grupo como un Todo uniforme y homogéneo; además indiferenciado, lo cual a su vez nos remite a esa ilusión de lo grupal o de las masas que señalaba Freud (1921/2010) respecto a las masas artificiales, cuyos miembros permanecen unidos bajo la creencia de que se “ama por igual a todos los individuos de la masa” (p. 90).

Desde la *técnica interpretativa de grupo* se cura como una Gestalt, cuando todos los miembros se integran, para ello es necesario que el individuo adquiera primero comprensión de sí mismo y de sus sentimientos de culpa edípicos, pero no una comprensión intelectual, sino vivencial y total. Una vez que es posible proyectar lo propio en los otros, se abre el camino para introyectar algo nuevo, menos sufriente. La curación se alcanza a partir de la integración.

El terapeuta a cargo no da consejos, cuestiona o dicta normas, sus interpretaciones se restringen a develar el sentido profundo de lo que acontece en cada sesión, busca analizar las fantasías y las vivencias individuales, considerando siempre que se coloca a los otros en roles que pertenecen a fantasías inconscientes determinadas. Una de las principales diferencias con el tratamiento individual consiste en que no existe una obligatoriedad para hablar, una persona puede quedarse en silencio por varias sesiones sin que eso represente un problema para la dinámica, lo cual no mengua en nada las bondades terapéuticas del modelo, pues aunque el sujeto no se exprese vía la palabra sigue participando

de la dinámica grupal concebida como una Gestalt y puede escuchar parte de su sufrimiento en los testimonios de los otros, lo cual contribuye a contener, parcial o totalmente, su propio malestar (Ídem). Cabe señalar que el grupo pensado como una Gestalt es una posición que contradice la posición estructural donde las diferencias, como en el lenguaje, son intrínsecas a cada elemento, a cada significante, que representa al sujeto para otro significante diferente.

Los abordajes grupales con enfoque psicoanalítico suelen tomar la constelación edípica como uno de sus planteamientos centrales. La fantasía preedípica de fusión con la madre exige un proceso de diferenciación subjetiva para que la vida transite hacia la descendencia, el complejo de Edipo representa la entrada de otro para poner en regla los deseos incestuosos, ese otro es un representante de la cultura. Desgarradura anímica que va a terminar de insertar al cachorro humano en el mundo social regido por reglas y normas establecidas. No olvidemos que para Lacan (1959-1960/1986), Lo incestuoso arruina la subjetividad sustentada en la ley de lo simbólico y con ello, da traste a la humanización misma. Al transgredirse los lazos de parentesco se transmite un legado de ruindad.

Los primeros intercambios con los objetos primarios van a quedar inscritos en el aparato psíquico y van a fungir como la base para los posteriores encuentros con lo social. En los grupos, el sujeto se relaciona en función de esos vínculos primordiales, resolviendo los conflictos y lidiando con el amor y el odio de forma similar a como se hizo con los padres en la trama edípica. El trabajo grupal pone en circulación esos posicionamientos en el encuentro con los otros para elaborarlos a través de una forma más dinámica e incluso, en ciertos casos, vivencial. Los abordajes grupales, para ser propiamente psicoanalíticos, deben situarse en el fluir de un discurso -tal y como acontece en la cura individual- que en este caso involucra a otros.

En México, el trabajo terapéutico con grupos comenzó en 1949 dentro del ámbito médico por los doctores Ramón de la Fuente y Eleonor Torres, con el tratamiento a niños internados en un Hospital. Un año más tarde, el psicoanalista Luis Feder, también dentro de una institución de salud infantil, conformo dos grupos, uno de niños y otro de sus madres con el objetivo de trabajar los efectos tanto del internamiento como de la enfermedad, posteriormente traslado su metodología a grupos de pacientes psicóticos (Díaz Isabel, 2000).

Por su parte, el doctor José Luis González y Santiago Ramírez se formaron como psicoanalistas en Argentina, de allá tomaron de Pichón-Rivière el interés por el trabajo grupal. A su regreso a México en los años cincuenta, junto con otros médicos que regresaban del exterior, formaron la Asociación Psicoanalítica Mexicana (AMP), filial de la International Psychoanalytic Association (APA). Ambos incidieron en el entrenamiento de muchas generaciones de psicoanalistas, mientras Santiago realizaba

investigaciones sobre el carácter del mexicano, José Luis González se esforzaba por pensar al psicoanálisis más allá de su encuadre ortodoxo, propuso psicoterapias de grupos, de pareja, institucionales y remarcó la necesidad de hacer recurso al psicodrama durante el tratamiento.

El acercamiento del doctor José Luis González a la terapia grupal fue casual, él llevaba su análisis individual con el psicoanalista Ángel Garma en Argentina cuando fue invitado por Emilio Rodrigué a formar parte de un grupo terapéutico integrado por candidatos a ingresar a la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), el objetivo consistía en que conocieran de manera directa la experiencia del análisis grupal. José Luis quedó fascinado con el abordaje y en su regreso a México formó varios grupos de trabajo, generalmente con pacientes que se mostraban reacios al análisis clásico, llevó su saber teórico-técnico tanto a hospitales de salud pública como a instituciones privadas, al tiempo que comenzó a analizar grupos en su consultorio. Su propia experiencia en el análisis individual y grupal lo convenció de la necesidad de incluir en la formación del lego ambas modalidades, trató de implementar dentro de la AMP su nueva revelación pero esta no fue bien recibida, por lo que optó por crear la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG), que incluye en su currícula de cuatro años de formación, la supervisión clínica, los análisis didácticos y la revisión de la literatura para lograr un entrenamiento simultáneo tanto en lo individual como en lo grupal.

José Luis González fue uno de los personajes que participó en el controvertido experimento psicoanalítico al interior de un monasterio de México, hecho que alcanzó difusión internacional y suscitó posturas pasionalmente polarizadas entre la población mundial. En los años sesenta, Gregorio Lemercier, prior del convento benedictino de Santa María de la Resurrección ubicado en Cuernavaca, Morelos convocó a tres psicoanalistas, José Luis, que recién había fundado la AMPAG, Gustavo Quevedo, un mexicano que se había formado en Buenos Aires y Frida Zmud, analista argentina que venía huyendo del régimen dictatorial de su país, para que comenzaran un trabajo analítico grupal con los monjes de la comunidad.

¿Iglesia y Psicoanálisis? Extraña combinación de elementos que en apariencia son mutuamente excluyentes, sin embargo, confluyeron por un buen lapso de tiempo llegando a puertos inusitados. El monasterio psicoanalítico de Cuernavaca fue el primero que existió en todo el mundo, de ahí que su historia sea un hito para pensar tanto la entrada del psicoanálisis en México como para apuntalar los orígenes de la terapia grupal psicoanalítica.

Todo comenzó gracias al casual encuentro de Lemercier con el psicoanálisis, en 1959 después haber tenido una alucinación de luces de colores, acudió al psiquiatra y este le sugirió una cura psicoanalítica, el monje pues, se acostó en el diván, en sus memorias él narra esta experiencia como “La ascesis más

dura de mi vida” (Lemercier, 1968 citado en Gallo, 2013, p. 131). Su encuentro con el inconsciente, las pulsiones y los deseos lo llevó a sostener la necesidad de incorporar en la formación religiosa a la terapia psicoanalítica, bajo el fundamento de que ayudaría a sus compañeros a comprender de mejor manera aspectos de su sexualidad y de su vocación.

Sus ideas eran revolucionarias, izquierdistas, desde el inicio abrió las puertas del monasterio a los más pobres, sin importar si profesaban o no su misma religión, sus monjes comenzaron a utilizar vestimentas idénticas a los uniformes usados por los recolectores de basura en México en aquella época, daba asilo a estudiantes, artistas y escritores con quienes disfrutaba debatir sobre filosofía y religión. El cuestionamiento constante favoreció la entrada del psicoanálisis en un recinto que por tradición debía sostenerse en saberes dogmáticos.

Los psicoanalistas se reunieron con 8 monjes en sesiones de 80 minutos, dos veces por semana, Quevedo incluso se mudó a una pequeña casa dentro del monasterio para estar más cerca de sus pacientes. Los efectos del tratamiento fueron insospechados, los monjes comenzaron a exteriorizar talentos desconocidos para la literatura, la música y el arte:

Por lo que toca al sentido artístico, la terapia ha influido en varios hermanos: haciendo más humano a uno y más productivo a otro; liberando de sus limitaciones al que estaba encerrado en sí mismo y abriendo nuevos horizontes a otros, y descubriendo talentos desconocidos en varios hermanos (Lemercier, 1968 citado en Gallo, 2013, p. 135).

Para González, lo ocurrido dentro de Santa María de la Resurrección fue verdaderamente un hecho de vanguardia, un acto adelantado a su tiempo, pues en lugar de proceder como el resto de la iglesia que buscaba defenderse y mantener a distancia a los ateos, el convento les abrió la puerta para que analizarán lo más profundo de su acontecer anímico; sus maneras de creer y sostener la religión, sus renunciaciones sexuales, la vivencia de su propio cuerpo, las tendencias homosexuales, etc. (González F., 2011).

Las reformas de Lemercier no fueron bien recibidas en los altos mandos de la iglesia, en 1963 el Vaticano ordenó una investigación minuciosa de las actividades llevadas a cabo en Santa María de la Resurrección, y cuatro años más tarde el tribunal dictaminó que el tratamiento analítico debía terminar en el monasterio, al tiempo que le prohibían al prior y a sus compañeros hablar de psicoanálisis dentro o fuera de la comunidad. Frente a ello, 7 de los 8 monjes abrieron en 1966, bajo el régimen laico, el Centro Psicoanalítico Emaús, en el cual invitaban a otros psicoanalistas a colaborar en el trabajo grupal.

La experiencia de análisis fue disruptiva para muchos de los monjes, algunos renunciaron al ministerio y se hicieron ateos, otros fueron excomulgados debido a las reformas que intentaban

promover dentro del clero y a los cuestionamientos que dirigieron hacia prácticas y creencias eclesiásticas. El propio Lemercier colgó los hábitos y se casó más tarde, él dirigió una de las críticas más radicales a la formación dentro de los conventos, en una entrevista realizada en Estados Unidos, comento lo siguiente:

Estos monasterios, al servicio de Dios sin servicio de los hombres y tendencia a la eliminación de las relaciones humanas, habría que eliminarlos. ¿Por qué tendría que buscarse a Dios rechazando al prójimo, y sobre todo al prójimo del otro sexo? (Lemercier, 1969, citado en González F., 2011, p. 32).

Tal y como sostiene Gallo (2013), “al final, el encuentro entre psicoanálisis y religión en Santa María de la Resurrección tuvo el mismo desenlace que Freud había anticipado en sus escritos: los monjes abandonaron la religión y optaron por el análisis” (p. 138).

La experiencia sobre lo que tuvo lugar en el convento de Cuernavaca fue enriquecida gracias a la investigación del psicoanalista Fernando González (2011), quien rescató archivos escritos de prensa, fotográficos e intercambios epistolares entre los involucrados, con el objetivo de reconstruir lo ahí ocurrido, en su libro *Crisis de fe: Psicoanálisis en el monasterio de Santa María de la Resurrección* (1961-1968) se narra lo que tuvo lugar.

A partir de la aventura en el convento de Cuernavaca, comenzó a hablarse cada vez más de análisis grupal en México, apelativo que desde su surgimiento ha generado mucha polémica entre los psicoanalistas, sobre todo en aquellos que se han formado con estricto apego a los planteamientos freudianos, pues el trasplantar, por decirlo de alguna manera, conceptos propios del tratamiento individual y operacionalizarlos al interior de un grupo arrastra complicaciones que tantas veces pasan desapercibidas, la aparente facilidad de acomodo de los conceptos levanta sospechas, de ahí que autores como Bion hayan propuesto formulaciones o reformulaciones específicas a nivel teórico acerca del acontecer grupal.

Sin olvidar que, los posicionamientos conflictivos de Lacan respecto al análisis de grupo han influido en la deslegitimación del modelo grupal por una buena parte del psicoanálisis occidental, él se preguntaba: “¿No es el grupo, entonces, en su principio mismo, forma del continuo, figura de la inmortalidad y de la completud, campo de lo ilusorio y de la conciencia?” (Lacan, 1973, citado en Díaz Isabel, 2000, p. 24), pensar al grupo como un lugar en el cual se encuentra descentrado el yo imaginario del sujeto y con ello, la propia representación unificada de la imagen del cuerpo, lleva a la reactualización de fantasías originarias de devoración materna que esbozan el retorno a lo primordial, puesta en escena de un auténtico teatro pulsional que deja fuera las posibilidades de domeñamiento, arrojando por la borda todos los esfuerzos de tratamiento analítico.

Críticas tras críticas le han llovido a este abordaje que, desde sus inicios ha tratado de deslindarse, tanto teórica como institucionalmente del psicoanálisis individual, erigiéndose como un ente aparte, que, si bien toma planteamientos clásicos, niega determinadamente que su quehacer pueda ser pensado como simple transposición del encuadre ortodoxo al trabajo grupal. Sobre esta línea y en atención a dichos cuestionamientos, Foulkes (1975) llamo a su enfoque *grupoanálisis* y no psicoanálisis o análisis grupal, al quitarle el prefijo “psi” busco evitar las controversias, para así poder delimitar las fronteras entre un campo y otro, sosteniendo que, aunque los procesos que se presentan son equivalentes, no son idénticos a la situación ortodoxa. El grupoanálisis es una terapia en el grupo, del grupo y realizada por el grupo, la situación analítica arroja más luz sobre el presente inmediato, el aquí y el ahora de la vida del paciente que, sobre su pasado y el desarrollo de sus perturbaciones, al no seguir en detalle los conflictos inconscientes de la dinámica psíquica, se presume que permite una comprensión más amplia sobre la situación actual.

### **Tipología grupal.**

La clasificación de los grupos es muy variada pues al interior de la terapia grupal confluyen muchos enfoques y cada uno de ellos ofrece un ordenamiento diferente de sus elementos teórico-prácticos. A continuación, vamos a mencionar brevemente algunos tipos de grupos según su tamaño, objetivo y duración.

Anzieu (1971) clasifica a los grupos de acuerdo a su tamaño, de la siguiente manera: *grupo restringido* es aquel formado por 8 a 12 personas, el *grupo amplio* comprende entre 25 y 60 personas, para él esta cantidad de integrantes no es recomendable para emprender un análisis grupal pues provoca cambios importantes en los procesos inconscientes que se desarrollan al interior, pues ante mayor número de miembros, es mayor la angustia, la represión, y la regresión hacia etapas orales del desarrollo temprano. El *grupo vasto* es la reunión de más de 80 personas, y a partir de 300 ya le asigna el apelativo de *muchedumbre*.

De acuerdo a su tarea, se encuentran los *grupos terapéuticos* que sostienen un encuadre próximo al psicoanálisis, no están estructurados a priori, sus encuentros se organizan a partir de acuerdos verbales no coercitivos en los cuales se estipula la periodicidad, el costo y el horario de las sesiones. En el trabajo grupal desde este enfoque, se despliega la relación simbiótica y simbólica con la madre, al tiempo que hacen presencia las resistencias. Entre sus reglas se encuentra el compartir con los otros experiencias pasadas o presentes de la manera más libre que sea posible y ayudar a los pares para que puedan verbalizar los sentimientos y pensamientos hacia los compañeros, hacia al analista y hacia el

grupo en su conjunto, de igual manera la asistencia regular es indispensable, así como la confidencialidad y el abstenerse de tener contacto físico con los compañeros. Desde el inicio se estipulan el número de sesiones, los resultados esperados, los posibles efectos indeseados que podrían desprenderse del trabajo y si habrá o no dramatizaciones y/o sesiones prolongadas (Díaz Isabel, 2000).

Algunos terapeutas incluyen en el trabajo grupal, *sesiones alternas*, en las cuales el grupo se reúne sin presencia del analista para hablar de cosas que difícilmente podrían verbalizar en presencia de quien les representa una figura de autoridad, esto provee elementos para trabajar en la siguiente sesión, así como para analizar el comportamiento de cada uno de los miembros. Muchos desaconsejan esta práctica al considerar que potencializa los acting-outs (Ídem). En su mayoría, los grupos terapéuticos trabajan en *coterapia*, con otro experto que funge tanto como observador como intérprete de los procesos inconscientes que ahí emergen.

Aunque no hay un consenso acerca del número ideal de personas para comenzar un análisis grupal, generalmente se consideran de 6 a 10 miembros, pues esta cifra permite que transferencialmente puedan reactualizarse las relaciones con la familia nuclear y se pongan en circulación con los compañeros, al tiempo que un grupo reducido le resta intensidad a los efectos de disolución subjetiva que acontecen en las grandes concentraciones de personas. Suele trabajarse de 1 a 5 veces por semana, cada sesión varía de 80 minutos a 2:30 horas. La duración total del tratamiento fluctúa dependiendo del enfoque, en los grupos terapéuticos de tiempo limitado oscila entre 9 meses y 2 años.

En los grupos terapéuticos con enfoque psicoanalítico, la admisión de los sujetos que conformarán el grupo está supeditada al criterio del terapeuta, quien va a buscar que el tema, el malestar o el síntoma sean compartidos por todos los integrantes, es recomendable que se trate de personas con edades no muy distantes entre sí pues eso facilita la expresión de la palabra. En este modelo, los pacientes van a estar ligados por el conflicto que les atañe y no por una participación que les genere placer.

Por otra parte, se encuentran los *grupos especiales* que constituyen el dispositivo terapéutico más utilizado en la consulta privada, su meta es “la reestructuración del aparato psíquico” (Ídem, p. 409), por lo que requieren de un tiempo prolongado. Suelen ser homogéneos y cerrados en su mayoría, trabajan de acuerdo a un período de tiempo estipulado, con una meta específica y después terminan, en ellos suelen abordarse también cuestiones de orden social, comunitario y de salud que requieren atención, por ejemplo, situaciones de angustia ocasionadas por desastres naturales, estragos afectivos en la población debido a desapariciones forzadas, pérdidas gestacionales, enfermedades orgánicas, neurosis de guerra, etc.

Suelen ser de tiempo limitado, generalmente de corta duración y con objetivos focalizados. La psicoterapia en grupos especiales debe realizar importantes adecuaciones a la técnica que se echa a andar con grupos abiertos heterogéneos que no tienen límite de tiempo para el trabajo, pues éstos suelen hacer modificaciones en la forma de llevar las sesiones en función de lo que se vaya suscitando. Acá, por otro lado, la composición del grupo, el manejo de las sesiones y las actividades a desarrollar deben estar previamente planeadas, sin ambigüedades, para asegurar que se cumpla el propósito que dio vida, en un inicio, a la creación del grupo.

Los objetivos se estructuran en relación a las necesidades del grupo que se va a atender, por ejemplo, si se va a trabajar con mujeres que tuvieron alguna pérdida gestacional, quizás se buscará propiciar la elaboración de la pérdida mediante la reactualización del trabajo de duelo, para ello el analista deberá echar mano de algunas estrategias para potencializar la emergencia de la palabra en las participantes, en otro caso, con chicas que padecen bulimia, el trabajo podría estar encaminado a esbozar la relación que tienen con la comida, el vínculo con sus madres, etc., dependiendo del grupo van a trazarse los objetivos clínicos.

La psicoanalista Nadia Kacha (2017) muestra, a través del trabajo con mujeres víctimas del terrorismo islámico en Argelia, la manera en que el trabajo grupal es una técnica de soporte eficaz para las personas traumatizadas. Ella sostuvo reuniones semanales con 6 mujeres durante dos años y medio, su trabajo clínico tenía como objetivo restaurar el lazo social, así como favorecer el tejido de la envoltura psíquica para que estas mujeres pudieran depositar allí su vivencia de sufrimiento. Los testimonios de las participantes, atravesados por vivencias de masacre poblacional y familiar, encontraron en la envoltura grupal un espacio para elaborar los horrores padecidos. Es interesante pensar en los efectos contra transferenciales de la escucha de estas historias desgarradas.

Cabe señalar que dentro de los grupos especiales también hay clasificaciones, Mackenzie (1993) los divide en grupos de: a) habilidades sociales, b) psicoeducativos, c) interpersonales restitutivos y d) interpersonal-exploratorio, aunque sostiene que comúnmente se recurre a más de uno dentro del trabajo grupal.

Este abordaje también es conocido como *terapia focal*, surge a partir de un intento de sistematización de la técnica y teoría psicoanalítica para poder pensarla a corto plazo. Claramente no se persigue un análisis profundo que lleve a cambios estructurales, sino por el contrario, se busca la obtención rápida de resultados, los cuales, en ciertos casos suelen prolongarse durante un buen lapso de tiempo. Sin embargo, cabe comentar que frecuentemente los participantes buscan por iniciativa

propia, espacios para comenzar un tratamiento individual a partir de las reflexiones suscitadas en los grupos especiales.

El *foco* es un artificio teórico-técnico; un recorte, delimitación de un tema restringido y coherente, extraído de la totalidad concreta y sintética que constituye la problemática general del paciente y/o los episodios de su vida. [...] El *foco* responde a la pregunta de qué es exactamente lo que desea el paciente, cuál es su demanda de ayuda (Díaz Isabel, 2000, p. 411).

Cabe comentar que, a partir de los grupos especiales se han desarrollado otras modalidades de trabajo, con objetivos y estrategias propias, tal es el caso de los *grupos de acontecimiento* para el tratamiento de situaciones de intolerancia, encargados de instrumentar una intervención clínico-grupal que, gracias a la vía testimonial, posibilita la integración simbólica de las experiencias de violencia expuestas por los participantes (Orozco, Gamboa, Flor & Cuellar, 2017).

Su metodología se divide en tres momentos: 1) En la primera sesión se incita a los participantes a recordar, vía la escritura, alguna experiencia de intolerancia, quien escribe no sabe que su testimonio será compartido con los otros, posteriormente, el texto es leído por alguien del grupo en voz alta, los demás escritos son sometidos a la misma dinámica, 2) la segunda sesión está dedicada a la reescritura del acontecimiento, el sujeto no tiene ya en su poder su texto escrito y leído por otro, ahora deberá reescribirlo en función, tanto de aquello que fue escuchado de las experiencias de sus compañeros, como de la lectura del otro a su propio texto, finalmente, 3) en un tercer momento escritural, el sujeto lee aquello que él mismo ha plasmado por escrito, con ello, el acontecimiento retorna al ser leído por su autor (Ídem).

Las variaciones de la escritura de un texto a otro muestran el carácter dinámico de la subjetividad, que no se cesa de construirse y deconstruirse en el encuentro con el grupo. A su vez, el escuchar lo propio en voz ajena hace resonar las palabras, los afectos y los posicionamientos coagulados a través del tiempo, la escucha no es la misma cuando esta es vehiculizada por la alteridad, de esta manera “el sujeto lee y es leído, escucha y es escuchado, en un deslizamiento constante de la palabra” (Ídem, p. 168). En los *grupos de acontecimiento*, la alteridad de la escucha abre un campo de significación que permite la reinscripción de fragmentos de la vivencia de intolerancia, es una apuesta por salir de la coagulación subjetiva que paraliza el dinamismo del aparato psíquico.

Siguiendo la metodología de los grupos especiales, a continuación, se propone un dispositivo narrativo-escritural, estructurado a modo de taller, para el abordaje de situaciones o conflictos que se heredan y traspasan las generaciones.

### **Dispositivo *Historia y Familia*.**

El objetivo del dispositivo estructurado a modo de taller consiste en el despliegue de una serie de actividades que les permitan a los participantes recordar alguna situación o conflicto transmitido generacionalmente dentro de sus familias. La escritura y posteriormente la lectura compartida son una apuesta por re-escuchar y con ello, reubicar aquellos restos de sufrimiento que han quedado sedimentados en el acontecer anímico tras el paso del tiempo.

Qué tanto sabe un sujeto de sus ancestros, de aquellos que le dieron vida y lo insertaron en una línea generacional específica. La propuesta de las tres generaciones sostiene que, tantas veces, se silencia lo que genera dolor y sufrimiento, sin embargo, esta renuencia a apalabrar el contenido interdicto termina por asegurar su presencia, ya sea en las formas de relacionarse con los otros, en las miradas, los gestos, la crianza, los temores, los sueños y/o los síntomas, pues gracias a la existencia de lo inconsciente, sabemos que nada puede ser desterrado, al menos no de manera acabada, nada se pierde. Esos restos de malestar les son transmitidos a la descendencia a través de vacíos representacionales que se manifiestan de las maneras más variadas, tal es el caso de irrupciones de angustia sin causa aparente, fobias, terrores nocturnos, fantasías persecutorias, etc., en donde la imposibilidad de crear una ficción acerca de aquello que, aunque muchas veces no se conoce, no cesa de infiltrarse en la vivencia subjetiva, dejando preso al sujeto en una transmisión que va más allá de su historia personal.

El cometido del taller apunta a abrir la escucha a la dimensión generacional para reconstruir alguna situación que haya generado sufrimiento en las líneas inter y transgeneracionales, poder esbozar la manera en que el contenido fue transmitido es un ejercicio que permite problematizar el posicionamiento subjetivo que cada quien ha adoptado frente a aquello que viene del otro. Se trabajó con un grupo pequeño, conformado por 6 a 8 personas, esto para posibilitar mejores condiciones para relaciones y posicionamientos transferenciales entre los participantes, así como para poder atender al detalle la dinámica que se desarrolle.

A través de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP) se convocó a personas interesadas en cursar el taller, de manera muy general se les explicó en qué consiste, el horario estipulado y el lugar, aquellos que respondieron al llamado se les notificó sobre los requerimientos necesarios para participar: Comprometerse con no faltar a los encuentros, ser puntuales, colaborar con las actividades y firmar un consentimiento informado. La UASLP cuenta con varios centros de práctica dirigidos a la comunidad estudiantil, entre ellos destaca el Centro de Orientación Psicológica que cuenta, aparte de los cubículos destinados para la atención psicológica, con diversas aulas para talleres,

capacitaciones, seminarios, cursos, o cualquier otra actividad, el taller *Historia y Familia* se llevó a cabo en uno de esos espacios.

La metodología del dispositivo fue pensada en 6 momentos: 1) En la primera sesión se les exhortó a los participantes a narrar vía la escritura aquello que conocieran de la vida de sus abuelos, seguido de esto, 2) se les pidió que también agregarán en su texto algún conflicto que haya marcado a su familia en la segunda o tercera generación. 3) Posteriormente cada escrito, sin datos de identificación, fue leído por otro miembro del grupo en voz alta. Para el segundo encuentro se les solicitó que trajeran alguna fotografía o imagen que tenga relación con algún fragmento del ejercicio de escritura previamente realizado, 4) en una segunda reunión mostraron su fotografía o imagen, sin hacer alusión detallada a la misma, ulteriormente, 5) se les pidió que escribieran, en una hoja en blanco, de qué manera pensaban que el conflicto narrado en la sesión anterior les implicaba a ellos, si encontraban o no alguna relación con su vida o su propia persona y porqué. Se les puntualizó que no se trataba de una práctica regida por el pensamiento lógico, por lo que eran libres de fantasear, de construir a través de una ficción la travesía de aquellos restos de sufrimiento tras el paso de las generaciones, pues poca importancia tenía la veracidad material de los sucesos, era el despliegue de las formaciones imaginarias lo que se pretendía potenciar. Una vez concluida la actividad de escritura, 6) en parejas cada participante leyó su escrito frente a otra persona, ahora sí comentando la razón por la que eligió traer determinada imagen.

La historia de cada uno de nosotros es algo que se reescribe constantemente, las líneas que separan pasado, presente y futuro no se presentan, en el acontecer anímico, con la aparente objetividad con la cual dividimos las horas, los días y los años, pues la vida subjetiva trastoca la vivencia del tiempo, la atemporalidad del inconsciente hace presente a las huellas de lo originario en el encuentro con los otros a través de un ejercicio de reactualización constante que no conoce descanso, lo cual nos remite a recordar que el yo no es amo ni en nuestra propia casa, es portador de una herida narcisista ya señalada por Freud.

El atravesamiento del lenguaje nos obliga a ser partícipes de signos y símbolos que anteceden nuestra existencia, los cuales moldean nuestro aparato psíquico y se infiltran en nuestros modos de conducirnos en la cotidianidad, ¿qué sabemos de esas significaciones inconscientes que nos preceden?, y más aún, ¿de qué manera fueron incorporadas en nuestra vida? Problematizar lo pasado en función de la vivencia presente es una apuesta por reposicionarse frente a aquellos restos de sufrimiento que se han transmitido tras el paso de las generaciones.

Hacer recurso a la construcción de una ficción es una tentativa por bordear los vacíos representacionales que figuran como agujeros negros en el psiquismo que, desde las penumbras ejercen sus efectos, se trata de un recurso imaginario que puede venir a suturar, aunque sea parcialmente, la hemorragia de malestar que representa su existencia. Ir más allá de la historia personal implica reconocerse habitado por discursos, miradas, conductas, sueños y síntomas provenientes de la estirpe.

De tal manera que la escritura, la escucha y la imagen fueron los tres elementos que sostuvieron la construcción del dispositivo grupal. Respecto a la fotografía, ya mucho se ha escrito acerca de la relación intrínseca que existe entre memoria e imagen, para Leonor Arfuch (2013), la carga afectiva y el impacto corporal que comporta dicho vínculo, adquiere una cualidad de *acontecimiento*, en tanto “transformación del estado de las cosas y puesta en juego de la temporalidad” (p. 64), la imagen se encarga de mostrar, a partir de lo que oculta, un dinamismo perene entre presencia-ausencia, mismo que permite “iluminar zonas dormidas, agazapadas, negadas y reprimidas” (p. 65). La imagen impresa escamotea el olvido y relanza la significación al fungir como una huella gráfica de las afecciones que han marcado el alma de las generaciones.

Por su parte, el primer elemento, la escritura, puede adquirir el estatuto de *testimonio* al vehiculizar lo indecible, lo insoportable, “la escritura, en sí misma, parece ser un instrumento de cura” (Orozco, Gamboa & Cuellar, 2017, p. 162). Actúa como una vía de decantación de las resonancias que se han sedimentado a lo largo de la historia del sujeto, ya que se presenta como un espacio alterno para (des)figurar aquello amorfo que ha delineado diferentes posicionamientos frente a la vida, es un conducto para darle lugar a lo abyecto que ha estremecido lo subjetivo.

Blanchot (1955/2002), en el texto titulado *El espacio literario*, postula lo siguiente:

Escribir es disponer del lenguaje bajo la fascinación, y por él, en él, permanecer en contacto con el medio absoluto, allí donde la cosa vuelve a ser imagen, donde la imagen, de alusión a una figura, se convierte en alusión a lo que es sin figura, y de forma dibujada sobre la ausencia, se convierte en la informe presencia de esa ausencia, la apertura opaca y vacía sobre lo que es, cuando ya no hay mundo, cuando todavía no hay mundo (p. 29).

Finalmente, el tercer elemento, la escucha, se despliega de dos maneras, en un primer momento podríamos hablar de una *escucha extranjera*, que pone en voz de alguien más la narrativa personal que cada quien ha escrito, ¿qué implica escuchar el drama familiar en voz ajena?, ¿la lectura del otro podrá esbozar algo de lo olvidado, lo impensado y/o lo innombrable del tejido familiar? Aquellos que nos dedicamos a la escucha del sufrimiento, sabemos que, poner a la historia en interlocución con un otro permite salir del ensimismamiento, al tiempo que activa nuevas formaciones del inconsciente que aseguran el dinamismo de los procesos psíquicos. Las palabras, por su carácter mismo de incompletud,

dado que no todo puede ser nombrado, aperturan nuevos sentidos y permiten la reinscripción de los restos transmitidos al filo de las generaciones.

En un segundo momento, aludiríamos a una suerte de *escucha restitutiva*, pues el texto retorna a su autor para ser leído en voz propia en compañía de los otros. En consonancia con la metodología desarrollada en los *grupos de acontecimiento*, esta propuesta apunta a “encontrar en el otro, en los otros, en la alteridad de la escucha, diferentes acercamientos a la significación” (Orozco, Gamboa & Cuellar, 2017, p. 159). No olvidemos que desarrollar la capacidad de escuchar-se es un ejercicio al que debe llegar todo análisis.

A posteriori, el tratamiento de los textos escritos y hablados se realizó a partir de la metodología freudiana, la cual le otorga al decir, a la palabra, un lugar fundamental para dar cuenta de lo que acontece en el aparato psíquico. De suerte que es a través del texto, en sus múltiples formas, que es posible plasmar algo de lo inconsciente que atraviesa al sujeto.

De esta manera, la puesta en marcha del dispositivo narrativo-escritural, pensado desde el psicoanálisis, permitió esbozar la manera en que las líneas discursivas entre las generaciones atraviesan la vivencia actual del sujeto, así como las transformaciones que han sufrido los restos traumáticos tras el paso del tiempo. Para los participantes, su implicación en el taller fungió como una oportunidad para comenzar a elaborar aquello desconocido que los habita.

## CAPÍTULO VII

### A LA ESCUCHA DE LA DIMENSIÓN GENERACIONAL EN EL TRABAJO GRUPAL: HALLAZGOS CLÍNICOS.

Las situaciones de índole traumática que ocurren al interior del orden generacional se transmiten a los descendientes de múltiples maneras. La negativa a apalabrar lo ocurrido clausura las posibilidades de tramitación simbólica, lo cual da forma a una suerte de transmisión muda y mortífera que puede llegar a configurar posicionamientos subjetivos frente a la vida, vivencias sintomáticas, fobias, terrores nocturnos y otros malestares que, aunque pertenecen a líneas ascendentes, se incrustan en el psiquismo del sujeto y desde ahí ejercen sus efectos.

El despliegue del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, tuvo el cometido de interpelar esa transmisión que, hartas veces, incluso se lleva en el cuerpo atravesando los intercambios con los otros. Narraciones que, al ser puestas en palabra y estar sostenidas en un tejido transferencial, instan la construcción de un nuevo posicionamiento subjetivo respecto a aquello que antecede al sujeto y se delinea, al mismo tiempo, como lo más ajeno y lo más propio de su constitución psíquica. Escucharse a través de la narración de la propia historia familiar implica darle lugar tanto a aquello que es inmanente al sí mismo como a lo que le resulta extranjero y, no obstante, habita su psiquismo. Se trata de un ejercicio para desdoblar, desfigurar y problematizar un elemento, un resto, un fragmento de lo transmitido al filo de las generaciones.

El escrito que se presenta a continuación muestra los hallazgos clínicos suscitados durante la puesta en marcha del dispositivo narrativo-escritural, junto a los decires de las y los participantes se apuntalan reflexiones teóricas y preguntas que relanzan el análisis, otorgándole a este un estatuto meramente ficcional que apunta a dar lectura, a posteriori, acerca de lo ahí ocurrido. A su vez, la construcción metodológica del dispositivo obliga a dedicar un apartado a cada uno de los elementos que conforman su estructura: La escritura, la imagen y la escucha, ésta última trabajada en dos momentos de diferente manera. El análisis de los fragmentos de las narrativas se presenta a la luz de dichos elementos.

Con relación al contenido, al tiempo que se pasa revista por las principales formulaciones teóricas respecto al trauma, se mencionan algunas de las formas de abordaje clínico de lo traumático que se apuntalan desde el saber psicoanalítico. Posteriormente, se describe la propuesta del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, para concluir con el análisis de su puesta en marcha a través del testimonio de tres participantes. El análisis del testimonio de Sasha, Karla y María da cuenta de los

hallazgos clínicos que se desprenden del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia* trabajado con dos grupos.

### **Historia, memoria y trauma.**

Como en verdad vivimos siempre, en una rutina de gestos y voces  
y trayectos, con todo el pasado bajo la piel y a flor de lenguaje,  
para ser despertado por momentos, súbitamente, quizá por otra voz,  
por una circunstancia, por un encuentro.  
Leonor Arfuch, 2013

Podemos ubicar en la obra freudiana tres grandes elaboraciones teórico-clínicas del trauma. La inaugural, sostenida entre 1893 y 1895 e influenciada por el trabajo de Charcot y Breuer, apela a la emergencia de un *trauma psíquico* ocasionado por la imposibilidad de metabolizar el afecto desprendido de una impresión generalmente relacionada con el sentir y/o vivenciar sexual, la cual viene a desestabilizar, en términos económicos, el funcionamiento del aparato psíquico. Frente al afecto penoso e intramitable “[...] la persona decidió olvidar, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía” (Freud, 1894/2010, p. 49). Habrá pues que descargar por medio de la palabra, la famosa *talking cure*, la sobre-excitación psíquica que emana de la memoria inconsciente para recobrar la homeostasis y con ello, el funcionamiento normal.

Freud dio cuenta rápidamente que esa formulación no alcanzaba para explicar por qué las mismas impresiones podían ser tramitadas fácilmente por ciertas personas, mientras que para otras devenían traumáticas debido a su imposibilidad de descarga, “no era posible explicar cabalmente la histeria a partir del efecto del trauma; debía admitirse que la aptitud para la reacción histérica existía ya antes de este” (Freud, 1896/2010b, p. 167), para resolver dicha cuestión introdujo en la conceptualización el *efecto póstumo del trauma sexual infantil*. De tal manera que ahora el trauma no era más una marca en el yo causada por una representación inconciliable, sino una operación psíquica que se despliega en dos tiempos, pues las huellas mnémicas del trauma sexual infantil reprimido se reactivan en función de acontecimientos posteriores, a partir de los cuales adquieren todo su sentido y eficacia. Con este agregado, la teoría del trauma reclama una condición económica (exceso de displacer) que queda ligada a una dimensión temporal (efecto retardado).

El abandono de la primera teoría sobre la etiología de la histeria fue seguido, unos años después, por la elaboración de la segunda tópica, la cual aporta nuevos elementos para pensar la cuestión de lo traumático, de manera que el segundo momento de elaboración podemos ubicarlo en *Más allá del*

*principio del placer* (1920/2010), texto que consolida formulaciones que ya se venían esbozando desde *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/2010b), ahí se pone de manifiesto el vínculo indisoluble que existe entre pulsión-trauma gracias al análisis de los sueños traumáticos de los neuróticos y la compulsión de repetición. Se sostiene que las pulsiones pueden provocar, al igual que el trauma “una perturbación enorme en la economía energética del organismo que pondrá en acción todos los medios de defensa” (Freud, 1920/2010, p. 29), pues el aparato psíquico no cuenta con un dispositivo que proteja de los estímulos internos, de suerte que a todo aquello que arremete desde el interior se le aplica la misma operación defensiva utilizada para los estímulos que afluyen desde el mundo exterior. Al verse penetrada la protección antiestímulo del aparato anímico, el principio de placer se impondrá una nueva tarea, “ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo [...] a fin de conducirlos, después a su tramitación” (p. 29). La imposibilidad de ligadura al campo de las representaciones deviene traumática, de ahí que la compulsión de repetición sea un intento por integrar aquellos elementos que han escapado a la elaboración simbólica, poniendo en escena fragmentos de lo olvidado y reprimido que, al no poder ser recordados, se repiten.

La compulsión de repetición muestra lo actual del trauma que fracasa al integrarse en el sistema de representaciones de la vida anímica, es el imperio de lo mismo, lo idéntico, lo inasimilable que, con su presencia insidiosa, parece reclamar la tramitación de su contenido. En esta concepción del trauma se pone de manifiesto que la satisfacción pulsional no puede ser plena sin que ello conlleve la disolución subjetiva, la pulsión desligada es mortífera, pues no olvidemos que en el origen fue la muerte y prima en todo sujeto, una impronta inconsciente por reproducir ese estado anterior primigenio, idílico, carente de estímulos. Todas las manifestaciones del acontecer neurótico van a inscribirse en una constante mezcla y desmezcla pulsional, en sus múltiples gradaciones. Más adelante, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926/2010) va a establecerse una relación entre lo traumático y la pérdida de objeto.

Finalmente, en el *Moisés y la religión monoteísta* (1939/2010), el trauma se instala en el corazón mismo de las neurosis, deviene constitutivo de ellas; “[...] lo que llamamos fenómenos (síntomas) de la neurosis son consecuencias de ciertas vivencias e impresiones a las que, justamente por ello, reconocemos como traumas etiológicos” (p. 71), dichos traumas corresponden a la temprana infancia y “se refieren a impresiones de naturaleza sexual y agresiva, y por cierto que también a daños tempranos del yo (mortificaciones narcisistas)” (p. 71), al ser acogidos en el yo pueden alterar permanentemente rasgos del carácter e incluso resultar en inhibiciones y fobias. El olvido de su origen histórico-vivencial asegura su existencia.

Los traumas del acontecer neurótico se encuentran ligados a una historia de vida y a través de ella configuran los movimientos que posibilitan su emergencia, la cual no suele presentarse de manera inmediata sino después de un período de latencia, según la fórmula: Trauma temprano-defensa-latencia-desencadenamiento de la neurosis-retorno parcial de lo reprimido (Freud, 1939/2010, p. 77). Desde esta perspectiva el contenido de lo olvidado, gracias al movimiento defensivo, es reanimado ante el encuentro posterior del sujeto con alguna situación que vuelve a poner en circulación algún elemento del trauma originario. Este encuentro excede, como en el momento fundacional, las posibilidades de respuesta del aparato psíquico.

La vigencia de estas formulaciones se hizo patente en la experiencia de un grupo clínico que tenía trabajando alrededor de un año cuando súbitamente tuvo que enfrentarse a un suceso que conmocionó afectivamente a sus miembros y puso en circulación elementos infantiles que, tras el curso del tratamiento, no habían aparecido, o al menos no con tal nitidez. En el marco de las actividades de uno de los tantos centros de consulta universitaria de París<sup>43</sup>, 5 chicos y 3 chicas, entre 19 y 25 años se reunían, 1 hora semanalmente, junto con dos analistas para el desarrollo de su terapia grupal. Las actividades de los jóvenes fluctuaban entre el estudio, las prácticas profesionales, la familia, el trabajo y la vida social, sus intereses, obligaciones y responsabilidades cotidianas se estructuraban de tal forma que daban lugar a una rutina en la cual transitaban día a día sin necesidad de detenerse a pensarlo. Sin embargo, un acontecimiento inesperado vino a transgredir la aparente linealidad temporal que hasta entonces estaban sosteniendo; los atentados de París en el año 2015.

La noche del viernes 13 de noviembre de 2015 ocurrieron varios ataques terroristas en la capital francesa por parte de la organización yihadista del Estado Islámico, 131 personas murieron y 415 resultaron heridas, según cifras oficiales. Debido a la hora y lugar de los tiroteos; bares, restaurantes y una sala de conciertos, fue la población joven la más afectada, incluso podría pensarse que se trató de una embestida contra ese grupo de edad en particular. En el teatro Bataclan, 120 personas fueron tomadas como rehenes, entre ellas se encontraba María, una de las estudiantes del grupo clínico.

Ducret (2017) uno de los analistas a cargo, relata la sesión grupal posterior al ataque terrorista, cabe comentar que previo al encuentro los jóvenes se habían puesto en contacto entre ellos para asegurarse de que todos se encontraban a salvo, María había sobrevivido. El encuentro clínico estuvo cargado de angustia, María narro lo sucedido de manera cruda y sin mostrar un atisbo de afectividad, su verborrea mostraba que estaba imposibilitada, en ese momento, de escuchar lo que ella misma estaba enunciando, sorda por una compulsión de repetición, no hacía más que pronunciar el mismo monólogo ante los

---

<sup>43</sup> Las siglas en francés: BAPU, Bureau d'accueil psychologique universitaire.

servicios de emergencia que la atendieron, ante sus familiares, amigos y ante todo aquel que le preguntara sobre lo sucedido. Curiosamente ahí en donde ella parecía impedida de sentir, a sus compañeros del grupo los invadió una angustia que los llevó a bombardear con preguntas su relato, quizás como un intento de refrenar el terror que suscitaban sus palabras en ellos.

¿De qué manera pensar lo impensable?, ¿cómo representar aquello que, por su condición de horror, escapa a cualquier intento figurativo?, ¿cómo tramitar lo que ha eclosionado al aparato psíquico? En el caso de María, el despliegue de la palabra permitió ir lentamente bordeando el acontecimiento e irlo ligando con su historia. En una sesión comentó que durante un momento del ataque terrorista se quedó dormida, “c’est curieux, car c’est exactement ce qui se passait quand j’étais enfant et que je voulais échapper à des choses douloureuses. Je ne sais pas à quel moment j’ai dormi, ni combien de temps. À mon réveil, j’entendais les cris, je ne peux pas vous les décrire<sup>44</sup>” (María citada en Ducret, 2017, p. 7)

La ligazón de un elemento de lo traumático vivenciado con la historia del sujeto parece apelar a la instauración de un segundo momento de elaboración del trauma, más asequible a la interlocución con el otro y a la interpelación de la condición subjetiva. Más adelante, un nuevo síntoma va a sacar a María del aplanamiento afectivo en que se encontraba, surgió en ella una compulsión por ver en internet vídeos gore, con fuerte contenido violento, curiosamente, al describir las imágenes en las cuales su mirada parecía haber quedado fijada, comenzó a hablar de su padre. Las escenas violentas vivenciadas con él se asemejan al miedo que sintió siendo rehén de los terroristas, los tocamientos inapropiados del padre ante la indiferencia de su madre coadyuvaron a crear un ambiente angustiante frente al cual ella defensivamente dormía.

La reanimación psíquica del traumatismo infantil desestimado de María ahora sale a escena y adquiere toda su fuerza en un segundo momento de su inscripción, con ello abre nuevas posibilidades de elaboración de lo no-dicho y silenciado durante tantos años, pero ¿por qué ahora? Arfuch, Leonor (2013) sostiene que “hay cosas que no se pueden decir y no se pueden escuchar en un primer momento de la voz. Y sí más tarde. Para otros oídos y otra disposición de la atención” (p. 15) y agregaríamos, en un segundo tiempo de la conmoción traumática. Este aspecto reviste una importancia fundamental porque remite a pensar en los tiempos de elaboración que son propios y diferentes en cada sujeto, nada más complicado que apalabrar y ligar en el momento mismo aquello que ha atravesado la barrera antiestímulo del aparato psíquico, pues si eso es posible no hablaríamos de trauma. Por el contrario, parece ser necesaria la instauración de otra(s) escena(s) para poder comenzar a tramitar ese exceso de

---

<sup>44</sup> “Fue curioso porque fue exactamente lo que me pasaba cuando era niña y quería escapar de las cosas dolorosas. No sé cuándo dormí ni cuánto tiempo. Cuando me desperté entendí los gritos, no se los puedo describir”. La traducción es mía.

displacer que se ha instalado en la vida anímica, “hay, como es sabido, temporalidades de la memoria, cosas que sólo pueden aflorar paulatinamente, a medida que pasan los años y la distancia atenúa la angustia, libera el secreto o la prohibición” (p. 25).

Recordemos que, al genocidio de los judíos durante la segunda guerra mundial, le sobrevino un periodo largo de mutismo. Una de las sobrevivientes, Annette Wieworka recuerda como después de la liberación los deportados, ellos eran nombrados en el transitar cotidiano como “resistentes”, término vacío y aparentemente inocuo que no permitía dar lugar a la verbalización de la masacre racial que había ocurrido, tuvo que pasar un gran periodo de tiempo para que se pudiera hablar de eso, “du côté du sujet, comme de l’historien, il a fallu laisser du temps au temps pour que quelque chose s’élabore, comme chez le psychanalyste<sup>45</sup>” (Saladin, Catherine, 2003, p. 3)

La investigación sobre lo traumático ha desplegado, desde las disciplinas psi, un sinfín de técnicas para su abordaje, gran parte de ellas otorgan un lugar privilegiado a la palabra como vía de decantación de aquellos restos mortíferos que se han enquistado en el acontecer anímico y que, al ser puestos en circulación a partir de otra vivencia, que en algún punto remite a la originaria, llenan de sufrimiento al sujeto.

Las posibilidades de tramitación de aquello que ha eclosionado al aparato psíquico son múltiples, mientras algunos se acuestan en los divanes otros recurren a la vía testimonial, a la escritura, al arte, la música, etc., como vías de sublimación de lo mortífero que los habita. Por su parte, el testimonio al ser un ejercicio discursivo se instaura como un intento más de elaboración que permite la circulación de la palabra del sujeto, lo cual se hizo patente en la experiencia de un grupo de judíos sobrevivientes durante el holocausto nazi que, después de un largo periodo de mutismo, experimentaron una necesidad imperante por testimoniar, a posteriori, los horrores vividos. El largo silencio que sigue al trauma remite a una imposibilidad de enunciar un decir acerca de lo sucedido, se trata sin duda de un movimiento defensivo que pone en marcha el yo para atemperar el exceso de displacer.

¿Qué se traza a partir del testimonio? Según Saladin, Catherine (2003) el testimonio permite ubicar el espacio vacío, pues habla en lugar de aquel que ya no puede hacerlo, despliega la posibilidad de verbalizar los decires, que paradójicamente, están atravesados por una imposibilidad de nombrar, ya que no hay representación posible, fidedigna, exacta, de lo vivido. Así, el campo del lenguaje traiciona constantemente a aquel que habla, permitiéndole únicamente bordear, con su decir, el núcleo del

---

<sup>45</sup> “Del lado del sujeto, como del historiador, era necesario dejar pasar un tiempo en tiempo para que alguna cosa se elaborará, como con el psicoanalista”. La traducción es mía.

sufrimiento. Sin embargo, aun cuando la palabra no alcanza, funge como el motor de nuevos acomodados subjetivos de lo vivenciado.

Desde esta perspectiva, testimoniar enmarca también un acto político pues al preocuparse y ocuparse por bosquejar lo irrepresentable, da forma y sustancia a una demanda de escucha, no sólo a nivel subjetivo sino también social, familiar, colectivo e incluso transgeneracional. En el caso de los judíos sobrevivientes de campos de concentración que optaron por narrar su experiencia vía testimonial, sus palabras son una especie de herencia cultural que, al ser arrancada del mutismo, puede transmitirse a las siguientes generaciones, de suerte que lo no dicho pese menos sobre la descendencia.

Otro abordaje respecto al trauma es el trabajo de la psicoanalista Nadia Kacha (2017) que apunta a reparar la envoltura narcisista desgarrada por el traumatismo, el cual llama *efracción psíquica*, término que remite a un choque violento que toma desprevenido al sujeto y se acompaña de un fuerte estremecimiento. A través del trabajo grupal con mujeres víctimas del terrorismo islámico, sobrevivientes de terribles masacres, se busca construir un espacio de escucha en el cual ellas puedan depositar su vivencia de sufrimiento. La envoltura libidinal es construida pues, de palabras.

Los posicionamientos que dan lugar a la escucha del sufrimiento del otro le permiten al sujeto problematizar la manera en que la huella traumática de los acontecimientos se inscribió en su devenir individual. La enunciación de la palabra reclama un oyente y la apuesta clínica consiste precisamente en que esa palabra retorne a aquel que la pronuncio, de suerte que pueda ser interpelada, cuestionada, incorporada, negada, etc. Se trata de poder escucharse a sí mismo para devenir intérprete de la propia historia.

Siguiendo esta línea de pensamiento nos encontramos también con los *grupos de acontecimiento* que entrañan un abordaje clínico que apunta a la tramitación de situaciones traumáticas o que lindan con lo traumático. A partir del trabajo grupal los participantes exponen por vía escrita un episodio de su historia con sus compañeros, estos textos adquieren el valor de un testimonio, verdaderas narraciones de lo indecible que, movilizadas por la alteridad de los participantes, permiten comenzar a bordear lo insoportable de los episodios narrados, al tiempo que permiten la inscripción de nuevos elementos para metabolizar lo sucedido (Orozco, 2022).

Los discursos testimoniales historizan, inscriben el acontecimiento en la historia y lo subjetivan mediante el procesamiento simbólico. Vuelven a situar a los sujetos en el momento de la experiencia y las repercusiones que tuvo. Hablarlo y, en este caso, escucharlo a través de otro es revivenciarlo (Ídem, p. 39).

El testimonio permite resignificar un episodio de la historia al bordear lo indecible, la palabra escrita y luego pronunciada revitaliza la memoria al volver a hacer presentes los acontecimientos que

estremecieron lo subjetivo, es una oportunidad pues, para una suerte de reacomodo psíquico del acontecimiento que no traiga consigo tanto malestar.

Si abrimos la escucha a la dimensión generacional y nos preguntamos de qué manera los traumatismos familiares hacen eclosión en sus descendientes, bajo qué formas se le presentan al sujeto, cuáles son las posibilidades de su tramitación y qué posicionamientos subjetivos se gestan a partir de su aparición, nos enfrentamos ante una impronta psíquica hecha de palabras, afectos, silencios, indecibles, miradas, olores y gestos que nos anteceden y, se instalan en nuestra vida anímica, ejerciendo desde ahí sus efectos.

El despliegue del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, tiene el cometido de interpelar esa transmisión que, tantas veces, incluso se lleva en el cuerpo atravesando los intercambios con los otros. Narraciones que, al ser puestas en palabra y estar sostenidas en un tejido transferencial, instan la construcción de un nuevo posicionamiento subjetivo respecto a aquello que antecede al sujeto y se delinea, al mismo tiempo, como lo más ajeno y lo más propio de su constitución psíquica. Escucharse a través de la narración de la propia historia familiar implica darle lugar tanto a aquello que es inmanente al sí mismo como a lo que le resulta extranjero y, no obstante, habita su psiquismo. Se trata de un ejercicio para desdoblar, desfigurar y problematizar un elemento, un resto, un fragmento de lo transmitido al filo de las generaciones.

### **Narraciones en los límites.**

Toda escritura, en los límites, es autobiográfica.  
Paul de Man, 1984

El dispositivo narrativo-escritural *historia y familia* se trabajó con dos grupos, uno de ellos fue convocado por parte del Centro de Orientación Psicológica (COP) de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, y se llevó a cabo en una de las aulas con las que cuenta el centro para la impartición de talleres, conferencias, supervisiones y seminarios. Se difundió a través de carteles, al llamado respondieron 5 mujeres y 2 hombres de edades entre 22 y 40 años. El segundo grupo se convocó fuera de la universidad, y a este acudieron el mismo número de personas casualmente en la misma proporción de sexos, de edades entre 23 y 38 años.

A continuación, van a mostrarse algunos fragmentos de los decires de los participantes, en su mayoría mujeres, acompañados por pasajes escritos por ellos y ellas durante los encuentros, su plasmación en estas páginas cuenta con su consentimiento otorgado de forma oral y escrita. Ciertos datos de fácil identificación serán cambiados para asegurar el anonimato de las y los involucrados.

### **Sasha y el des/orden generacional: Violencia, secreto y muerte.**

Sasha, una joven recién egresada, narra vía escrita los vericuetos familiares que la anteceden y han marcado, hasta el momento presente, las relaciones entre sus consanguíneos. Por parte de su familia paterna, su abuela fue abandonada por su madre a edad muy temprana, por lo que siendo una niña se vio orillada a asumir el lugar de madre para sus otros hermanos. El casamiento temprano se le presentó como la posibilidad de encuentro con una palabra de amor, un cuidado y un cobijo hacia ella. Fantasía idílica que no se vería cumplida, pues se involucró con un hombre al margen de la ley, implicado en actividades delictivas de narcotráfico y proxenetismo. Este hombre abandonó a su mujer y a sus hijos a temprana edad, lo que desencadenó una depresión severa en la abuela que la llevó a 2 tentativas fallidas de suicidio. Más tarde ingresaría a una religión ortodoxa que obliga a sus miembros al cumplimiento irrestricto de varias normas morales, en ese lugar ella refiere haber encontrado el orden y cobijo que buscaba.

Por parte del abuelo, secuestros y asesinatos ensombrecieron tanto su vida como la de sus hermanos también implicados en lo que denominaban *negocio familiar*, varios de ellos fueron liquidados en manos de carteles contrarios. El abuelo pasó casi una cincuentena de años recluido en la cárcel. Para Sasha y sus hermanas, lo ocurrido con este hombre permaneció oculto, acallado y negado durante muchos años, salvo las ocasiones en que su padre, en estado de ebriedad, platicaba con cierto aire de orgullo a sus amigos, las antiguas ocupaciones de su padre. Así fue como lo secreto enraizado en la primera línea generacional comenzó a enunciarse a partir de un decir a medias, un decir intoxicado.

De lado del linaje materno, Sasha narra que su abuela, hija única, vivió una infancia y adolescencia llena de violencia física y verbal por parte de su madre y su padrastro. Siendo joven se enroló con un hombre muchos años mayor que ella y fue ahí donde, según sus palabras “comenzó su calvario”. Él nunca reconoció a los hijos engendrados con ella ni se hizo cargo de ellos, los rechazaba por su color de piel. De su historia se conoce muy poco, Sasha únicamente refiere que fue un hombre alcohólico y tenía adicción por los juegos de azar. A pesar de las diferencias irreconciliables de la pareja, que se hicieron patentes desde el inicio de la relación, permanecieron juntos hasta la muerte, hace apenas unos años, del abuelo. Habitaban la misma casa, aunque dormían en cuartos separados, su vida conyugal estuvo llena de violencia, abusos y negligencias.

En las historias que relata Sasha, la tercera línea generacional ascendente en ambos linajes está atravesada por la violencia en diversas gradaciones y de formas distintas, ¿qué implicaciones pueden presentarse en la descendencia a partir del cruce de estos discursos? Gracias a Freud sabemos que en todo sujeto prima una tendencia originaria hacia la muerte, a la destrucción y a la agresión, que se ve

refrenada, idealmente, por la cultura y sus aparatos ideológicos que continuamente buscan atemperar la satisfacción pulsional deseada. Sin embargo, cuando esto no es posible, la ley que se instaura no es la de la diferenciación subjetiva sostenida en la renuncia y la prohibición, sino aquella que apunta a la disolución psíquica, en donde la propia unidad del cuerpo puede verse comprometida.

Recordemos que la unidad del cuerpo es un efecto de la relación con el mundo exterior, se teje a partir de las palabras, los cuidados y la imagen que se le transmiten al *infans* en los primeros momentos de su vida. Proceso simbólico que posibilita la construcción de la ilusión imaginaria de un yo y un cuerpo unificados. Lo unitario inicial va a ser después fundamento de seguridad subjetiva y social, mientras que lo fragmentario, lo roto, lo despedazado, lo troceado va a provocar angustia, rechazo y horror.

Llama la atención que la agresividad forme parte de la conquista ilusoria de lo corporal y lo subjetivo, del reconocimiento de la alteridad y, por tanto, de la inclusión en el mundo de la diferencia. En *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949/2007), y en *La agresividad en psicoanálisis* (1948/2009), Lacan se refiere a la agresividad y no a la violencia, propone que la primera es constitutiva de la estructura narcisista en el plano de lo imaginario. “La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico de su mundo” (Lacan, 1948/2009, p. 102).

Sin embargo, si bien la agresividad es una pieza estructural de la conformación psíquica, únicamente nos es dada bajo la forma de “intención agresiva” (p. 96), como una especie de preludeo al acto agresivo, a esa violencia cuya manifestación va más allá de las palabras y las imágenes. Es decir, existe una gran distancia entre la intención agresiva y el acto violento, la primera no exige la presencia de la segunda, ¿qué elementos deben de conjugarse entonces para la emergencia del actuar?, podríamos pensar que cuando las formaciones del inconsciente y los destinos pulsionales no alcanzan a tramitar psíquicamente la intención agresiva, ésta deviene en un acto violento.

El paso de la fragmentación a la unificación moldea no sólo el cuerpo del *infans* sino también el cuerpo social que incluye a su vez a cada miembro de la sociedad, así, alguien que se percibe como una unidad confluye y comparte con otras unidades que dan forma al cuerpo social. La identidad, por su parte, parece reforzarse en ese ir y venir de una a otra imagen. La transgresión del pacto social atenta no solamente contra la imagen de unicidad individual, sino también contra el unario social y todas las significaciones ligadas a él. Formas de vida, tradiciones y cosmovisiones que adquieren un sentido determinado de acuerdo al momento histórico.

El acto agresivo quebranta también el orden generacional al borrar los límites entre lo permitido y lo prohibido, principio básico que permite la estructuración de los parentescos, y frente a tal fragmentación, de qué manera restituir la unidad. El secreto de las actividades delictivas del abuelo paterno de Sasha, sostenido fallidamente hasta el momento presente, parece ser un intento por mantener precisamente esa unidad imaginaria que se vería corrompida al develarse. No por nada cada sujeto de la novela familiar emprendió, desde sus propios recursos psíquicos, un actuar defensivo ante la amenaza del borramiento de la alteridad. La abuela de Sasha encontró en la obediencia irrestricta a las normas religiosas una vía de salvaguarda subjetiva.

[...] Siempre que se manifiesta una enérgica tendencia a la formación colectiva se atenúan las neurosis e incluso llegan a desaparecer, por lo menos durante algún tiempo. Las ilusiones religiosas [...] son la más enérgica protección contra el peligro de la neurosis. (Freud, 1921/2010, p. 134)

Sasha refiere que su padre desertó de la religión materna, y con ello podríamos pensar que renunció también a un importante mitigador psíquico del desborde pulsional paterno. Sin embargo, en su lugar recurrió a la desmentida como una defensa psicológica, sumamente común en nuestro acontecer cotidiano azotado por lo irrefrenable de la violencia, para negar lo sucedido. Ejercicio cuyo despliegue paradójicamente encarna su contrario, el reconocimiento (Freud 1938/2010). Al tiempo que se reconoce un suceso de la realidad, este se desmiente, restándole la carga afectiva devastadora, minimizándolo o negándolo en su totalidad.

Se trata de una forma de mantener negado un acontecimiento, percepción o vivencia traumatizante para el yo. La presencia de la desmentida no implica la pérdida de la percepción del mundo exterior sino el rechazo de las implicaciones que su presencia generó sobre una creencia previa que se quiere mantener. Lo cual hace coexistir, en el mismo tiempo y lugar, a una antigua creencia con un saber que ha venido a anularla. El saber permanece, pero sus consecuencias son desmentidas. Así, el padre de Sasha desaloja de su decir no intoxicado todo aquello que remite a la vida de su padre, quizás por culpa, vergüenza y/o sufrimiento. Sin embargo, eso retorna y se hace presente “con cierto aire de orgullo”, en momentos de desinhibición yoica movilizados por la ingesta de sustancias alcohólicas.

En la madre de Sasha, por su parte, lo que opera es una negativa a verbalizar todo aquello que remite a la historia del abuelo paterno. Cartas y objetos que solían ser enviados desde prisión a sus nietas eran interceptados por ella y ocultados en casa. Cuestión curiosa, pues la madre no se deshacía de tales objetos, lo que hubiese tornado imposible para sus hijas acceder a ellos. Por el contrario, se encargaba de informarle expeditamente a Sasha de su recepción y posterior ocultación en la casa. Con ello, parecía que la madre inconscientemente motivaba que sus hijas descifrasen el contenido de lo silenciado y oculto en el decir familiar.

Para Sibony (1998) la violencia es transmitible, sujeta a todas las metamorfosis posibles. Lejos de tomar su fuente de la violencia edípica se moldea y estructura antes, en los nudos donde se fijan las preguntas sobre el origen. Se trata de la transmisión de un mensaje que provoca un impasse, un choque entre los cuerpos, el retorno ominoso de aquello que había sido expulsado. Tal como sucede en la historia narrada, pues ahí en donde lo concerniente al abuelo está negado, reaparece encarnado en el padre. Durante el encuentro grupal Sasha comenta “[...] mi abuelo y mi papá se parecen muchísimo en lo físico y también en las maneras de ser y habitarse, eso ha atravesado la forma en que mi papá y yo nos relacionamos”. Así, algo de lo abyecto del padre se transmite y reaparece en el hijo. Los puntos muertos de la transmisión eclosionan y operan un pasaje por el otro.

La violence n'est pas seulement l'entre deux d'où le tiers s'est exclu, elle est un choc, un coïncage dans la *transmission d'être* qui vues être et vous permet d'affronter l'au-delà de ce que vous êtes, d'avoir un identité précaire pour y prendre appui, sortir de ce que l'on est, se désidentifier de soi; rejouer autrement la violence de l'arrêt. Tu n'es pas réduit à ce que tu es. C'est le contraire de la violence: elle vous réduit à ce que vous êtes (Sibony, 1998, p. 151)<sup>46</sup>.

La violencia, al ser lo más originario muestra la desnudez del sujeto, lo más intrínseco de su ser. Transmisión inerte que busca despojar a lo subjetivo de los ropajes simbólicos e imaginarios que se encargan de velar, encubrir y limitar la emergencia de esos restos crudos en pro de la vida en sociedad. La existencia del acto violento está supeditada a la exclusión del otro, pues para poder ser, es necesario que el otro no sea más, y al mismo tiempo que siga existiendo, para concentrar ahí el rechazo y el odio que le significamos.

Aspecto que me remite a pensar no sólo en esa violencia flagrante y cruda ejercida por el abuelo paterno sino también en la abuela paterna, quien, desde la religión ha sostenido un discurso separatista, excluyente e intolerante para todos aquellos que no profesan su culto. La exaltación de la ilusión religiosa puede suscitar violencia, pues al devenir el único recurso de sostenimiento subjetivo, deja suspendida la relación con la diferencia. Así, pareciera que el objeto martirizador de la abuela pasó de ser alguien carnal a ser una divinidad. Si bien el ultraje físico se aminoró, el emocional se enaltecíó. Desde esta perspectiva, no sería disparatado considerar que la negativa del padre de Sasha a continuar con esa religión se trató de un movimiento defensivo que apuntaba a trazar una vida que ya no estuviera sostenida, de manera privilegiada, por estos discursos. Acto simbólico revestido de múltiples

---

<sup>46</sup> “La violencia no es solamente el entre dos donde el tercero es excluido, ella es un choque, un atascamiento en la *transmisión del ser* que te va a hacer ser y te va a permitir afrontar el más allá de eso que tú eres, tener una identidad precaria para tomar apoyo, salir de eso que somos, desidentificarse de sí mismo; agregar de otro modo la violencia detenida. Tú no te reduces a eso que tú eres. Es el contrario de la violencia, ella te reduce a eso que tú eres”. La traducción es mía.

significaciones, pues él desistió de la religión (de la madre), en momentos previos a contraer nupcias, con ello, parece haber abierto otras posibilidades de transmisión al linaje.

No olvidemos que la violencia también es la invasión del otro en el cuerpo. Molde de lo traumático que remite a los primeros momentos de vida del cachorro humano, venido al mundo a destiempo, lo cual enmarca una condición biológica que imprime marcas psíquicas que forman parte fundamental del acontecer anímico. Su llegada anticipada lo deja completamente a merced del otro para satisfacer las necesidades más básicas de supervivencia. Vivencia de desvalimiento que quedará impresa en el aparato psíquico y será una referencia constante en los posteriores encuentros del sujeto con el mundo.

La indefensión extrema del recién nacido, lo hace quedar completamente expuesto al otro, Pereña en su texto *De la violencia a la crueldad* (2004), postula lo siguiente:

A esto se le puede llamar estrictamente violencia [...] La violencia es la invasión del otro en el propio cuerpo, ninguna situación es más específicamente violenta que la del sujeto que no tiene otra posibilidad de vivir que en esa dependencia nutricia y libidinal respecto al otro, siendo que sin su rechazo no hay sujeto (p. 22).

Respecto a las situaciones o conflictos de índole traumática que marcaron a su familia paterna, Sasha testimonia lo siguiente:

Con relación al conflicto en la tercera generación de mi familia paterna considero que ha sido el que mi abuelo estuvo implicado en el narcotráfico y posteriormente, abandonó a mi abuela, a mi papá y a mis tíos, eso desencadenó una depresión severa en mi abuela e intentó suicidarse dos veces. En el caso de mi papá y mis tíos, los llevó a asumir responsabilidades de adultos a edades muy tempranas y a tener muchas dificultades para establecer lazos desde el amor y la cercanía entre ellos y sus familias.

En lo concerniente al conflicto en la tercera generación de la estirpe materna, comenta:

Considero que fue el hecho de que mis abuelos permanecieran juntos durante tanto tiempo sin querer hacerlo, sólo por y bajo la obligación, puesto que eso constituyó a la familia desde la carencia, a mi mamá y a mis tíos los orilló a tomar otras responsabilidades y lugares que no les correspondían, vivieron en un entorno de violencia y actualmente tienen dificultades acerca de cómo posicionarse como hija(o)s, madre o padres.

En capítulos previos me he referido ampliamente a la importancia que tiene la instauración de la prohibición para la supervivencia de la familia, pues es gracias a que es posible delimitar lo permitido y lo prohibido que emerge el mundo psíquico. La regulación de lo pulsional da forma al aparato anímico, de ahí que la inscripción de la ley sea un elemento constitutivo y estructural para la vida tanto subjetiva como social. El ordenamiento de los parentescos y los roles que cada quien va a desempeñar se apuntalan en el encuentro con la ley que se sustenta en la renuncia.

La experiencia del Edipo de Sófocles nos permite tomar noticia de lo que ocurre cuando se transgrede la prohibición. De entrada, las desventuras del personaje asestan un golpe mortal a la ley simbólica que posibilita distinguir entre uno y otro, por lo que los parentescos sucumben a la indiferenciación, lo que permite que puedan ocuparse múltiples lugares en la trama generacional, aun cuando estos van en contra de la ley. Edipo, ignorante de su destino trágico, decide exiliarse y arrancarse los ojos una vez que todo es develado. El asesino de la diferencia se destierra, quizás también como un intento de reestablecer cierto orden en su linaje ahora marcado por sus deslices pulsionales.

Si la ley del padre no se enuncia para decir qué lugar le corresponde a cada quien, en la trama generacional, lo que opera es una confusión que puede llevar a sus miembros a ejercer roles que no les corresponden, los cuales atentan contra las leyes de la diferencia. En este punto, la experiencia clínica trae a mi memoria el caso de una mujer, madre soltera, imposibilitada de separarse de su hijo varón, lo cual la llevaba a compartir absolutamente todos los espacios de la casa con él, inclusive la cama al momento de dormir. El niño, por su parte, parecía ocupar múltiples lugares en el imaginario materno, era, al mismo tiempo, hijo, cónyuge, confidente y amigo de su madre. El malestar movilizado por habitar estos lugares, algunos de los cuales paradójicamente eran mutuamente excluyentes, estalló a través de conductas agresivas hacia sus compañeros de clase, motivo por el cual fue llevado a consulta, ¿de qué manera conquistar un lugar propio que de entrada ha sido negado?, ¿cómo ir más allá de lo que oferta el otro?, ¿es la condición sintomática la única vía?

En la historia de los abuelos y abuelas de Sasha, las dificultades económicas, las carencias afectivas y el entorno de violencia orillaron a sus miembros a hacerse cargo de actividades que no les correspondían desempeñar a los hijos. Realidad lacerante y cotidiana en un país marcado por una desigualdad social que, con el transcurrir del tiempo, se acentúa cada vez más.

Cabe comentar que la confusión en el orden generacional, relatada por Sasha, no compete únicamente a las líneas ascendentes de su linaje, los brazos de la revuelta se extienden y la envuelven también a ella. Al mostrar una de sus fotografías de la niñez, refiere: “A mí de niña me gustaba que me dijeran señora, pienso que desde etapas muy tempranas yo estuve habitando un lugar que no correspondía a mi edad, después pedí que se refirieran a mí en diminutivo, como si yo fuera algo chiquito. Me parece que eso era un intento de mí parte por reconocer que era una niña, no era una señora, ni una adulta”.

Las apuestas infantiles de Sasha por reivindicar un lugar propio a partir de ser nombrada de determinada manera parecen entrañar intentos por construir una posición dentro de su tejido familiar

ahí donde sus padres, sus tíos y abuelos han tenido problemas para posicionarse y ejercer las actividades laborales, subjetivas y sociales que van aparejadas con su rol. Transmisión muda de un lastre confusional que la lleva a pensarse como una señora durante sus primeros años de vida, apelativo que, aunque generaba mucha risa entre los presentes al proceder de alguien tan pequeña, parecía estar sostenido por preguntas originarias que sólo así podían ser formuladas, dado lo prematuro del uso lingüístico. Cuestión interesante, pues ahí donde los recursos lingüísticos están limitados, la lengua que habla es la del inconsciente. Con ello, la pequeña Sasha parece preguntarse qué lugar ocupa ella en la trama generacional, qué es una niña, qué es una hija, y quizás también, qué es una mujer. Con ello da forma a una pregunta que remite directamente al ser y que, acorde a Lacan (1956/2008a), implica necesariamente un campo de subjetividad, pues el sujeto queda expuesto a una dialéctica caracterizada por la interpelación del orden simbólico. El cuestionamiento se extiende a la línea generacional, a la diferencia anatómica de los sexos, al sentido de la vida y al enigma de la muerte.

Es pues una insurrección contra la confusión generacional que oferta el otro, interpelación que al ser formulada genera un orden subjetivo y permite abrir distintas temporalidades. Cabe señalar que dicho cuestionamiento la acompaña hasta el momento presente, su despliegue la ha llevado a buscar, en un espacio de análisis, la vía para “desmontar los escenarios que se han construido y arraigado con tanta fuerza en mi historia”. Asimismo, al solicitarle que narre vía escrita la manera en que los acontecimientos narrados respecto a la historia de sus abuelos la implican a ella, la pregunta infantil acerca del des/orden generacional vuelve a resonar. Sasha comenta:

Al repensar mi linaje familiar, considero que a mí me ha interpelado en la manera de relacionarme con mis padres y mi posición dentro de mi familia, puesto que en mi círculo familiar hay mucha hostilidad, violencia, silencios y durante mucho tiempo he ocupado el lugar de madre para mis hermanas y en etapas primarias, el lugar de padre, he fungido también como un pegote para la relación de mis padres y un sostén para mis abuelas.

En la familia, el lugar que cada quien ocupa respecto a los demás moldea, de diferente manera, las relaciones con uno mismo y con los otros, las actitudes, los afectos, las responsabilidades e incluso el despliegue de la palabra. La transmisión de una confusión generacional genera un pegote, una masa amorfa e indiferenciada que parece llevar a Sasha a ocupar múltiples lugares en la urdimbre familiar; es madre-padre para sus hermanas, lazo de unión entre sus padres y sostén de sus abuelas. Habitar estos espacios conlleva un alto costo subjetivo, pues la confusión se expande y se instala también en la relación con su cuerpo, en lo que concierne a lo femenino-masculino, así como en aquello que estipula lo permitido-prohibido. Al no existir un tejido referencial base que permita encauzar dichos cuestionamientos, darles forma y responderlos parcialmente, la interpelación parece generalizarse a

todos los campos. Tentativa vertiginosa por reordenar esa transmisión confusional que se presenta en ambos linajes y hace eclosión en ella.

Lo que yo he visto, escuchado y vivenciado dentro de la esfera familiar también ha atravesado la relación con mi cuerpo, el alimento y sus prohibiciones, el dinero, los tiempos y la angustia por cumplirlos, así como mi relación y posición frente a lo femenino y lo masculino (Sasha, comunicación personal, 10 de febrero de 2023).

Las posibilidades que cada sujeto tiene de interpelar la impronta psíquica que oferta el Otro, de problematizar ese conjunto de elementos primigenios que lo habitan y atraviesan sin saberlo, permite trazar nuevos caminos, andar en terrenos donde los ascendientes no pudieron transitar y así, esbozar nuevas veredas para los descendientes. Desde esta perspectiva, la historia no es un texto fijo e inmutable sino una narrativa que no cesa de escribirse.

En el texto *Los escritos técnicos de Freud* (1953-54/2008), Lacan comenta que la reconstitución de la historia del sujeto es el elemento esencial, constitutivo y estructural del progreso analítico freudiano. En dicho proceder la palabra del sujeto toma un lugar fundamental, pues gracias a ella se opera una suerte de reconstrucción de lo pasado, de forma que pueda ser elaborado e integrado al mundo psíquico, lo cual mengua el malestar subjetivo que comporta en la vida.

La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado. El camino de la restitución de la historia del sujeto adquiere la forma de una búsqueda de restitución del pasado. En los textos de Freud encontramos la indicación formal de que lo exactamente revivido -que el sujeto recuerde algo como siendo verdaderamente suyo, como habiendo sido verdaderamente vivido, que comunica con él, que él adopta- no es lo esencial. Lo esencial es la reconstrucción, término que Freud emplea hasta el fin. Diré, finalmente, de qué se trata, *se trata menos de recordar que de reescribir la historia* (Lacan, 1953-54/2008, p. 27-29).

Algunos procederes que no cesan de presentarse al filo de las generaciones parecen figurar como intentos por integrar en el sistema de representaciones de la vida anímica, elementos y/o acontecimientos de índole traumático que suscitan sufrimiento, vergüenza o dolor. Su carácter perenne reclama un nuevo intento de elaboración, el cual obliga, en todos los casos, a abrir la escucha a la dimensión generacional, soporte de la vivencia subjetiva.

### **Karla y el retorno incesante de la tragedia femenina.**

En el marco de la primera actividad del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, Karla narra, vía escrita, aquello que conoce de la historia de sus abuelos, ella testimonia lo siguiente:

Por parte de mi familia materna tengo a mi abuela Martina, ella es una persona muy reservada, poco afectuosa con relación al contacto físico. Sin embargo, suele mostrar su cariño mediante la

preocupación por los diferentes integrantes de la familia. Es cálida, un poco callada. En los últimos años mi abuela ha sido más cuidadosa en cuestiones de su salud, al padecer diabetes siempre se ha mostrado disciplinada en cuanto al seguimiento de su tratamiento y alimentación. Acerca de su vida, conozco poco, siempre (por lo escuchado) ha sido una mujer ocupada con las labores del hogar, tuvo nueve hijos, se dedicó al campo y a cuidar de su familia. Se casó muy joven, tuvo sólo una pareja, sus padres fueron muy ausentes, también se dedicaron al campo y a la familia. Mi abuela no tuvo ningún grado de estudio, ella aprendió a leer y escribir al momento de cuidar a sus nietos. Pienso, ha sido una mujer violentada y se guarda ese “secreto”.

Mi abuelo materno es un hombre callado, usualmente se mantiene trabajando en una fábrica en la cual ya está pensionado, a su vez visita el rancho donde nació para cuidar su casa. Existen rumores de que tiene otra familia y es por eso que divide su tiempo en la semana para visitar a ambas. Sin embargo, es un aspecto del cual nadie está seguro y, me atrevería a decir, un secreto del cual nadie quiere dar cuenta. Lo que conozco de él es muy poco, no sé sobre sus padres o su vida antes de ser esposo y padre. Su nombre: Eulalio. Considero que es una persona agresiva, grosera e impulsiva, lo ha demostrado poco, sin embargo, es notorio y pienso que es por ello por lo que se mantiene callado y alejado de la familia.

Por parte de mi familia paterna: mi abuela Carmen, lo que conozco de ella es que fue una mujer fuerte, valiente y muy entusiasta. A pesar de pasar por situaciones dolorosas y muy peligrosas para ella y su familia, siempre se mantuvo de pie para poder darle una buena vida (en medida de lo posible) a sus hijos e hijas. Fue una mujer muy violentada desde pequeña hasta su fallecimiento. He escuchado que siempre tenía una sonrisa en su rostro a pesar de lo que estuviera sucediéndole. No la conocí, ella falleció poco antes de mi nacimiento. Muchos comentan que soy su reencarnación por los aspectos en los que nos parecemos y por “siempre estar fuertes y mantener el carisma”. Falleció por diabetes, se comenta “su muerte fue muy triste” (negligencias).

Mi abuelo paterno fue un hombre violento, aprovechaba cualquier situación para agredir a sus hijos y desquitar con su esposa. No conozco mucho de él, sólo la perspectiva de mi padre, madre y tíos/as. En fotos se alcanza a percibir algo de lo que comentan otros, la posesión, agresividad e imponencia. En lo personal, agradezco no haberlo conocido. Él también falleció por diabetes y posiblemente por cirrosis. Ambos tuvieron 10 hijos.

Tanto en la estirpe materna como en la paterna, Karla refiere situaciones de violencia padecidas por las mujeres de su familia, ambas abuelas, devotas a las tareas del hogar y al cuidado de los hijos parecen haber llevado con cierto aire de resignación los ultrajes de los que fueron objeto. La respuesta subjetiva que cada ascendiente teje frente a la violencia que viene del otro arroja importantes pistas para pensar el posicionamiento genealógico que se ha consolidado y transmitido cara al desborde pulsional y mortífero de sus parejas, sus padres y sus conocidos.

En el caso de la abuela Martina, sobresale una secrecía de las violencias padecidas, quizás como un intento de negar lo sucedido, que no obstante es sabido por todos. Las comillas que agrega Karla a la palabra *secreto* enuncian lo fallido de su empresa, de forma que lo negado termina incluso por ser irrisorio, absurdo, dado que los demás conocen su contenido. Sin dejar de lado que el sentido de la

frase que emplea Karla es multívoco, cuando ella comenta, respecto a la historia de su abuela materna “ha sido una mujer violentada y se guarda ese “secreto””, no queda claro si la vigilancia del contenido oculto compete a la abuela, o, por el contrario, se trata de una custodia compartida entre los miembros de la familia. Los distintos sentidos e interpretaciones que pueden adquirir los vocablos me remiten a pensar en la multivocidad del inconsciente, éste último, lejos de contar con un único sentido, puede articularse a múltiples de ellos en función de su ligadura con otras representaciones de la vida. De ahí que la polisemia reinante en el lenguaje se corresponda con la presente en el inconsciente, lo cual hace posible la operación de lectura, el acto interpretativo en sí mismo.

Respecto al ejercicio de silenciar, ya en capítulos previos se comentaba que el carácter fallido e incompleto de la ocultación es una característica del tratamiento de los secretos al interior del orden generacional, éstos, en su afán de ser inaccesibles terminan por encarnar un exhibicionismo grotesco desde el cual emana, con flagrante efervescencia, lo que ha querido ser desalojado. A su vez, se puntualizaba que su contenido siempre es compartido con algún miembro de la familia; tanto la circulación de la secrecía como su transparente opacidad se hacen patentes en el carácter multívoco de la frase empleada por Karla.

Frente a la violencia del otro, la abuela Carmen, por su parte, parece haber construido una imagen de sí misma, a primera vista, impermeable a la vida trágica que la rodeaba y la acompañó hasta el final de sus días. La sonrisa dibujada de manera permanente en su rostro parece haber obturado la interpelación de su condición de vida, ubicándola en el centro de una existencia plagada de malestar ante la cual no hay nada que hacer. Este es un punto nodal que no habrá que perder de vista, pues durante el desarrollo del taller, Karla va a hacer referencia en varias ocasiones al sufrimiento de las mujeres de su genealogía, trazando una línea ficcional que parte de sus abuelas, se extiende hasta su madre y termina por envolverla también a ella.

No deja de ser llamativo que la abuela paterna, como se verá más adelante, funja como un elemento clave para pensar algunos de los malestares que aquejan a Karla, pues se trata de una mujer con la cual nunca convivió en vida, ni siquiera la conoció. Sin embargo, claro está que su inexistencia material no menguó en nada los decires y significantes ligados a ella que han traspasado las generaciones, reclamando carta de ciudadanía, infiltrándose en los intercambios con los otros y delineando posicionamientos subjetivos específicos, ¿qué implica para Karla escuchar decir que ella es la reencarnación de la abuela?, más aún, ¿qué es en particular lo que mora en su alma y pertenece a su antepasado?, ¿bajo qué vías/medios fue posible dicha transmisión?

En este extracto de novela familiar que comparte Karla, el desconocimiento acerca de la vida de los abuelos varones es categórico, éstos parecen figurar casi únicamente en tanto agentes de la violencia, seres desdeñables que, en el caso del abuelo paterno, ella incluso comenta “agradezco no haberlo conocido”, ¿la gratitud que expresa Karla remite a la ausencia, la desaparición o a la muerte del abuelo?, ¿qué lugar juegan los hombres pertenecientes a esta línea generacional?, ¿cuáles son los atributos referidos hacia lo masculino?

Por el lado femenino, se pone de manifiesto que en ambas estirpes se tejieron posiciones subjetivas particulares ante la violencia, por un lado se encuentra una secrecía que parece camuflar un intento de negación del desborde pulsional del otro, quizás para mantener al margen la angustia, el dolor y/o la vergüenza que implicaría su reconocimiento, mientras que por el otro lado, toma escena una suerte de bella indiferencia a través de la desmentida de una sonrisa perenne, que al tiempo que reconoce lo traumático, termina por restarle importancia, el tan famoso *ya lo sé pero aun así*. ¿Qué estragos subjetivos se desprenden de una desmentida que se conoce, pero aun así no es consecuente con ese saber?, ¿cuáles son las implicaciones, para la descendencia, del cruce de ambos discursos?

Respecto a la situación o conflicto que marcó a su familia en la primera y segunda línea generacional, Karla menciona, por una parte, las problemáticas vivenciadas por sus abuelos y por otra, las experimentadas por sus padres:

En mi familia paterna, violación(es) a mi abuela Carmen por parte de “amigos de su familia” y mi abuelo. Bastante alcoholismo presente en casi todos los miembros masculinos. El fallecimiento de mi abuela lleno de violencia y negligencias.

Mi padre fue un hombre abusado(r) y violentado(r), su infancia fue muy dolorosa, fue golpeado, abusado y aproximado a las drogas y esclavitud desde los 4 años de edad, siempre fue alcohólico. En mi familia materna, el rumor de que mi abuelo tuviera otra familia y los abusos sexuales de un tío a varias de la familia, situaciones que se mantienen en secreto.

Mi madre sufrió de mucha violencia desde pequeña, su infancia la describe como “muy bonita”. Sin embargo, dentro de sus relatos se logra escuchar la escasez de afecto, cuidado, una niñez apresurada, teniendo 7 años de edad ya cuidaba a sus otros hermanos, a los 14 conoció a mi padre (un hombre violento) y a los 18 se casa. Pasó por muchas situaciones de abuso y acoso.

Por lo que comenta Karla, es posible dar cuenta de los estragos de la violencia en la segunda línea generacional. Recordemos que con Lacan (1948/2009) podemos pensar en tres tiempos de la violencia, en un primer momento esta emana como pura intención agresiva, se trata de una violencia tensa que no da forma a ningún acto, en un segundo momento deviene el tiempo de la agresión, el cual puede tener dos salidas, o pone en circulación una violencia intensa que pasa al acto, o bien, apertura la simbolización de la intención agresiva. En un tercer momento lo que se presenta son los efectos del tiempo violento.

El actuar violento del que son presa las mujeres de esta genealogía parece confluir en ultrajes sexuales que adquieren la forma de hostigamientos verbales y/o de actos consumados. Según la filósofa María Zalce, “a la luz de algunos estudios efectuados en muy diversas sociedades, pueden recogerse datos que señalan claramente como el acto violatorio no tiene otra finalidad que la agresión brutal hacia el otro” (Zalce, 1980, p. 653). Llama la atención que ante dichas tentativas de aniquilación subjetiva, en la estirpe de Karla, no se formula una denuncia frente a los excesos del otro que finalmente atentan contra el unario individual y social, muy por el contrario, ahí en donde se tiene noticia de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo (tío materno), las abuelas callan, sonríen y la madre de Karla describe su infancia como “muy bonita”, quizás este silencio femenino transgeneracional responda a alguna de las siguientes tres vertientes: complicidad, goce o presencia de miedo, sin importar cual sea la elegida, cualquiera de estas va a desembocar en el mismo camino, en una imposibilidad de cuestionar lo intempestivo del acto violento, dando forma a una transmisión cruda que, al no ser interpelada, escapa también a la posibilidad de elaboración simbólica.

Quizás en este punto resulte conveniente establecer una distinción entre la violencia y la crueldad. Según Pereña (2004), la primera es “violencia sin más, es presencia de la inmediatez antinatural del cuerpo del otro [...] es el padecimiento de la violencia traumática” (p. 23). La crueldad, por otro lado “es el modo como la violencia se convierte en razón de un orden y de una venganza” (p. 23). Esta última figura es una respuesta al trauma, deviene una manera de darle un sentido, un argumento a la violencia traumática, y para ello requiere sumisión, maltrato y sacrificio. “El sinsentido radical del trauma termina necesitando el sinsentido de la guerra como sentido del trauma<sup>47</sup>” (p. 27).

Freud (1986/2010a) sostenía que no era posible ejercer abuso sin antes haber sido sometido a esa experiencia, planteamiento que se extrapoló al campo de la violencia. En el linaje femenino de Karla pareciera que lo padecido remite a los estragos que se desprenden de la violencia traumática de los acontecimientos sufridos en carne propia, oleada intempestiva que coloca a las mujeres de esta familia en una posición particular, y frente a ello, ¿qué posibilidades de transformación pueden aperturarse para la descendencia?, ¿cómo menguar el peso de lo traumático para las generaciones venideras?, ¿cómo atraviesan estos discursos y sucesos la vivencia subjetiva de Karla?

En el caso de los varones de la estirpe, la relación entre violencia-crueldad parece haber adquirido tonalidades distintas, lo cual se hace patente en el padre de Karla, quien después de transitar por una infancia plagada de violencia, en la cual fue objeto del otro, siendo golpeado, abusado y esclavizado,

---

<sup>47</sup> Wieviorka (1999) habla de la existencia de una *violencia hipersujeto*, en la cual el acto está impregnado y saturado de sentido. Es la violencia aparentemente justificada.

tejió una respuesta subjetiva ante dicho clima hostil, la cual, posteriormente, lo llevó a poner en escena la violencia traumática padecida pero ahora en relación con los otros, de ahí que quizás podríamos hablar, más que de violencia, de crueldad. Elemento que se repite entre los hombres de ambos linajes, tal como ocurre con los abuelos, sobre todo el paterno, del cual Karla refiere rasgos de posesión, agresividad e imponencia. ¿Por qué en ciertas historias de vida la violencia deviene en crueldad y en otras no?, ¿qué otras respuestas pueden tejerse, desde la indefensión, ante la violencia intempestiva del otro?

Así pues, pareciera que ante una realidad que desborda las posibilidades mismas de respuesta o de incorporación al aparato psíquico, la crueldad actúa como un intento, fallido, de ligadura;

Se quiere expulsar y rechazar la violencia de lo traumático, que es lo más propio, proyectándola sobre el exterior. Aquí tenemos el comienzo de la crueldad. La operación se continúa por su falacia, porque la violencia del trauma no tiene agente, y la tarea de darle agente a través de la crueldad ha de hacerse todo el tiempo, no es un definitivo *asylum ignorantiae* (refugio de la ignorancia), pues no consigue borrar lo traumático (p. 28).

En el comienzo entonces se trata de una violencia traumática que, no obstante, sus esfuerzos de elaboración, escapa a toda posibilidad de tramitación simbólica, de ahí la necesidad de su repetición. Su puesta en acto, a través de la crueldad, es una tentativa fallida por integrarla al cúmulo de representaciones de la vida anímica. En el caso del padre de Karla resulta complicado pensar en otra respuesta subjetiva frente a lo padecido, pues de qué manera tramitar la embestida de la violencia traumática cuando está no cesa, cuando no se ha instaurado otra escena que permita dar cuenta, a posteriori, de lo ocurrido. Si el despliegue pulsional mortífero no mengua, si no hay apertura a otra escena, el sujeto queda fijado a la única que ha conocido, poniéndola en circulación durante el devenir de su existencia.

En la segunda sesión de trabajo Karla testimonia, vía escrita, lo siguiente:

La historia familiar sí ha tenido cierto efecto en mi historia personal al momento que inconscientemente tomo la posición de las mujeres de mi familia ante las vivencias y tratos recibidos por otros, hasta de los propios con una misma [...]. En la relación con los hombres, específicamente en relaciones amorosas, la posición se ha llegado a tornar como de una *mujer violentada*, sumisa, siempre en conflicto consigo misma y con el otro, en una sensación de estar en falta de afecto y compromiso.

Karla señala, a partir de su discurso, restos de lo familiar que retornan y siguen haciéndose presentes de una generación a otra, pareciera como si el fantasma de ser una *mujer violentada* se infiltrará entre las mujeres de su estirpe, ubicándolas en lugares que entorpecen el cuestionamiento de dicha posición. En lo que atañe a Karla, éste último elemento parece haber sufrido un recrudescimiento al encontrarse con la semejanza que le fue atribuida respecto a su abuela paterna y que ella reconoció como propia.

Recibí y acepté el discurso “su abuelita reencarnó en ella, son iguales, a pensar de lo que suceda siempre tienen una sonrisa y el ánimo levantado”, este discurso lo adopté de forma en que se convirtió en una idea que tengo sobre mí, y ha sido fuerte el tratar de entender que no soy mi abuela y que si algo sucede no tengo por qué aparentar que todo está bien y seguir, es complejo deconstruir ese pensamiento y aplicar el hecho de que si algo está mal poder permitirme demostrar y sentir que eso no está del todo bien y no pasa nada ni le debo nada a nadie si lo hago.

Para Cécile y Edmond Ortigues (1986):

El conjunto de manifestaciones de una familia puede ser oído como una partitura sinfónica donde cada persona tiene su parte. El conjunto posee una coherencia interna. Esta coherencia [...] está hecha de lo que cada uno utiliza, en su registro personal, de los rasgos familiares repetitivos que le sirven para situarse frente a las diferencias de sexo y generación, así como para proyectarse en el futuro (p. 30).

Podríamos pensar, siguiendo la metáfora musical, que la partitura interpretada constriñe a cada miembro/músico a tocar un instrumento en específico y no otro, en un registro en particular y con las variaciones de tempo previamente acordadas. En la pieza no hay solistas, todos tocan en conjunto, construyendo así una visión global de la obra, evidentemente si alguien desentona o decide tocar otra melodía, el todo se ve comprometido, la coherencia interna se diluye, pues ésta se encuentra sostenida por la premisa de que cada sujeto debe desempeñar únicamente y sin variaciones, la función que le corresponde. Dicha alegoría permite entrever la dificultad que comporta cuestionar el lugar asignado dentro del entramado familiar, pues quien lo hace parece que no sólo sale de la armonía de la escena, sino que fuerza a los otros, en el mejor de los casos, a una reconstrucción de la misma.

En la narrativa de Karla, la premisa de que existe algo de la abuela que mora en ella, me remite a pensar en esa “tierra extranjera interior” (Freud, 1933/2008, p. 53), que no se define sino por su indefinición, pues se trata de un resto, de un elemento, que no es ni completamente propio ni totalmente ajeno, sino ambos al mismo tiempo, de ahí quizás la dificultad, que Karla testimonia, para desasirse de dicha transmisión que se delinea como parte fundante de su constitución subjetiva. Desafortunadamente ahí donde Karla es precedida por el significante de la abuela que parece envolverla y constreñirla a desempeñar cierto papel en la trama, su madre, lejos de proveer otros referentes identificatorios que le permitiesen tomar distancia de dicha impronta, parece secundar un discurso parecido al de la abuela paterna, sostenido no sólo con palabras sino con la escenificación misma de la vida desdichada que vivió y sostuvo junto a un marido alcohólico y golpeador, hasta la muerte, hace un par de años, del mismo. Es así como para la tercera generación, pareciera que se reitera el encierro, la imposibilidad de encontrar una salida, una huida posible a la violencia del otro.

Sin embargo, es justo ahí, en donde pareciera que no se vislumbra otra escena para el linaje femenino, que Karla, la tercera generación, se interpela acerca de los padecimientos que siguen

repitiéndose al interior de su estirpe y, con ello, comienza a aperturar nuevas veredas antes inexistentes o inexploradas a través de las cuales es posible transitar con menos quantum de malestar. Esto parece vehiculizarse gracias a la tensión que surge entre ser o no ser -tan positiva como- la abuela paterna<sup>48</sup>, lo cual da forma a un cuestionamiento que apunta mucho más allá de un supuesto parecido caracterológico, por el contrario, remite directamente al ser, se trata de una pregunta por el ser. Como veíamos con Lacan (1956/2008), la finalidad no consiste en responder a la pregunta y con ello cerrar el cuestionamiento, pues su sola formulación basta para generar un nuevo orden subjetivo que abre distintas temporalidades y permite nuevos acomodos psíquicos, volviéndose una interpelación abierta a lo largo de la vida.

En la historia de Karla pareciera que, en un primer momento, la impronta psíquica respecto al fantasma de la *mujer violentada* fue intempestiva, de forma que terminó instalándose en su interior, respuesta inmediata a una pregunta que no pudo ser ni siquiera formulada en el campo del ser. Sin embargo, en el decurso de su historia seguramente algo se habrá suscitado que le permitió poner en tensión dicho mandato y con ello, comenzar a construir un borde frente al despliegue violento y mortífero del otro.

Curiosamente esa violencia padecida por ella y por las mujeres de su estirpe, no viene únicamente del exterior, no está exclusivamente corporizada en la figura del agresor, por el contrario, Karla la encuentra también en ella misma, ¿qué tanto esa violencia dirigida hacia ella es contra esa abuela que ha reencarnado en ella, contra ese fantasma del cual Lacan hace una lógica de sujeto devenido objeto? Tal parece que el dinamitar lo inamovible de la pasividad femenina de su linaje, le ha permitido reconocerse, no sólo como receptora del desborde pulsional ajeno sino también como quien pone en acto ese exceso pulsional, sobre todo en su relación con los otros. Ella comenta:

Es complicado una vez que sales de tener la idea de lo mucho que te pudieron hacer daño y das cuenta que también eres o llegaste a ser alguien que ha lastimado o podría lastimar a alguien siendo aún parte de esos espacios violentados y violentadores, reconocerlo y aceptarlo es doloroso, pero modificarlo aún más, pues, en mi caso, hay retornos que terminan siendo agotadores.

Los pares opuestos que se presentan en el cruce de ambos linajes: abusado-abusador, violentado-violentador, golpeado-golpeador, vuelven a dar cuenta de esa violencia que primero es padecida y después es puesta en acto con los otros o con la propia persona, lo cual pone de manifiesto que los destinos pulsionales lejos de mantenerse fijados viran de la pasividad a la actividad y viceversa, generando “retornos que siguen siendo agotadores”, ¿qué puede hacer un trabajo de análisis frente a

---

<sup>48</sup> Disyuntiva propia o semejante a la de *to be or no to be* el falo del primer tiempo del Edipo propuesto por Lacan (1958/2010).

lo pulsional?, muchos psicoanalistas se muestran pesimistas ante la posibilidad de incidir en los caminos que ha trazado la pulsión, ¿cuáles son, entonces, los límites de su domeñamiento?

Recordemos que Freud (1930/2009), sostenía que:

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infringirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (p. 108).

Ante la falla de las instituciones del estado para contener el despliegue pulsional, el semejante viene a ser, en muchos casos, el reservorio de la agresión, para Eliacheff, Carolina y Larivière (2009) esto ha contribuido en Occidente, a ensanchar la cultura de las víctimas, pues la mediatización de las violencias y catástrofes padecidas ha revelado una unanimidad compasiva<sup>49</sup> que parece ser la última expresión de nexo social. Para las víctimas, por su parte, ubicarse en dicho lugar les asegura un reconocimiento que difícilmente puede ser adquirido por otras vías. Sin embargo,

Cuando las sociedades se cimentan en torno a sus desgracias pasadas y presentes, se despojan de su responsabilidad, pretenden disponer de un crédito infinito, exigen prerrogativas y derogaciones, se embarcan en una competencia sin fin, en la que cada cual se siente más víctima que su vecino. (p. 23)

La posibilidad que se le presenta a Karla de cuestionar su historia, apertura nuevos posicionamientos que traen consigo movimientos que contrarrestan aquello que se había coagulado tras el paso de las generaciones. Interpelar los traumatismos padecidos que se siguen repitiendo, permite analizar el lugar que ella ha ocupado dentro del entramado familiar, los restos que se han transmitido y la manera en que éstos se han infiltrado en su vivencia actual.

Para tratar de echar luz acerca de las vías bajo las cuales se teje dicha transmisión al interior de una estirpe, Cécile y Edmond Ortigues (1986) apelan a la metáfora del *reparto de cartas familiares*, la cual es tomada de los jugadores de cartas para hacer referencia a un cúmulo de rasgos, afectos, deseos, y palabras que son suministrados al comienzo de la vida del cachorro humano, estas cartas, como en el juego, son repartidas al azar, aquel que las recibe no puede cambiarlas o desecharlas, con la mano que le ha tocado tendrá que ingeniárselas para jugar/vivir. En función de lo ofrecido inicialmente por el otro, quizás a algunos les tocarán cartas locas, muy complicadas de poner en relación con las otras, lo que requerirá echar a andar otras estrategias para destrabar la partida, mientras que, a otros, posiblemente, les tocará una mejor mano que no complique tanto su partida. Si bien todos desconocen

---

<sup>49</sup> Curiosamente Freud (1921/2010) sostenía que la compasión deriva de la identificación con el otro y actúa como una especie de dique anímico al lado de la vergüenza, el asco y el dolor. Es decir, la compasión contiene el empuje de la pulsión.

las cartas que les van a tocar y nada pueden hacer para asegurarse un buen contenido, pueden utilizarlas, ponerlas a circular, de distintas maneras.

El niño mismo, desde antes de nacer, está incluido en la partida que oscuramente se juega para sus padres. Es colocado por ellos en un determinado lugar, y desde este lugar sus progenitores lo invitan a vivir, a inventar su propio juego, al tiempo que le demandan continuar (o hacer viable) lo que, a través de él, no cesa de estar en juego para ellos mismos (Cécile y Ortigues, 1986, p. 44).

La propuesta de estos autores remite a un contenido transgeneracional que se renueva constantemente en la urdimbre familiar, pues el reparto de cartas familiares que antecede al nacimiento del infante, remite, a su vez, a una partida anterior en la que están inmersos los padres de la criatura con sus propios padres. De igual forma, estos últimos están marcados por lo recibido por sus antepasados y así, en un retroceso inagotable. De forma que, en cada nueva generación, la mano de cartas que se juega está sostenida por todas las partidas anteriores, cuyos restos no cesan de reactualizarse en la partida actual.

Para mostrar la manera en que el reparto de cartas familiares atraviesa la condición sintomática, los autores recurren a la clínica infantil. Julien F. es uno de los casos analizados, se trata de un niño de once años aquejado de serios problemas para conciliar el sueño desde su primera infancia, los cuales se agudizaron con el nacimiento de su hermana menor, que tiene seis años. A la par del síntoma se ligaban fantasías angustiantes, la idea de que puede haber alguien escondido en la oscuridad, el miedo a ser secuestrado. No tolera que sus padres se acuesten al mismo tiempo que él, tiene que ser acompañado a dormir.

En la historia del padre, el señor F. describe su infancia estando “pegado” (p. 44) a sus propios padres, en especial a su madre. De niño era tan miedoso como lo es ahora su hijo, de manera que no toleraba estar alejado de su madre, hasta su reciente fallecimiento, iba todas las noches a saludarla antes de dormir. La señora F., por su parte, declaró en las entrevistas ser insomne, padecer que inicio con el nacimiento de Julien, “si él no duerme, yo no duermo” (p. 44), un análisis posterior pone de manifiesto que los insomnios de ella se estructuraban a modo de protesta contra el apego de su marido a su madre, relación que la atormentaba. Así, por las noches, ella estaba presente para su hijo y no para él, como una forma de represalia por las veladas que él pasaba con la abuela del niño.

El pequeño Julien retoma el juego que internamente se desarrollaba en sus padres y para entrar en la partida pone en circulación los mismos elementos: por la noche experimenta mucho miedo como su padre, al igual que él no puede prescindir de su madre, quien gustosamente lo acoge junto a ella, pues el esposo, en ese momento, está primero con su propia madre. El insomnio materno y el de Julien se corresponden y se convocan, como si la madre le pidiera al niño que se quedará despierto con ella,

pensándola, llamándola, ya que su padre la abandonaba, ¿qué otras posibilidades de posicionamiento subjetivo hubiese podido tejer Julien a tan corta edad? La invitación de su madre a las veladas compartidas comenzó desde sus primeros días de vida.

Así, los síntomas de Julien denuncian el lugar que le fue asignado por sus padres, son una respuesta al reparto de cartas familiares que le ha tocado en suerte. Curiosamente, si bien es él quien es llevado a consulta, el análisis de su sintomatología obliga a sus padres a hacerle frente a lo que rehuyeron de su propia historia. El malestar del descendiente fuerza, en este caso, a un reacomodo en la línea generacional precedente, sin dejar de mencionar que dichos movimientos van a atravesar también el modelamiento psíquico de la sucesión genealógica que quizás engendrará Julien al devenir adulto. Sobra pues señalar que las fantasías, los significantes, los silencios, los deseos, los afectos, las vivencias, los traumatismos y los indecibles de los otros nos preceden, y atraviesan nuestra vida anímica. La respuesta que, desde sus propios recursos psíquicos, cada sujeto teja frente a lo que viene del otro, va a constituir la marca de su neurosis.

Este punto me remite nuevamente a recordar lo desarrollado en los primeros capítulos respecto a ese carácter doble, presente en la vida anímica, el cual fue puntualizado por Freud en varios momentos de su obra, en *Introducción al narcisismo* comenta, “el individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta” (Freud, 1914/2010, p. 76). El *reparto de cartas familiares* permite dar cuenta precisamente sobre dicha impronta que viene aparejada al formar parte de una cadena generacional. De ahí que la cuestión que emerge consiste en problematizar qué eslabón encarna cada sujeto dentro de la cadena generacional y en qué medida queda encadenado a esta en una serie repetitiva.

Para Karla, las cartas que le tocaron en suerte la compelián a continuar con el legado de las mujeres de su estirpe, que consistía en recibir toda la violencia que viniese del otro, sin importar los ultrajes y los sufrimientos padecidos. Instrucción que, aparte, debía ser sostenida con una sonrisa. Si bien en un principio la impronta anímica fue avasalladora, sus recursos psíquicos le han permitido, hasta el momento presente, seguir cuestionando el lugar que le fue destinado dentro de su estirpe. Con ello se han aperturado nuevas posibilidades de movimiento, haciendo menos terrible la partida. Las interpelaciones que ella se está formulando seguramente van a incidir en el peso de la transmisión de la violencia traumática en las generaciones venideras.

### **María y el traslape generacional.**

¿Cómo se ordenan los parentescos al interior de una stirpe?, ¿quién dice que lugar le corresponde a cada cual dentro de la urdimbre familiar? En la literatura psicoanalítica parece estar bien definido el argumento que atraviesa a dichas interrogantes, se trata de la representación del padre, la cual, para ambos sexos va a ser la encargada de delimitar lo prohibido y lo permitido, dando forma al mundo psíquico.

La instauración de lo prohibido, que como correlato va a demarcar lo permitido, tiene como condición primigenia la prohibición del incesto, la cual permite discernir la naturaleza entre lo idéntico y lo diferente, de tal forma que pueda decirse quién es quién dentro de la trama genealógica y no devenga aquello una masa informe e indiferenciada. El ordenamiento de los parentescos entonces es comandado por una ley sustentada en la reproducción de la diferencia, pues la inscripción de lo diferente es inherente a la emergencia del aparato psíquico. Si bien todo esto queda claro a partir de la revisión teórica, los casos que se presentan en la clínica muchas veces ponen en jaque la aparente lucidez de dichos postulados, pues lejos de existir un orden, lo que se presenta es un desorden que subyace de una problemática edípica que atraviesa y comanda las relaciones con los otros, ¿cuáles son las implicaciones subjetivas de dichos desarreglos?

El desorden remite, hartas veces, a extraños traslapes generacionales que atentan precisamente contra las leyes de la diferencia; madres imposibilitadas de emprender un proceso de pérdida y separación de su hijo o hija, abuelos colocados en el lugar de padres de los nietos, hijos siendo los padres de sus hermanos, madres y padres preocupados por devenir los mejores amigos de sus hijos, neutralizando con ello la autoridad que les es propia y es necesaria para el domeñamiento pulsional que moldea la estructuración anímica. Así pues, variadas son las formas que se despliegan del des/ordenamiento de los parentescos, las cuales adquieren un acomodo singular en el seno de cada familia atravesada por las condiciones de su época. Los testimonios orales y escritos que compartió María durante el taller *historia y familia*, permiten hipotetizar sobre algunos de los estragos subjetivos que pueden presentarse en la descendencia al verse subvertidos ciertos lugares dentro del orden generacional.

Durante la primera actividad de trabajo, María compartió el siguiente testimonio acerca de la historia de sus abuelos:

Mi abuelo y mi abuela paterna se conocieron a muy temprana edad, cuenta mi papá que ellos se conocieron porque eran vecinos y se hablaban a través de las paredes, mi abuelo era mayor que mi abuela por algunos años (no recuerdo cuantos). Pasaron hablando muchos días y después de algún tiempo decidieron casarse. Pero, la familia de mi abuela no quería a mi abuelo, pues él se había quedado huérfano a muy temprana edad, por lo cual no tenía nada que ofrecerle a mi abuela. Cuando

se casaron, mi abuela tenía alrededor de 14 años, aún no menstruaba por lo cual no podía tener hijxs. Con el paso de los años tuvieron 14 hijos, 10 hombres y 4 mujeres, además perdieron a una bebé y tuvo abortos.

Pedro Pérez (abuelo paterno) fue un hombre que tuvo que valerse por sí mismo desde que era niño, trabajo en el campo, de albañil, de obrero, estuvo viajando por varios lugares. Le interesaba mucho la historia, conocía bastante sobre los animales y el campo. No era alguien que soliera expresar sus sentimientos. Con su esposa llevaba una buena relación, solían comunicarse entre ellos. Con sus hijos, con los mayores fue más cercano, y con los menores fue distante.

Margarita Rodríguez (abuela paterna) fue una mujer muy cercana a su familia, le gustaba pasar tiempo con sus hermanas. Creo que toda su vida se dedicó a laborar en el hogar. También fue madre de una gran familia. En sus últimos años de vida su salud física se vio afectada, se olvidaba en donde se encontraba o con quien hablaba.

Abuelos maternos: Es aquí donde la historia se complejiza. Aunque mis abuelos maternos son Juan Vidal y Teresita González, no fueron ellos quienes criaron a mi mamá, sino la hermana de Juan Vidal, Martha Vidal y su esposo Francisco Cruz.

Teresita fue una mujer que también tuvo una familia grande, 12 hijos, al final también tuvo complicaciones de salud. Desconozco sobre su vida e historia. Juan Vidal fue un hombre dedicado al campo, se casó dos veces. Decidió que su hermana cuidara de su hija (mi mamá).

Martha Vidal fue una mujer devota a sus hermanos y papá, fue la única mujer de su familia después de que su madre falleciera. Desde niña se hizo cargo de su familia hasta la edad de treinta y tantos. Su padre era muy celoso de ella, no quería que ningún hombre se le acercara. Ella vivió muchos años en el campo y fue ahí donde conoció a su esposo. Mi abuelo Paco con todas las precauciones necesarias visitaba a mi abuela y la cortejaba. Después de algún tiempo le pidió que se casaran y ella aceptó, pero tenía que pedirle su mano a su papá. Él lo hizo según las costumbres de su época y se casaron. Ella adoptó a 2 hijos de su hermano (mi mamá y mi tío) y cuidó de ellos toda su vida, ella no pudo tener hijxs propios. También en sus últimos años de vida se enfermó de diabetes y tuvo cáncer. Fue una madre muy estricta, aunque con sus nietos y nietas fue muy mujer muy cariñosa. Siempre fue alguien bondadosa que cuidaba de los demás.

Francisco Cruz fue un hombre que también se dedicó a su familia, de joven velaba por sus padres y hermanos. También se dedicó al campo y después fue obrero. Fue un padre muy cercano a sus hijos y con sus nietos también lo es. Cuando no pudo tener hijos con mi abuela él la amenazó con suicidarse, pues no quería hacerse estudios de fertilidad. Él es el único de mis abuelos que sigue vivo, ha sido un hombre muy sano, aunque ahora batalla con su memoria.

En el análisis posterior que se realizó de dichas narrativas, es posible entrever cómo ciertos posicionamientos subjetivos provenientes de los ancestros de María siguen atravesando a las generaciones subsecuentes, esta cuestión se hace patente sobre todo respecto a la des/estructuración de los parentescos, la cual se inscribe en la tercera línea generacional ascendente y parece extenderse como una mancha de aceite a las siguientes.

Recordemos que, por el lado de la familia materna de María, su madre, Claudia, es adoptada y criada por la hermana de su padre y su esposo, acaso aquí cabría preguntarse, ¿por qué los padres de origen estuvieron imposibilitados de ejercer su función?, ¿por qué decidieron entregar a esos dos hijos en particular y no a otros?, ¿se trató de una decisión que recayó únicamente en Juan Vidal o involucro a ambos progenitores? Si bien María no se pronuncia al respecto, dicha negativa de crianza, quizás motivada por cuestiones económicas, quizás subjetivas, o quizás ambas, parece marcar por línea materna, los posicionamientos parentales de la descendencia frente a sus vástagos.

En el marco de otra de las actividades del taller, María comenta:

Debido a que mi mamá y papá han tenido que trabajar, en un inicio una tía abuela de mi mamá nos *cuidaba*, luego entre mis hermanos y yo nos *cuidábamos* y así ha sido hasta ahora. No niego los *cuidados* de mis padres, aunque en momentos si han estado distantes y también las cuestiones sociales no lo han permitido. Ahora, cuando mi hermano mayor tuvo a su primer hijo, debido a que él y su esposa trabajaban, no pasaban mucho tiempo con él. Estuvo en guardería desde sus primeros meses de vida y cuando salía, mi hermano menor o yo *cuidábamos* de él. Las personas solían decirnos que era nuestro hijo, inclusive él prefería pasar tiempo con nosotros que con sus papás.

¿Quién cuida de quién?, ¿quién se hace cargo de los hijos de sangre?, más aún, ¿qué está implicado en el acto de cuidar a alguien?, palabra que se repite constantemente en el discurso de María que, si bien no niega los cuidados de sus padres lo que parece reclamar es su ausencia. Para Silvia Amigo (2005), los cuidados que requiere el cachorro humano se inscriben en un más allá de la simple satisfacción de las necesidades biológicas que son imprescindibles para la supervivencia de su endeble organismo, pues a diferencia de los animales, no basta sólo con asegurar su existencia, es imperante inscribir al infans en el mundo del lenguaje, hacerlo partícipe de los signos y símbolos compartidos culturalmente e insertarlo en una línea generacional para que la vida subjetiva pueda emerger.

La función materna es la encargada de revestir de palabra, afecto y sentido los requerimientos del infans, al alojar la demanda de la criatura vía la interpretación de su malestar, le da acceso al campo del lenguaje. Esto propicia que la inscripción psíquica tenga un alcance de orden social y que el pedazo de carne pase a ser acogido en el mundo subjetivo, “[...] una madre *good enough* da de comer leche, pulsión oral; palabra, pulsión invocante; mirada, pulsión escópica. Lo hace sosteniendo muscularmente al niño en su abrazo, pulsión anal. Es decir que da de comer una intrincación pulsional, nunca una pulsión sola” (Amigo, 2005, p. 130). Claramente estos cuidados van más allá del orden biológico, son actos de don de tipo simbólico. De tal manera que los primeros cuidados son constitutivos y constituyentes del aparato psíquico; ofrecer o negar el habla, el seno materno, la presencia-ausencia y el amor al cachorro humano, va a dejar huellas psíquicas en su cuerpo que van a comandar los posteriores intercambios con el afuera.

En la historia de Claudia, los cuidados provinieron de una tía que se encargó de ella, pues sus padres de origen estuvieron imposibilitados, por causas desconocidas, de hacerlo. A su vez, a María y a sus hermanos fue nuevamente una tía quien los cuidó durante su niñez, posteriormente, cuando María y su hermano menor crecieron y devinieron tíos en función del nacimiento del hijo de su hermano mayor, ambos tomaron sobre sí el cuidado del recién llegado, incluso María comenta que las personas externas pensaban que ellos eran los padres de la criatura. Son entonces tres las generaciones atravesadas por una estructuración familiar particular, en donde son los tíos y no los padres de sangre los encargados de acoger a los nuevos miembros de la estirpe, ¿cuáles podrían ser las implicaciones subjetivas de dicha usurpación o concesión de lugares?

En el caso de Claudia, aunque no se conocen al detalle los posibles estragos anímicos de su adopción, se podría hipotetizar que el nuevo montaje edípico sustentado por el orden jurídico quizás, en algún momento, fue objeto de múltiples confusiones en sus relaciones de parentesco, pues sus padres de origen ahora eran sus tíos, mientras que sus tíos eran sus padres, asimismo, sus hermanos y hermanas eran sus primos y primas; tíos-padres, hermanos-primos y todo inscrito dentro de la misma familia. Sin dejar de lado que la madre-tía recibió dos hijos de su hermano que crío como propios, probablemente todo este enredo haya adquirido cierto contrapeso a partir de la entrada de un tercero, un externo a la bigamia fantasmática fraternal, Francisco Cruz, el esposo de la madre-tía, al registrar en las instancias correspondientes a los sobrinos como hijos propios, dándoles su apellido, acaso haya puesto en regla algo del fulgurante componente incestuoso.

En lo que respecta a María, es ella y su hermano quienes se encargan del hijo de su hermano mayor. Se trata nuevamente de una criatura que proviene del orden fraterno y es acogida como propia, con la particularidad de que ahora el montaje edípico no está atravesado por ningún tercero, hermanos-padres, hermanos-esposos al cuidado de su sobrino-hijo. Evidentemente esto encarna un proceder que va en contra de las leyes de la diferencia, sin embargo, quizás lo verdaderamente esencial sería analizar si, desde el punto de vista de la representación, María y su hermano, tía-madre y tío-padre ya ocupan un lugar de madre y padre frente a su sobrino, pues si fuese así, la imagen fundante, en cuanto a representaciones, se le impondrá al niño, la cuarta generación, como reductible a la pareja de hermanos, eliminando la filiación de origen y creando una neoformación de la estructura edípica con un claro talante incestuoso.

Lo anteriormente planteado es posible a partir de que la familia, como forma social, remite a un montaje de ficción que rebasa los límites estrechos de la consanguineidad, pues el despliegue del drama edípico es irreductible a la configuración parental circunscrita por los lazos de sangre, por el contrario,

esta se delinea a partir de los parentescos que son reconocidos por el sujeto, los cuales sellan la construcción de su novela. De ahí que en el entramado fantasmático un lugar pueda ser representado por múltiples personajes, ignorando la diferencia e inscribiendo, dentro del acomodo genealógico, lugares que van en contra de la ley.

En el inconsciente la lógica de las relaciones familiares implica una combinatoria entre elementos que pueden sustituirse unos a otros, y es precisamente la prohibición del incesto, la encargada de reglamentar dichas sustituciones de forma que sea posible decir qué lugar le corresponde a cada cual dentro del entramado familiar. Las implicaciones de abolir o neutralizar lo prohibido fundador al interior de una estirpe son variadas y se manifiestan de distinta manera, frecuentemente el borramiento o la difuminación de la diferencia genera traslapes generacionales (Héritier, 1974/1991) que subvierten el ordenamiento de los parentescos, al tiempo que la indiferenciación del orden familiar compromete la emergencia subjetiva y social, pues la reglamentación de lo prohibido es lo que posibilita la reproducción subjetiva y asegura que la vida psíquica viva para la descendencia.

Al solicitarle a María que narre por vía escrita las situaciones de índole traumática que han atravesado a su estirpe, ella comenta:

En la familia materna considero que fue la adopción de mi mamá por parte de sus tíos, y en la segunda generación, el divorcio de mis padres afectó bastante a mi mamá, ella tuvo un período de depresión muy grave, también tuvo cáncer.

Los momentos de distanciamiento entre mis padres generaron afectos en mi mamá, si bien ella estaba más presente en nuestras vidas cuando éramos niños, a pesar de su trabajo, la veía absorbida en su tristeza, recuerdo verla llorar mucho, pasar mucho tiempo acostada, pues ese *ideal de matrimonio y familia perfecta* había caído, considero que esto está relacionado con su historia, verla y escucharla así generaba en mi mucha angustia, pero no sabía que hacer, le decía qué la amaba pero ello no parecía resonar en ella.

La adopción de Claudia parece ser el resto de un divorcio entre los abuelos de María, un divorcio no en el sentido legal sino uno de confianza, Juan Vidal no le confía a su esposa el cuidado de su hija. Se trata de un divorcio subjetivo o intersubjetivo que, en la historia de Claudia, va a pasar a otro legal que deja un rastro que enferma.

Para Claudia, el ideal materno de matrimonio y familia perfecta parece remitir a una unión con la pareja conyugal y una relación con los hijos sin tacha y carente de fallas, es el modelo de la no-castración. Si bien todos los ideales enmarcan un deseo imposible, la intensidad de su contenido es percibida, con mejor nitidez, cuando las vicisitudes de la vida frustran su realización, tornando absurdo incluso su existencia en el campo de la fantasía. Para Claudia, el ideal de perfección familiar es un anhelo de completud imaginaria, es quizás también una tentativa por reencontrarse con lo tan

prematuramente perdido, por adelantarse al tiempo del abandono, por ser, junto a su familia de origen, La familia modelo.

Si bien su deseo era sostenido en el mundo imaginario, con su divorcio se vio irremediadamente perdido, generando un estado anímico que la imposibilitó de hacerse cargo de sus hijos durante una parte de su niñez, doble embestida al ideal, ni el matrimonio ni la familia perfecta, deseo frustrado, pero no destituido, al menos en apariencia, no del todo. María enuncia: “Mis padres, como matrimonio atravesaron varios desacuerdos y problemáticas, hubo ocasiones en que mi padre salía de la casa y se iba a vivir con mis tías. Después del divorcio, mi papá ha tenido otras relaciones, mi mamá mantuvo o mantiene, no lo sé, una relación, pero a diferencia de mi papá ella lo ha mantenido muy privado”, ¿podría pensarse la secrecía materna respecto a sus relaciones de pareja como una vía para evitar el derrocamiento completo del ideal?, pues mostrar que existe una relación amorosa implicaría reconocer que ya se pasó a otra cosa, que no hay más lazo de unión con la pareja conyugal ni con el ideal familiar antaño sostenido. Cuestión que, si bien no le resulta nada complicada de mostrar al padre de María, en el caso de la madre lo que opera es el silencio y el secreto.

Continuando con el ejercicio de ficción, ¿cuáles podrían ser los estragos del ideal materno en la descendencia? En el marco de las actividades de escritura, María comparte la manera en que ella se encontró atravesada por los acontecimientos al interior de su entramado genealógico:

Ante la tristeza de mi madre ahora pienso que me refugié en el estudio, desde el kínder siempre fui muy aplicada en la escuela. Sino podría brindar alivio, al menos no causaría más problemas, tomé un distanciamiento de mi expresión emocional, pues no sabía cómo lidiar con ello. Pienso, que también la relación que mantuve desde mis 12 años, con alguien 5 años mayor que yo se encuentra entrelazada a mi historia familiar, una joven enamorada de alguien mayor que ella, vecinos, *aunque no nos casamos a veces pienso que de alguna forma si lo estuvimos*, aunque no hubo papeles, pasamos casi 8 años juntos, nuestras familias ya se conocían, había planes a futuro, no sé si eso es lo que represente un matrimonio. Cuando terminé mi relación con él me pregunté mil veces si podría enamorarme de nuevo, si volvería a sentir tanto amor.

Para Piera Aulagnier:

Todo sujeto a llega tomar un lugar en el mito familiar, cuya importancia se demuestra, de ser necesario, por el lugar que él tendrá en el fantasma fundamental, y que le asigna, en la tragicomedia de su vida, un papel que determina con anterioridad las réplicas de los partenaires. Ahora bien, son esas <réplicas del Otro>, ese discurso que comienza por dirigirse no a él sino al personaje que encarna en la escena familiar, las que habrán de constituirlo como sujeto (p. 28).

Pareciera como si la angustia no hubiera sido el único afecto emergente en María al enfrentarse a una madre deprimida, pues ella también habla indirectamente de la obediencia, sobre todo al referirse a sus obligaciones escolares, “[...] siempre fui *mu*y aplicada en la escuela, nadie me tenía que estar

recordando sobre mis tareas u otras actividades, yo estaba *muy* pendiente de mis responsabilidades. Sino podría brindar alivio, al menos no causaría más problemas”. En estas frases el adverbio *muy* ensalza justamente ese carácter de acatamiento, ferocidad superyoica que exige cumplir con lo demandado, tentativa fantasmática de responder a aquello que pide el otro para procurar su alivio, para borrar su falta, para asegurar su completud. Desde esta perspectiva quizás sería posible pensar que María, bajo el yugo de la obediencia, tomó sobre sí el ideal materno herido, sosteniendo una relación que, para ella, asemejaba a un matrimonio. Así, ante la desdicha conyugal de su madre, ella restituía su pérdida a partir de una alianza infantil que probablemente, en ciertos aspectos, remitía a lo anhelado por su madre.

De tal manera que, el deseo frustrado de la madre reaparece y es asumido por la hija, lo cual se dice de forma sencilla, sin embargo, ¿cómo puede un sujeto emanciparse de los ideales narcisistas parentales que lo acompañaron incluso antes de su nacimiento?, ¿de qué manera no sucumbir a su realización?, no colocar a los hijos como depositarios de los deseos parentales requiere asumir la castración y reconocer la propia muerte, de forma que el recién llegado pueda ocupar un lugar en la trama generacional. En el caso de las mujeres dicha operación resulta más espinosa, pues la intensa relación madre-hija favorecida por la semejanza anatómica de los sexos, el rodeo extra que supone el complejo de edípico y los vínculos originarios con la madre-preedípica complejizan, para las mujeres, resignar la ligazón intensa con el objeto materno. Si no hay desinvestidura libidinal, tampoco hay reconocimiento de la separación con la madre, paso obligado para la emergencia de una pregunta por el deseo que vaya más allá de los anhelos maternos.

Los estragos subjetivos de la transmisión del ideal materno no cesan ahí, pues recordemos que este se despliega de dos maneras: matrimonio perfecto y familia perfecta. La respuesta que teje María frente a dicha impronta parece operar también en dos momentos; en el primero se ubica el matrimonio infantil con el novio-esposo y en el segundo, la construcción fantasmática de una familia con el hermano-esposo. Ambos procederles la llevan a ocupar un lugar en la trama familiar que no le corresponde, pero que sin embargo parece venir comandado por los traslapes generacionales inscritos dentro de su estirpe.

Al interior de una familia dicha clase de movimientos, llevados al extremo, pueden dar pie a severos deslizamientos generacionales que comprometen la constitución subjetiva de la descendencia, tal es el caso de las hermanas gemelas homocigóticas Christine Sevault y Magali Crozel, cuyo testimonio es retomado por Cécile y Ortigues (1986) a partir del libro autobiográfico que publican las gemelas narrando las peripecias de su vida. Magali era estéril y Christine, madre soltera de dos niños, decidió

engendrar, por inseminación artificial proveniente del espermatozoides de su cuñado, un hijo para su hermana. Sostener tal decisión no fue sencillo, “por momentos, era como si me hundiese en la locura...dice Christine” (p. 78), y cómo no hacerlo si lo que estaban poniendo en escena asestaba un golpe mortal a la prohibición que permite la emergencia de la vida psíquica sostenida en la renuncia, ¿de qué manera explicarle al hijo/a por nacer sus lazos de parentesco?, ¿qué lugar darle en la urdimbre familiar?, más aún, ¿cómo va a metabolizar el recién llegado que su nacimiento haya sido el resultado de una unión incestuosa? El destino trágico del linaje de Edipo, de esos descendientes producto de alianzas incestuosas, pone sobre la mesa las dificultades de vida que vienen aparejadas cuando se sucumben las leyes de la diferencia dentro de una estirpe.

Cécile y Ortigues (1986) proponen el análisis de tres generaciones ascendentes para mostrar cómo la configuración de los parentescos en la familia de las gemelas estaba comandada por preguntas concernientes al origen que se reactualizaban y tomaban forma en cada generación, ante las interpelaciones; ¿qué es ser madre?, ¿qué es ser hija?, los intentos de respuesta anudaban las duplas significantes alumbrar-abandonar y recoger-criar. La madre de las hermanas fue recogida de un orfanato por su abuela, quien a su vez fue abandonada por su familia de origen y criada por una familia adoptiva. De tal forma que, por vía materna, cada generación ponía en circulación los cuestionamientos originarios que, aunque se encontraban enraizados en líneas precedentes, las habían alcanzado tempranamente.

Cabe comentar que, si bien Cécile y Ortigues toman tres generaciones, hay psicoanalistas que se remontan aún más atrás, tal es el caso de Ana Fabre (2022), quien para echar luz acerca de la edificación sintomática de su paciente, Lily Carola, una niña ciega y psicótica, toma cinco generaciones atrás en la rama de la familia materna y cuatro en la paterna, bajo la premisa fundamental de que el inconsciente y sus manifestaciones no son sólo individuales, sino transgeneracionales. La autora sostiene que, si bien la psicosis no se transmite, las ideas delirantes sí, por lo que establece un nexo indisoluble entre psicosis-familia, de manera que para dar lectura a la producción del fenómeno psicótico es necesario analizar el entramado familiar que le ha dado forma y lo ha sostenido.

Regresando a María, podríamos pensar que la tríada de significantes tía-madre-cuidado transmitida generacionalmente, enarbola posicionamientos singulares dentro de su urdimbre familiar que comandan la relación con los otros, quizás detrás también se encuentren cuestionamientos originarios del tipo, ¿qué es ser madre?, ¿quién es madre/padre?, y otros como, ¿qué es cuidar? Los intentos por responder a dichas preguntas han generado deslizamientos generacionales de orden incestuoso. En el caso de María, el traslape de lugares al interior de su estirpe la llevó a escenificar, a través de un

matrimonio infantil y un montaje familiar con su hermano-esposo, la confusión reinante respecto al ordenamiento de los parentescos. El punto neurálgico que parece germinar dicha des/estructuración de los parentescos se ubica en la imposibilidad/negativa de las madres y de los padres a hacerse cargo de su progenitura, cediendo su función a los tíos, lo cual, sin lugar a duda impacta en la conformación fantasmática familiar de la descendencia y en la constitución de la triangulación edípica, sin olvidar que dichas permutas de lugares operan al interior de la misma estirpe.

A María, el ejercicio de escritura le permitió escuchar un fragmento de aquello que se sigue repitiendo al interior de su linaje, justo al final de uno de sus testimonios puede leerse, “ahora, al escribir esto, doy cuenta de que varios elementos histórico-familiares siguen circulando, deseo que esto haga corte”. No es fortuito que ella emplee ese vocablo, pues una de las acepciones de la palabra *corte* implica separar, dividir. De ahí que, el anhelo que enuncia María quizás tenga que ver con eso, con separarse del conglomerado familiar, hacer un corte que le permita ubicar el lugar que ha ocupado dentro de su línea generacional, sin dejar de lado que la otra significación de corte es herir, rajarse, como si se tratará, en su carácter multívoco, de herir, de vulnerar y así probablemente restarle fuerza, a esos elementos histórico-familiares que siguen atravesado a las generaciones. Una de las funciones del testimonio es precisamente esa, cortar o recortar la historia recontándola.

### **Resonancias de la escucha extranjera y la escucha restitutiva.**

Son tres elementos los que fungen como los pilares estructurales del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*: La escritura, la imagen y la escucha. Ésta última se despliega de dos maneras en diferentes momentos, uno de ellos se suscita en el primer encuentro con el grupo y el otro durante la segunda sesión de trabajo. Su inserción en el tejido metodológico del taller encuentra pertinencia debido a que se trata de un principio clínico del quehacer psicoanalítico. Prestar escucha a los padecimientos del alma del otro, permite también que aquel que los enuncia pueda escucharse. En presencia de una escucha extranjera (la del analista), ciertas palabras resuenan, se movilizan los afectos, se evocan reminiscencias y con ello, se activan nuevos procesos psíquicos que, hartas veces, pugnan por la elaboración del malestar transmitido y silenciado en el orden generacional. La propuesta del dispositivo toma precisamente esa escucha otra, asimétrica, para darle lugar a un elemento de lo abyecto y silenciado en la historia.

De ahí que en un primer momento se aludió a una suerte de *escucha extranjera* que pone en voz de alguien más la narrativa personal que cada quien ha escrito, ¿qué implica escuchar el drama familiar en voz ajena?, ¿la lectura del otro puede esbozar algo de lo olvidado, impensado e innombrable del tejido familiar?, ¿de qué manera se escucha y retorna eso propio pronunciado por el otro? Si bien la

apuesta consistía en movilizar un elemento de la historia familiar con esta actividad, ocurrió algo que me tomó por sorpresa. En varios casos, no fue la propia narración leída por alguien más, la que conmocionó afectivamente a los presentes, sino fue la escucha prestada a la verbalización de lo redactado por los otros. Es decir, fue un fragmento escrito de la historia de los otros el que vino a movilizar algo de la propia historia.

María, una de las participantes comentó al término de la primera actividad: “[...] Después de escuchar todos los escritos, pensé, ¿porque yo no escribí acerca de eso si en mi familia también ocurrió?, ¿Por qué resistirme a escribirlo si también paso acá y yo lo sé?” Ante dicho comentario muchos de los miembros del grupo asintieron. Tal parece que escuchar a los otros les permitió también escuchar-se, rastrear los elementos identificatorios donde las narraciones confluyen. Identificación que con Freud sabemos que es parcial, unaria, a un rasgo, lo que imposibilita que se fundan entre sí las historias compartidas.

Díaz, Isabel (2000) describe cómo en la terapia grupal la identificación es un elemento fundamental para el trabajo, pues los anclajes identificatorios motivan los intercambios discursivos entre sus integrantes. La enunciación del malestar subjetivo se facilita cuando los participantes escuchan que los otros también están atravesados por vivencias subjetivas. Asimismo, se inhiben los juicios de valor que generalmente van aparejados al narrar la propia historia.

Para Sasha, un rasgo identificatorio la encontró ahí donde ella no lo esperaba. Lo cual la llevó a hablar acerca de un tema que, aunque estaba presente internamente no había sido pronunciado en voz alta. Al escuchar lo escrito por sus compañeras, en el margen de la primera actividad, comentó lo siguiente:

[...] A partir de escuchar a los otros reconozco que hubo muchas cosas que no escribí, lo pienso como en el cuidado de la propia historia, tanto paterna y materna, qué se dice, qué no se dice. Al escuchar a mis compañeras pude dar cuenta de ello y reconocerlo. [...] Mi papá fue alcohólico, en la familia de mi madre, mi abuelo y mi tío también fueron alcohólicos, mi relación con el alcohol y las drogas está muy atravesada por lo que he escuchado y visto, es un temor enorme, me dan mucho miedo y no supe cómo escribirlo, cómo hacerlo aquí, incorporarlo, siento que es como si lo viera ajeno, lo anulo dentro de mi historia.

Para Arfuch, Leonor (2013) “el lenguaje no meramente viene a expresar la experiencia, sino que se *adueña* de ella, la configura en el aquí y ahora de la enunciación” (p. 99). Cuestión interesante, pues si el lenguaje se adueña de la experiencia y no al revés, la palabra viene a ser, en el devenir testimonial, la que permite que se haga audible la vivencia subjetiva, conjunto de sonidos articulados que devienen “urgencias de la voz” (p. 84), que buscan expresar lo inexpresable que ha atravesado al sujeto, para reconfigurarlo y darle un nuevo lugar en la vida anímica.

Así, Sasha, al reconocer para sí misma lo que ha dejado fuera de su decir escrito, apertura nuevas posibilidades de análisis de ese elemento, que, seguramente por su quantum de sufrimiento había sido expulsado de las otras representaciones del acontecer psíquico. Más adelante, llama la atención que ella va a establecer una ligazón entre el abuelo paterno, también alcohólico, cuestión que no había señalado anteriormente, y su padre. Podríamos hipotetizar que se trata de un hijo puesto en el lugar del padre, pero no de cualquier padre, sino de aquel que no renuncia pulsionalmente, un hombre al margen de la ley, ¿el temor a las sustancias psicoactivas en Sasha tendrá que ver con el traslape a nivel imaginario de ambos personajes?

Escuchar la propia historia verbalizada por otro también suscitó, en algunos de los otros integrantes del grupo, sentimientos de extrañeza y ajenidad, como si lo propio puesto en circulación en el afuera generara cierto desconocimiento, Bianca comentó al respecto, “cuando empecé a escuchar lo que yo escribí, es como si no lo hubiera vivido yo, como si otra persona lo estuviera contando, pero no tuviera que ver conmigo”. En otro caso, los afectos que se movilizaron fueron intempestivos, Karla comentó:

Es una historia que yo siempre había escuchado con mucha compasión y empatía, entendiéndolo, justificando lo que sucedió. Desde hace mucho tiempo no venía a mi memoria la historia familiar, y al escucharla en esta ocasión sentí coraje, un sentimiento de injusticia de porqué se siguen viviendo las mismas situaciones en la familia, pareciera una herencia [...]. Pienso que esa herencia también se puede regresar.

Es interesante que en Karla haya surgido otro afecto al momento de escuchar su propia narrativa. La clínica atestigua la manera en que el enojo y la queja pueden propiciar procesos de elaboración al permitir interpelar, deconstruir y restituir un elemento de la vivencia subjetiva. Por el contrario, las terapéuticas que apuntan al perdón y al olvido de lo ocurrido y/o sentido, paradójicamente aseguran su existencia, congelando el transcurrir del tiempo a partir de un intento de negación que siempre será incompleto.

De ahí que la emergencia de nuevos sentires en Karla quizás apunte a la instauración temporal de otra escena que permita problematizar lo ocurrido y la manera en que eso fue transmitido, pues en sus palabras se hace patente el lastre de una impronta psíquica cuya repetición no se ha visto menguada tras el paso de las generaciones. Desde esta perspectiva, *regresar la herencia* parece implicar la reescritura de un fragmento de la historia, empresa que requiere un posicionamiento activo del sujeto, sin olvidar que “quien [...] convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos, en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esa lucha” (Freud, 1905/2010a, p. 96).

En la segunda sesión de trabajo del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, se invirtió, sin que los participantes lo supiesen previamente, la actividad de escucha. Una vez que los integrantes finalizaron su narración acerca de la manera en que piensan que el conflicto descrito en el primer encuentro los convoca a ellos, se les solicitó que ahora leyeran su texto en voz propia en compañía de los otros. En consonancia con la metodología desarrollada en los *grupos de acontecimiento*, esta propuesta apunta a “encontrar en el otro, en los otros, en la alteridad de la escucha, diferentes acercamientos a la significación” (Orozco, Gamboa & Cuellar, 2017, p. 159). Se pasó pues, de una *escucha extranjera* a una suerte de *escucha restitutiva*, ¿qué género está actividad entre los presentes?, ¿qué se pone en juego al leer el propio escrito?

Respecto a ello, María comentó:

La vez pasada que fue verbalizado mi escrito por alguien más, experimenté una sensación de cierto alivio, no sentí tan emotivo escucharme a través de otra persona, pero ahora darme voz a mí misma es encontrarme con todo esto que está aconteciendo en mi vida, en mi familia, con mi papá y mis hermanos. Se sentía como si todo estuviera pasando al mismo tiempo, sin ninguna línea temporal de presente y pasado, como si todo estuviera imbricado, sigue muy presente.

La escritura testimonial abre nuevas temporalidades de la memoria que hacen resonar los acontecimientos que han marcado al alma de las generaciones, volver a nombrarlos no es sólo un ejercicio del recordar, implica también hacerlos presentes, revivenciarlos y escucharlos corporalmente. La intervención de María hace patente que la atemporalidad del inconciente borra los límites temporo-espaciales, de ahí que sea posible que confluyan las heridas familiares sin importar su orden cronológico.

Por su parte, Karla, otra de las participantes, expresó:

Yo estaba segura que alguien más iba a leer lo que escribí. Resuena más fuerte, se borra la sensación de ajenidad. Al darle voz propia es más impactante, empiezas a recordar y a elaborar muchas cosas hasta que llegas a un punto en el que no sabes qué más decir y cuando finalmente terminas te das cuenta que faltó mucho por decir.

La imposibilidad de nombrarlo todo es precisamente lo que permite que lo demás se estructure, no todo puede ser dicho. El elemento faltante moviliza el deseo. Sin embargo, el lenguaje, en su carácter mismo de incompletud, puede figurar como un intento de “dar forma a la experiencia, al proponer una coherencia inexistente en la vida” (Arfuch, Leonor, 2013, p. 104). En el dispositivo narrativo-escritural aquí propuesto, la palabra escrita es una búsqueda por figurar, desfigurar y reconfigurar los restos fragmentarios de una vivencia pasada de índole traumática.

Para Sasha, leer su propio texto le generó una sensación de embrollo, curioso que eligiera esa palabra, *embrollo*, la cual parece operar como un significante que estructura las relaciones al interior

de su estirpe. Sin embargo, ante dicha confusión ella apuesta por nuevas formas de escritura. Comenta lo siguiente:

Yo experimenté una sensación de embrollo cuando estaba escuchando lo que escribí, sé que a partir de ese embrollo algo continúa escribiéndose. No es una historia ya dada, existen también otras posibilidades para ser escritas y eso es precisamente lo que ha resonado muchísimo en mí, qué otras posibilidades, qué otras narrativas, qué otros textos son posibles de seguirse escribiendo.

Los dos tipos de escucha del despliegue escritural apuntan a inscribir algo que no estaba, y que sin embargo no dejaba de brotar, de infiltrarse en las conversaciones con los otros, en las actitudes, modos de crianza, gestos, síntomas e ideas. Se trata de elementos punzantes e inolvidadizos que terminan por instalarse en la cotidianidad, moldeando posicionamientos subjetivos singulares. La posibilidad de dar cuenta de aquello que habita al sujeto y ha estado siempre presente, aunque ciego para él, es posible a partir de que se instaura otra escena que permite interpelar esa impronta psíquica inconciente, la escena analítica figura como uno de esos espacios.

### **La memoria de los objetos.**

Una fotografía es a la vez una pseudopresencia y un signo de ausencia. Como el fuego del hogar, las fotografías incitan a la ensoñación.  
Susan Sontag, 1973.

Para la segunda sesión de trabajo se les solicitó que trajeran algún objeto que tuviese relación con lo narrado durante el primer encuentro. La gran mayoría recurrió a las fotografías. Para mí sorpresa, no trajeron consigo sólo una de ellas, la más representativa -como yo había pensado-. Por el contrario, llegaron con múltiples imágenes sustraídas de sus álbumes familiares, la vastedad de material fotográfico conmocionó afectivamente a las participantes al vehiculizar el recuerdo de los malestares padecidos al interior del orden generacional. Al escucharlas hablar acerca de cada una de sus fotografías, caí en cuenta que mi suposición inicial había sido ingenua. Lo narrado por ellas no podía caber en una sola imagen, ni siquiera en todas las que trajeron, pues desbordaba las posibilidades mismas de representación. Si bien había algo ahí representado, también había algo que escapaba a todo intento posible de representación, pero que, sin embargo, por su carácter mismo de ausencia, esbozaba y delineaba un resto de lo indecible, lo secreto, y lo abyecto de su linaje.

Para Roland Barthes (1980/2022), “una foto es siempre invisible: no es ella a quien vemos” (p. 28), quizás por eso nunca muestra la fotografía de su madre en el invernadero de la que tanto habla en su ensayo *La cámara lúcida*. No la muestra porque el lector no la entendería, no podría ver lo mismo que él, no percibiría la esencia de esa imagen, ni encontraría en la mirada de esa madre el *intersum*, que

remite al momento que ha sido y ya no es. De ahí que la fotografía mantenga un vínculo estrecho con la muerte, es un “retorno de lo muerto” (p. 30).

Todas las fotografías son *memento mori*. Hacer fotografía es participar de la mortalidad, vulnerabilidad, mutabilidad de otra persona o cosa. Precisamente porque seccionan un momento y lo congelan, todas las fotografías atestiguan la despiadada disolución del tiempo (Sontag, 1973, p. 25).

Si bien la realidad histórica en la que vivimos nos bombardea constantemente con imágenes, utilizadas con propósitos mercantiles que nos lleven a consumir, difícilmente en alguna de ellas podríamos encontrar un *punctum*, algo punzante que nos estremezca, un detalle, un rasgo que se ubique más allá de la composición estética de la imagen o de la técnica empleada por quien ha fotografiado. El *punctum*, según Barthes (1980/2022) al tiempo que corta algo de la imagen, la activa, es algo que marca, hace vibrar, estremece, fija la mirada, emergencia súbita de un elemento fulgurante que hace que la foto deje de ser una más entre las otras.

Las integrantes de ambos grupos, al mostrar sus fotografías, narran esos elementos particulares que para ellas se imponen y reclaman ser vistos y, por ende, pensados. Karla, por su parte, comienza mostrando dos imágenes, en la primera de ellas aparece posando una familia compuesta por dos hermanos varones, una niña en edad escolar y ambos padres. Se trata de una fotografía realizada en un estudio profesional, asemeja mucho a aquellas que comúnmente suelen ser tomadas en el país vecino.

Karla comenta:

Esta imagen describe mucho a mi familia, que siempre ha sido de guardar las apariencias y aparentar que todo está bien. En esta fotografía en verdad pareciera que no hay problemas, que no pasa nada, pero si se fijan bien, la bandana que traigo en la cabeza es porque me había caído ese día en la mañana y se me hizo un chipote muy grande, me la pusieron para que no se viera en la foto. Una clara metáfora de cómo se maneja mi familia.

Posteriormente muestra una fotografía de una fiesta familiar infantil y conmovida, expresa lo siguiente: “Ésta es mi verdadera familia, tal y como es. Aquí estamos en uno de mis cumpleaños y mi papá está borracho, como siempre, en la foto se le ve mal. Mi papá desde que recuerdo ha sido alcohólico”. En el ejercicio de escritura realizado durante el taller, Karla se refirió a los abusos, acosos, violencias y violaciones padecidas por las mujeres de su estirpe. Frente a tales vivencias que siguen presentándose en el orden generacional, todos y todas aparentan que nada ocurre. La imposibilidad de cuestionar y limitar la violencia recibida parece operar como una impronta psíquica que condena a las descendientes a aceptar cualquier cosa que venga del otro.

Sin embargo, ahí donde en la foto aparentemente todo está bien, todos sostienen una pose digna de una familia idílica de las que se ven en las películas, hay un elemento oculto que corta esa ilusión. El

*punctum* en la primera fotografía es la bandana, no por su existencia misma sino por su función, como si ese accesorio en la cabeza de la niña pequeña develara un elemento estructural del funcionamiento familiar, sostén de gran parte de los malestares vivenciados por las mujeres de ese linaje. Cuestión interesante, pues lo que puntúa, en este caso, delinea lo escondido, aquello que, aunque no se diga, reclama su presencia en los intercambios familiares. Lo que no se deja ver a simple vista sostiene la composición total de la imagen.

En el arte, las fotografías han sido una vía privilegiada para escribir la escritura de la historia. Alfredo Jaar (2013), artista visual chileno sostiene que las imágenes no son inocentes, pues cada una de ellas representa una concepción del mundo, una visión ideológica que nos dice cosas acerca del contexto histórico en el que vivimos. En uno de sus trabajos más conocidos, *El proyecto Rwanda*, nos muestra lo que no tiene lugar en el imaginario social de Estados Unidos, lugar donde él radica. En un lapso de seis años, Jaar se encarga de documentar la manera en que los principales medios de comunicación impresos representan el genocidio de 1994 ocurrido en Rwanda, en el que un millón de personas fueron asesinadas en un lapso de cien días, bajo la indiferencia lacerante del resto del mundo. La exposición enmarca 17 portadas, ordenadas cronológicamente, de la revista más leída en ese momento *Newsweek*, debajo de ellas se inserta un pequeño texto que narra lo que estaba ocurriendo en África al tiempo de su publicación. Los temas de moda, política y espectáculo que configuran las portadas junto con las fotografías seleccionadas para ilustrarlos, en primera instancia parece que nada nos dicen sobre la matanza, pero es justamente ahí, en la negativa o indiferencia a mostrar lo ocurrido, en la ausencia y el silenciamiento del acontecimiento, que terminan por develar otra cosa, su evidente racismo.

*El proyecto Rwanda* me remitió a pensar en esa condición de mostración-ocultación que puede presentarse en las imágenes, tal y como ocurrió con las fotografías de Karla. Tanto ella como Jaar parecen estar denunciando y enunciando, a partir de las imágenes, fragmentos de lo indecible y de lo impensable que atraviesan su mundo, elementos sintomáticos que se infiltran en el acontecer anímico y terminan por delinear la cotidianidad. Ubicar estos restos no es tarea fácil, quizás escaparían al observador más sagaz porque no están presentes visiblemente en las fotografías, por el contrario, están ocultos en ellas.

Para Arfuch, Leonor (2013) la imagen se encarga de mostrar, a partir de lo que oculta, un dinamismo perenne entre presencia-ausencia, mismo que permite “iluminar zonas dormidas, agazapadas, negadas y reprimidas” (p. 65). Las fotografías de las participantes del taller escamotean el olvido y relanzan la

significación al fungir como una huella gráfica de las afecciones que han marcado el alma de sus generaciones.

María, otra de las integrantes del taller llegó al encuentro también con varias fotografías. Sin embargo, entre todas ellas eligió una para mostrar primero, se refirió a esta como “la que más representa lo que he narrado”, acto seguido nos enseñó una foto dividida en dos partes, en ellas se veía a una familia reunida, sus miembros estaban de pie, a la imagen le faltaba un pedazo, fácilmente se deducía que alguien había recortado a una persona. María comentó:

Cuando mis papás se separaron, mi mamá recortó de absolutamente todas las fotografías de los álbumes de la casa, a mi papá, no quería saber nada de él, era su intento de borrarlo de su vida, de dejarlo fuera de la familia, lugar en el que mi papá ya había estado.

El divorcio de sus padres enfrentó a María y a sus hermanos ante una depresión materna que los llenaba de angustia. El estado afectivo de su madre la imposibilitó, durante muchos años, de hacerse cargo de su maternidad, por lo que a edad temprana los hijos se vieron orillados a asumir responsabilidades que aún no les correspondían. Así, se conjugaba una doble ausencia: la ausencia física del padre, quien no sólo moraba en otra casa, sino que también estaba absorbido por el trabajo, y la ausencia materna, presente en cuerpo, pero emocionalmente ausente.

La fotografía de María devela, a partir del pedazo faltante, las ausencias que han marcado a su stirpe. Ausencias que se remontan más allá de la segunda línea generacional. Para ella, el abandono temprano del que fue objeto su madre a los pocos meses de nacida, seguido de su adopción por nuevos padres, la llevó a construir un ideal de familia que se fue al traste con su divorcio. Así, la conclusión de su matrimonio parecía reactualizar otras heridas y ante tal aglutinamiento de malestar, la salida defensiva fue la negación de la existencia del otro.

Llama la atención que al igual que Karla, no es la imagen en sí la que muestra algo, en su carácter de completud. Por el contrario, es un fragmento, un elemento que ni siquiera está presente en la composición de la imagen, el que permite esbozar algo del sufrimiento familiar.

En el caso de Sasha, ella comenta que quiso traer un cuadro que le hizo su abuelo cuando estaba en la cárcel, pero no pudo encontrarlo, al preguntarle a su mamá donde estaba, esta le dijo que lo había escondido y no se lo daría. Entre todas las imágenes que trajo al taller mostró una de un hombre mayor parado en un barandal junto a una maceta, “él es mi abuelo paterno, pienso que el no haber podido traer el cuadro que me hizo es un reflejo de la manera en que ha quedado escondido en la historia familiar”.

La insistencia de Sasha por reconstruir, a partir de decires fragmentarios, la historia del abuelo de la que nadie habla parece ser un intento por eclipsar el olvido, por asegurar la transmisión de una

memoria que, aunque no fue vivida en la propia experiencia, los estragos de su existencia se han infiltrado en lo más íntimo de su núcleo familiar. Para Arfuch, Leonor (2013), “la transmisión de la memoria se transforma en un imperativo, en un deber en función de la justicia, sobre todo respecto de crímenes, persecuciones y acontecimientos traumáticos que dejan memorias imposibles de acallar, cuya temporalidad siempre es presente” (p. 67).

Así, la imagen del hombre mayor que muestra Sasha, con la nitidez de los colores que la componen, parece entrañar una revelación que no termina por producirse pues se sigue fabricando a partir de lo que se calla y se dice a medias en el entorno familiar. Esto es posible a partir de que no es la veracidad de lo narrado, la autenticidad o fidelidad de la memoria lo que se busca conseguir, por el contrario, “se tratará siempre de una construcción, en la que el lenguaje o la imagen -o ambos- imprimen sus propias coordenadas [...] y sus posibles infracciones, un devenir donde otras voces hablan -inadvertidamente- en la propia voz” (Ídem, p. 81).

Si bien las fotografías fueron los objetos predilectos que la mayoría de los participantes escogieron para trabajar en la segunda sesión del taller, algunos optaron por traer otras cosas: un anillo obsequiado por la abuela fallecida, el carro que pertenecía a los abuelos y ahora fue heredado, una bolsita de minerales que, según la abuela, trae buenos augurios. Todos estos objetos están marcados por la huella del tiempo, por el uso, por una investidura afectiva que signa el lugar de quienes ya no están. Objetos disímiles que sólo adquieren significancia al ser insertados en la trama simbólica de una historia. Elementos inanimados que despiertan la memoria, al tiempo que ésta es reactivada por ellos.

## **REFLEXIONES FINALES**

El estudio de la transmisión genealógica en psicoanálisis apela a la existencia de una impronta psíquica cuya presencia se hace patente en todo aquel que ha pasado por un proceso de humanización, de la humanización que brinda el lenguaje. Dicha impronta originaria es la encargada de comenzar a dar forma al mundo interno del recién llegado, lo cual echa por tierra la ingenua teoría que sostiene que el sujeto nace en blanco, como una tabula rasa, carente de inscripciones significantes, y será únicamente a través de las experiencias sensoriales que se comenzará a inscribir algo en la *pizarra* de la vida. El abordaje teórico-clínico de la genealogía derroca dicha creencia al mostrar que tanto la sintomatología del sujeto como su propia constitución psíquica se encuentran atravesadas por discursos, restos, decires, y fragmentos transmitidos al filo de las generaciones, los cuales contornean una suerte de herencia psíquica frente a la cual el sujeto tendrá que posicionarse.

Así pues, podríamos pensar que una parte importante del devenir subjetivo del cachorro humano ya ha sido escrito incluso antes de su nacimiento biológico, tal y como si se tratará de un juego de naipes en donde las cartas han sido repartidas al azar, la suerte ya ha sido echada. En la partida secreta se juega un conglomerado complejo de significaciones, identificaciones, fantasías, deseos, traumas, anhelos, secretos y violencias propias de sus antepasados que se conjugan, transmudan y contornean el lugar que el recién llegado, sin saberlo, vendrá a ocupar en su constelación genealógica, lugar que dejará huellas que van a reactualizarse incesantemente en sus encuentros y desencuentros con el afuera, para el discurso lacaniano esto constituye el entramado de lo simbólico.

Imaginemos que todo el entramado mencionado anteriormente forma parte de una extensa red significante que precede la existencia material del sujeto y lo marca, infiltrándose y modelando su vida anímica. Eso que hace marca y prepara el terreno para la germinación de la vida subjetiva al dar forma al tejido psíquico, se llama inconsciente, el cual lejos de ser una entidad física o una sustancia cerebral, habita en el lenguaje, en lo social, en el seno familiar y en los intercambios con los otros.

El interés inicial de Freud por dar cuenta de eso que marca y da forma al tejido subjetivo al filo de las generaciones puede pensarse esquemáticamente a partir de dos momentos: En el primero se ubica una fascinación por la realidad material que lo llevó, influenciado por las teorías evolucionistas de su época, a apuntalar en el campo de la biología lo que ocurría a nivel anímico, el *Proyecto de una psicología para neurólogos* se inscribe en dicha tradición y se trató de un ambicioso ensayo que buscaba esclarecer los procesos normales a partir del estudio de la psicopatología, en el texto la referencia a una economía de la energía nerviosa es constante, la cual es comandada por la circulación de las neuronas a través de los circuitos del sistema nervioso. Si bien Freud dejó inconcluso este trabajo, lo desechó y no tuvo intención alguna de publicarlo, para la comunidad analítica es imprescindible su valor, pues en él se encuentran, en germen, muchas de las propuestas teóricas que serán desarrolladas más adelante a lo largo de su obra.

La mirada biologicista atravesó también las primeras teorizaciones acerca de la histeria, Freud incluso llegó a sostener la hipótesis de su maestro Charcot que afirmaba la existencia de una herencia genética degenerativa de la histeria, la cual era transmitida de padres a hijos. En ese período se buscaba capturar, a través de descripciones nosológicas guiadas por un apremiante régimen escópico, al enigmático padecer de las simuladoras de la época. Los famosos trabajos con Breuer se apuntalan en esta tradición, sus esfuerzos consistían en ubicar en un momento espacio-temporal específico la escena traumática de abuso sexual que dio origen al fenómeno.

La ruptura epistémica que marcó el inicio del método psicoanalítico se encuentra plasmada en la célebre *carta 69* de la correspondencia con Fliess. El abandono de la primera teoría de la histeria abrió la puerta para el descubrimiento de la sexualidad infantil expresada a través del complejo de Edipo. Con ello, también emergió el mundo de las producciones imaginarias, ambos elementos fungen como pilares centrales de la epistemología. Es aquí en donde podemos ubicar un segundo momento en el pensamiento freudiano, pues al dejar de lado las tesis biologicistas se construyeron nuevas teorías que buscaban dar respuesta a las distintas manifestaciones de la vida anímica a partir de referentes que ya no aludían al campo médico sino al orden psíquico.

El tema de la transmisión genealógica se vio nutrido con el cambio de paradigma, de la herencia genética se pasó a pensar en una herencia psíquica, en una transferencia intergeneracional sostenida a partir de ciertos desarrollos teóricos como las fantasías originarias, formaciones imaginarias que buscan dar respuesta a los enigmas fundamentales del acontecer anímico: el surgimiento de la sexualidad, el origen del individuo y la diferencia anatómica de los sexos. Dichas fantasías al imponerse frente al vivenciar del sujeto llenan las lagunas de la verdad individual con la experiencia de los ancestros. Su universalidad radica en que se trata de escenas que en un momento mítico fueron vivenciadas en la prehistoria por nuestros antepasados y posteriormente pasaron a entramarse en la cadena de transmisión simbólica a través de las fantasías originarias que forman parte de la realidad psíquica. Desde esta perspectiva, el componente filogenético reclama su presencia en la vida subjetiva de las generaciones desde tiempos inmemoriales, pues las huellas de lo ancestral transmitido son las encargadas de dar forma a la constitución psíquica.

El complejo de Edipo, al ser la pieza clave de las fantasías originarias, es el organizador psíquico más potente, tanto a nivel de estructura como a nivel de la historia individual. La propuesta freudiana apela a que su origen también es hereditario, congénito, al figurar como un producto de la historia de la cultura. Es interesante pensar en las maneras en que estas huellas de lo originario se manifiestan en el acontecer subjetivo, un claro ejemplo de este punto se encuentra en los historiales clínicos del hombre de los lobos y del pequeño Hans, curiosamente ambos conciben en la fantasía a padres que no se corresponden en absoluto con los personajes reales y es justamente ahí que emerge el conflicto psíquico, pues lo que se impone es el contenido de lo heredado y eso heredado no se adecua con la vivencia individual del sujeto. Recordemos el discurso que Freud dirige al pequeño Hans y a su padre, haciendo hincapié que él, desde un lugar oracular, sabía que vendría al mundo un niño que por amar a su madre tendría miedo a su padre. El Edipo es una trama simbólica que se hereda.

Cabe aclarar que, si bien la impronta psíquica se hace presente en todo aquel que ha pasado por un proceso de humanización, no se manifiesta de la misma manera en todos los sujetos, pues las fantasías inconscientes se enlazan con representaciones del propio vivenciar individual, de ahí que las historias que se tejen siempre sean distintas. Asimismo, la respuesta subjetiva que cada uno formula frente a lo que viene del otro es singular y representa la marca de su neurosis. En suma, podríamos sostener que, para el psicoanálisis lo heredado condensa el patrimonio simbólico de la humanidad, el núcleo de lo inconsciente que se transmite de generación en generación a través del lenguaje. Precisamente en *La interpretación de los sueños*, Freud señala esta condición inmortal del inconsciente, el cual es reservorio de deseos infantiles que se transmiten desde tiempos inmemoriales.

Arribar a la concepción de la impronta psíquica no fue tarea fácil pues recordemos que los esfuerzos por echar luz acerca de la etiología de las neurosis llevaron a Freud, en un inicio, a apelar a la tesis de la herencia genética degenerativa de la histeria, la cual fue posteriormente permutada por un creciente interés en el pasado individual, la necesidad de rastrear los traumas sexuales padecidos durante la primera infancia marcó el proceder clínico de esa época, sin embargo, al desechar la teoría del trauma, el interés por la historia individual se remontó a un pasado aún más lejano, ancestral y social, el cual sentó las bases para sostener la hipótesis de la existencia de una herencia arcaica responsable de la estructuración anímica y sostén de la condición sintomática.

De la mano de la nueva tesis se volvió imprescindible la escucha a la dimensión generacional para dar lectura clínica al síntoma que aqueja a un sujeto, pues de esta forma se tornaba posible esbozar lo transmitido en las líneas filiales y generacionales, los posicionamientos inconscientes emergentes frente a lo dado, y la manera en que el padecer subjetivo se encuentra atravesado o incluso sostenido por los restos de dicha transmisión. Prestar escucha a los discursos que orbitan al tejido familiar se sustenta en la premisa de que la familia figura como el primer espacio de socialización del infans, territorio de los primeros intercambios libidinales y lugar de inscripción de lo transmitido al filo de las generaciones, elementos que dan forma a la novela familiar.

Dicho esto, no es casual que en la casuística freudiana el análisis de los historiales clínicos tome precisamente la escucha al orden genealógico como la piedra angular que guía tanto el abordaje clínico como la construcción teórica, la cual es problematizada a partir de los principios metapsicológicos que rigen su epistemología. Basta pasar revista por algunos de los casos paradigmáticos del psicoanálisis para dar cuenta del lugar otorgado en la reflexión a las líneas filiales y generacionales del sujeto. Podemos atestiguar este punto en el historial de Schreber, el cual pone de manifiesto que la sintomatología del presidente no podía ser analizada sin hacer recurso a la línea precedente en la cual

se encontraba enraizada, pues recordemos que varios elementos de su delirio mantenían un nexo indisoluble con su padre -curiosamente poco o nada mencionado en su testimonio memorial-. No obstante, tal omisión, al darle lugar a ciertos elementos de la historia de Daniel Gottlieb se volvió inteligible la relación entre las extravagantes creencias y experiencias de Schreber, mismas que le otorgaron el diagnóstico de loco, y la relación con su padre, sobre todo con sus peculiares prácticas educativas. Imposible concebir la génesis de su locura sin hacer presente a su urdimbre familiar.

El historial de Juanito es otro claro ejemplo de la manera en que la condición sintomática se encuentra enraizada en las líneas filiales y generacionales. El paciente más joven de Freud, aquejado de una fobia hacia los caballos muestra, mediante su condición de malestar, el conflicto familiar que lo aqueja y rige las relaciones entre sus consanguíneos. Todo se encontraba sostenido en una confusión respecto a la diferencia sexual, misma que agudizó el conflicto edípico, haciendo estallar su fobia infantil. Los padres, sin saberlo conscientemente, habían labrado el terreno para dicha irrupción sintomática que operó como una formación de compromiso que le permitió al pequeño introducir aquello que no podía ser instaurado por su padre, la amenaza de castración. Freud, con su feliz intervención no hizo más que ordenar los lugares dentro de la trama generacional, con ello le otorgó al padre, frente al hijo, la autoridad que le negaba la compañera conyugal, y que el mismo parecía no concederse, con dicho movimiento ya no fue necesaria la formación de subrogados de origen animal pues el padre pudo ejercer, en lo sucesivo, la autoridad frente a su hijo.

El caso de Juanito pone el acento en un elemento que es central para la estructuración subjetiva, la interdicción del incesto, la cual funge como el encargo social de mayor relevancia que es atribuido al tejido familiar de generación en generación, ya que el seno familiar enmarca el primer espacio de domeñamiento pulsional del cachorro humano, representa el despliegue de un escenario que tiene como encomienda restringir la satisfacción de los más fervientes deseos sexuales y agresivos, a cuya apetencia es necesario renunciar para mantener la vigencia de la cultura, y asegurar la emergencia del sujeto. Menuda tarea en cuyo (in)cumplimiento está comprometida la vida psíquica de la descendencia.

Los estudios realizados en el campo de la antropología por investigadores como Morgan, Engels y posteriormente Lévi-Strauss nos muestran que no es de reciente data la encomienda social atribuida a la familia, pues desde tiempos inmemoriales ha sido la encargada de salvaguardar y custodiar la ley más importante para la constitución subjetiva, la interdicción del incesto. Las restricciones pronunciadas al comercio sexual han estructurado las distintas formas de familia que han existido a lo largo del tiempo. De tal forma que la prohibición a ciertas prácticas sexuales es lo que ha permitido el

ordenamiento de los sistemas de parentesco y la diferenciación entre sus miembros, inscribiendo con ello el logos separador para que la vida sea vivible para la estirpe.

Si bien desde el campo jurídico la interdicción del incesto se refiere únicamente a la restricción del comercio sexual entre consanguíneos, curiosamente en lo social la prohibición se extiende más allá de la sangre y abarca el vínculo con personas que incluso ni siquiera figuran dentro del entramado de orden biológico. Cuestión interesante que nos lleva a preguntarnos entonces, qué es la familia, y cuando hablamos de la escucha a las líneas filiales y generaciones que atraviesan, sostienen y dan forma al acontecer subjetivo, a qué nos estamos refiriendo.

Tanto para el campo médico como para las disciplinas *psi* parece estar muy clara la definición de *familia*, esta designa a un grupo de personas emparentadas entre sí a partir de lazos biológicos compartidos, cuyo reconocimiento de los mismos suele ser sustentado por el orden jurídico y es mostrado a través del patronímico. Sin embargo, para el psicoanálisis es otra historia, este sostiene que la sangre compartida no sella la construcción ficcional de la novela familiar, ya que la genealogía rebasa los límites de la trilogía madre-padre-hijo, pues los parentescos que reconoce el sujeto y la manera en que dispone de ellos para el acomodo de su árbol genealógico, enmarcan operaciones psíquicas que se configuran de manera distinta en cada historia de vida, las cuales, hartas veces, se ubican fuera de los vínculos biológicos que les corresponderían.

Así pues, la clínica de la genealogía presta escucha a la construcción fantasmática de la novela familiar del sujeto, a los discursos que orbitan su historia y han atravesado, al filo de las generaciones, la vivencia individual, sirviendo incluso de soporte a la condición sintomática. De manera que el interés clínico se encuentra lejos de recaer sobre los personajes reales, nada más ingenuo que hacer confluir a los padres internalizados con los de carne y hueso, pues resulta imperante recordar que la edificación del mundo interno se encuentra atravesada también por lo transmitido por los ancestros, de forma que en los vínculos que se entablan con el afuera se reactualizan restos de lo transmitido por los antepasados. La internalización de las figuras parentales obedece a un proceso inconsciente.

Con fines de acotar más el tema de la transmisión, podríamos pensar esquemáticamente lo transmitido generacionalmente a partir de dos vías, una singular y otra universal. La primera remite a aspectos propios de la historia familiar que eclosionan en el aparato psíquico de la descendencia, muchas veces por su carácter traumático, tal puede ser el caso de violencias padecidas y silenciadas, secretos, decires que generan equívocos, entre otros, la lista es interminable y se nutre en función de lo que acontece en cada estirpe, más adelante esta cuestión será retomada al referirnos a los testimonios

de Karla, Sasha y María, pues en ellos es posible entrever, al filo de tres generaciones, los estragos de una transmisión que remite a un aspecto en particular.

La segunda vía que nombramos universal se refiere a lo originario, a todos aquellos aspectos que posibilitan la estructuración psíquica y que han sido transmitidos desde tiempos inmemoriales, nos referimos a los desarrollos freudianos en torno a las fantasías originarias, al complejo de Edipo, y a la prohibición del incesto. Estos elementos, al ser compartidos culturalmente se reactualizan en cada historia de vida, sentando las bases para el devenir subjetivo, a ellos se irán sumando otros, pertenecientes a la novela familiar singular que, confrontados con las vivencias y con la subjetividad individual van a dar lugar a posicionamientos diferentes en cada sujeto.

Tal y como hemos comentado, el lugar privilegiado de inscripción de la transmisión generacional en sus dos acepciones, la singular y la universal, es la familia. Es así como los grandes desafíos inconscientes de la humanidad van a jugarse en el escenario genealógico, y quizás el más importante de ellos, de orden universal, es la problemática que supone el incesto. Como referíamos previamente, la prohibición no remite únicamente a la restricción de alianzas de índole sexual con miembros de la familia internalizada, pues el psicoanálisis nos muestra que la interdicción recae también sobre todos aquellos vínculos entablados dentro de la urdimbre familiar fantasmática. Recordemos que en el inconsciente no hay indicio alguno de realidad, si los lazos filiales están atravesados por fantasías de tinte incestuoso poco importa que no haya una verdad fáctica que los corrobore, su simple existencia en el mundo interno basta para darles veracidad.

En esa tesitura no es suficiente con no copular con la familia internalizada, la renuncia debe también reivindicarse en el campo anímico, en los intercambios con los otros, en las actitudes hacia ellos y en los vínculos que entabla el sujeto con su núcleo cercano, todo esto es mandatorio en favor de la reproducción subjetiva de la descendencia. Es así como la instauración de la prohibición demanda que opere cierto quantum de desasimiento libidinal hacia los padres que afloje el vínculo con ellos, para que sea posible sostener una vida conyugal y abrir un espacio psíquico para la siguiente generación.

Si la familia de origen no muere, simbólicamente, para el sujeto en cuestión, no se destruye, la siguiente generación, lejos de constituirse como una entidad separada, va a devenir un apéndice amorfo de la primera, subvirtiéndose los lugares dentro de la urdimbre familiar, y yendo en contra de la ley de la diferenciación subjetiva, de suerte que lo va a transmitirse a la descendencia será un imperativo incestuoso de no separación. Recordemos que Freud remarcó la necesidad del enfrentamiento entre la generación antigua y la nueva para el progreso de la cultura, pues la negativa a resignar la autoridad parental de la infancia, aparte de ser en perjuicio de la stirpe venidera, conlleva un importante

componente incestuoso cuyas implicaciones, sin duda, se manifestarán en el amor sexual del adulto. Es imprescindible asumir un posicionamiento activo frente al incesto para darle un lugar a la descendencia.

La clínica atestigua los estragos subjetivos que emergen ante la negativa de separación de los objetos primarios, un hecho clínico que no cesa de estremecer nuestra escucha radica en que dicha negativa muchas veces es sostenida por las propias figuras parentales, sobre todo por la madre, la cual se niega a renunciar a la imagen de completud que le regresa su hija, dejando a la pequeña encerrada en un universo materno devorador, incestuoso e indiferenciado, esto se ve reforzado con las nuevas formas de crianza que suelen ir acompañadas por discursos capitalistas que apuntan precisamente al todo, a una presencia ilimitada con los hijos, a una educación “respetuosa” que se restrinja reprimir o restringir los comportamientos disruptivos, a una “libertad” de permitir que el infans elija todo, desde la ropa hasta el género percibido, todo esto no es más que una tentativa por borrar imaginariamente la falta y neutralizar la pregunta por el deseo, lo cual a su vez tiene una deriva incestuosa.

En la historia de dichas madres, imposibilitadas de emprender un proceso de pérdida y separación de sus hijas, es común encontrarse con que a ellas mismas les fue negado dicho pasaje por su propia madre. Es pues, una posición particular frente al incesto la que se transmite, la cual comanda los vínculos con los otros. Así, la negativa de separación se inscribe en la primera línea y desde ahí es transmitida a la segunda, la tercera generación, los hijos, por la diversidad de sus síntomas, suelen ser tomados como objetos de consulta psicológica, pues ellos hacen patente, a través de su malestar, los estragos psíquicos que se han presentado en su estirpe tras al paso de las generaciones.

Son pues, muchas las lecturas que puede tomar la interdicción del incesto. En suma, podríamos sostener que lo incestuoso, desde este campo de saber, remite al borramiento de las diferencias, a la fusión mítica, a nivel imaginario, con el objeto primordial. Todas las prácticas, al interior e incluso al exterior de las generaciones, van a llevar esta marca. De ahí que la instauración de la prohibición está lejos de dar forma a un posicionamiento único y consumado en la vida, por el contrario, se trata de una operación en constante reactualización, ya que los vínculos libidinales que construya el sujeto volverán a poner en circulación su contenido.

Recordemos que, en la teorización psicoanalítica, Freud tomó del teatro helénico una obra en particular para mostrar no sólo la prohibición del incesto sino también sus implicaciones psíquicas, se trata de *Edipo rey*, la célebre tragedia griega de Sófocles. El drama pone en escena enlaces incestuosos carnales que tienen por resultado una descendencia que, incluso antes de su nacimiento, ya viene marcada por esa mácula. Las múltiples representaciones de la pieza teatral, al cabo de más de dos

milenios, ponen de manifiesto la vigencia de su contenido. El espectador queda atrapado angustiosamente en la trama pues reconoce en él mismo los deseos sexuales de Edipo hacia sus objetos primarios. Si seguimos las creaciones posteriores del drama sobresale un aspecto interesante, la desgracia no culmina con el trágico desenlace de Edipo, pues se extiende a la siguiente generación, los infortunios recaen también sobre la estirpe incestuosa.

Si bien Freud se restringe a tomar únicamente la obra *Edipo rey* para ilustrar su teoría, al adentrarnos un poco más en la literatura griega es posible rastrear el crimen perpetuado por Edipo al filo de tres generaciones. Curiosamente el actuar incestuoso no comienza con este famoso personaje, como suele pensarse, por el contrario, ya estaba inscrito en su estirpe, en una línea anterior. Recordemos que el padre de Edipo, Layo, abusó sexualmente del hijo del rey Pélope, la maldición que este último le profiere al pederasta repite la profecía del oráculo. Desde esta perspectiva, el funesto destino de Edipo podría pensarse como consecuencia del crimen perpetuado por su padre, al desborde pulsional del padre, realizado con flagrante consciencia, le sigue el desborde pulsional del hijo, cometido en plena ignorancia. El hijo “saldá”, por decirlo de alguna manera, la deuda del padre, paga por sus excesos cometidos. A su vez, los estragos subjetivos que acarrea el crimen se infiltran y comandan la vida de la descendencia, de los hijos de Edipo, sobre todo de Antígona. Son tres las generaciones atravesadas por el actuar incestuoso, en la primera se genera el abuso sexual, en la segunda se inscribe el incesto y el parricidio, y finalmente, en la tercera, tiene lugar el fratricidio. Se trata de la transmisión intergeneracional del síntoma criminal.

La vida se torna desgraciada para esta familia porque desde la primera línea generacional se atenta contra las leyes de la diferenciación subjetiva, lo que se le transmite a la segunda generación es esa marca que parece operar como un castigo que el hijo debe asumir, en la tercera generación se hace patente el caos que se ha producido al verse neutralizada la prohibición, el desordenamiento de los parentescos resulta enloquecedor pues vuelve imposible designar el lugar que cada quien ocupa dentro de su estirpe.

Freud tomó el mito griego de Edipo y lo convirtió en complejo, con ello dio forma a un modelo de familia en particular, el cual influyó en la construcción social de la figura de la familia por más de un siglo. En ella, la representación del padre es la encargada de reglamentar lo permitido y lo prohibido, dando forma al mundo psíquico de la descendencia. En nuestra época, el decaimiento de la autoridad paterna ha obligado a una reescritura de la teoría con el cometido de esbozar las nuevas formas de estructuración psíquica que emergen ante el desdibujamiento de la ley sostenida en la renuncia, su

problematización es indispensable ya que dichas configuraciones anímicas también inciden en la constitución subjetiva de la descendencia y en la formación sintomática.

Imposible no recordar esa máxima freudiana vertida en *Pulsiones y destinos de pulsión* que nos invita a pensar que nuestra existencia no es más que un eslabón en una cadena de la cual somos partícipes sin que medie nuestra voluntad e incluso nuestra conciencia de implicación en la misma. El estudio de la transmisión generacional pretende echar luz sobre aquello que antecede al sujeto y se ha infiltrado en lo más íntimo de su constitución psíquica, modelando posicionamientos singulares frente a la vida, y muchas veces, dando forma incluso a manifestaciones sintomáticas. Es pues una tentativa por interpelar de qué está hecha esa cadena que sujeta, qué es lo que la mantiene unida, y cuáles fragmentos son los que se repiten en cada concatenación.

Tal y como comentábamos anteriormente, si bien existe una transmisión de orden universal, ésta, al inscribirse en lo singular de una vida se enlaza con la historia del sujeto, con sus fantasías, sus vivencias, su vida interior, dicho encontronazo es el responsable de que, aun cuando exista una impronta común a todos aquellos que han pasado por un proceso de humanización, las historias, las maneras de vivir y los sufrimientos que emergen sean distintos para cada uno. Es ahí en donde podríamos apelar a lo particular de la transmisión.

Distintos teóricos del psicoanálisis han realizado importantes contribuciones al tema de la transmisión generacional, nutriendo y ampliando lo ya dicho por Freud. La mayoría de ellos tienen praxis clínica, lo cual no es un hecho menor pues es la escucha al sufrimiento del otro la vía privilegiada para dar cuenta del entrecruzamiento fantasmático, discursivo y crudo que pueden llegar a tomar, en una historia de vida, las líneas familiares del sujeto. Tras el curso de esta investigación nosotros nos adherimos a la tesis pronunciada por los anti-psiquiatras Cooper y Laing, la cual posteriormente fue retomada por Lacan y Dolto, así como por autores contemporáneos como Legendre, Faimberg, Gampel, Ferré y Bravo, la tesis sostiene que es en la tercera generación donde se consolida el nódulo de la transmisión, ya que en la tercera línea se cristaliza, tanto la estructura edípica como la condición sintomática. Desde esta perspectiva, para analizar el síntoma que aqueja al paciente es necesario abrir la escucha a las dos generaciones ascendentes del sujeto, pues la condición de sufrimiento que presenta se encontraría atravesada y sostenida por el trabajo de esas dos generaciones. Escuchar a las líneas familiares anteriores implica escuchar como éstas hablan en el sujeto, de qué manera lo hacen, quiénes se enuncian, y qué es lo que dicen. En el síntoma del sujeto de la tercera generación, muchas veces, hablan las generaciones.

Cabe señalar que tal hipótesis emergió en el campo de la locura, en el terreno de la esquizofrenia, en un momento histórico en el cual el fármaco se anteponía como la respuesta ante cualquier interrogante sobre el padecer subjetivo. El interés por echar luz acerca de la génesis del padecimiento, en lugar de únicamente tratar los síntomas, llevó a los anti-psiquiatras a visitar a las familias de sus pacientes en sus propias casas, salieron del gabinete médico para conocer dónde germinó y, se consolidó la locura, in situ, lo que descubrieron, a partir de la escucha, fue revolucionario, considerando el discurso rígido en el cual estaban inscritos, dieron cuenta que el síntoma, en este caso la locura, analizada de manera individual nada podría revelar, sin embargo, a la luz del discurso familiar se volvía inteligible su génesis, fue ahí en donde emergió la hipótesis de la tres generaciones sostenida en la escucha a la dimensión genealógica.

Las condiciones de dicho descubrimiento fueron posibles debido a que la locura no sucumbió ni a las etiquetas que buscaban nombrarla, describirla y capturarla en una formulación nosológica ni al exceso farmacológico que intentaba silenciar su malestar subjetivo, fue necesario un cambio de paradigma para poder escuchar lo que hasta ahora el método y la epistemología elegidas no permitían. No olvidemos que un hecho similar antecede a la creación del método psicoanalítico, pues fue la insistencia de la histeria con sus exuberantes síntomas lo que obligó al joven Freud a ir más allá de la mirada médica, tal insurrección permitió el descubrimiento del inconsciente.

Si bien la tesis de las tres generaciones surgió en el campo de la locura, ésta se desplazó también al campo de las neurosis, sus partidarios, que ya no eran anti-psiquiatras sino psicoanalistas, se interesaron en rastrear las huellas de los acontecimientos traumáticos al filo de tres líneas generacionales, para ello echaron mano de algunos de los cataclismos sociales más devastadores de la historia humana, como la segunda guerra mundial, el holocausto nazi y el régimen dictatorial en Argentina, algunos de reciente data en ese momento. Las preguntas que parecían comandar sus investigaciones buscaban esclarecer cómo se transmiten los horrores padecidos durante las guerras, las violencias sufridas y/o perpetuadas. Interpelaciones que emergieron como un intento, a posteriori, de dar cuenta de lo suscitado en la escena transferencial. En el caso de Yolanda Gampel, analista argentina, ella hace referencia a una clínica plagada de muertos-vivos, de duelos en suspenso de los cuales se desprenden síntomas extravagantes que el sujeto no reconoce por ningún lado, mismos que no pueden ser analizados estrictamente en los límites de su historia personal, pues se encuentran arraigados en líneas familiares ascendentes que muchas veces el paciente ni siquiera conoce, inocente ignorancia que no mengua en nada el malestar subjetivo que comporta en la vida. Gampel trabaja con la tercera generación de sobrevivientes del holocausto nazi.

Existe un hecho curioso que vale la pena señalar, los teóricos que retoman la tesis de la transmisión generacional trabajan justamente con la tercera generación, no porque ellos y ellas así lo hayan estipulado sino porque es la tercera línea generacional la que formula una demanda de análisis, la que se tiende en los divanes. En gran parte de los casos analizados no fueron los abuelos que padecieron los oprobios dentro de los campos de concentración ni los hijos de éstos los que acudieron a consulta sino los nietos. Estos últimos buscaron darles lectura a los huecos, a los espacios borrados y censurados que eclosionaron, sin saberlo, en su subjetividad. Se trata de un dato pasmoso que nos remite a pensar que los tiempos de elaboración psíquica de los acontecimientos traumáticos requieren también la instauración de un período temporal que anímicamente permita comenzar a hablar de lo sucedido, de manera que su contenido pese menos para las siguientes generaciones.

Las investigaciones que han buscado dar lectura a los hallazgos clínicos que se desprenden del análisis de la tercera generación que sobrevivió a la Shoa y a la dictadura argentina, cataclismos sociales inscritos en lugares y tiempos distintos, convergen en un punto crucial que arroja importantes pistas para bosquejar la manera en que se transmite lo traumático al filo de las generaciones. Una vez realizado el estado del arte, podemos sostener que la transmisión de lo traumático opera a través del silencio, de lo indecible, de fragmentos ocultos que, por su carácter sufriente, suelen ser desestimados, este ejercicio clausura las posibilidades de tramitación simbólica al narcotizar el juicio de existencia del suceso padecido, volviéndolo nebuloso y ubicándolo en un lugar inamovible en el psiquismo. Paradójicamente, todos los mecanismos defensivos que buscan neutralizar el sufrimiento que se desprende del acontecimiento, aseguran su presencia, no sólo en el acontecer anímico del afectado sino también en su descendencia.

Esos restos de lo oculto traumático que se transmiten muchas veces suelen adquirir la forma de secretos familiares compartidos generacionalmente, sus portadores invierten una vasta cantidad de energía psíquica para asegurar que su contenido se mantenga velado, sin embargo, su tentativa fracasa pues lo indecible siempre se abre camino, trasminándose a través de formas de crianza, miradas, sueños, síntomas, maneras de relacionarse con los otros, fantasías. Así, el contenido de lo no dicho que ha intentado ser desalojado, asegura su presencia en la estirpe, el lastre de dicha transmisión suele hacerse presente en las generaciones siguientes a través de la emergencia de síntomas extranjeros que el sujeto no reconoce por ningún lado pues se inscriben más allá de su historia personal. Aquí habría que acotar que, si bien todo síntoma es extranjero, es esa *tierra extranjera interior*, lo particular de los síntomas que se moldean a partir de la transmisión generacional radica en que ponen en escena no un

retorno de lo reprimido según el modelo freudiano, sino un retorno de lo suprimido de forma ominosa, lo que se creía expulsado regresa.

Abraham y Torok, Maria (2005) proponen que el secreto genera una cripta psíquica en las siguientes generaciones, en la tumba se encuentran palabras enterradas vivas, auténtico cementerio interior cuyo guardián de la sepultura es el Yo. El decir soterrado de los padres se vuelve, para la siguiente generación, un muerto sin sepultura que no puede ni morir ni volver a la vida. Este terreno intermedio, indefinido, atenta contra el dinamismo del aparato psíquico al tiempo que sienta la bases para la irrupción sintomática induciendo fobias, locuras, obsesiones. Los alcances de la cripta pueden atravesar varias generaciones e incluso determinar el destino de una estirpe.

Trabajar clínicamente los estragos de la transmisión de dichas criptas desconocidas implica un reto tanto para el paciente como para el analista, pues ambos se enfrentan a un contenido indecible cuyo texto ignoran y sólo pueden esbozar a través de las formaciones del inconsciente que irradian de lo silenciado, es precisamente en ese punto en donde es necesario apelar a la construcción de una ficción que permita dar lectura a los huecos transmitidos generacionalmente, al tiempo que funge como sostén del malestar del sujeto, reescribiendo la novela familiar y aperturando nuevas veredas para la descendencia. Es quizás lo que comienza haciendo Freud con el hombre de los lobos al reconstruir la escena traumática, sin embargo, al final la inscribe en la realidad material y con ello la fija, instituyéndola como una verdad inamovible.

Con la finalidad de mostrar cómo opera la ficción nosotros recurrimos al cine, el film *Un secret*, ampliamente comentado a lo largo del trabajo narra la historia autobiográfica del psicoanalista francés Philippe Grimbert, el cual siendo niño se enfrentó a la reactualización de un fragmento de lo silenciado por sus padres que, sin saberlo, moraba en él. Lo que nos llamó especialmente la atención fue la respuesta subjetiva que elaboró el pequeño Simón (personaje que en la trama da vida a Philippe) ante el contenido desconocido que lo habitaba. Frente al espacio en blanco Simón recurrió a la ficción del hermano fantasma, así comenzó a esbozar y a delimitar lo impensado que arremetía en su interior.

Recordemos que en la enseñanza de Lacan la verdad tiene una estructura de ficción pues la función de la ficción no es otra que recubrir la verdad, dicha hipótesis fue tomada del filósofo Bentham quien desarrollo minuciosamente la teoría de las ficciones, para él, las entidades ficticias son inmatrimales, sin res extensa, por tanto, no están sujetas a mediciones, sin embargo, aún con su incorporeidad son necesarias para explicar el mundo de lo humano. Desde esta perspectiva podríamos pensar el concepto freudiano de pulsión e inconsciente como ficciones pues ambos remiten a algo que no podemos ver ni

aprehender, pero cuyos efectos conocemos muy bien, ya sea a través de los destinos pulsionales o de las formaciones del inconsciente.

Parafraseando a Bentham podemos sostener que el sujeto no puede pensar de otra manera que no sea a partir de una ficción, desde Lacan podríamos decir que no es posible acceder de manera desnuda a la verdad si no es por la vía de un semblante del cual parte un discurso. Así, el discurso tiene como función producir un efecto de verdad para el sujeto, de verdad de su síntoma a través de una ficción. Ese es el punto central de la praxis clínica con pacientes portadores de secretos y/o sobrevivientes de traumatismos transmitidos generacionalmente, pues más que rastrear la verdad histórica, desnuda e indecible, se trata de asistir a la construcción de una ficción ahí en donde está tachada, borrada o comprometida la verdad, todo esto con el cometido de instalar un nuevo tejido discursivo que haga menos sufriente la cotidianidad. El trabajo de análisis es una de las vías primordiales para dar lugar a dicha reescritura subjetiva, sin embargo, no es la única, cada quien encontrará a partir de sus propios recursos psíquicos el camino para moldear la ficción de su vida.

La transmisión de traumatismos, secretos y violencias a través de las generaciones es prueba imperecedera de que el inconsciente no se encuentra circunscrito al aparato psíquico del sujeto, por el contrario, este traspasa las generaciones y se infiltra en los lazos de filiación, ésta es precisamente la concepción que Lacan trabaja en su texto *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en donde habla de la condición transindividual del inconsciente, ahí sostiene que el inconsciente es una parte del discurso en cuanto transindividual al sujeto.

Para pensar esquemáticamente la vía que toma la transmisión del acontecimiento en tres líneas, podemos sostener que en la primera generación se inscribe el suceso traumático, su presencia intempestiva impide que se integre a las otras representaciones de la vida anímica, con ello quedan clausuradas las posibilidades de tramitación simbólica. Recordemos que, acorde a la propuesta freudiana vertida en *Pulsiones y destinos de pulsión*, cuando el aparato psíquico se enfrenta a un estímulo que excede su capacidad de respuesta, deviene lo traumático. Dicho esto, la primera generación, hartas veces, queda presa de un tiempo congelado que pone en escena siempre el mismo contenido, es el imperio de lo idéntico, de lo inasimilable, que, a través de la compulsión de repetición se esfuerza por la metabolización de su contenido.

En la segunda generación el contenido de lo indecible traumático es completamente ignorado, al menos en su forma consciente, lo cual genera una proliferación grotesca de síntomas que parecen encarnar tentativas de dar respuesta a lo desconocido que ha sido transmitido. Los testimonios de Johannes y Rudolf Von X, recabados a partir de entrevistas, permiten entrever las formas que pueden

adquirir esos indecibles en una historia de vida, en ellos, hijos de verdugos del holocausto nazi, la proliferación de fantasías que trasponían en actos se encontraba en estrecha relación con las actividades desarrolladas y silenciadas por sus progenitores durante la guerra. Así, el decir soterrado de la primera generación se traducía en fantasías insidiosas para la segunda que parecían buscar, fallidamente, a partir de actuaciones, la elaboración del acontecimiento.

En la tercera generación la situación se complica aún más pues hartas veces ni siquiera existe una huella lo suficientemente inteligible que de pistas sobre el acontecimiento, de ahí que los síntomas adquieran un carácter estafalario y bizarro para el sujeto al no poder ser leídos desde los límites de su historia personal. Curiosamente, ahí en donde parece ser más complicado elaborar la huella del acontecimiento traumático, ya que únicamente se conocen sus efectos, emerge una pregunta de análisis como una búsqueda por pensar con un otro lo que hasta ahora sólo ha sido pensado en acto y con síntomas. Es una apuesta por menguar el lastre de la transmisión generacional, por cerrar, por concluir.

Los tres momentos de la transmisión generacional nos remiten a encontrar cierto paralelismo con los tiempos lógicos que Lacan trabaja en el texto *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, pues ambos muestran el pasaje a una conclusión que se lleva a cabo en tres momentos, cada uno de ellos inscribe un modo diferente de leer el tiempo, no entendido de forma lineal o cronológica. En el trayecto para llegar a la conclusión se presentan confusiones, dudas, retrocesos, avances, prisa. Pensar dicha propuesta a la luz del tema que nos atañe nos lleva a plantear que en la primera generación apremia el instante de la mirada, de la marca fulgurante de la evidencia que se desprende del enfrentamiento del acontecimiento traumático, por lo que prevalece un exceso de sentido que no requiere la consideración del otro, es el imperio instantáneo de la certeza.

En la segunda generación se abre el tiempo para comprender, podríamos incluso decir que se emprende un intento por elaborar, por historizar lo ocurrido, es el tiempo de la espera, de las preguntas, de observar a los otros para tratar de delinear un fragmento de lo propio. La clínica atestigua que, en la segunda línea, los esfuerzos emprendidos para metabolizar el acontecimiento e incorporarlo a las otras representaciones de la vida anímica, suelen fracasar en su tentativa, pues es necesaria la instauración de otro tiempo subjetivo para comenzar a aminorar el peso de lo transmitido. En la tercera generación, finalmente, se inaugura el tiempo de concluir, la urgencia por cerrar, diríamos que es el tiempo de la construcción de la ficción que ahora ha tenido un efecto de verdad para el sujeto, de ahí surge la urgencia de salida. Los tres tiempos lógicos de Lacan; el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir, también son usados para pensar la duración del tratamiento analítico.

En suma, en el marco del estudio de la transmisión generacional son tres las generaciones relacionadas con el acontecimiento, cada una responde de manera distinta al contenido que viene de sus ancestros, así, en cada línea se integra y se modifica lo transmitido al instaurarse un tiempo lógico particular que permite ir pensando, en fragmentos, aquello que ha eclosionado al aparato psíquico. En dicha tradición, el análisis personal se ha erigido como la vía privilegiada por los psicoanalistas para trabajar clínicamente tanto los estragos de la transmisión como para desarrollar investigaciones al respecto. No obstante, cabe señalar que en los márgenes del método clásico también han surgido nuevos abordajes que, partiendo del saber psicoanalítico apuntan a pensar y a repensar más allá del diván los fenómenos que impactan a la subjetividad.

En esa tesitura, en la presente investigación no se recurrió al trabajo clínico con pacientes en un contexto clásico para dar cuenta de los senderos que toma la transmisión al filo de tres generaciones, por el contrario, se propuso un abordaje grupal. La creación del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia* estructurado a modo de taller permitió el despliegue de una serie de actividades que le posibilitaron a los participantes recordar alguna situación o conflicto transmitido generacionalmente dentro de sus familias. La escritura y posteriormente la lectura compartida fungieron como una apuesta por re-escuchar y con ello, reubicar aquellos restos de sufrimiento que quedaron sedimentados en el acontecer anímico tras el paso del tiempo.

Fueron tres los elementos que conformaron la construcción del dispositivo grupal; la escritura, la escucha y la imagen, cada uno de ellos les permitió a los participantes problematizar un resto de lo transmitido al filo de sus generaciones. Tras el curso de las actividades, la escritura adquirió un estatuto testimonial al esbozar el espacio de lo indecible, lo secreto y lo traumático. La imagen impresa, por su parte, se encargó de escamotear el olvido, relanzando la significación y haciendo presente aquellos sufrimientos que han dejado una huella indeleble en el alma de las generaciones, poniendo de manifiesto la estrecha ligazón que existe entre memoria e imagen. Finalmente, la escucha se desplegó de dos maneras, una *escucha extranjera* y una *escucha retributiva*, ambas permitieron que resonaran ciertos fragmentos del discurso que antes habían pasado desapercibidos, la escucha compartida de los acontecimientos que han estremecido la vida anímica permite reconocer aquello que se ha venido repitiendo, al tiempo que posibilita significar algo que no se había podido significar anteriormente, ambas experiencias son un efecto de la vivencia de alteridad en los grupos.

Vivencia que no excluye al clínico encargado de vehicular las actividades grupales, para mí, la escucha a la dimensión genealógica de las participantes me hizo recordar aquellos cuestionamientos que hasta el día de hoy atraviesan y sostienen mi análisis, los cuales, al poder ser formulados, han dado

lugar a una serie de nuevas discursividades que proveen de otro tejido al acontecer anímico. No dejo de pensar que cuestionarse sobre la implicación y el lugar que cada uno ocupa en su urdimbre familiar, el interés por esbozar los deseos, las fantasías y los malestares que han sido parte fundante de su estirpe, son preguntas que, en algún momento, se hacen presentes en todo análisis.

La invitación para dibujar tales interpelaciones estaba puesta ahí, a través del dispositivo narrativo-escritural y al llamado respondieron muchos sujetos, de suerte que los dos grupos de trabajo se llenaron rápidamente. Mi desconcierto se produjo cuando, después de la primera sesión, varios participantes no regresaron. Recordemos que la posibilidad que se le presenta a cada uno de comenzar a cuestionar lo dado, lo transmitido y la violencia presente en su novela familiar obedece a distintas temporalidades que requieren tiempos de elaboración distintos.

Después de estar habituada al trabajo clínico individual, la experiencia grupal fue todo un reto, pues la escucha parejamente flotante no era más bidimensional sino múltiple, al igual que la transferencia que se dividía entre aquellos que ya conocían mi trabajo por alguna clase o curso impartido y entre quienes me miraban con desconfianza, sin saber si era pertinente o no participar en el taller, tal conjunción llenaba de matices singulares los encuentros. Asimismo, llamó mi atención que, para proponer un grupo clínico, es precisamente el clínico quien lo hace, la demanda se invierte, el deseo de analizar orilla a salir del consultorio y a buscar sujetos interesados en participar, cuestión sumamente diferente al proceder en el contexto clásico. Estas y otras cuestiones ponen de manifiesto las necesarias reformulaciones a la técnica que es preciso realizar al trabajar con grupos.

Para mostrar los hallazgos clínicos que se desprenden de la puesta en marcha del dispositivo narrativo-escritural, se analizó el decir testimonial de Karla, Sasha y María, los tres ponen de manifiesto la existencia de una relación indisoluble entre el inconsciente, la historia y la memoria, los tres elementos se encuentran engarzados por un acontecimiento que transita por caminos desconocidos, infiltrándose en la estirpe. Cabe señalar que las tres narrativas reiteran que es la tercera generación la que busca, a través de una insistente pulsión de saber, problematizar, analizar, y reconstruir los huecos, las palabras y los afectos censurados e interdictos de la estirpe.

En el testimonio de Sasha es posible trazar el sendero que tomó, al filo de tres generaciones, la transmisión de un secreto que hacía alusión al desborde pulsional del abuelo paterno, involucrado en atroces actividades delictivas desde su juventud, en esta narrativa nos llamó la atención que, en contraposición con la propuesta teórica, parte del secreto sí era conocido por la segunda generación, sin embargo, frente a su contenido angustioso se recurrió a la desmentida como un intento de negar lo ocurrido, este mecanismo defensivo es más común encontrarlo en la primer línea familiar, en la cual

inscribe el acontecimiento. Para Sasha, la tercera generación, la transmisión de la violencia cobró presencia en algunos de sus malestares, la angustia y el miedo a las toxicomanías parece ser un resto de aquello que, aunque no conoce y pertenece a otra lineal, se presenta en su vida anímica. Son tres las generaciones involucradas en la transmisión del secreto delictivo, en la primera línea se inscriben las actividades de narcotráfico del abuelo paterno, en la segunda, el hijo, aunque desmiente los excesos cometidos suele alcoholizarse frecuentemente, con ello actúa y repite un fragmento del contenido fallidamente deslegitimado, y en la tercera, la nieta desarrolla un miedo intenso respecto a todo lo que tenga que ver con la intoxicación de sustancias.

En la historia de Sasha, los estragos subjetivos desprendidos de la transmisión del secreto alcanzaron también a la familia extensa, la negativa/reconocimiento a tener un padre asesino, al margen de la ley, generó, tanto en el padre como en los tíos de Sasha fuertes confusiones acerca del lugar que cada uno ocupaba dentro de su estirpe, pues la desmentida del lugar del padre, seguida por su ausencia real al ser encarcelado, orilló a su descendencia a hacerse cargo de las actividades, fallidamente, sostenidas por él. Así, los hijos tuvieron que ocupar el lugar del padre proveedor, pero sin dejar de ser hijos ni hermanos. La confusión llegó también a Sasha, la tercera generación, quien desde temprana edad buscó reivindicar un lugar propio dentro de su familia ahí en donde parecía imponerse una indiferenciación generalizada de los parentescos.

En el testimonio de Karla, otra de las participantes del taller, es posible trazar una línea ficcional que parte de sus abuelas, se extiende hasta su madre y termina por envolverla también a ella. El lazo que sujeta y atraviesa a dichas generaciones compele a las mujeres a adoptar una posición subjetiva particular frente a la violencia incesante del otro. Acorde a lo narrado, las mujeres de su estirpe se han comportado de manera pasiva e indiferente frente a la embestida agresiva, sexual y llena de crueldad que han recibido por parte de sus parejas, amigos y/o familiares varones. Así, de generación en generación, las madres les transmiten a sus hijas que no hay huida posible, lo cual reitera el encierro y sella el destino para el linaje femenino. En Karla, el lastre genealógico que le impide limitar los abusos del otro la ha llevado a embarcarse en relaciones amorosas que repiten, en ciertos puntos, lo vivenciado tanto por su madre como por su abuela, tal y como si existiera una suerte de alianza femenina familiar que es necesario seguir sosteniendo. Nuevamente nos encontramos que la tercera generación es la que interroga el discurso transmitido, Karla interpela el destino de su estirpe femenina, la huida imposible, lo cuestiona en su carácter de certeza. Es decir, del discurso de lo ineluctable que pasa de una madre a otra mujer al discurso de la alianza entre mujeres.

En las palabras testimoniales compartidas por María son varios los elementos que pueden ser analizados a la luz de la propuesta teórica de la transmisión generacional, todos ellos fueron desarrollados ampliamente en el cuerpo del trabajo, aquí retomamos únicamente uno que nos resulta medular para pensar en la configuración misma del tejido familiar, el ordenamiento de los parentescos. A partir de una adopción que supone un nuevo entramado filial y genealógico, misma que se inscribe en la primera línea familiar, lo que se genera y se transmite es una confusión de lugares que va de la segunda, hasta la tercera y la cuarta generación. A su vez, las implicaciones incestuosas de ir en contra de la ley de la diferencia dieron forma a traslapes generacionales cuya circularidad termina por ser agotadora para María.

Los testimonios compartidos en un contexto grupal permiten el despliegue de la alteridad de la escucha, la cual hacer *resonar* ciertas palabras, afectos y posicionamientos subjetivos que quedaron coagulados a través del tiempo. Se trata de un funcionamiento común en los grupos de análisis, Foulkes (1948) lo designo como “resonancia inconsciente”, el cual remite a aquellos pensamientos, fantasías y recuerdos que se generan en los participantes a partir del decir de otros miembros del grupo. Las palabras del otro resuenan quizás debido a que, en ese decir, se nombra algo que ni siquiera ha podido ser pensado, enunciado y/o traspuesto en palabras. Así, a partir de los decires ajenos se hacen presentes fragmentos que, para algunos, corresponden al campo de lo real.

Angelo Bejarano (1978), en la obra “El trabajo psicoanalítico en los grupos”, señala la existencia de una transferencia que denomina *lateral* entre quienes son parte del grupo, la cual hace resonar aspectos de las relaciones fraternas, ¿cómo resuenan los acontecimientos, los secretos, los discursos de las generaciones previas en los sujetos? Tanto en los grupos como en la experiencia grupal reaparecen los dichos de los tíos y los abuelos, fragmentos de frases que a veces van a parar o a depositarse de modo distorsionada en los terrenos pedregosos del superyó. La transferencia lateral permitió, en el marco del dispositivo narrativo-escritural, la resonancia de elementos de la propia historia a partir de escuchar y/o leer las escrituras de los compañeros.

Las actividades del dispositivo narrativo-escritural *historia y familia*, apuntan a que el sujeto, a partir de la escritura, lea y sea leído por los otros, escuche y sea escuchado, mire y sea mirado. El dinamismo de la palabra acompañado de la presencia del otro permite depositar, en la experiencia grupal, la vivencia de sufrimiento, lo cual abre un campo de significación que vehiculiza la reinscripción del acontecimiento traumático transmitido al filo de las generaciones. Se trata de una tentativa por analizar qué eslabón encarna cada sujeto dentro de su estirpe y en qué medida ha quedado encadenado a esta en una serie repetitiva, pues la diferenciación subjetiva se inscribe al replantear las

narrativas transmitidas al interior del linaje. Los testimonios de Sasha, María y Karla ponen de manifiesto, con sus decires, dicha diferenciación.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.**

Abraham, N. & Torok, M. (2005) *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Adelman, C. (1993). Kurt Lewin and the origins of action research. *Educational Action Research*, 1 (1) 7-24.

Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Argentina: Homo Sapiens.

Anzieu, D. (1971). *La dinámica de los grupos pequeños*. Argentina: Kapeluz.

Anzieu, D. (1975/2007). *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*. España: Biblioteca Nueva.

Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bachofen, J. (1861/2008). *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Madrid: Akal.

Bar-On, D. (1991/2000). *L'heritage infernal: Des filles et des fils de Nazis racontent*. Francia: Georg.

Barthes, R. (1980/2022). *La cámara lúcida*. México: Paidós.

Bejarano, A. (1978). *El trabajo psicoanalítico en los grupos*. México: Siglo XXI.

*Biblia de las Américas*. (1997). Editorial Foundation Publications. Recuperado de <https://bibliaparalela.com/lbla/genesis/2.htm>

Blanchot, M. (1955/2002). *El espacio literario*. Buenos Aires: Paidós.

Brohman, M. & Tubert, J. (1992). *El grupo operativo de aprendizaje*. México: Asociación Psicoanalítica Jaliciense.

Brun, D. (2016). *Ne plus croire à sa neurotica*. Érès. Figures de la psychanalyse. (31), 201-209.

Cabrera, P. (2021). *Retornos e interpelaciones en torno a la historia de los otros* [Prólogo]. Los agujeros negros de la dictadura. Hijas e hijos de represores: un abordaje desde la clínica. Buenos aires: Tiempo robado.

Canetti, E. (1962). *Crowds and power*. Reino Unido: Little Hampton.

Cécile, M. & Ortigues, E. (1986). *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Argentina: Gedisa.

Código Penal Federal. (2020). Recuperado de <https://mexico.justia.com/federales/codigos/codigo-penal-federal/gdoc/>

Colina, F. (2013). *Sobre la locura*. España: Cuatro.

- Cooper, D. (1986). *La muerte de la familia*. México: Artemisa.
- Darwin, C. (1859/2019). *El origen de las especies*. España: Penguin clásicos.
- Darwin, C. (1872/2003). *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*. Buenos Aires: Intermuni.
- Davoine, F. & Gaudillière, J. (2010). *El acta de nacimiento de los fantasmas*. Argentina: Fundación Mannoni.
- De Certeau, M. (1975/2007). *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Decker, H. (1999). *Freud, Dora y la Viena de 1900*. España: Biblioteca nueva.
- Deutsch, F. (1957/1970). Una nota a pie de página al trabajo de Freud “Análisis fragmentario de una histeria”. *Revista de psicoanálisis*, 27 (3), 595-601.
- Díaz, I. (2000). *Bases de la terapia de grupo*. México: Pax México.
- Domínguez, A. (2013). *Freud y su relación con la biología: entre Darwin y Lamarck*. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-054/95>
- Drivet, L. (2010). Sobre los mitos de Freud. *Desde el jardín de Freud*. 10, 221-236.
- Ducret, A. (2017). Groupes et traumatismes. En J. Grappin et al. (Comps.). *À propos d'un groupe d'étudiants* (pp. 121-138). Francia: Érès.
- Eliacheff, C. & Larivière, D. (2009). *El tiempo de las víctimas*. Madrid: Akal.
- Engels, F. (2019). *El origen de la familia. La propiedad privada y el estado*. México: Colofón.
- Estalayo, L. (2010). ¿Qué significa ser un buen padre? *Revista de la asociación española de neuropsiquiatría*, 30 (107), 419-436.
- Fabre, A. (2022). *Psicosis y familia*. México: Los libros del sargento.
- Ferré, M. & Bravo, H. (2021). *Los agujeros negros de la dictadura. Hijas e hijos de represores: un abordaje desde la clínica*. Buenos aires: Tiempo robado.
- Foucault, M. (1973/2005). *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1976/2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Foulkes, S. (1948). *Psicoterapia psicoanalítica de grupo*. Barcelona: Gedisa.
- Foulkes, S. (1975). *Psicoterapia grupo-analítica. Método y principios*. Barcelona: Gedisa.
- Freud, S. (1887-1904/2008). Cartas a Wilhelm Fliess (L. Etcheverry, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (2010). Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 2, pp. 1-26). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893).
- Freud, S. (2010). Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 3, pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1894).
- Freud, S. (2010). Proyecto de psicología (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Freud, S. (2010). La etiología de la histeria (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 3, pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896a).
- Freud, S. (2010). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 3, pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896b).
- Freud, S. (2010). Carta 69 (21 de setiembre de 1897) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 1, pp. 301-302). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897a).
- Freud, S. (2010). Manuscrito M. [Anotaciones II] (25 de mayo de 1897) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 1, pp. 292-294). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897b).
- Freud, S. (2010). Carta 71 (15 de octubre de 1897). (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 1, pp. 305-308). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897c).
- Freud, S. (2010). Sobre los recuerdos encubridores (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 3, pp. 293-315). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1899).
- Freud, S. (2010). La interpretación de los sueños (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 4). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (2010). Fragmento de análisis de un caso de histeria (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 7, pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905a).

- Freud, S. (2010). Las metamorfosis de la pubertad (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 7, pp. 189-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905b).
- Freud, S. (2010). El creador literario y el fantaseo (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 9, pp. 123-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908a).
- Freud, S. (2010). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 9, pp. 137-148). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908b).
- Freud, S. (2010). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 10, pp. 119-194). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909a).
- Freud, S. (2010). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909b).
- Freud, S. (2010). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 11, pp. 53-128). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (2010). Apéndice (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 12, pp. 74-76). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911a).
- Freud, S. (2010). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 12, pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911b).
- Freud, S. (2008). Tótem y tabú (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 13, pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (2010). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 13, pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (2009). De la historia de una neurosis infantil (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 17, pp. 1-112). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).

- Freud, S. (2010). Introducción al narcisismo (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (2009). 13ª conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo de sueño (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 15, pp. 182-194). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2010). Lo inconciente (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915a).
- Freud, S. (2010). Pulsiones y destinos de pulsión (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 14, pp. 106-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915b).
- Freud, S. (2009). 22ª conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología (Breuer y Freud) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 16, pp. 309-325). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916).
- Freud, S. (2009). 23ª Conferencia. Los caminos de la formación de síntoma (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 16, pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (2009). De la historia de una neurosis infantil (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 17, pp. 82-94). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918).
- Freud, S. (2009). Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 17, pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919a).
- Freud, S. (2009). Lo ominoso (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 17, pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919b).
- Freud, S. (2010). Más allá del principio de placer (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (2010). Psicología de las masas y análisis del yo (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

- Freud, S. (2011). El yo y el ello (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2010). Presentación autobiográfica (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 20, pp. 1-70). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (2010). Inhibición, síntoma y angustia (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (2009). Dostoievski y el parricidio (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 21, pp. 171-191). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (2009). El malestar en la cultura (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- Freud, S. (2008). 31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 22, pp. 53-74). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933a).
- Freud, S. (2008). 33ª. Conferencia. La feminidad (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933b).
- Freud, S. (2010). Construcciones en el análisis (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 23, pp. 255-270). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (2010). La escisión del yo en el proceso defensivo (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 23, pp. 271-278). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1938).
- Freud, S. (2010). Moisés y la religión monoteísta (Breuer y Freud) (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 23, pp. 1-132). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939).
- Freud, S. (2010). Esquema del psicoanálisis (L. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 23, pp. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940).
- Gallo, R. (2013). *Freud en México. Historia de un delirio*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí. La violencia de Estado y sus secuelas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gay, P. (1992). *La experiencia burguesa. De victoria a Freud I. La educación de los sentidos*. México: Fondo de cultura económica.
- González, F. (1998). *La guerra de las memorias. Psicoanálisis, historia e interpretación*. México: Plaza valdes.
- González, F. (2011). *Crisis de fe: Psicoanálisis en el monasterio de Santa María de la Resurrección (1961-1968)*. México: Tusquets.
- González, F. (2015). *Igor A. Caruso. Nazismo y eutanasia*. México: Tusquets.
- González, F. (22 de septiembre de 2021). *El abordaje histórico para el estudio de la subjetividad en las ciencias sociales* [Seminario]. Actividades de la Maestría en psicología social de grupos e instituciones de la Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. División de ciencias sociales y humanidades, Coyoacán, Ciudad de México.
- Grigoravicius, M., Regueiro, P., Maza, V., & Abalde, M. (2016). El “niño” en la obra freudiana. *Revista Tesis Psicológica*, 11 (2), 74-88.
- Grinberg, L., Langer, M. y Rodrigué, E. (1957). *Psicoterapia de grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guichard, P. (1988). *Historia de la familia I*. Madrid: Alianza.
- Héritier, F., Cyrulnik, B., Naouri, A., Vrignaud, D. & Xanthakou, M. (1994). *Del incesto*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Jay, S. (1977). *Ontogenia y filogenia. La ley fundamental biogenética*. Barcelona: Crítica.
- Kacha, N. (2017). Groupes et traumatismes. En J. Grappin et al. (Comps.). *L'enveloppe groupale: facteur essentiel de réparation de l'effraction psychique?* (pp. 165-178). Francia: Érès.
- Käes, R. (1976/2000). *El aparato psíquico grupal. Construcciones de grupo*. España: Gedisa.
- Lacan (1959-1960/1986). *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1938/2003). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- Lacan, J. (1957/2015). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1958/2010). Los tres tiempos del Edipo (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *Las formaciones del inconsciente* (Vol. 5, pp. 185-202). Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959/2014). *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1994/2008). *Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2007). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (T. Segovia Trad.). En O. Chamizo (Ed.), *Escritos I* (pp. 99-106). México: Siglo veintiuno (Trabajo original publicado en 1949).
- Lacan, J. (2007). La forclusión del Nombre del Padre (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *Las formaciones del inconsciente* (Vol. 5, pp. 147-165). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (2008). Introducción a los comentarios sobre los escritos técnicos de Freud (J. Delmont & D. Rabinovich Trad.). En J. Miller & D. Rabinovich (Eds.), *Los escritos técnicos de Freud* (Vol. 1, pp. 19-36). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1953-54).
- Lacan, J. (2008). La Pregunta histórica (J. Delmont & D. Rabinovich Trad.). En J. Miller & D. Rabinovich (Eds.), *Las psicosis* (Vol. 3, pp. 229-246). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956a).
- Lacan, J. (2008). La Pregunta histórica (II): ¿Qué es una mujer? (J. Delmont & D. Rabinovich Trad.). En J. Miller & D. Rabinovich (Eds.), *Las psicosis* (Vol. 3, pp. 247-260). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956b).
- Lacan, J. (2009). La agresividad en psicoanálisis (T. Segovia Trad.). En O. Chamizo (Ed.), *Escritos I* (pp. 107-128). México: Siglo veintiuno (Trabajo original publicado en 1948).
- Lacan, J. (2010). Dora y la joven homosexual (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *La relación de objeto* (Vol. 4, pp. 133-152). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957a).
- Lacan, J. (2010). *La relación de objeto* (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), (Vol. 4). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956-1957b).
- Lacan, J. (2011). El símbolo  $\Phi$  (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *La transferencia* (Vol. 8, pp. 269-284). Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1961).
- Laing, R. (1969/1982). *El cuestionamiento de la familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lamarck (1896). *Filosofía zoológica*. Barcelona: Alta Fulla.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (1985). *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*. Buenos Aires: Gedisa.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Leclair, S. (2009). *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Legendre, P. (1985/1996). *Lecciones IV. El inestimable objeto de la transmisión*. México: Siglo XXI.
- Legendre, P. (1990). *La filiation. Fondement généalogique de la psychanalyse*. France: Fayard.
- Lévi-Strauss, C. (1956/1979). *La famille*. París: Gallimard.

- Lévi-Strauss, C., Spiro, M. & Gough, K. (1974/1991). *Polémicas sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama.
- Lévi-Strauss. (1983). *Le regard éloigné*. Francia: Plon.
- Lousiana Chanel. (11 de julio de 2013). *Entrevista a Alfredo Jaar: Las imágenes no son inocentes* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=3-t2Yx3mz5k&t=274s>
- Mackenzie, K. (1993). *Group psychotherapy with eating disorders*. Estados Unidos: Wilkins.
- Makari, G. (2012). *Revolución en mente. La creación del psicoanálisis*. España: Sexto piso.
- Mannarino, J. (2020, 30 de agosto). El presente de los mellizos Reggiardo Tolosa, hijos de padres desaparecidos en última dictadura: “Las secuelas siguen hasta hoy”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/sociedad/2020/08/30/el-presente-de-los-mellizos-reggiardo-tolosa-hijos-de-padres-desaparecidos-en-la-ultima-dictadura-las-secuelas-siguen-hasta-hoy/>
- Miller, C. (2007). *Un secret* [Film]. París: UGC.
- Millot, C. (1988). *Nobodaddy. La histeria en el siglo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Morel, G. (2012). *La ley de la madre. Ensayo sobre sinthome sexual*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, J. (1946). *Psicodrama*. Buenos Aires: Beacon House.
- Orozco, M. (2003). *La noción de destino en el pensamiento de Freud*. México: UMSNH.
- Orozco, M. (2014). Los hijos como heraldos del odio en *El niño y el discurso del Otro*. México: Kanankil.
- Orozco, M. (2022). Narrativas testimoniales sobre pandemia en Grupo de Acontecimiento. *Educación y Salud. Boletín científico del Instituto de Ciencias de la Salud*, 21, 36-45.
- Orozco, M., Gamboa, F., & Pavón, D. (2017). La tramitación subjetiva de la intolerancia en una experiencia de grupo de acontecimiento. *Journal of psychology, diversity and health*, 6, (3), 158-169.
- Orozco, M., Soria, H. & Quiroz, J. (2021). Las verdades ficticias en la otra escena de Dora. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 24 (4), 586-613.
- Pereña, F. (2004). *De la violencia a la crueldad. Ensayo sobre la interpretación, el padre y la mujer*. Madrid: Síntesis.
- Philippe, J. (2002). *Dejarás a tu padre y a tu madre*. México: Siglo XXI.
- Recalcati, M. (2013). *El complejo de Télemaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona: Anagrama.

- Ritvo, L. (1974). *The impact of Darwin on Freud*. *The Psychoanalytic Quarterly*, (43), 177-192. Recuperado de <https://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/21674086.1974.11926667?needAccess=true>
- Rodrigué, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rodríguez, G. (1995). Tres epistemes interpretativas de Edipo rey. *La colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 7 (108), 27-32.
- Roudinesco, E. (2013). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Rutan, J. (1993). *Comprehensive group psychotherapy*. Estados Unidos: Wilkins.
- Saladin, S. (2003). T moigner aujourd'hui. *Figures de la psychanalyse*, 8, 15-29.
- Schatzman (1997/2014). *El asesinato del alma*. España: Siglo XXI.
- Schreber, D. (1903/1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- Sibony, D. (1998). *Violence*. Francia: Travers es.
- Sichrovsky, P. (1991). *Nacidos culpables. Hijos de familias nazis*. México: S mara.
- Sierra, I. & Novoa, V. (2016). *La negativa de la madre a separarse de su hija: consecuencias en la representación de la imagen del cuerpo*. *Uaricha, revista de psicología*, (13), 86-95. Recuperado de <http://www.revistauaricha.umich.mx/index.php/urp/issue/view/1>
- Sierra, I., Cerecer, E. & Pérez S. (2020). *Psicoanálisis. El caso y su escritura*. México: Desencuentros.
- Sófocles (430-415 a.C./2016). *Edipo rey*. México: Porrúa.
- Sontag, S. (1973/2022). *Sobre la fotografía*. Colombia: Debolsillo.
- Tisseron, S. (2011/2019). *Les secrets de famille*. París: Que sais-je?
- Tisseron, S., Torok, M., Rand, R., Nachin, C., Hachet, P. & Rouchy, J. (1997). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Argentina: Amorrortu.
- V to, S. & Vallejo M. (2017). *Filogenia y herencia arcaica en la obra de Freud: La búsqueda de la etiología y la pasión por lo real*, (20), 544-559. Recuperado de <https://www.scielo.br/j/rlpf/a/vcvWFvZk5nZRFmfVrXdHJz/?lang=es#>
- Veyne, P. (1987). *Historia de la vida privada I*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Wieviorka, M. (1999). *La violence*. París: Seuil.
- Wittgenstein, L. (1928/1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.
- Zalce, M. (1980). Memorias. En Sociedad Psicoanalítica Mexicana (Comp.). *Violación* (pp. 647-666). México: Instituto Mexicano de psicoanálisis.

**Apéndice.**

**DECLARACIÓN DE CONSENTIMIENTO INFORMADO**

- AUTORIZO a Ivonne Sierra Ortiz, doctorante de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, recoger de mi participación los datos que requiera para su investigación sobre La transmisión genealógica en psicoanálisis: Diferenciación subjetiva, ley y violencia.
- DECLARO tener conocimiento de que los datos se utilizarán ÚNICA y EXCLUSIVAMENTE con fines científicos o de difusión del conocimiento y ACEPTO que tanto mi participación como la producción escrita realizada durante el taller sea registrada, analizada y procesada con fines investigativos.
- HE SIDO INFORMADO/A de que mis datos personales serán tratados y custodiados de forma estrictamente CONFIDENCIAL, con respeto a mi intimidad y conforme a la normativa legal vigente.
- OTORGO libremente mi CONSENTIMIENTO a participar en el taller y a que los resultados puedan ser utilizados en alguna publicación o presentación científica, siempre y cuando se salvguarde la confidencialidad de mi identidad en todo momento.
- RECIBO una copia de este consentimiento para guardarlo y poder consultarlo en el futuro.
- CONSERVO la prerrogativa de REVOCAR este consentimiento en cualquier momento si así lo decido y comunico a los investigadores responsables del mismo.

San Luis Potosí, San Luis potosí, a \_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 202 \_\_\_\_

Participante

Investigadora

Nombre: \_\_\_\_\_

Nombre: \_\_\_\_\_

Firma: \_\_\_\_\_

Firma: \_\_\_\_\_

DATOS DE CONTACTO  
Mtra. Ivonne Sierra Ortiz  
[Ivonne\\_so@hotmail.com](mailto:Ivonne_so@hotmail.com)  
Cel. 44.41.25.95.47



NOMBRE DEL TRABAJO

**LA TRANSMISIÓN GENEALOGICA EN PSI  
COANÁLISIS. Secretos familiares, difer  
enciación subjetiva y viole**

AUTOR

**Ivonne Sierra Ortiz**

RECUENTO DE PALABRAS

**101260 Words**

RECUENTO DE CARACTERES

**530331 Characters**

RECUENTO DE PÁGINAS

**217 Pages**

TAMAÑO DEL ARCHIVO

**1.3MB**

FECHA DE ENTREGA

**Aug 26, 2024 11:32 AM CST**

FECHA DEL INFORME

**Aug 26, 2024 11:36 AM CST**

● **17% de similitud general**

El total combinado de todas las coincidencias, incluidas las fuentes superpuestas, para cada base de datos.

- 17% Base de datos de Internet
- Base de datos de Crossref
- 0% Base de datos de trabajos entregados
- 5% Base de datos de publicaciones
- Base de datos de contenido publicado de Crossref

# Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado  
 Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



A quien corresponda,

Por este medio, quien abajo firma, bajo protesta de decir verdad, declara lo siguiente:

- Que presenta para revisión de originalidad el manuscrito cuyos detalles se especifican abajo.
- Que todas las fuentes consultadas para la elaboración del manuscrito están debidamente identificadas dentro del cuerpo del texto, e incluidas en la lista de referencias.
- Que, en caso de haber usado un sistema de inteligencia artificial, en cualquier etapa del desarrollo de su trabajo, lo ha especificado en la tabla que se encuentra en este documento.
- Que conoce la normativa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en particular los Incisos IX y XII del artículo 85, y los artículos 88 y 101 del Estatuto Universitario de la UMSNH, además del transitorio tercero del Reglamento General para los Estudios de Posgrado de la UMSNH.

Datos del manuscrito que se presenta a revisión		
Programa educativo	Doctorado Interinstitucional en Psicología	
Título del trabajo	La transmisión genealógica en psicoanálisis. Secretos familiares, diferenciación subjetiva y violencia.	
	Nombre	Correo electrónico
Autor/es	Ivonne Sierra Ortiz	ivonne . . . . .il.com
Director	Mario Orozco Guzmán	Orguzmr ~ . . . . .im.mx
Codirector		
Coordinador del programa	Ana María Mendez Puga	ana.puga@umich.mx

Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	Uso (sí/no)	Descripción
Asistencia en la redacción	No	

# Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	Uso (sí/no)	Descripción
Traducción al español	No	
Traducción a otra lengua	No	
Revisión y corrección de estilo	No	
Análisis de datos	No	
Búsqueda y organización de información	No	
Formateo de las referencias bibliográficas	No	
Generación de contenido multimedia	No	
Otro	—	

Datos del solicitante	
Nombre y firma	Ivonn Z.M. 17 E.P.V. / C.J.
Lugar y fecha	San Luis Potosí, SLP a 26 de agosto de 2024.